

EDICIONES A. J. M.

MANUAL
DE
FORMACIÓN ALIADA

Por el

Rvdo. Sr. D. Antonio Amundarain,

Director General de la Obra

MANUAL DE FORMACIÓN ALIADA



EDICIONES A. J. M.

MANUAL
DE
FORMACIÓN ALIADA

(Libro exclusivo para las hermanitas de la «Alianza en Jesús por María», que contiene importantes aclaraciones sobre el sentido del Reglamento de la Obra, y da normas y marca orientaciones de formación auténtica de aquellas en el espíritu de la misma).

Nihil obstat:

DR. PLÁCIDO INCHÁURRAGA.

IMPRIMATUR

Victoriae 3 augusti 1944.

DR. JOSEPH MARÍA GOY

Hay un sello que dice:

Obispado de Vitoria.

INTRODUCCIÓN⁽¹⁾

El «por qué» de la Alianza

Desde que el Señor, por medio del ministerio sacerdotal, se ha dignado ponernos en contacto con las almas, hemos venido observando que existe un gran número de almas puras, que sienten hambre de Dios y de santidad.

Lo mismo fuera que dentro del claustro hay almas que con vehemencia suspiran por una vida Inés perfecta y santa que la de un simple cristiano. Conocemos almas cuya vida espiritual está muy por encima de la que entre cristianos acostumbramos a llamar vida buena. Almas hay en el siglo muy interiores, de mucha oración, ejercitadas en diversas virtudes, alejadas del bullicio del mundo, almas vírgenes, enamoradas de Jesucristo y consagradas a su amor.

Sin embargo, estas almas no aspiran, al menos por el momento, a la vida propiamente religiosa, ya porque todavía son jóvenes, o su vocación no está definitivamente orientada, o no cuentan con medios suficientes, no tienen salud, o porque en sus casas son del todo

⁽¹⁾ Para que nuestros lectores vean que la Alianza, a pesar de los años y diversas vicisitudes difíciles, no ha salido un ápice de su rumbo y espíritu, insertamos aquí la introducción que pusimos al primer Reglamento, el año 1925.

necesarias.

Estas almas, lo confesamos, siempre nos han llamado la atención, nos han atraído con preferencia, por ellas hemos sentido más interés, casi obsesión, y sonando algo bueno para ellas liemos vivido en muchos años.

Se la dicho que la unión hace la fuerza, y ateniéndose a esa máxima; hoy todo el inundo se une. Vivimos en el siglo de las grandes asociaciones, agrupaciones, federaciones y sindicatos. .Lo mismo patronos que obreros, fabricantes y oficinistas, dependientes y modistas, todos buscan el mutuo arrimo; apenas existe oficio ni carrera que no cuente con alguna de estas ligas.

Y bien, ¿por qué las almas, que izan puesto sus ojos en solo Jesucristo, en su servicio y en su amor, no han de federarse en El? ¿Por qué la virginidad no ha de unirse en una espiritual Alianza, y en ella formar su propio ambiente, sus mutuas expansiones, su inmenso lazo de intimidad, sus comunicaciones de entusiasmo, de acción, de defensa, de mutua ayuda, unidad de vida espiritual, de dirección, de ejercicios, de prácticas de virtud, en una palabra, ¿por qué esas almas diseminadas en el mundo no han de formar una inmensa COMUNIDAD, pero viviendo cada una en su casa, en su taller, en su fábrica, en `su cuarto y muchas veces en su lecho de dolor?

¿Por qué esas riquísimas almas, a quienes, por secretísimos fines, la Providencia ha sometido a la dura prueba de un hogar frío, no han de comunicarse con otras, que acaso viven en idénticas circunstancias, pudiendo por sus íntimas expansiones ser mutua ayuda?

¿Por qué esas otras almas, víctimas de una enfermedad o de una desgracia, encerradas en la soledad de una vida triste y sin consuelo, han de vivir en ese secreto martirio, sin poderse dar la mano con otras de su misma condición y ser de esta manera la una para la

otra báculo y sostén para las horas del dolor y de decaimiento?

Si tantas sociedades se aúnan para defender y fomentar la vida e intereses de su sociedad, también las almas fervorosas y vírgenes, que han resuelto vivir tan solo para Dios, deben darse la mano para sus fines espirituales, que no son de menos monta que los materiales.

He aquí uno de los motivos que nos han impulsado a bosquejar a grandes rasgos las bases de una obrita, que, dados los fines que persigue, nos ha parecido bien llamarla ALIANZA CON JESÚS POR MARÍA ²(1).

Queríamos que otro pusiese la mano en ella, para mejor completarla; pero la impaciencia de haber esperado ya muchos años y las ansias que teníamos de verla cuanto antes convertida en realidad, nos han puesto en ejecución.

No contamos con nada nuestro, ni para comenzar ni para consumir; todo lo encomendamos a la secreta y eficaz operación del Divino Espíritu, movido por el amantísimo Corazón de Jesús y por la intercesión poderosa de la Reina de las Vírgenes.

Su base y fundamento es este:

La plenitud de la gracia está en Jesús. Como de un gran Manantial, de Jesús nace el río de la gracia y de la divina caridad, del que beben todos los hombres, recibiendo por este medio nueva vida sobrenatural y divina.

Para beber de esta fuente debemos aplicar los labios, para vivir de esta savia divina es preciso estar unido a Jesús, como la rama al

² (1 nota uno en "Manual")

Más tarde, por razones que no son de este lugar se introdujo en el nombre de la Obra una modificación, adoptándose en definitiva el de «Alianza en Jesús por María».

VIII

*tronco. De donde resulta, que la **unión** con Jesús es la que entre nosotros inicia y perfecciona la plenitud de la vida divina.*

*Jesús a esto vino al mundo: ut vitam habeant, a comunicar esta vida divina a las almas por medio de su gracia y de su amor; ignem veni mittere in terram, metiendo fuego en ellas. Para conseguirlo, escogió dos medios poderosos de **unión**, que son: la Encarnación y la Eucaristía. Ahí está el abrazo de Dios al hombre, y a la vez la fuente de la caridad y de la gracia. Desde el seno de su Madre, Jesús no tiene más aspiración que darse y unirse al hombre, convertido en fuente de gracia y de amor. Esta es la súplica ardiente de su Corazón a su Padre en la última Cena: ut unum sint...; y allí, en íntimas expansiones con sus amados discípulos vuelve a recalcar la necesidad de esta **unión**, **unión** por amor ardiente y mutuo; terminándolo todo con aquella comparación tan expresiva de la vid y los sarmientos.*

*Ahora bien, para conseguir esta **unión**, debe comenzarse por remover los obstáculos con que de ordinario, tropiezan nuestras almas en su buen camino. El mundo con sus atractivos, la carne con sus inveteradas pasiones y la voluntad con sus desviados y torcidos caprichos, forman los principales impedimentos.*

Toda alma, pues, que quiera aspirar a la santidad, debe poner como blanco de sus primeras luchas, la guerra contra el mundo, contra la carne y contra su propia voluntad.

Y al objeto de vencer estos tres enemigos del alma, vienen las tres virtudes de pobreza, castidad y obediencia. Toda vida religiosa esgrime estas armas y nunca se dispensa de ellas, como que es la base, el fundamento y como nervio de sus constituciones.

Su aplicación vemos insinuada maravillosamente por Jesús en el Evangelio.

Caminaba un día Jesús a Jerusalem en compañía de sus discípulos, cuando un joven afanoso se acercó a él, y doblando

reverente su rodilla le preguntó: Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para salvarme? La respuesta que le da Jesús, encierra tres hermosas palabras, que sin gran violencia pueden aplicarse a las tres virtudes referidas:

«Si quieres ser perfecto, dítele Jesús, vete, vende todo cuanto tienes y da a los pobres y ven y sígueme».

«DA», esta es la primera palabra. Despréndete de todo cuanto tienes: bienes, casa, objetos, padres, amigos, títulos, etc. He aquí la pobreza.

«VEN», es la segunda. Tú no te des al mundo, ni a sus placeres o diversiones, ni a personas sobre mí. Tú, cuerpo y alma; ven a mí; ante todo y sobre todo tú sé mío y ámame, a los demás sólo por mí y por amor a mí. He aquí la castidad.

La tercera palabra es «SIGUEME». Tú en pos de mí, sujeto a mi voluntad, obediente a mi voz, siguiéndome a donde quiero, cuando y como quiero. He aquí la obediencia.

La perfección, en su acepción negativa, no es otra cosa que el desprendimiento total, el vacío de todo y de sí mismo. Y esto más eficaz por medio de las tres virtudes dichas. La pobreza nos despoja de todo lo que nos rodea; la castidad, de nuestra carne con sus bajas concupiscencias, y la obediencia llega a despojarnos hasta de nuestra propia voluntad.

Hecho este vacío, viene la unión de Dios. Dios se acerca y nos atrae; y nuestra alma, a fuerza de un inmenso amor que va sintiendo, se abalanza a llenarse de Él y de su amor. Cuanto más vacíos de nosotros, esta tendencia y esta atracción son más intensos y más fuertes, creciendo también el amor que es el misterioso vínculo que nos une y el agente divino que nos transforma. De ahí que cuanto más amor, más unión, más llenos de Dios, más endiosados, más divinizado.

Y he aquí en su acepción positiva la verdadera perfección y santidad de nuestra alma, a saber: EL ENDIOSAMIENTO POR EL AMOR.

El corazón, desprendido por medio de los votos, ama solo a Dios y en Dios y por Dios a los que Dios quiere que ame. Y a la vez este amor a Dios, le impele a desprenderse más y más de todo lo que no sea Dios; el amor le manda y le da fuerzas para inmolarse a sí mismo por amor, llegando a ser su lema predilecto: AMAR Y SUFRIR PARA MAS AMAR. He aquí todo el cimiento, todo el camino y toda la aspiración de la Alianza con Jesús por María.

Haga el divino Jesús y la Virgen María que nuestras almas lleguen a ello por las alturas de la santidad.

Junio 1925

El por qué de este libro

Diez y nueve años de vida lleva la Obra de la «Alianza en Jesús por María» en España y, desde que salió a la luz pública el primer cuaderno de su Reglamento, no hemos cesado de explicarlo, ya en días de retiro espiritual, ya en tandas de ejercicios espirituales, ya en la revista «Lilium inter spinas», y hasta en cartas particulares y consultas que se nos han hecho; y, no obstante, el reglamento de la Alianza no es perfectamente entendido por sus seguidores.

Cada día que la Obra avanza, y, gracias a Dios, avanza prósperamente en su marcha incesante, surgen dificultades, dudas, obscuridades acerca de la interpretación de algún artículo, aplicación de algún otro y de la formación de las hermanitas en su propio espíritu, lo cual ciertamente, y con sobrado fundamento, nos preocupa.

Creemos que la Alianza no ha venido al mundo para diez o veinte años, y, por otra parte, la Obra ha de vivir siempre con la orientación, espíritu, plan y formación que el Señor ha querido desde su origen infundir en las páginas de su Reglamento.

Debemos, pues, obviar dificultades, determinar con claridad el verdadero sentido de la Obra, y marcar los caminos de formación en ella. Queremos dejar claro y bien detallado el alcance y significación que, al escribir por primera vez, quisimos dar a cada uno de los fundamentos de su Reglamento y fijar para todas odas las hermanitas el verdadero y único plan de formación, que en la Alianza se establece.

XII

Para conseguirlo, habremos de incurrir seguramente en repeticiones molestas e insistencias pesadas y quizás inútiles, que esperamos nos perdonarán nuestras amadas hermanitas, puesto que no tratamos de presentarles tina obra de escogida literatura, para lo que no tenemos ni capacidad, ni voluntad en este caso.

Nuestro intento es que la Alianza guarde, a través de los tiempos que Dios quiera darle de vida, la misma pureza de vida, el mismo sentido de elevación y espiritualidad y la misma formación en su peculiar espíritu interior y en su forma externa.

Y con respecto a esta formación de las hermanitas en el espíritu de la Alianza, debemos confesar, que para conseguirla no es suficiente este libro. Pues, siendo muchos y diferentes los puntos que abarca esta formación, para cada uno o varios de ellos fueran menester libros distintos, conforme sean las materias.

Estos libros, escritos de mano maestra, existen ya, gracias a Dios, y no hay motivo, ni fuera justo, que un simple aprendiz se pusiese a enmendar la plana a un maestro.

Maestros de ascética sólida, maestros de mística inspirada y profunda, maestros de catequística sencilla y clara, maestros comentaristas de la vida y evangelio de Jesucristo, maestros de liturgia y de cultura religiosa general, etc., abundantes y esclarecidos todos ellos, los tenemos, ya antiguos, ya de nuestros días. De pretender nosotros ahora una obra nueva, completa para nuestro intento, de ellos necesariamente habríamos de tomarlo todo, y eso, además de ser trabajo inútil, sería una vana pedantería; y ¡librenos de eso Dios!

Nuestro intento se reduce:

a) a interpretar los puntos oscuros del Reglamento;

b) a orientar, disponiendo y determinando la única y auténtica forma, plan y norma de formación especial de las hermanitas;

c) a clasificar, por medio de un programa, las materias de esta formación especial para todos los Centros de la Obra y para cada uno de los grados de ella, distribuyendo estas materias en orden ascendente, paralelas con los grados y materias de la vida de perfección cristiana.

Esto no quita el que sobre algunas de estas materias nos extendamos con preferencia a otras, por ser características y esenciales en la Obra y no estar tal vez suficientemente puntualizadas en los autores, por lo cual nos interesa aclararlas y concretarlas algo más.

El deseo de que la formación de estas almas sea en todo uniforme e igual y también uniforme e igual el espíritu de todas las hermanitas, sean del norte o del sur, nos mueve a tomar este trabajo que, por ser superior a nuestras fuerzas, habrá de resultar muy imperfecto. La buena voluntad y el sumo interés, con que lo hacemos, nos dan derecho a esperar de las lectoras una mayor benevolencia y caridad.

Jesús y María lo remedien y lo bendigan, amén.

Víspera de «Corpus Christi», 1944.

ANTONIO AMUNDARAIN.

CAPÍTULO I

Para quiénes es la Alianza

1°- DOS CLASES DE ALMAS.— La joven que, formal y decididamente, no renuncia al pecado, a las ocasiones del pecado, y al mundo de las ocasiones, no puede soñar en la Alianza en Jesús por María.

Dos clases de almas pueden mirar a la Alianza: las almas inocentes y las almas penitentes.

Las almas inocentes, que, guardando con esmero el gran tesoro de su inmaculado candor, quieren con noble generosidad darse a Dios; y las almas penitentes, que, reconociendo con humildad sus pasados yerros, han dado inequívocas pruebas de una conversión sincera y, habiendo llorado con lágrimas de contrición sus culpas y logrado la paz de su conciencia, se determinan a seguir a Jesús fielmente.

La Alianza, en cambio, no admite almas flojas, relajadas, ramplonas y de piedad rutinaria y vulgar, las cuales, si bien son reputadas como piadosas, confiesan con frecuencia y ostentan insignias religiosas, no toman en serio la reforma de su vida, no lloran lo pasado, no llegan a la raíz de las ocasiones en que tantas veces han tropezado, hacen más bien compatibles con una regular y fácil vida cristiana los mil atractivos; poco cristianos y quizá censurables del ambiente mundanal. Estas almas, ante todo, necesitan CONVERTIRSE.

La Alianza sólo admite a las almas, que o por la inocencia viven en Dios, pletóricas de vida y de amor, o por el sacramento y la virtud de la penitencia se han convertido totalmente.

Existen, en efecto, en el seno de las familias de abolengo cristiano y de padres prácticamente católicos, de limpia conducta y arraigada piedad, jóvenes, que, en medio de un mundo corrompido y anticristiano, se conservan incontaminadas, puras, inocentes, fieles a las promesas del bautismo, de espaldas a Satanás y al mundo, a quienes renunciaron, y unidas en caridad perfecta a su Dios y Señor.

A éstas, la Alianza abre sus puertas sin necesidad de largas esperas en el atrio de la Obra, puesto que son plantas que no necesitan nuevos injertos de vida para ser trasplantadas al jardín de la Alianza. Pero también pueden tomar parte en las filas de la Obra aquellas almas, que, en algún tiempo, pagaron su tributo al mundo y a sus vanos contentos; almas que, habiendo primero figurado entre los seguidores y amadores del mundo, de sus venenosas corrientes, de sus máximas perversas, de sus modas provocativas, de sus diversiones deshonestas, etc., han sentido un día el toque de la gracia, han vuelto sobre sus pasos y con corazón contrito y humillado han buscado a su Dios.

Siempre y cuando su vida pasada no haya llegado a ser notoriamente escandalosa, y una verdadera y formal conversión garantice su actual disposición de darse de lleno a Dios y a la virtud, estas almas caben perfectamente en la Alianza.

2.º PREVIA DISPOSICION.— Sin embargo, antes de hacerles la más ligera indicación sobre la Alianza, deben estas almas ejercitarse durante un lapso de tiempo conveniente en producir y arraigar en su espíritu el verdadero arrepentimiento y contrición de sus culpas, detestándolas, y, si fuera necesario, acusándolas en una dolorosa confesión general de toda su vida.

El primer paso, antes de llegar a las puertas de la Alianza, y, por lo tanto, antes de comenzar la prueba, es crear en estas almas la verdadera paz de conciencia tranquila y sosegada mediante el gran perdón que esperan haber obtenido de la infinita misericordia del Señor.

Hacia el Sacramento de la penitencia ha, de ser el primer movimiento de estas almas, para su plena renovación sobrenatural por la gracia de Jesucristo. Una confesión sincera, íntegra, dolorosa, universal, que deja al alma en perfecta confianza y seguridad moral de haber recuperado la divina amistad de su buen Jesús, de quien acaso mucho tiempo vivió alejada; procurando mantener en su espíritu los más vivos sentimientos de contrición, detestación y aborrecimiento de sus pecados todos, graves o leves, con decidida voluntad y firme resolución de evitarlos con la gracia de Dios, de suerte que, en expresión del Apóstol (Rom. VI-6), «*ultra non serviamus peccato*», «ya mas no seamos esclavos del pecado».

A este fin y por el tiempo que el Director espiritual crea conveniente, el alma sinceramente convertida deberá ejercitarse en una doble y bien ordenada consideración del pecado y sus terribles consecuencias y castigos por un lado, y por el otro, de la infinita misericordia de Dios, su bondad sin límites, su amor infinito y su compasión para con ella.

La consideración de los novísimos ayudará poderosamente al primer objeto, y los pasajes evangélicos, en que Jesús se le muestra como padre entrañablemente bondadoso y misericordioso, ayudarán para el otro.

Aquí entrará de lleno el ejercicio de la virtud de la penitencia, que es un hábito que, cuando está bien arraigado en el espíritu, nos inclina de continuo a expiar el pecado y a destruir sus malas consecuencias; virtud, que dispone habitualmente al alma a mantenerse en el pesar de haber ofendido a Dios y en el deseo de reparar nuestras faltas; virtud que levanta al hombre contra sí mismo para vengar los derechos de Dios, que pisoteó cuando pecó y va ahora a unirse con El, con actos de penitencia, que, en justicia le debe.

3°. HACIA DIOS.— Pero no es todavía llegado el tiempo de revelar a esta alma el secreto de la Alianza.

No basta un fuerte golpe de la gracia sobrenatural, que ha hecho cambiar de ruta a un alma, sacándola de la vida de pecado, y situándola en la sobrenatural. Es necesario, además, que por una seria reflexión y meditación, llegue el alma a un convencimiento racional y, de, allí, a una enérgica detestación de la vida descuidada que se ha llevado, tomando en consecuencia la resolución noble de cambiar de rumbo.

Y aún más: es preciso que esta resolución se haya puesto por obra, a saber: que el alma haya renunciado de hecho, al mundo, a sus atractivos, a sus diversiones, a sus modas, a sus espectáculos, a sus placeres y regalos, y que ello se haya ejecutado con determinación clara, rotunda,

terminante, radical, absoluta, y que, al mismo tiempo, su corazón esté totalmente apasionado por el ideal único de su vida en perspectiva, que es: Jesús adorado, Jesús servido, Jesús amado.

Esta salida del alma hacia nuevas moradas, tiene sus grandes dificultades y debe procederse en ello con cautela y buen examen. Ya lo dice Santa Teresa de Jesús en sus «Moradas»: «...el demonio debe tener en cada una muchas legiones de demonios para combatir que no pasen de unas a otras: y, como la pobre alma no lo entiende, por mil maneras nos hace trampantojos...; como aún se están embebidas en el mundo y engolfadas en sus contentos y vanidades, en sus honras y pretensiones, no tienen la fuerza los vasallos del alma, que son los sentidos y potencias, que Dios les dió en su natural, y fácilmente estas almas son vencidas aunque anden con deseos de no ofender a Dios y hagan buenas obras...» (I «Moradas», cap. II, párrafo 12).

Es este un punto delicado y de riguroso examen, al que debe ser sometida el alma generosa, antes de que se le diga la primera palabra sobre la Alianza.

«Una alma – dice Susón – debe desechar las frivolidades y las imágenes de las criaturas y tratar de imprimir a Jesucristo en su corazón».

Este paso es transcendental, hay que darlo con conciencia de lo que se hace, y en él el alma debe estar bien confirmada. Muchas, por no haberlo dado con la firmeza debida, basada en el claro conocimiento y plena voluntad, han fracasado ruidosamente, después de haber comenzado con fervor el camino de la santidad.

En la Alianza perjudican muchísimo los fracasos, y deben evitarse en cuanto sea posible, procurando que las

almas, antes de darse a los planes de la Obra, pongan su cimiento en roca viva, limpia y desnuda de todo pecado, de todas las ocasiones de pecado y de todo apego a las ocasiones que el mundo presenta.

Enmienda total y sincera de todo lo pasado y determinación franca y firme para lo futuro, postura bien definida y despejada, recta y elevada hacia Dios con renuncia total y absoluta al mundo y a las criaturas; que el alma se haya ejercitado ya en esta doble operación y que en ella se afiance y confirme, a fin de que, al comenzar la prueba en la Alianza y darse de lleno a esta, no sienta novedad ni cobardía.

He ahí la disposición clara y determinada de una futura aliada. En las almas inocentes cabe más fácilmente la elección; mas en las otras, los efectos de la gracia y la correspondencia y seguimiento a ella deben ser notorios y francamente manifiestos.

4° NUEVA CLASIFICACION. Es la que se hace en el art °. 2°. del Reglamento de la Alianza, a saber: a) almas en las que no se ha manifestado todavía vocación; b) almas de vocación religiosa y que en breve o largo plazo esperan realizar sus deseos; c) almas de vocación religiosa, pero imposibilitadas de realizar sus santos deseos; d) almas de vocación para la Alianza.

Aun cuando con ello demos la nota de pesados y machacones, volvemos a recordar mil veces nuestro pensamiento: que la Alianza es, y deberá ser siempre, un campo de almas muy selectas, rigurosamente escogidas; entre lo bueno, lo mejor.

La Alianza va en busca de delicadas flores, aunque desgraciadamente hoy, en las selvas del mundo, las flores no abundan.

Queremos flores, y muchas si puede ser; buscando flores corremos hace mucho tiempo; flores ya blancas, ya encarnadas, ya moradas; flores que, o nunca se ajaron ni marchitaron, o que, al choque de las tempestades, se ajaron y quizás se marchitaron, mas retoñaron con divina pujanza.

Estas flores-almas las encontramos en cuatro campos distintos:

a) Almas cuya vocación es aún un secreto: es la piadosa y buena juventud, que todavía no se ha trazado el camino de su futuro destino.

Por desgracia, más fácil y corriente es que se inicien en la mente y en el corazón de las jóvenes, aun piadosas y fervorosas, pensamientos y afanes de gloria terrena y de bienes caducos y goces fugaces de este mundo, que nobles, ideales, aspiraciones santas e impulsos elevados a la vida perfecta y sobrenatural.

Por eso, la voz de Dios, llamando a las almas a la soledad del claustro, aun cuando suene repetida mil veces en el fondo del alma, no es la primera que escuchan y siguen estas almas; más les halaga la voz fascinadora del mundo, que convida a los festines. ¡Qué peligrosos son esos años! ¡Cuántas son arrastradas por la corriente y sucumben para tiempo y, quizás, para siempre! – ¡Yo no tengo vocación de monja! ¡A mí Dios no me llama a eso...! – Oh! Es que no te has puesto al habla con El. No has hecho el silencio en tu interior para oír su voz.

Campo es éste de grandes conquistas para la Obra de la Alianza. ¡Cuántos naufragios podemos evitar, dando la mano

a tiempo a las pobrecitas jóvenes, que, ciegas y sin experiencia, se dejan llevar de las primeras ilusiones y seducciones de la disfrazada serpiente! Es este el primer apostolado, que, para su propio bien y ventaja, debe emprender siempre la Alianza.

Mirando a estas almas nació la Alianza; tras estas almas dió sus primeros pasos; ellas han sido y han de ser su más brillante conquista.

Almas piadosas y honestas, muchas aún inocentes y que todavía no han sorprendido el mal por providencia especial de Dios; otras, asustadas por encontrados vientos del bien y del mal, cuyos golpes empiezan a sentir; otras, tambaleándose en la primeras luchas, queriendo, por un lado, ser de Dios y para Dios, y por otro, empujadas hacia el abismo por el huracán de sus nacientes pasiones. Almas nobles, de corazón recto, generosas en sus anhelos, que buscan y aman el bien... ¡Cuánto agradecen éstas la obra de caridad que la Alianza les hace, al apartarlas de los engaños del mundo, atrayéndolas al regazo amoroso del Divino Pastor!

Aquí es donde la Alianza debe desplegar todo su celo, toda su actividad y todos sus valores. A orientar a la juventud buena y piadosa, que camina sin rumbo y sin ideal fijo, expuesta a un fatal desvío, debe la Alianza emplear sus energías.

Y después de lo dicho, a nadie extrañará que nuestras preferencias se manifiesten siempre por la juventud y, en cambio, insistamos tan frecuentemente en que gente madura no puede hallar en la Alianza tanta ventaja y tanto favor.

Estas almas son y forman un sector escogido para la Alianza; de ellas, muchas son como la tierra virgen, donde

todavía nada se ha sembrado, en quienes conviene depositar con gran cuidado la semilla del evangelio, la luz de Cristo viviente en sus páginas, su doctrina, sugestiva, sus ejemplos atrayentes, su vida transformadora y divina, su amor arrebatador y sus dulces llamamientos a las almas.

En estas almas, si es posible, antes de que el enemigo se haya insinuado y haya llamado a sus puertas, es necesario formar el verdadero concepto de la vida de perfección y de santidad, la idea exacta de lo que significa ser cristiana, simplemente cristiana, y, al mismo tiempo, perfectamente cristiana; la vida cristiana ejercitada y vivida en el mundo, como la ejercitaron y vivieron aquellos primeros cristianos que tuvieron la suerte de pisar las huellas, todavía calientes, del Divino Maestro; la vida cristiana que predicaron los Apóstoles, y en especial y de modo magistral el Apóstol San Pablo.

b) Las de vocación religiosa. – Creemos que este es el momento oportuno para decir muy alto que la Alianza ha cooperado y ayudado muy eficazmente a las vocaciones religiosas.

Muchas almas, de vocación cierta al, estado religioso, cuya realización se ha dificultado y prolongado por más o menos tiempo, se mantuvieron firmes en ella y lograron al fin su anhelado hábito, merced al arrimo que la Alianza les procuró y porque en sus íntimos «retiros» conservaron el espíritu de su primer llamamiento divino. Es frecuente oír de labios de muchas religiosas: «A la Alianza debo la gracia de ser hoy religiosa; sin ella, no hubiera permanecido en mi vocación entre tantas dificultades, luchas y obstáculos que tuve que superar».

El fruto alcanzado durante los años que la Obra lleva de vida, nos alienta y mueve a prestar todo el favor posible a

esas almas, abriéndoles las puertas de la Alianza, ofreciéndoles, sin egoísmos de ningún género y desinteresadamente, todo el apoyo que sea preciso y posible para mantenerlas y guiarlas al respectivo estado a que su vocación les llama.

Toda alma de verdadera y probada vocación, encaja admirablemente en esta Obra. La Alianza no busca sólo almas, que, tomándola como su definitiva y única aspiración, sienten vocación para permanecer siempre en ella, sino también aquellas otras, que en tiempo más o menos cercano tratan de consagrarse a Dios en una religión determinada y que, entretanto, desean vivir en el siglo la misma vida o la más parecida a aquella que después han de practicar en el claustro, abrazando a este fin, como la más adecuada para ella, esta vida angelical que les ofrece la Alianza.

No han entendido bien la Alianza, los, que creen que resta vocaciones religiosas. La Alianza no resta, no pierde, no detiene, no desvía, no aparta de su camino las vocaciones.

La Alianza, al contrario, conserva, mantiene, ayuda, da la mano a las vocaciones, a cada una en su respectivo camino.

La misión de la Alianza con estas almas es defenderlas contra el espíritu del siglo y darles ambiente, proporcionarles alimentos espirituales, necesarios y adecuados a sus altos ideales, instruir las y formarlas en la vida interior y sobrenatural, adiestrarlas en el vencimiento propio, en la austeridad, abnegación y vida de mortificación interior y exterior, etc...

Nunca es perdido el tiempo que una vocación invierte dentro de la Alianza, por corto y reducido que sea éste. Por eso, nos parece muy útil y provechoso que éstas pasen por la

Alianza, aun cuando no sea muy larga su permanencia en ella.

La Alianza no debe forzar a ninguna de estas almas; pero en misión y apostolado suyo, muy interesante, el abrirles los brazos y recibir con caridad, a las que en la Obra quieren defender, asegurar y mejorar su vocación, sin hacer distinción de tiempo, corto o largo, que hayan de permanecer.

No teman nuestras buenas Hermanas del claustro; la Alianza no ha venido al mundo a ser su rival en el campo de las vocaciones; no hemos venido a segar la mies, sino a sembrar; no venimos a arrancar de sus jardines las azucenas de su propiedad, para trasplantarlas al nuestro; no, no es esa nuestra misión. Venimos a sembrar flores, lirios y azucenas, y no en acotados y cercados de propiedad ajena, sino en el valle, en el campo raso, en las selvas y bosques del mundo; a sembrar flores, allí donde hasta ahora no había más que abrojos y espinas. Y entiéndanlo bien y no se asusten, que de esas flores, si bien unas cuantas quedarán en el valle donde nacieron, para ser allí raíces de otras que han de brotar; otras muchas, las más, se las regalamos, mejor dicho, se las regala el Esposo que vive y se recrea entre ellas.

Y todas ellas, las que van y las que quedan, han de formar una familia, un coro, coro de vírgenes de la Iglesia militante, como después formarán aquel otro que nos anuncia San Juan, siguiendo al Coro de Vírgenes en la Iglesia triunfante del Cielo.

c) Almas de vocación religiosa, mas imposibilitadas de realizarla. Almas en primer lugar, que han sentido fuertes impulsos de, vocación religiosa y que, a pesar de sus constantes intentos, nunca han llegado a conseguir sus

anhelos. Y otras que, después de haber realizado su ansiado deseo, por causas ajenas a su vocación, han tenido que abandonar su amado retiro. .Y esas pobres almas, como huesos dislocados, viven fuera de su centro, al que son atraídas por una fuerza irresistible; su corazón vive donde en realidad no pueden vivir ellas; piensan, sueñan y hablan de su amado claustro, de su vida de soledad, de su intimidad con Dios, ,y por fuerza tienen que vivir en medio del ruido mundanal, en el trajín de la vida doméstica, y ¿quién sabe?, muchas veces en el glacial ambiente de un hogar o de un taller indiferente y frío. ¡Designios secretísimos de Dios!

Existen, en efecto, almas que sienten llamamientos a la vida religiosa y, sin embargo, esas almas no pueden ser religiosas, ni quiere Dios que lo sean.

¿Cómo puede ser eso? ¡Tener vocación y no poder realizarlo!

Dios puede poner un deseo para que el hombre lo sacrifique. El Santo Cura de Ars da esta sencilla explicación: «Dios da vocación y el alma debe fomentarla con afán, porque fomentándola se mantiene en una vida elevada, unida con Dios y desprendida de las criaturas, y sin realizar de hecho los anhelos de su vocación, cumple perfectamente los fines de ella».

En efecto, el ideal de la vocación ha conservado a muchas almas alejadas del mundo y unidas a Jesús, en perfecta pureza y amor; por eso también, a muchas almas de manifiesta vocación, antes de realizar sus anhelos, Dios las ha coronado con su gloria en el Cielo.

Almas de verdadera vocación, la cual, por otro lado, no es posible realizar, por causas ajenas a su voluntad, v. gr., por necesidades de familia, defectos físicos, enfermedades

crónicas sin esperanza de una curación radical, falta o inutilidad de algún miembro. Otras hay, en cambio, condenadas a trabajos necesarios para el sostenimiento de la familia, cuidado de padres ancianos, de hermanos menores, huérfanos, asistencia a hermanos sacerdotes, desempeño, tal vez, de un cargo importante o de un apostolado fecundo, incompatible por otro lado, con la vida religiosa, etc.

Pero insistimos. No basta que una joven sea enferma crónica o esclava del hogar, para que indistintamente se la llame a la Alianza. Que las hermanitas de la Alianza hagan un buen oficio de caridad con esta clase de almas, visitándolas, ayudándolas, etc., bien está; pero para que ellas sean de hecho hermanitas de la Alianza es menester, ante todo y sobre todo, que sean almas de vocación anhelante o de aquellas otras almas, que, si bien no tienen vocación, aspiran eficazmente a vivir como las que la tienen y la fomentan.

La enfermedad crónica es gran medio y muy poderoso para traer a un alma a un gran fervor, a un gran amor de Dios, y a veces, o casi siempre, es traza de Dios para llamarla a Sí; por eso, es gran obra de apostolado la que con estas almas pueden realizar las hermanitas; pero nunca deben abrirles las puertas de la Alianza sin que primero ellas hayan alcanzado, o aspiren por lo menos eficazmente a alcanzar, las alturas de la vida que en la, Obra se vive. La compasión que estas enfermas casi siempre nos producen, nos empuja a ser con ellas, demasiado generosos y condescendientes; sin embargo, la verdadera caridad nos obligará a ser con ellas un tanto exigentes, preparándoles convenientemente, fuera de la Obra.

¿Y qué decir de las que, después de abrazar la vida religiosa, hubieron de dejarla definitivamente, por causas ajenas a su vocación? La Alianza cuenta, a la hora presente,

con muchas y buenas hermanitas, que han venido del claustro donde no han podido perseverar por causas ajenas a su voluntad. La Obra, para ellas, es un gran consuelo y un eficaz medio de santificación dentro de los ideales de la vocación. Lo que no han podido realizar dentro de la vida religiosa, pueden conseguirlo fuera de ella, abrazando la vida íntegra y completa de la Alianza en Jesús por María, con el mismo fervor y entusiasmo con que abrazaron aquella.

Pero, desgraciadamente, no todas vienen del claustro en disposición de abrazar la vida íntegra y completa de la Alianza. Debemos, pues, de nuevo señalar aquí una grave excepción:

Aquellas almas, a quienes el bien de la religión y de una comunidad ha obligado, a ponerlas en la calle; aquellas que no han hecho honor a su vocación, o por su culpa la han perdido, y las que después de amonestadas una y cien veces, fueron obligadas a dejar el hábito, estas todas deben ser miradas con gran cautela. Quien por su culpa dió un mal paso en su primera vocación, difícilmente queda bien en el segundo paso. Quien por su culpa o culpas no ha sido buena religiosa, de ley ordinaria tampoco será buena y perfecta aliada. Por lo tanto, nunca basta, como poderosa recomendación para ingresar en la Obra la nota de haber la aspirante sido religiosa por más o menos tiempo. Al contrario, la circunstancia de haberlo sido puede muchas veces definir para que no sea admitida en la Obra, o, por lo menos, para que el caso se estudie con más rigor y detenimiento.

Y, en todo caso, estas almas, tanto las que, deseando ser religiosas, no lo han conseguido, como las que, habiéndolo sido, volvieron a salir, una vez que hayan sido admitidas en la Alianza, deben darse a ella con tal decisión y tan firme

voluntad, que no queden con un pié en el estribo, agarrándose como forzadas, a la Obra.

Háganse cargo que ellas no tienen más vocación que la de ser perfectas aliadas, y que, en esta vocación, con completa exclusión de las demás, han de vivir, procurando olvidar completamente las pasadas aspiraciones que antes libremente alimentaron, las cuales quedan cortadas por la actual determinación, puesta ya, por obra, de pertenecer a la Alianza totalmente, lo mismo que aquella otra que, desde un principio y con primera vocación se consagró a ella.

d) Las que, con positiva vocación de aliada, quieren pertenecer a la Obra. — De las anteriores explicaciones parece deducirse, que la Alianza no es ninguna vocación, antes al contrario, la Obra parece ser solo para las que, o no la tienen, o, teniéndola, no han podido seguirla, por lo menos al presente. De tal manera que las aliadas parecen gente frustrada en su vocación. Pero no es así: a) la Alianza, obra de Dios (como creemos que lo es) es para aquellas almas a quienes Dios ha escogido y llamado a ella. Como dice muy bien Sardá y Salvany, Dios Nuestro Señor no obra en sus actos al azar, al capricho y al salga lo que saliere. Nada hace Dios sin especial designio de su infinita sabiduría que, sabe, puede y quiere llevar a cabo.

Y aplicada esta verdad a la creación, individual de cada uno de nosotros, veremos, que cada uno de nosotros ha sido también objeto de un designio particular y concreto, al que debemos nosotros contribuir con nuestra libre voluntad y cooperar con la mediación de nuestras fuerzas.

La Alianza, sea o no en rigor un estado religioso, es un modo o condición con firmeza y estabilidad suficiente de perfección cristiana, mediante el ejercicio de la caridad y

amor de Dios, cuya práctica esencialmente consiste en la observancia de los preceptos divinos y secundariamente en la guarda de los consejos evangélicos, los cuales ayudan a remover todos aquellos obstáculos que impiden el ejercicio y la práctica, en su mayor perfección, de esa divina caridad y amor de Dios; de tal suerte ,que, permaneciendo dentro del estado de perfección seglar, la Alianza se apropia, como indispensables para sí los elementos que esencialmente son del estado religioso, como son: la perfecta consagración a Jesús, los votos, etc., y, al mismo tiempo, prescinde y renuncia a otros que, en la vida ordinaria, puramente seglar, son compatibles y hasta aceptables, como por ejemplo, el matrimonio.

Pues bien, en este grado de vida de perfección cristiana, que podíamos llamar vida de virginidad seglar, que tiende al más elevado amor de Dios, mediante la guarda de los preceptos y consejos evangélicos, cabe, sin duda alguna, un llamamiento divino.

No es la Alianza tan sólo para aquellas almas, que, viendo cerradas las puertas para el estado religioso propiamente dicho, como por fuerza o por no haber otro remedio, se ven así obligadas a buscar refugio en esta tabla de salvación; sino que lo es para aquellas otras que, prescindiendo por completo de los otros estados de vida, directamente, por elección libre, por impulso, por inclinación espontánea hacia la Obra, por vocación, en una palabra, quieren, con plena voluntad y gusto de su espíritu, abrazarla.

No vemos ningún inconveniente, en que, una vez conocida la esencia de esta vida (de la Alianza), sus modalidades, sus características, etc., las almas pongan en ella sus preferencias y sus amores y quieran abrazarla con el mismo entusiasmo con que otras abrazarán la vida religiosa.

Como que ocupan el primer puesto en la Obra, aquellas jóvenes, que, desde un principio y con exclusión de todo lo demás, han mirado y escogido para sí la vida de .la Alianza, como magnífico y hasta atrayente ideal de sus más caras aspiraciones para el presente y para el porvenir.

Aquellas almas, que han visto en la Alianza un modo especial de perfección y santidad, sin cambiar el curso y el modo externo de su vida en el mundo.

Aquellas almas, que sienten el entusiasmo de trasplantar a sí en medio del siglo XX, tan agitado hoy por las modernas evoluciones, la encantadora vida de perfección, que bebieron y vivieron los primeros discípulos de Cristo, de sus apóstoles e inmediatos doctores.

Aquellas almas que son movidas por Dios con especial gracia a ser, en medio del mundo, ejemplares de vida perfectamente cristiana, cuadros vivos de la vida evangélica, modelos de santidad, irradiaciones del mismo Jesucristo, apóstoles de la doctrina viviente del Divino Maestro.

Aquellas almas, en fin, que, en medio de la corrupción, frialdad e indiferencia del siglo, quieren ser siembra fecunda de azucenas, lirios y rosas de pureza, de amor y de sacrificio por Cristo y por las almas.

A este ideal llamémosle «vocación de aliada».

5.º CONDICIONES.— Grandes son nuestros anhelos de conquista a favor de esta selecta juventud para la Alianza; pero, una vez más, debemos insistir: que la índole de la Obra exige una gran cautela en la elección de almas para ella.

La Alianza supone una vocación, y estas vocaciones hay que examinarlas y probarlas a tiempo. La Alianza debe trabajar en su labor apostólica, en preparar y formar convenientemente las futuras aliadas; pero no deben ingresar, ni siquiera a la prueba, sin antes formarlas suficientemente.

No abramos la puerta (decimos en una carta especial dirigida a los Directores) a cualquier ovejita, que en la Obra venga a llamar. Mirad bien qué gente elegís. Sabed que más fácil es hacer elección de fuera, que cuando están: ellas dentro... Dejad que el Consejo Local, con prudencia y entereza, averigüe su vida, relaciones, amistades, conducta, ejemplo, aprecio y estima ante el público, reputación y hasta su simpatía.

No basta que sea un alma rezadora y abonada a un reclinatorio en la iglesia. Sea alma de aspiraciones, de ideales, de anhelos generosos y eficaces. Que quiera y sepa reformarse, vencerse, inmolarse, desprenderse...

Preguntad a qué viene a la Alianza, a fin de que no tome el rábano por las hojas.

Los artículos 39 y 40 del Reglamento son rajantes, y por sus apartados deben pasar todas las que desean ingresar en la Alianza.

Léase con serenidad el «Comentario» que allí sigue al artº. 47; a lo que todavía debemos añadir:

Que si es «ancha la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por él; angosta es, en cambio, la puerta y estrecha la senda que conduce a la vida, y pocas son las que atinan con ella». Por eso, nosotros añadimos con el texto sagrado: «Entrad por la puerta angosta». (Mat. VII-13 y 14)

Con esta puerta, gracias al Espíritu Santo, ha atinado la «Alianza en Jesús por María», y por ella convida a entrar a sus huestes, dejando en sus anchos caminos de perdición a los regalados del mundo...

Con las conversas, las maduras que, pasada su edad reglamentaria, piden dispensa y las que vuelven del Convento, se debe proceder con mayor cautela.

Que las primeras hayan dado pruebas inequívocas y claras de una vida edificante y ejemplar por un regular espacio de tiempo.

Que por las segundas se exijan rigurosamente condiciones ya especiales, ya especialísimas, conforme a sus años.

Que las últimas pasen por un concienzudo examen, clasificándolas entre las expulsadas del Convento, las que volvieron voluntariamente, por no sentirse con vocación o haberla equivocado, y las que por falta de salud han tenido que abandonarlo; ajustándose en todo a lo que se dispone en el art. 40 del Reglamento.

6.º EN BUSCA DE NUEVAS ASPIRANTES.— Alabamos el celo de nuestras hermanitas y personas simpatizantes, que trabajan por la causa de la Obra, buscando almas para ella; pero al mismo tiempo tenemos que lamentar algunas imprudencias que el mismo celo las induce a cometer.

La conquista de estas almas es cosa delicadísima, y debe llevarse a cabo con gran cautela, en terreno seguro, buen ojo y sin prisas.

La propaganda en masa, por medio de conferencias, reuniones y actos más o menos públicos con este único

objeto, debe suprimirse completamente; tales propagandas son totalmente contraproducentes. Estas almas no se pescan en extensas redes, sino con anzuelo de caña, una por una; la calidad de selección así lo pide, y no hay otro modo.

Se aprovecha el encuentro de una alma en una Iglesia, en el taller, oficina, catequesis; y cuando nos llama la atención su buena «pinta», procurar acercarse con disimulo, poco a poco, hasta entablar amistad; luego abrirse un poco a ella sin pasar a interioridades, a fin de que ella haga otro tanto; entrar a dosis en terreno espiritual, preguntando cosas y respondiendo otras, hasta llegar a sondear su fondo espiritual; si no responde no pasar adelante; pero si es elemento, antes de ir adelante, dar cuenta al Consejo Local, a fin de que este haga las debidas diligencias para cerciorarse de su total conducta, interior y exterior, que ambos interesan. Una vez que el Consejo Local haya autorizado, continuar en la amistad internándose poco a poco, hasta hacerle vivir todo lo que se vive en la Alianza, sin mentarle para nada su existencia; y entonces (y no antes) descubrirle toda la belleza de la Obra.

Cuando en el pueblo vecino, donde no existe Alianza, se quiere hacer esta campaña, conviene comenzar por relacionarse con alguna buena alma, de toda garantía, y por ella llegarse a poner en contacto con las que pueden ser aliadas; si es que de buenas a primeras no podemos relacionarnos con estas, y seguir el mismo proceso.

Cuando son ellas las que se adelantan a pedir el ingreso en la Obra, lo cual sucede cuando la Alianza está bastante reconocida en el lugar, debe llevarse el asunto al Consejo Local, y que este haga sus correspondientes diligencias para enterarse de las condiciones de la pretendiente.

La propaganda a distancia tiene sus inconvenientes, pues no es fácil establecer contacto con las almas; las maestras aliadas son para esto elementos adecuados y de eficacia extraordinaria.

También se puede creer y atender a las religiosas, que antes hayan sido hermanitas de la Alianza si bien no es conveniente precipitarse.

La correspondencia franca, continua e insistente, es otro de los medios; de ellos tenemos magníficos ejemplos.

Como quiera que sea, aquí debemos advertir y hasta mandar: que no se pierdan las ocasiones que se ofrecen de hacer algo con tales almas; estas muchas veces tienen verdaderas nostalgias de Dios, de pureza y de santidad, y Dios a veces de poca cosa necesita para realizar estupendas obras de su amor y de su gloria.

Seamos «muy providencialistas»; la prudencia alguna vez la convertimos en demasiado «humana»; cuando no contamos con elementos humanos para esta obra, dejemos obrar a Dios.

En casos de esta índole nosotros hemos obrado un poco «a la buena de Dios», y a la verdad no nos ha ido mal, sino bien, muy bien.

=====

CAPÍTULO II

La Alianza y su definición

Interesa a toda alma que desea pertenecer a la Obra de la «Alianza en Jesús por María», ante todo saber en qué consiste, cómo se define y cuál es su fundamento.

I. Alianza

Ni el nombre es un simple sonido, vacío de sentido, puesto para despistar a la Obra de los de la otra acera.

«Alianza» entraña en su significado una perfecta realidad, que vamos a detallar en este primer apartado.

«Alianza», en cuanto afecta a la misma Obra y dentro de sus propios límites, significa: «Unión de castas doncellas, con miras a la consecución de un gran ideal», como lo diremos en el apartado siguiente.

«Alianza», abarcando más extensión y saliendo de los propios límites, significa una confederación magna de todas las almas consagradas a Dios, incluyendo dentro de ella la vida religiosa, la sacerdotal y la que viven en el mundo las almas que, por Cristo y su Reino eterno, por medio de la práctica de los consejos evangélicos, preferentemente por la pureza angélica, viven consagradas totalmente a Él.

La virginidad, en sus diferentes grados, ha sido siempre y lo es hoy, la más bella floración en la Iglesia militante, como lo será luego en la vida eterna de la Iglesia triunfante; es ella el fruto más sazonado y exquisito que ha producido el árbol santo de la Cruz. A la muerte de Jesús en el Calvario siguió inmediatamente esta nueva vida virginal, que el paganismo antiguo nunca jamás pudo enseñar, ni soñar. Por el lado de aquí del Gólgota comenzaron a brotar estas celestiales flores, hasta entonces desconocidas, y de estas ha hecho siempre la más rica ofrenda a Dios, en sus altares, la Iglesia de Jesucristo.

De ellas unas florecen dentro de los cercados y altos muros de la vida claustral; otras en solitarios huertecillos de la vida eremítica; no pocas sin más defensa que simples empalizadas, en la gran heredad del Padre de familias, en la vida misional y sacerdotal, y otras muchas en campo raso, expuestas al huracán, a la escarcha y al fuego del estío, sin arrimo ni defensa alguna, entre cardos y espinas de la vida seglar cristiana.

Y flores son todas, regadas con inmensa solicitud por el divino Jardinero, que perfuman los altares del Señor, que fecundan y enriquecen la vida de la Iglesia, embellecen con sus encantos el trono de Dios, adorándole y alabándole con el cántico a ellas reservado.

A toda esta legión de almas consagradas mira Dios con especial solicitud y predilección, las ama como a gente selecta y escogida, las cuida con particular esmero, las distingue de las demás almas y las pone más cercanas a su divino Corazón.

¿No es a éstas a quienes puede decirse con San Pedro : «Vosotros sois el linaje escogido, sacerdocio real, gente santa, pueblo de conquista, para publicar (unos) las grandezas de

Aquel que os sacó de las tinieblas a su luz admirable», mientras que otras le recreáis y solazáis en sus ricos alcázares y floridos jardines, otros corréis la tierra sembrando nuevas flores del casto consejo y otras sois destinadas a embalsamar, con la fragancia de vuestra pureza, las selvas enlodadas, los campos estériles y los poblados contagiados por el vicio y la corrupción?.

¿Por qué, pues, no han de unirse todas, todas estas almas en una íntima y espiritual confederación? ¿Por qué no estrechar con la cadena de una extensa ALIANZA a todos los «hábitos», toscos «sayales», trajes «talares» y trajes «seglares» si todos llevamos un alma consagrada a Dios por la ordenación, por la profesión o por la simple consagración? ¿Por qué no hacernos UNO, si es uno nuestro ideal santo?

¡¡El triunfo de la pureza!! Ninguno de los que, gracias a Dios, vivimos hoy consagrados a Dios, ha podido prescindir de este gran pensamiento. Tal vez, al resolvernos a tomar la ruta de nuestra vocación y decidirnos a ser de Dios y para solo Dios, el primer pensamiento, fué el de la pureza, y el primer ensayo, acaso ensayo costoso, fué la guarda, el cultivo... el triunfo de la virtud de la castidad, la cual cabalmente nos ha puesto en condiciones y en plena capacidad para darnos totalmente a Dios.

Luego, ¿cómo no amarla? ¿cómo no estimarla? ¿cómo no sacrificarnos por ella? ¿cómo no unirnos y aliamos por su causa?...

Las vírgenes del claustro, las que más seguras pueden considerarse de los peligros, ¿podrán tan fácilmente olvidarse de los que libramos durísimas batallas por defenderla en medio del mundo? ¿Acaso su propio triunfo no ha sido un día fruto espléndido de un combate que, a su lado y por su defensa, libraron sus hermanos?

¡Oh! ¡Alianza, Alianza! Unión estrecha entre las almas santas encerradas en el claustro y las que fuera, por sí mismas y por sus hermanos luchan por el mismo ideal: Cristo amado, con amor virginal.

Cooperación, unión de esfuerzos, por el ideal, con a) Oración y sacrificio en los claustros. b) Oración y acción en la vida mixta. c) Oración y predicación en el sacerdocio. d) Oración, sacrificio y ejemplo en los «Retiros» y fuera de ellos, entre todas las hermanitas.

¡Cruzada de oraciones, de sacrificios, de penitencias, de víctimas, de apostolado por medio de la acción, de la palabra y del ejemplo por el ¡TRIUNFO DE LA PUREZA!

¡Oh, si todas almas consagradas, ya fuera, ya dentro de los claustros, en una colosal cruzada de oración y de acción, de inmolación y de penitencia, nos uniéramos en Jesús por María, para que en la Iglesia de Dios volviese a florecer, como en los tiempos de San Ambrosio, la encantadora flor de la virginidad!

¡Cuánta gloria para Dios! ¡cuánta gloria para la Iglesia! ¡cuánta para las mismas almas!

II. Definición de la Obra.-Unión.

«Alianza en Jesús por María» es: LA UNION DE CASTAS DONCELLAS EN CUERPO Y ALMA CONSAGRADAS A JESUS EN EL SIGLO, QUE ASPIRANDO EFICAZMENTE A LA PERFECCION, BUSCAN POR TODOS LOS MEDIOS EL TRIUNFO Y EL REINADO DE LA PUREZA ANGELICA Y DEL AMOR A

JESUS EN SI Y EN LOS DEMAS, DENTRO DE UNA VIDA DE ABNEGACION Y SACRIFICIO.

Queremos comenzar esta explicación repitiendo unas palabras que escribimos en la introducción al Reglamento de la Obra.

Decíamos allí: «Vivimos en el siglo de las grandes asociaciones, agrupaciones, federaciones y sindicatos. Lo mismo patronos que obreros, fabricantes y oficinistas... todos buscan el mutuo arrimo...

«Y bien ¿por qué las almas que han puesto sus ojos en solo Jesucristo, en su servicio y en su amor, no han de federarse en El? ¿Por qué la virginidad no ha de unirse en una especial alianza, y en ella formar su propio ambiente, sus mútilas expansiones, su inmenso lazo de intimidad?...

«En una palabra ¿por qué esas almas, diseminadas en el mundo, no han de formar una inmensa Comunidad, pero viviendo cada una en su casa, en su taller, en su fábrica, en su aposento, y muchas veces en su lecho de dolor ?...»

De ahí que la primera palabra de nuestro Reglamento sea: UNIÓN. Y queremos que lo sea también en nuestra mente y en nuestro corazón, lo mismo que en la mente y en el corazón de todas las hermanitas.

Uno de los objetivos principales de esta Obra es, pues, establecer entre almas que en el siglo aspiran a una vida perfecta, la más íntima, eficaz y espiritual relación.

Que las almas diseminadas y aisladas en los distintos pueblos, muchas de ellas esclavas del trabajo y otras víctimas del dolor y de la enfermedad, hallen el consuelo de la verdadera amistad, comunicación, relación y unión con otras que viven como ellas, para ser las unas para las otras mutuo

auxilio, báculo, ayuda, consuelo, aliento, apoyo, luz y guía en las luchas tanto corporales como espirituales de su vida.

Decimos unión de ALMAS, porque esta unión principalmente es unión espiritual; sin embargo no prescinde por completo de la unión corporal.

Bien es cierto que las hermanitas no viven vida de comunidad como los religiosos; vive cada una sin cambiar en nada su ruta, su plan de vida seglar, cada una en su casa, en su oficio, carrera, etc.

Pero también es cierto y muy digno de tener en cuenta, que las hermanitas deben unirse aun corporalmente en sus Centros-retiros, con la mayor frecuencia que sea posible, caso, de no estar impedidas por largas distancias, enfermedades, dificultades de familia, etc.

Para que sea eficaz, segura y de mucho arraigo la unión espiritual, es necesario que las hermanitas hagan hasta un imposible para encontrarse en sus locales, pórtico de su parroquia, incluso en la esquina de la calle o encrucijadas de los caminos.

Hermanita que huye de su hermanita, lleva seguro indicio de un pronto fracaso.

No obstante, nunca esto sirva de motivo para organizar movimientos y desplazamientos de numerosos grupos de unos Centros a otros. Estas reuniones ruidosas al lado de las ventajas que pueden tener, no dejan de traer para ellas y para la Obra graves desventajas.

Unión corporal para fomentar más intensamente la unión espiritual y sobrenatural. Unión de almas, unión de inteligencias, unión de criterio, unión de amor, unión de corazones.

Las hermanitas deben sacrificar todo pensamiento, opinión, idea personal, a fin de que todas tengan un solo pensamiento, opinión e idea, y lleguen a la más perfecta y completa compenetración y unión entre ellas en la vida de la Obra.

Sea esta unión interna, perfecta, sin escape, rendida al Reglamento, a sus interpretaciones, disposiciones y a la jerarquía de los respectivos Consejos.

La hermanita que no se une, que huye, vive sola, a base de su propio capricho, de su propio juicio, sin regla, ni norma, víctima de sus veleidades que cambiarán cada mañana y cada noche, que en el exceso de su, egoísmo no cree en ninguna orientación fuera de la propia, no debe ser aliada.

La Alianza une a sus hermanitas en una sola voluntad, en un sólo corazón, en un sólo amor. Esta unión consiste en salirse de sí, de su juicio, de su capricho, y entrar de lleno, incondicionalmente, a una todas, en el Reglamento a base de mucho sacrificio.

La Alianza es una y allí todo es uno, queda fuera el yo de cada una y queda un solo Yo, el Yo de la Alianza, interpretado y manifestado por los respectivos Consejos.

Toda hermanita viene a la Alianza trayendo en su lengua y en su corazón las palabras de la Virgen de Nazaret: «Ecce ancilla Domini»...

Aquí dejo mi juicio, mi parecer, mi gusto, mi voluntad, mi corazón... soy esclava de la Alianza. Esto es unirse; aquí los corazones se funden, se pierden y constituyen uno sólo; en la Alianza no hay más que un corazón, no hay más que un amor.

La cadena del escudo simboliza la unión; allí los eslabones están unidos, no hay extremos, no hay separaciones, no hay distinciones, ni preferencias; lo mismo se mira a las de arriba que a las de abajo; van del brazo la señorita encopetada y la muchacha de servicio; viven confundidas y unidas el sombrero y la mantilla, el zapato de lujo y la alpargata. Esta unión evita antipatías, susceptibilidades, chismorrerías; aquí todo se sacrifica.

Sabemos que llegar a esta perfección de unión es algo difícil, pero la Alianza va a eso, lo tiene dentro; sin ello no puede existir; la Alianza se sostiene por esta unión, ahí está toda su fuerza.

Quien tratara de examinar esta unión tan solo por lo que exteriormente se deja ver: boletines, medallas, crucifijos, etc., se equivocaría. Todo eso es muy externo, superficial, y nada vale si no va acompañado de la otra unión que arranca del espíritu.

A toda aspirante que desea entrar en la Obra debe hacérsele este interrogatorio: ¿Quiere usted entrar en la Alianza? ¿Quiere V. salir primero de sí misma? ¿Podrá V. entregarse? ¿Sabe V. lo que es entregarse, darse, etc.? ¿Sabe V. que aquí no existen gustos personales, que no hay más que un gusto, el gusto de la Alianza, el gusto de Jesús?

Hoy priva el egoísmo más refinado, la idolatría del yo; todo el mundo quiere ser grande, feliz, admirado, servido, casi adorado; el egoísmo. La oposición de esto es la Alianza.

Para eso se precisa unión, unión perfecta, rendida, abnegada, sacrificada, plena, absoluta; de uniforme o de vestidos, haga cada cual su gusto, siga su costumbre; vayan unas de sombrero y otras de mantilla; pero dentro, en el secreto de su corazón, crean y entiendan que son

completamente iguales, que no hay grandes y chicas, ni ricas ni pobres.

Exteriormente nos agradan los contrastes; que haya grandes y pequeñas; pero en el secreto de su alma sepan que son hermanitas pequeñas y que todas igualmente pequeñas se aman y se abrazan.

III. Castas doncellas

La «Alianza en Jesús por María» es a modo de un estado de perfección, practicada por almas que viven en medio del mundo.

La Alianza selecciona todas aquellas doncellas fervorosas, de modo especial jóvenes, (si bien no prescinde de algunas mayores bien formadas) que, generosamente y de veras, quieren consagrarse al Señor en perfecta castidad, por amor al divino Esposo y por amor a la virtud angélica.

La Alianza no abarca más; de lo cual no se debe deducir que en otros sectores no existan almas de este, y tal vez mejor, espíritu y temple de santidad; la Obra prescinde de ellas y fija su atención con preferencia en estas almas:

1) Porque entiende que por hoy son estas las más perseguidas por el espíritu mundano libertino, inmoral y saturado de paganismo y, por lo tanto, estas son las más necesitadas de un ambiente muy espiritual, de mucha elevación sobrenatural, con formación profunda en el ejercicio de las virtudes cristianas, de sólida piedad, de oración, de vida interior, presencia de Dios, amor a la

Eucaristía, y cimentadas, al mismo tiempo, en el ejercicio de la mortificación, de vencimiento propio, de apartamiento del mundo, de delicada modestia y exquisita pureza.

2) La Alianza tiene un Reglamento conciso y minuciosamente detallado, con miras a un lema que es el fundamento de la Obra. Este reglamento y la vida que en él se propone no es adaptable a cualquiera clase de personas, sino a una juventud femenina muy selecta, generosa y dispuesta a darse de veras a Dios.

3) La Alianza tiene además un carácter especial muy suyo, con su gran apostolado en favor de la pureza angélica; el «triunfo de la pureza» es su distintivo y su grande ideal, y esto en favor de las doncellas cristianas.

4) La Alianza está formada exclusivamente por las almas consagradas a Dios en amor y perfecta castidad, como más adelante lo diremos, y siendo esto un don gratuito de Dios, no todos entienden, ni son capaces de entrar por estos caminos.

5) En la Alianza es punto esencial la unión, por eso hemos llamado Alianza; unión la más perfecta e íntima entre todas las asociadas, unión completa, acabada, igual y fácil, sin necesidad de excesivas violencias y salvedades, para lo cual se precisa un tenor de vida, un mismo estado, un mismo ideal, un mismo plan, un mismo objetivo, un mismo amor. De esta selección depende la eficacia de aquella unión y de ella el cumplimiento de los fines de la Alianza.

Por eso, la Alianza, si ha de vivir s a especial vida en la más elevada perfección, ha de limitar y reducir necesariamente su campo a una, a la más igual y selecta clase de almas. Y estas son, como decimos, las doncellas cristianas

puras que, por amor a Dios y a la pureza angélica, renuncian al mundo y abrazan la virtud.

IV. En cuerpo y alma consagradas a Jesús

Esta palabra, como otras muchas, nos la ha robado el mundo para aplicarla a cosas puramente profanas fanas y, algunas veces, del todo inconvenientes.

Dícese que fulano se ha consagrado a los libro a la música, al comercio; que una madre está consagrada a la familia, a sus hijos; que una maestra está consagrada a su escuela, a sus niñas, etc. Y ¿qué se da a entender con eso? Que ese hombre, esa madre, esa maestra están en cuerpo y alma, totalmente, exclusivamente, dedicados, entregados respectivamente a los libros, a la familia, a la escuela; que esa es su máxima, su única preocupación.

Se dice también una iglesia consagrada, un cáliz consagrado, lo cual significa que esa iglesia, ese cáliz están dedicados con ceremonia especial exclusivamente al culto divino, de tal manera que es ilícito y sacrílego aplicarlos a usos profanos.

De la misma manera dícese que una persona se consagra a Dios, significándose con ello, que está ofrecida, dedicada total y exclusivamente al servicio de Dios.

Como se ve, esta palabra consagración envuelve dos términos, dos elementos: positivo y exclusivo; es decir: consagrarse es ofrecerse, entregarse, dedicarse positivamente, y al mismo tiempo exclusivamente, únicamente, totalmente a Dios.

Este es el verdadero sentido de esta palabra. Esa es la consagración de una hermanita en la «Alianza en Jesús por María». Darse y darse exclusivamente a Jesús.

Hoy encontramos actos de consagración de todos los gustos y tamaños en devocionarios, hojitas, estampas y hasta en periódicos. Y se leen y se repiten al día cien veces... ¿Pero sabrán muchas almas lo que dicen?

Después de una Comunión, al final de una novena se dice muchas veces un acto de consagración a Jesús, a la Virgen, etc... ¿se sabe siempre lo que se dice, lo que se hace, a qué se compromete?

Al decir, pues, en la definición: en cuerpo y alma CONSAGRADAS a Jesús, entiendan las hermanitas, que esta consagración no es sólo la recitación de una de tantas fórmulas; es más, mucho más, es un acto positivo, una entrega verdad y total de todo su ser, una dedicación entera y exclusiva a Jesús de su alma y de su cuerpo.

La Alianza está constituida solamente de almas consagradas con voto firme de castidad a Dios, renunciando a todos los demás estados, amores y cosas de la tierra; en cuerpo y alma, todo lo que son, todo lo que pueden, todo lo que hacen.

Es preciso conocer bien el alcance de estas palabras y meditarlas a menudo y seriamente, y vivirlas.

La hermanita es y debe ser siempre como un cáliz, el cual, después que se ha consagrado con ceremonia especial por el Sr. Obispo, sólo sirve para contener la sangre de Jesucristo durante el Santo Sacrificio, sólo para eso, y para nada más, y sólo pueden usarlo los sacerdotes, porque es un objeto consagrado y dedicado exclusivamente a Dios. Si un seglar lo coge, lo lleva a una taberna y bebe vino con él, como

hizo en un festín Baltasar con los vasos sagrados, robados por su padre del Templo de Jerusalén y lo han hecho posteriormente tantos criminales, comete una profanación, un grave sacrilegio.

Así es una aliada, una persona consagrada, una virgen, una alma pura que totalmente, cuerpo y alma, potencias y sentidos, todo lo que es, está dedicada, entregada, ofrecida, destinada para el servicio de Dios, toda para Dios, sola para Dios. Y tanto es así, que autores muy competentes aseguran, que un acto inmoral con una persona así consagrada a Dios constituiría una profanación, un verdadero sacrilegio.

Decid hermanitas con inmensa satisfacción de vuestra alma: «Soy un alma consagrada, a Jesús, soy un cáliz, soy un templo consagrado a Jesús».

Si bien meditáis sobre esta prerrogativa, si la comprendéis y la ponderáis, os cuidareis bien de derramaros demasiado en cosas mundanas, terrenas, profanas y peligrosas.

Si vuestro cuerpo es templo de Dios, si vuestro corazón es cáliz divino, si vuestra alma es hostia pura que se inmola con Jesús, y por Jesús, sabréis guardar cerrado y adornado el templo de la santa modestia, purísimo, brillantísimo el cáliz de vuestro corazón y abrasada en la hoguera del más ardiente amor, vuestra alma virginal.

No habrá entonces necesidad de recordaros tan a menudo las normas especiales que a este respecto se detallan en el Reglamento de la Alianza. Bastará que traigáis a la memoria por la noche y por la mañana las palabras que estamos comentando. Aunque vista yo de seglar y viva en el mundo y trabaje, en el taller o en el campo, mi cuerpo, mi corazón, mi alma, y todo mi ser está consagrado a Jesús.

Es fácil distinguir esta prerrogativa en las personas encerradas en los claustros, a quienes hasta el hábito las distingue y las separa del mundo y del contacto de personas impertinentes y de objetos inconvenientes; viven relativamente seguras, respetadas y reverenciadas. No así las hermanitas de la Alianza que viven y trabajan en fábricas, talleres, oficinas, heredades, confundidas con todas las demás personas seculares; y no obstante, prescindiendo de ciertas solemnidades que la iglesia reserva para estos actos, quedan privadamente consagradas, y ofrecidas a Jesús, como si fuesen religiosas.

La hermanita, pues, desde que hace su consagración al recibir la medalla, es TODA DE JESUS, SOLA DE JESUS, PARA SOLO JESUS.

V. En el siglo

De lo dicho en el párrafo anterior podríase tal vez deducir que la Alianza es una congregación religiosa.

Y en verdad, si se examina detenidamente y en su fondo el espíritu de la Obra, hallaremos perfectísima armonía con el espíritu de la vida religiosa. Se parecen porque en el rigor esencialmente son lo mismo.

Sin embargo, como en varios artículos del Reglamento hacemos constar, la Alianza no es, no debe ser, no será nunca por voluntad de su Fundador, Congregación propiamente religiosa.

Conviene tener esto muy en cuenta y que se sepa una vez para siempre, que la Alianza es una simple asociación piadosa puramente seglar, sin más pretensiones ni títulos que la distinguan; y aunque más tarde algunas hermanitas llegaran a vivir unidas, desligadas de los lazos y compromisos de familia, nunca tal vida podría constituir vida propiamente religiosa.

La Alianza es un ejército de almas religiosísimas, ¿quién lo duda?, sin ostentar, sin embargo, oficialmente tal título, sin convento, ni comunidad en el sentido riguroso de la palabra; almas consagradas, derramadas en el mundo, cálices ambulantes, Marías de Nazaret, que corren las montañas, valles y calles y hacen servicios domésticos en casa de Zacarías y de Isabel; sagrarios vivos, porta-dioses que en el secreto de su vida sencilla y seglar llevan escondidos los misterios divinos al través de un mundo pagano y corrompido.

Y ¿por qué no? ¿Es acaso necesario que un alma consagrada a Dios por el mero hecho de serlo, tenga que encerrarse en un claustro? ¿No puede acaso tener el Señor almas entregadas a El del todo, viviendo en medio del mundo, trabajando en el taller, en la escuela, en la cocina, en la heredad? ¿Acaso Jesús no es Señor y Dueño de la tierra, de su plenitud, de todo el universo y de cuanto en él habita? ¿No tendrá el poder de tomar una alma y hacerla suya y conservarla en medio del fuego de Babilonia?

En todas partes y lugares puede haber, y conviene que haya, almas muy de Dios, completamente de Dios. Por eso decimos «en el siglo», en medio del mundo, vida celestial, en medio del paganismo, vida puramente divina, en medio de la corrupción de la carne, vida angélica y virginal.

Consuela tanto ver en medio de un mundo de obreros, en una fábrica, por ejemplo, almas ricas, totalmente y exclusivamente consagradas a Dios; entre miradas atrevidas y provocativas, ojos modestos consagrados a Jesús; entre tantas manos pecadoras, que trabajan ennegrecidas entre máquinas, unas manos puras consagradas a Jesús, consagrándole juntamente su labor, sus fatigas y sus sudores.

Estas son las hermanitas. Esta es la Alianza viviendo en el siglo. Ahí, sí, metida en el mundo, en el ruido, en el fango; ahí consagradas a Jesús; ahí donde abundan tantas almas consagradas al demonio, entregadas a Satán, puestas a su servicio, con solemne juramento, vendidas a él, hechas sus miserables esclavas, ahí mismo, a su lado, en medio de ellas, otras almas entregadas, consagradas con solemne juramento a Jesús. ¿O es acaso Jesús un Dios frustrado? No por cierto. Y si es verdad ¡triste verdad! que Satán tiene esparcidas en todo el mundo almas entregadas a él en espantosa esclavitud, codeándose con ellas, tiene Jesús las suyas consagradas a su Amor.

VI. Aspiran eficazmente a la perfección

No estará de más aquí el comentario que a este punto hemos puesto al art. 1.º del Reglamento:

«En la Alianza es reglamentariamente obligatoria la aspiración a la perfección y santidad. La Alianza, si no es estado, es por lo menos un modo perfecto, con estabilidad y medios suficientes, para iniciar, proseguir y consumir la verdadera perfección y santidad cristiana.

La Alianza es una federación de almas generosas, cuyo ideal no es un simple escaparse del infierno y salvarse, sino de elevarse sobre el nivel corriente de los cristianos honrados y buenos, y buscar la santidad en la verdadera unión y amor de Dios, declarando al mismo tiempo guerra sin cuartel al mundo, demonio y carne, para entronizar en sus corazones, como único Rey y Señor, a Jesucristo.

Es un semillero de almas, que quieren plantar en medio del mundo la auténtica y completa vida evangélicamente cristiana, como la vivieron los inmediatos seguidores de Cristo Nuestro Señor. Conviene, sin embargo, hacer importantes aclaraciones: La Alianza no es, de hecho, una asociación o federación de almas ya perfectas y santas. No decimos que estas almas sean de hecho ya perfectas; sino que aspiran a la perfección. Bien que esa aspiración no deberá ser solo de meras palabras o de vagos deseos; un «yo querría», «yo desearía», «me gustaría», no tienen eficacia para hacer un santo. Buscamos, al contrario, una aspiración que arranca del corazón, una resolución decidida, una voluntad generosa. Dígase valerosamente y con fuego un solemne «quiero», un «quiero» eficaz, que inmediatamente se traduce en obras; eso es aspirar eficazmente. Es un darse con todas las fuerzas del espíritu, sin peros, sin tasas, sin condiciones; es ver el ideal y lanzarse, contando con la gracia de Dios... Digo la gracia de Dios, porque nosotros no llegaríamos a ser santos sólo porque nos da la gana de serlo; la gracia ha de obrar con nosotros, si bien es verdad que la cooperación a esta gracia depende de nuestro libre albedrío.

De nuestra parte el primer paso a la santidad está en querer, pero un querer eficaz. ¿Qué tengo que hacer yo para ser santa? —preguntó un día una hermana suya a Santo Tomás—, y él le contestó: «Querer». Todo está, pues, en

querer, en una decisión valiente, en un arranque generoso del corazón, poniendo en juego todos los medios que Dios inspira, que la Iglesia establece, que el confesor y director sugieren en los distintos períodos de la vida, y avanzando hoy y mañana y pasado sin cobardías ni desmayos. Almas que han puesto una vez la mano en el arado y no vuelven atrás.

No son así aquellas que, impulsadas momentáneamente bien por una desgracia, o por una triste despedida, bien por un toque interior experimentado en un sermón... se deciden, empiezan, quieren, se determinan: pero tanto cuanto dura aquella impresión superficial, el movimiento pasajero, la devoción sensible, etc., quedándose todo ello, no en el fondo de la voluntad, sino en la parte sensible del corazón que muy luego, se desvanece.

Almas buscamos que, heridas en sus más íntimas fibras por el dardo divino, generosamente se deciden, se entregan, avanzan y no vuelven atrás.

Nadie diga «yo no valgo para la Alianza porque no soy santa». La Alianza no es sólo de almas santas; es de las que eficazmente quieren ser santas. Empiezan poco a poco. La «Escuela de Jesús» es el principio; en ella las almas pequeñas comienzan a gustar las intimidades de Jesús. Siguen las aspirantes; éstas son las, que de verdad comienzan a aspirar en la forma que hemos dicho. Vienen las iniciadas; ellas, al, dar un paso más en los grados de la Alianza, se supone que, sin volver atrás, siguen avanzando. Vienen, luego, las formadas, y éstas al ser clasificadas con este nombre son consideradas como aliadas perfectas y, como tales, pueden ser presentadas como verdaderos modelos de la Obra; viven la plenitud de la vida que la Alianza propone y fomenta para sus hermanitas. Pero aún no ha terminado la

carrera de una aliada en la Obra. Queda el grado supremo de las hermanitas internas. En ese grado, como fiel esposa de Jesucristo, la hermanita tiene que ser santa.

Aspiran a la santidad, la santidad es la unión íntima con Dios y la unión con Dios supone el desprendimiento de las criaturas. He ahí el primer trabajo en nuestra Obra: dejar. Comenzamos dejando el mundo, sus pompas, sus, alegrías vanas, sus placeres, sus honores y todos, sus atractivos; dejamos nuestros gustos, nuestros caprichos, nuestros pareceres; dejamos nuestro propio yo, para ir directamente en busca de Dios, su Voluntad, su amor, su sonrisa. Para conseguirlo es menester que seamos generosos, no pongamos límites a las inspiraciones de la gracia, a los medios que la misma Obra nos ofrece, a la dirección de nuestros superiores y a todos los demás procedimientos que Dios amorosamente emplea para hacernos avanzar en el camino comenzado. Caminar, y caminar dejando expedita la senda que llevarnos; dejando todo tropiezo, todo lo que pueda entorpecer nuestros pasos. Dejar todo lo que exteriormente nos embaraza y lo que interiormente nos distrae, nos divide, nos ocupa. Querer ser santas y al mismo tiempo andar por el mundo con el corazón entretenido en sus bagatelas es engañarse miserablemente. Para poder darse a Dios es indispensable no darse a nada ni a nadie, porque si una criatura ocupa parte de nuestro corazón, allí no puede reinar plenamente nuestro Divino Jesús.

Para vosotras, pues, no hay más que un ideal, no hay más que un blanco y en ese blanco ha de dar todo vuestro ser, vuestros sentidos y vuestras potencias, vuestros trabajos y vuestros amores. Darse a Jesús y dar a El todo lo que somos y todo lo que hacemos; darle nuestras obras, corporales y espirituales, sacrificarle nuestros gustillos, caprichos, lo que

más amamos, darle lo que más le guste aunque ello a nosotros nos disguste; en una palabra: darle todo y no negarle nada. Esa es la perfecta vida de una esposa fiel; ocuparse de su Amado, haciendo consistir su verdadera felicidad en buscar y hacer feliz, a la medida de sus fuerzas, a su Amado; a eso se reduce todo su trabajo, toda su vida, para eso sólo vive y para eso vivirá por toda la eternidad.

Aspiran a la santidad; pero buscamos una santidad sencilla y escondida. Las hermanitas serán santas y lo serán sin que nadie se dé cuenta; este es el gran contrabando que muchas almas han pasado por las fronteras de la eternidad, sin que nadie les haya echado el alto. Muchas almas no están en los nichos de un retablo, porque, como dice San Antonino, no ha querido el Señor revelarnos la secreta santidad de sus almas (1)³. Almas pequeñitas, sencillas, perdidas en el trajín de la vida, cuya santidad pasó desapercibida hasta de sí mismas, serán un día, en la gran parada del Juicio Final, la sorpresa de los que convivieron con ellas y de todo el mundo. Alianza quiere sacar santitas de primer orden, de un oscuro taller de costura, de una fábrica, de un escondido caserío, de una oficina, sin que estas hagan en esos lugares portentos ni milagros, sino tan solamente viviendo dentro de aquel bullicio, escondidas en sí mismas, con Jesús, obsequiándole a Él con la labor de sus manos, con los pensamientos de su mente, con las palabras de su lengua o con el silencio voluntariamente practicado, con la obediencia de su voluntad, con el amor ardiente de su corazón.

³ (1) Citado por el Papa Benedicto XIV en su obra de la *«Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios»* tom. 1, cap. 13, n. 16.

Las aliadas serán santas como su Madre y Señora la Virgen Santísima, que lo fué en la casita de Nazaret, sin abandonar los quehaceres sencillos, humildes, muy corrientes y muy humanos, de la vida de un artesano pobre y oscuro.

Todo Nazaret conoció a María, como a una de tantas vecinas sencillamente buenas de aquel pueblo, y nadie llegó a vislumbrar siquiera los resplandores de una inefable y maravillosa santidad, que encerraba dentro de su inimitable pequeñez.

María era santísima y la mayor parte de su vida consistió en los quehaceres domésticos, junto a su fiel esposo San José, vida puramente seglar, ocupada por lo tanto en las cosas materiales, propias de un hogar más bien necesitado y por lo tanto bastante alcanzado.

Pero dentro de aquel vacío, de aquella privación hasta de las cosas necesarias, vivía, ocultando sus resplandores divinos, Jesús, su amado Hijo y su Dios soberano. Y María, en medio de sus tareas diarias, nunca perdía de vista a su dulcísimo Jesús; y de Aquel a quien ella dió el ser, recibía continuamente celestiales raudales de vida divina y sobrenatural.

Este es el gran secreto de la santidad: valernos de la vida presente lo suficiente para conservar nuestra existencia en este destierro, y todo lo, demás enfocar, por medio de una fe viva y un amor ardiente, en Jesús, nuestro ideal y nuestra suprema aspiración.

Tener a Jesús en casa vivir con Jesús en el corazón, constituir un hogar misterioso con El, haciendo que participe, con nosotros, de las más íntimas y secretas comunicaciones de familia; poniéndole a nuestro lado,

señalándole la tarea de nuestros trabajos, mirándole cómo obra con nosotros y en nosotros, contemplándole ya con la sonrisa en los labios, ya fatigado, ya triste, buscando El nuestra ayuda, pidiéndonos un favor; y nosotros sirviéndole en todo, consolándole, recreándole, haciéndole sonreír, sacrificándonos por El, sufriendo todo por El, olvidándonos de nosotros mismos para convertirnos en generosas servidoras y esclavas de su Amor. Allí, en ese hogar-corazón como en el más escondido y misterioso altar, las inmolaciones más costosas... del alma. Allí los vencimientos secretos de nuestro carácter, allí el silencio de la lengua para dejar hablar al alma, allí el trabajo difícil de las manos verificado con prontitud por su amor, allí una reprensión quizás inmerecida llevada no sólo con resignación sino con agrado; allí las elevaciones más espirituales de nuestra alma, los coloquios más ardientes, las peticiones más vehementes y los transportes de amor más encendidos y divinos.

Y todo esto cabe en un taller, en una oficina, en la calle y en el campo; y las hermanitas, viviendo así en el siglo, serán santas sin ningún ruido, escondidas, desapercibidas y tal vez despreciadas de los suyos y perseguidas de los ajenos.

¡Oh, sí, hermanitas de la Alianza!, vosotras seréis santas, sin temor a que un hábito os descubra, como tales, ante las miradas de vuestros admiradores. Santas con sombrero y mantilla, santas con vestidos de seda y de percal, santas con zapatos y con alpargatas, santas con manos blancas y tersas y con manos callosas y llenas de cicatrices.

Aspiráis a la santidad, y las que aspiráis eficazmente, seréis santas.

VII. Buscan el triunfo de la pureza angélica

Más adelante habremos de tratar con más amplitud y extensión este punto y el siguiente.

Quedaría, sin embargo, incompleto nuestro trabajito presente, si no hiciéramos breve mención de esta última parte de la definición de la Alianza, que es la misma que allí hemos de explicar.

Estas almas de la Alianza que, consagradas a Jesús, aspiran eficazmente a la perfección, no caminan por cualquier senda que se les antoje; tienen ellas señalado un pequeño caminito, muy especial y propio, que la Alianza ha adoptado para sí.

Dios tiene muchos medios e inmensa variedad de caminos para guiar a las almas a la cumbre de la santidad.

En las distintas épocas y según la conveniencia de los tiempos, ha inspirado Dios a sus santos diversas sendas, adecuadas perfectamente a las circunstancias, y a ellas ha convidado con vocación especial a legiones de almas que han brillado en santidad en la Iglesia Católica.

Brillan como astros de primera magnitud en la Iglesia los antiguos y modernos anacoretas por el camino del silencio y de la oración. Los hijos de San Pablo van por el camino de la cruz; los de San Francisco por el de la pobreza; los de San Vicente, San Pedro Nolasco, San Juan de Dios y otros, por el de la caridad. Unos han tomado por estandarte y seña el santo Rosario; otros la Santa Eucaristía y no pocos la obra de la reparación.

También la Alianza ha adoptado su caminito especial, y por él van y por él deberán ir siempre las fervorosas

hermanitas que a ella pertenecen. Este caminito es el de la PUREZA.

Una hermanita de la Alianza dejaría de serlo, si no enfocara toda su vida en la virtud angélica.

Dos razones tiene la Alianza para adoptar este camino:

a) Porque la Alianza es una especie de religión o vida religiosa en el mundo; y para sus seguidores uno de los mayores obstáculos con que se tropieza hoy es la provocación escandalosa de la sensualidad, que las seduce y las arrastra a los placeres de la carne.

El camino ancho hoy en el mundo es el de la lujuria. Esta es la vía ancha que conduce a la perdición; es el camino bordeado de jardines, alfombrado de rosas, perfumado de ricas esencias, donde todo es llano, compañías alegres, panoramas encantadores, músicas deleitosas, etc. y los que van al infierno casi todos van por él.

Frente a él, el otro camino estrecho y espinoso deberá ser el de la pureza. Y la Alianza marca para sus hermanitas este especial camino.

b) Jesús vino al mundo por el camino de la virginidad, María es el camino misterioso por donde Dios bajó a la tierra; y por María y por ende, por la virginidad, va el mundo a Dios.

El mundo se divorcia de Dios y Dios se retira del mundo, porque en el mundo se ha perdido el camino de la pureza.

¡Desventurados nosotros que vivimos fuera, en el mundo de donde a Dios se le va desterrando!

La Alianza tiene la pretensión - es pretensión fundada en la confianza divina - de hacer reinar a Dios en medio del mundo, llevándole triunfalmente por el camino real de la santa pureza. Pero entiéndase que este camino no es para encontrar a Jesús al llegar al Cielo. No. Jesús anda por el camino de la pureza y al comenzar a recorrerlo le encontramos a Él. Quien anda en este camino anda con Jesús.

La Alianza ha venido a preparar los caminos al Señor, creando y alimentando en su seno almas blancas, almas-lirios, almas-ángeles.

El Hijo de Dios no halló lugar limpio en el mundo y creó una Virgen. ¡Santa e inmaculada virginidad, que, a quien no cabía en los Cielos, le encerraste en tu purísimo cáliz!

He ahí el objetivo inmediato de la Obra de la Alianza, he ahí su caminito especial: la pureza; y esta virtud el caminito para ir a Jesús; y las almas que la poseen carrozas que le llevan triunfante, por donde tal vez pocas veces o nunca ha pasado su Divino Corazón.

Vengan almas-azucenas, derrámense por pueblos y villas, por calles, plazas y montes, por talleres, escuelas, fábricas y oficinas y por ellas vendrá a reinar El que por una Virgen quiso venir a morir.

VIII. Buscan el reinado del amor a Jesús

He aquí el supremo ideal de la Alianza, la suprema aspiración de ella, su fin primerísimo y esencialísimo: amar a Jesús.

Amar a Jesús como se le ama en el claustro y en las celdas de la más rigurosa y austera comunidad religiosa; amar a Jesús en ese mundo que no ama porque ama demasiado; amar a Jesús en el trajín de la vida seglar en medio de la agitación mundanal, ruido de máquinas, silbido de trenes, rodar de coches y de autos y gritería de gentes distraídas y olvidadas de su Dios. Amar a Jesús ahí donde nadie le ama y donde muchos le ofenden. Amar a Jesús en el rincón de un tranvía donde los ocupantes leen prensa, hojean revistas, hablan de lo que no es conveniente oír y exhiben lo que no es lícito ver. Amar a Jesús en la sillita del taller, mientras las compañeras se distraen en mil bagatelas, sueñan en peligrosas aventuras, conversan sobre materias resbaladizas, cantan amores que mancillan.

Amar a Jesús frente al cuadro de un teléfono, por donde tanto se habla y tanto se escucha y por donde rara vez se oye y se habla y se ama a Dios. Amar a Jesús atravesando plazas y calles, llenas de gente distraída que lleva su mente y su corazón en intereses terrenos, preocupaciones humanas, locas vanidades, soñando honores, mendigando cariños, ansiando placeres. Amar a Jesús entre miles de almas frívolas y derramadas, que no aman ni saben amar y entre quienes necesariamente es preciso vivir.

Hoy para amar a Jesús las almas se van del mundo, se esconden en la soledad, huyen del ruido. El amor triunfa en los claustros.

¿Quién ama a Dios en medio del mundo? ¿Quién siente el calor espiritual de los corazones al atravesar esas calles? ¿Quién en los talleres? ¿Quién en las playas, en los bailes, en los teatros? ¿Dónde se ama a Dios? ¿Quién ama? El amor no es amado, ha dicho un Santo, y Jesús mendiga el amor. Tú al

menos, dice a Santa Margarita: ámame. He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres.

Ahora bien, la Alianza quiere amar a Jesús allí donde es ofendido. ¡Oh, si llegáramos a amarle tanto y en tantos lugares en cuantos es ofendido! ¿Lo conseguiremos? Quiéralo Jesús.

IX. Vida de abnegación y sacrificio

Lo que son las murallas y fortificaciones para la seguridad de una ciudad, son para la Alianza los ejercicios de abnegación y sacrificio de sus miembros.

Siendo esta una Obra que ha de vivir constantemente en el choque duro y resistente de un enemigo poderoso, que pone toda su fuerza y todo su furor en destruir y aniquilar, si puede, hasta sus fundamentos, es necesario que todas las almas en la Alianza vistan siempre el fuerte escudo de la mortificación.

Bien pueden aplicársenos aquí a todos aquellas palabras de San Pablo (II Cor. IV, 10): «Traemos siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús, a fin de que la vida de Jesús se manifieste también en nuestros cuerpos».

Mas, muy ampliamente hemos de tratar de esta materia en varios lugares de esta obrita, y para evitar la repetición de las mismas ideas, remitimos allá a nuestras hermanitas.

CAPÍTULO III

Aspirantes. Comienzo de la prueba. Comienzo de la perfección

I. La Alianza ¿es camino de perfección?

«Qui vult post Me venire...» El alma llama a la puerta de la Alianza en busca de Jesús.

El pecado está perdonado y destruido; la penitencia virtud y la penitencia Sacramento, a saber: la contrición, la confesión, la detestación formal y sincera, fomentado todo por la consideración de los novísimos y las bondades y misericordias de Jesús, han apartado y alejado al alma del pecado, de las ocasiones del pecado y de las atracciones peligrosas del mundo. Esto queda a la espalda, y el alma, alejada de él, viene buscando a Dios, porque Dios le ha llamado antes.

¡La Alianza!... Pero ¿es camino seguro eficaz de perfección? ¿Será suficiente ella sola, o habrá de buscarse otro medio más seguro?

Nos interesa, ante todo, salir aquí al encuentro de estas preguntas, que son frecuentes entre nuestras hermanitas, puesto que las almas desean saber lo que la Alianza puede darles en orden a su vida de santidad.

La santidad o perfección sobrenatural consiste esencialmente en la perfección de la caridad, porque la caridad es la unión del alma con Dios, que es su fin.

El grado de caridad para llegar a la perfección no depende más que de la libre voluntad de Dios; es el Espíritu Santo, según Santo Tomás, el que lo distribuye según su voluntad.

Esta distribución o este grado de caridad no es el mismo para todas las almas, sino tanto cuanto necesite cada una para realizar cumplidamente los oficios de su propio estado. Y es más o menos elevado este grado, según sea el estado a que Dios elige y llama. Puede muy bien un alma ser perfecta con diez grados de gracia y caridad, mientras otra no lo será con quince.

Esta doctrina está confirmada en el Santo Evangelio.

Dios ha distribuido entre sus siervos uno, dos y cinco talentos. El de los cinco, por haber ganado otros cinco, recibe la alabanza de bueno y fiel; y el de los dos talentos, por otros dos, recibe misma alabanza. Al de los cinco no le bastan dos, ni al de los dos se le exigen cinco.

No está, pues, la santidad en que uno, sin consultar con Dios, elija el más alto estado de vida, sino que en aquel, al que Dios le llama, alcance los grados de caridad, que allí se le determinan por Dios.

La capuchina no será santa, si no responde a las gracias y grados de caridad que en tal estado se exigen. Y la muchacha de servicio lo será, si responde a los que en tal estado y oficio se le piden. Yo, sacerdote, no seré perfectamente santo con el caudal con que cumplidamente podrá serlo un carbonero.

No está todo en que yo aspire a un señalado y alto estado de vida santa, sino en que, en tal estado, sepa responder bien y perfectamente a, los grados de gracia y caridad proporcionalmente recibidos.

El que ha abrazado un estado de perfección (vida religiosa, por ejemplo) no por eso es perfecto, si bien cuenta con medios especiales para conseguirlo; así como no se es sabio por el mero hecho de haberse matriculado en una Academia. Si no aprovecho las clases y explicaciones del profesor, con serio estudio y buena aplicación, seré suspendido, mientras otro, que estudió por libre, podrá con diligencia y aplicación sacar matrícula.

La Alianza no es estado de perfección, en el sentido propio y riguroso de la palabra, según la doctrina de Santo Tomás y el Derecho Canónico.

La aliada no está obligada a la perfección con el rigor con que lo está el religioso. Sin embargo, la aliada está obligada a la perfección con más rigor que un simple seglar.

La Alianza, (aun cuando no sea rigurosamente un estado) es una condición, un modo, una clase o método de vida, un estado en sentido más amplio, en el que como condición esencial, entra la obligación de aspirar a la perfección. La Alianza, sin esta obligatoriedad, dejaría de ser Alianza. Por donde toda alma que solicite el ingreso en la Obra, está obligada a aspirar a la perfección.

Esta perfección (completa desde el primero hasta el último grado) está garantizada suficientemente en la Obra para todas las que, llamadas a ella, quieran poner en juego los medios que dentro de ella se les ofrecen ampliamente.

Esta garantía se funda en que la Alianza, como obra de Dios, tiene estabilidad, firmeza, seguridad y permanencia suficientes, basadas en el propio espíritu de la Obra, en su Reglamento profundamente sólido y marcadamente espiritual y evangélico, en la práctica obligatoria de los consejos evangélicos (señaladamente la pureza angélica), por

medio de los votos privados, en la práctica constante de la imitación de Cristo, en el ejercicio de las virtudes cristianas, dentro del marco de la vida seglar iluminada por el Evangelio.

No es, pues, la Alianza una obra meramente auxiliar, para formar, fomentar y conservar las vocaciones para un estado más subido; si bien, en verdad, sirve y cumple también con gran eficacia este objeto en muchísimos casos. La Alianza es obra completa y acabada en sus fines Y en sus medios: camino completo desde el principio hasta el grado más perfecto, dentro de su propia esfera, para toda alma que a ella se siente llamada.

Ante la Alianza, la hermanita no tiene más que un problema que resolver: conocer bien, a la luz de la fé, y examinar concienzudamente las propias condiciones, ya naturales, ya espirituales, aptitudes, tendencias, energías, valor, afición, inclinación, amor, etc., bien ponderadas y sometidas a la deliberación y resolución de su confesor-director, y determinarse seriamente a lo que crea ser su vocación, procurando, sin otra preocupación, la santidad, en el grado de perfección que allí le exija el Señor.

¿Es de aliada tu vocación? ¿La vida de pureza, amor y sacrificio, el triunfo de la pureza en el mundo, la vida cristiana evangélica, perfecta y santa en el siglo, etc. son tu ideal, tu obsesión, tu amor, tu vocación? Sé, pues, aliada. ¿Es otra obra tu vocación? Con todo ¿quieres hoy vivir en la Alianza? Sé también tú aliada.

Sus primeros pasos. Son los que señala el Divino Maestro y están en el frontispicio de la Obra: «El que quiera venir en pos de Mí, niéguese...» (Math. XVI, 24).

Esta sentencia, este primer aspecto de la Alianza, impresionará tal vez a la débil aspirante; mas es conveniente que, desde el primer momento, sepa el alma que la Alianza no es una simple cofradía, fácil de vivir, organizada para ciertos actos de piedad, sino que es una Obra completa y acabada de perfección para las almas a ella llamadas.

En ella, como en todas las demás obras de perfección, los primeros pasos son de purificación.

A las aspirantes, que comienzan la prueba, las consideramos como almas incipientes en el camino de la perfección, las cuales, por lo mismo que son principiantes, no están todavía arraigadas en la virtud, y por lo tanto, se hallan más expuestas a caer fácilmente en faltas veniales y aun, alguna vez, en graves. Son, sin embargo, almas que han entrado en los caminos de la perfección.

Recomendarnos aquí con sumo interés a los Directores e instructoras, una máxima caridad con estas almas; trátenlas con entrañas de piedad, de bondad, de afecto de cariño; no sean de rigor nuestros primeros ensayos con ellas; no exijamos de ellas, desde el primer momento, la vida de un ángel; sepamos disimular sus faltas; aconsejémoslas con suavidad y dulzura; tiendan a animarlas y esforzarlas en nuestras primeras palabras con ellas. Algo supone la decisión y postura que han tomado...; no vayamos a exigirles actos heroicos.

Pero esto no quita el que nosotros planteemos ante sus ojos la obra de perfección cristiana tal cual es y tal como es necesario abrazarla.

La perfección esencialmente está en la unión con Dios por la caridad, y como Dios es infinita santidad, el alma, para

unirse a Él, necesita purificarse: de donde la purificación es el primer ejercicio en este camino.

Asimismo y por la misma razón, en la Alianza las almas aspirantes deben dar su preferencia a este ejercicio, que es la purificación activa, o sea, al conjunto de actos mortificativos, que el alma pone en juego para adquirir el dominio sobre sí misma.

Puede empezarse esta purificación por razones de temor o de esperanza; mas, pronto se debe llegar; para que sea perfecta, a practicarla por motivos de amor de Dios y deseo de ser agradable a Él.

a) Por regla general (cabén excepciones) comiéndose por mortificar y vencer todo afecto desordenado a las criaturas, o sea, todo lo que no sea Dios o no conduzca directamente a Él; mortifíquese y vénzase todo apetito con su desorden carnal y cobardías de la voluntad, que van tras los gustos y satisfacciones terrenas, porque el apetito implica el amor a las criaturas fuera de Dios y contra su divina voluntad, por donde el apetito y la perfección se contradicen.

A este fin, a las aspirantes se recomendará, después de una conveniente preparación, la práctica de la penitencia corporal, reprimiendo la parte sensitiva con ejercicios sensitivos, y no menos la penitencia espiritual, dominando con gran espíritu todas aquellas inclinaciones que son contra Dios y no son según Dios.

b) Tiempo es también éste para que las aspirantes se ejerciten en la lucha contra los pecados capitales, haciendo hincapié en los que más afectan a la condición de ellas, contra las tentaciones con que el demonio no dejará de molestarles, y, sobre todo contra los atractivos del mundo, que ellas acaban de dejar.

Estas luchas, por lo regular, serán fuertes y recias en estas almas principiantes, y, puesto que en la Alianza no se trata de salir del mundo, sino viviendo en medio de él, salir de sus ocasiones, de sus atractivos, y de su medio ambiente, las aspirantes en su prueba habrán de iniciar intrépidamente contra él sus duros combates, a fin de tener desde el principio aquella disposición y postura clara y franca hacia las cumbres de la perfección y del amor, puestas previamente de espaldas al mundo y sus vanidades. Y, si bien es verdad que para estos triunfos nuestra dura lucha ha de abarcar muchos extremos, no creemos conveniente que se apliquen todos a la vez.

En la Alianza, Obra seglar, que debe vivirse en medio del siglo, conviene, ante todo, mortificar y dominar con gran energía el apetito DE SATISFACCIONES Y GUSTOS, que con tanto afán se apetecen por el deseo de libertad e inmortificación de los sentidos.

De ahí el primer combate de la aspirante: la negación de todo afecto desordenado a las criaturas por la constante mortificación de los sentidos, en los que el mundo deslumbrador tanto influye.

Y concretando más; entre todos estos apetitos desordenados, que el mundo de hoy despierta en la juventud, el más peligroso y el de peores consecuencias, es, sin disputa alguna, el de la concupiscencia de placeres sensuales. De donde resulta que el primero, el preferente, el que la aspirante ha de tener como su punto de partida, el gran frente de batalla para estas almas, ha de ser la lucha contra la carne, por el triunfo de la pureza.

Si, pues, en el frontispicio de la Alianza se ha leído: «El que quiera venir en pos de Mí, niéguese...» a su entrada, apenas entreabierta la puerta, los ojos de la aspirante se

encontrarán con la encantadora visión de la angelical azucena de la pureza.

II. La Pureza

He aquí a la aspirante metida de lleno en uno de los fines esenciales de la Obra de la Alianza, primera parte de nuestro triple lema: «VIRGEN EN LA PUREZA».

Si acaso, al acercarse a la Alianza, la aspirante ha experimentado una impresión sombría y desagradable, semejante a aquella que experimentó el joven del Evangelio, a quien el Divino Maestro invitó a seguirle, que fué para él una condición dura y fuerte, habrá ahora de reaccionar ante la visión luminosa de esta peregrina virtud de la pureza.

El más deslumbrador ornamento, la vestidura de gala más rica y vistosa, el secreto de bellezas y hermosuras más sugestivas y cautivadoras que posee la Alianza, es esta virginal pureza de las almas que en ella viven. La aspirante ha de extasiarse ante esta visión encantadora de almas, que en la Alianza hacen de la pureza su bello ideal, ocultándose a las miradas del mundo por medio de la más exquisita y delicada modestia y sencillez, confundidas, como María en Nazaret, bajo los atavíos propios y corrientes en una mujer seglar.

He aquí el primer ideal en la Alianza, que nació entre la asfixia de un ambiente de sensualidad, en época de libertinaje, en una ciudad de recreos y placeres, y entre gentes aficionadas y abonadas a estos bajos festines.

De aquí que el primer paso positivo de una aspirante en la Obra de la Alianza sea el cultivo de la más exquisita pureza de cuerpo y alma, y un estudio y meditación profunda de sus excelencias, ventajas, preferencias, delicadezas y hermosuras deslumbradoras.

De aquí que uno de los más poderosos motivos por los que se haya fundado la Alianza y porque en la Alianza constituya ella su ideal preferente, sea la pureza, con sus encantos, sus ventajas, su necesidad urgente para salvar a la juventud de la corrupción del siglo y ponerla de cara a Dios.

Aun cuando el fin supremo y último de la Obra sea el amor, pues el amor nos lleva a la unión con Dios, en que esencialmente consiste la perfección cristiana a la cual aspira la Alianza; para llegar a este amor y a esta unión, la Alianza propone, como su especial camino, como medio, y, al mismo tiempo, como fin próximo e inmediato, como su especial divisa por la que se distingue de todas las demás Obras similares: la práctica de la más delicada y exquisita pureza de alma y cuerpo. (Art.º 6.º del Reglamento).

El objetó inmediato de todas las actividades en la Alianza, es el- triunfo de la pureza en la Obra y por la Obra en las almas.

Quien lea con un poco de reposo el reglamento, notará enseguida y sin dificultad alguna, cómo en varios de sus artículos vuelve a repetirse este pensamiento y cómo, sobre todo lo demás, se da la preferencia al cultivo de esta virtud, siendo además ella el objeto predilecto de su gran apostolado.

Así como una Hermana de la Caridad es esclava de la virtud de la caridad, y la caridad es un lema de su apostolado, y como una Religiosa Reparadora es alma

reparadora, y la reparación es su misión y su apostolado, así la hermanita de la Alianza es esclava de la pureza angélica y la pureza es su especial misión, su lema y su apostolado.

¿Por qué esta orientación? 1) La Alianza tiene la pretensión, un poco atrevida, contando con la gracia de Dios, de llevar al mundo la vida angelical de perfección cristiana y evangélica hasta la perfecta unión con Dios. Esta obra se encomienda a la juventud femenina cuya conducta debe asemejarse en su espíritu, no en sus modos, a la de las más fervorosas religiosas. Y ello en el choque furioso contra el espíritu del mundo, que es espíritu sensual y carnal. Ha dicho muy bien San Agustín «El hombre, que, observando el precepto divino debía haber sido espiritual hasta en su carne, quebrantándolo, tornóse carnal hasta en su espíritu.

Misera herencia de carnalidad nos legó el Adán terreno al tornarse carnal hasta en su espíritu; pero el Adán celestial, que vino a restaurar todas las cosas, empezó por sacrificar nuestro hombre viejo, enseñándonos a proceder según el espíritu y a no satisfacer los apetitos de la carne.

Pero por altísimo consejo no quiso suprimir la lucha entre la carne y el espíritu; ha quedado contra nosotros la rebeldía de la concupiscencia a guisa de un hostil vecino. «Nacemos –dice el libro del Génesis (Cap. VIII-21)– con marcada propensión al mal». Esta concupiscencia, que mueve en nosotros los más bajos instintos, la han experimentado los Santos. Dice San Pablo: «Yo mismo no apruebo lo que hago, pues no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco; pues, cuando quiero hacer el bien, me encuentro con una inclinación contraria, porque el mal está pegado a mí. De aquí es que me complazco en la Ley de Dios, según el hombre interior; mas, al mismo tiempo, echo de ver otra ley en mis miembros, la cual resiste a la ley de mi espíritu... ¡Oh!

¡Qué hombre tan inferior soy yo! ¿Quién me librerá de esta mortífera concupiscencia?» (Rom. VII).

Según esta confesión, llana y sincera, del santo Apóstol, contra el hombre interior, espiritual, nuevo y renovado por Cristo, de aspiraciones angélicas, amante de la virtud y enamorado del orden, álzase el hombre viejo, exterior, carnal, animal, nombres con que la Escritura santa designa a la naturaleza viciada, tal como de Adán la recibimos todos, cuyos instintos son de bestia y para quien el supremo ideal de la vida consiste en dar satisfacción a los desordenados apetitos.

De aquí que la vida presente sea para todos los mortales, lucha cruel y tentación no interrumpida. Aun cuando faltaran otros enemigos —y por desgracia no faltan— en nuestra propia casa se aloja la concupiscencia, que es causa interior de todas las luchas y agente principal de todas las tentaciones. Porque es muy cierta la triste verdad del Apóstol Santiago, cuando dijo: «Cada uno es tentado, atraído y halagado por su propia concupiscencia» (I, 14). Y San Pablo señala esta guerra entre la carne y el espíritu, diciendo: «La carne arremete contra el espíritu y el espíritu contra la carne» (Gal. V-17).

Es inevitable la guerra entre la concupiscencia de la carne y el espíritu. La concupiscencia se oculta en los miembros de nuestro cuerpo, como reptil venenoso en su cueva y desde allí instiga a los sentidos y a la imaginación y a la fantasía a buscar sus adecuados y groseros manjares de sensualidad.

El espíritu, al contrario, ama el inmaculado candor de la pureza, se atavía con la blanca estola de la inocencia, abomina la sensualidad y los viles placeres de la carne, pugna por desasirse de los groseros vínculos de la carne,

aspira a la inmortalidad, a la sociedad de los ángeles, sus hermanos, etc., etc.

Establecida esta lucha, el Apóstol nos arenga, diciendo: (Gal. Rom.) «No queráis engañaros a vosotros mismos, lo que el hombre sembrare, eso recogerá; por donde, quien ahora sembrare para su carne, de la carne recogerá después corrupción y muerte; mas el que siembra para el espíritu, del espíritu recogerá vida eterna». «Así que, hermanos míos, somos deudores, no a la carne para vivir según la carne, porque si viviréis según la carne, moriréis; mas si con el espíritu hacéis morir las pasiones de la carne, viviréis; siendo cierto que los que se rigen por el espíritu de Dios, esos son hijos de Dios». «No queráis cegaros, hermanos míos; ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas han de poseer el reino de Dios».

Y así, triunfante el espíritu, vibra en la intensidad de una vida sobrenatural, cuyos frutos inmediatos, según el Apóstol (Gal. V) son la caridad, el gozo, la paz, etc.

Por eso, nuestro camino, para amar a Jesús con amor angélico, es la derrota de la carne por el triunfo de la pureza virginal.

El reinado del amor, que es el reinado del Corazón de Jesús, reinado de Cristo, no puede venir al mundo, si no es después de la muerte de la sensualidad, derrota de la concupiscencia de la carne por la castidad y pureza, y el triunfo del espíritu por el amor angélico.

2). La Alianza vive en medio del mundo, y el mundo es esclavo de la sensualidad. En el mundo ha triunfado la concupiscencia de la carne, perdiendo su soberanía el espíritu y la vida sobrenatural. Apenas hallaremos algo en el mundo, que no esté envenenado por la sensualidad: sus

reuniones, sus asambleas, sus fiestas, sus espectáculos, sus diversiones, su literatura, sus artes, sus talleres, sus oficinas, sus fábricas... todo está contaminado por las groserías de la carne.

El gran enemigo, que hoy aprisiona y esclaviza a las almas, en medio de nuestra sociedad, es el vicio bajo de la carne. Hace muchos siglos dijo una gran Santa española que el infierno es taba lleno de lujuriosos, y otro tanto dijo San Alfonso María de Ligorio. Este es el gran cebo del demonio, es el vicio por antonomasia, el que más ciega al hombre, apaga la fé, endurece el corazón, adormece la conciencia y la hace impenitente. Los deshonestos mueren como las bestias.

Ahora bien; siendo la Alianza una legión de almas espirituales, de intensa vida sobrenatural, en medio de esta envenenada sociedad, justo es que, como primer objetivo, enfoque sus entusiasmo, sus amores y sus energías hacia la bellísima virtud de la pureza, la cual viene a ser a manera de pedestal sobre el cual se asentarán estas almas para no contaminarse con el roce y contacto de la tierra infecta.

3). — ¿No es, además, este vicio el arma más poderosa y más destructora que el infierno maneja contra las almas? ¿No es acaso la inmoralidad, en todos los órdenes de la vida, el plan y objetivo, que persiguen las sectas anticristianas y ateas? Las campañas más temibles, más poderosas, mejor organizadas, que promueven las sociedades secretas, van dirigidas a la corrupción de los corazones por el vicio feo y grosero de la sensualidad.

Recuerda, hermanita, lo que a este respecto tenemos escrito en el comentario del capítulo segundo de nuestro Reglamento.

Los encantos de la pureza.- A nuestra pobre y enfermiza sociedad, por tantos males averiada e inficcionada, la Alianza quiere ofrecer modelos vivos de la belleza sobrenatural. La Alianza debe ser el encanto de la virtud vivida, y la virtud encantadora, bella sobremanera, según San Ambrosio y San Juan Crisóstomo y otros Padres de la Iglesia, es la pureza angélica. Y no son estos escritores ignaros y profanos, sino santos de primera magnitud de la Iglesia, los que han dicho de las vírgenes que son «la porción más noble y escogida de la grey de Cristo, las flores más hermosas que en el pensil de la cristiana religión lucen sus galas, las joyas de más estima con que la Iglesia se atavía; que la pureza es decoro y ornamento de la gracia y de los dones espirituales; guirnalda que nunca se marchita; perfección sobrehumana; fundamento de las virtudes; cima gloriosa de toda santidad; honra y prez de todos los mortales y hechizo de los felices moradores de la gloria y gema en estuche de oro conservada; germen divino de inmortalidad y prenda segura de la gloria, que anticipa, en cierto modo, los goces del paraíso; que por ella las vírgenes empiezan a ser, en este siglo, lo que el resto de los escogidos será tan sólo después de la final resurrección: semejantes a los ángeles del cielo».

Cierto, y es preciso confesarlo, que no es esta la más noble de las virtudes; lo son, sobre ella, las virtudes teologales, cuyo objeto inmediato es Dios, y aún la superan algunas virtudes morales. Pero no menos cierto que merece ser celebrada y alabada por su diafanidad, por su esplendor, por su hermosura divina, por su belleza soberana, porque dispone y da eficacia y voluntad para practicar más eficazmente las demás virtudes, en las cuales tan poderosamente interviene que a ésta especialmente se atribuye la belleza moral del hombre y aún es ella la belleza de las demás virtudes. «La castidad —ha dicho el Doctor

Seráfico— es hermosura de las virtudes y todo lo adorna y engalana».

Repitamos, pues, con San Ambrosio: «¿Quién «será capaz de encontrar una hermosura superior a la hermosura de una virgen, que es amada del Rey del Cielo, aprobada por el Supremo Juez, dedicada al Señor y consagrada a Dios?» Esta es, sin duda, la verdadera belleza, a la que nada le falta, la sola que ha merecido oír de la boca del Señor estas regaladísimas palabras: «Toda tú eres hermosa ¡oh amiga mía! no hay defecto alguno en ti». «*Divina quaedam res est virginitas*». «La virginidad es algo divino».

«¡Santa virginidad! No eres la más excelente de todas las virtudes, pero sí la más hermosa y la claridad de tu luz es tanta, que todas las cosas que por naturaleza o por consejo propenden a la virtud, de tu purísimo esplendor reciben lustre y hermosura». (San Gregorio Niseno). «¡Santa virginidad! La primacía de dignidad no te pertenece en el coro de las virtudes, pero tu nombre esclarecido está diciendo que, exacta y fielmente observada, eres complemento, corona y remate gloriosísimo de todas ellas. Pues la integridad de la carne, fielmente consagrada a Dios y unida a la pureza del corazón y conservada sin mancha con el favor del Cielo, recibe propiamente el nombre de virginidad, para demostrar que allí se encuentra la perfección de la verdadera virtud» (San Fulgencio).

He ahí la razón de nuestras preferencias. A conquistar, pues, muchas almas para Jesús, viene la Alianza, llevando al frente, como su especial divisa, enarbolada e izada, la inmaculada bandera de la pureza angélica.

Para que triunfe en el mundo el amor santo y divino a Cristo Jesús y para que triunfe Cristo Jesús por el amor, queremos formar una legión de corazones angelicales, en la

escuela de la virtud que por antonomasia tiene la propiedad y eficacia de transformar la carne en espíritu, lo terreno en celestial y lo humano en angélico.

¡Pureza angélica! Pureza en todos sus grados, desde la simple castidad en la viudedad hasta la más perfecta, inmaculada y angelical virginidad. Cruzada de la santa pureza es la Alianza y cruzadas de esta virtud deberán ser siempre todas nuestras hermanitas...

Dentro y fuera.—Dentro de la Obra no puede ser admitida ninguna aspirante, que no sienta, con especial preferencia, una especie de chifladura por esta virtud, dispuesta a guardarla y a defenderla a costa de los más caros y duros sacrificios. Es cierto que no basta esta virtud para que una sea verdadera hermanita; pero, sin un amor preferente a ella, no debe ser admitida ninguna aspirante, por perfecta que sea en lo demás y por avanzada que esté en años. Y la razón es porque, fuera de la Obra, su especial y preferente apostolado ha de ser el de esta santa virtud, y quien no sienta preferencia por ella difícilmente será apóstol celoso y entusiasta de la misma.

III. La Virgen María

Ya en los umbrales de la Alianza nos ha sorprendido la visión de un jardín de lirios y azucenas. Al dar ahora el primer paso hacia dentro, nos sale al encuentro la divina jardinera, la Virgen María, la Inmaculada y Purísima Doncella de Nazareth; Ella es la que cultiva este jardín, la que cuida estas flores, la que las riega y abona y la que se recrea en sus aromas y hermosura.

Por eso creemos muy justo que sea de ella (y no de otra cosa) el primer pensamiento, la primera intención, la primera ocupación de las aspirantes.

Además, la aspirante viene a entablar una gran batalla contra los enemigos de su alma, principalmente contra el mundo, y aquí, mejor que en ninguna otra parte de la Alianza, necesitará ella la sombra benéfica, el dulce arrimo, la mirada alentadora, el apoyo eficaz de su gran Madre.

¿No es, por ventura, Ella la que ha inspirado, ordenado, dispuesto, dado vida y calor a la Alianza desde el primer instante de su fundación? ¿No es Ella la Estrella divina que ha guiado a las primeras almas que dieron forma Y movimiento a la Obra? En María, providencialmente, tiene su asiento y su primera piedra el edificio de la Alianza. En Ella descansa, en Ella se asegura, en Ella se sostiene, en Ella respira, vive, aprende, avanza y triunfa.

Así como en las primeras luchas de la Iglesia, después de la Ascensión de Jesús a los Cielos, María fué el sostén, el aliento, el apoyo y el consuelo de los Apóstoles; así María lo es de la Alianza. Y así como en España, con las grandes dificultades y desalientos del Apóstol Santiago, María, con su visita en carne mortal, es el Cimiento, el sostén, la columna de la fé y del Evangelio, de la misma manera Ella es el sostén, el fundamento, la columna de la Alianza.

Bien necesita, pues, del calor de María el alma, que, dejando a un lado los halagos y regalos del mundo, emprende la subida a las alturas de la vida santa, pura y sacrificada en la Alianza.

Mil veces habrá de mirarla, invocarla, besar su medalla bendita, buscar su defensa y escudarse en su maternal regazo.

¿Y no es también Ella, desde los primeros pasos, su modelo, su ideal, su primera hermanita en la Casa de Nazareth, pura, amante y sacrificada?

Demos, pues, aquí preferencia a algunas consideraciones sobre verdades fundamentales de vida mariana, a la que queremos se aficione toda alma que quiera ser aliada.

Por María. — Desde su fundación lleva la Alianza en su escudo y en su propio nombre la expresión y significación de esta consoladora verdad, una de las más destacadas de la Mariología: A Jesús por María. En la idea de la Alianza nunca se ha prescindido de esta eficacísima intervención, la más positiva, de la Virgen Santísima.

Si la Alianza es unión de almas...; almas estrechamente unidas entre sí por identidad de vida, de plan, de ideales, de fines, etc., unidas «en Jesús», en su amor, en su Evangelio, en su vida divina, etc., esta unión tiene su fuerza, su lazo, su cadena, en María; es decir: Alianza (unión) en Jesús por María.

Cabalmente, de este pensamiento hemos deducido este otro, tan peculiar y característico en la Alianza y que es la esencia de su lema: «Al amor por la pureza».

Siendo Jesús nuestro amor o el ideal de nuestro amor, el camino a este amor en la Alianza, la cadena que a él nos une es la pureza, simbolizada gráficamente en María Purísima.

Es, pues, uno de los puntos cardinales, una de las notas fundamentales de la Obra, el estudio a fondo y práctica constante de la vida mariana, y la formación de las hermanitas, en la verdadera devoción, amor e intimidad, considerándola, además, como el ideal y ejemplar acabadísimo de una perfecta aliada.

María Mediadora.—«A Jesús por María», es pensamiento que más se deja ver en nuestra Obra de la Alianza:

Resumamos brevemente esta doctrina con forme a los principios fundamentales de la Teología.

Este título de Mediadora, aplicada a la Virgen María, no es de hoy; desde los primeros siglos de la Iglesia nos hablan en este sentido los Santos Padres. Veamos qué es lo que se significa con este título; para lo cual, y para proceder con más exactitud y autoridad, dejaremos con sumo agrado nuestra pluma al docto y piadoso mariólogo P. Santiago Alameda, O. S.B. En su obra, «María Mediadora» hallamos abundantísima y escogida materia.

Suyo es lo que sigue: «La primera de las bases en que se apoya el título de «Mediadora» que la Iglesia ha dado siempre a la Santísima Virgen, nos la suministra el célebre pasaje del Génesis, conocido comúnmente con el nombre de Proto-Evangolio, por hallarse en él la primera promesa del futuro Redentor.

«Vemos en este pasaje a Dios, que se presenta en el Paraíso momentos después de cometido el pecado por nuestros primeros padres, y dirigiéndose a la serpiente la conmina que, por cuanto se había valido ella de una mujer, captándose fraudulentamente su amistad, para perderla y para perder al varón, jefe y cabeza de la humanidad entera, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, El también suscitará una mujer, una segunda Eva, enemiga suya, y de ella se valdrá para proporcionar al mundo un nuevo Adán, que devuelva a los hombres la gracia perdida.

«Este segundo Adán, nos dice expresamente San Pablo, que es Jesucristo, y esta segunda Eva, afirma indirectamente

el Apóstol y lo confirma y asevera la Iglesia, es la Santísima Virgen. Eva nos hizo esclavos, María nos hará libres. Eva fué madre del pecado, María lo será de la gracia; Eva nos privó de Adán, fuente universal de la vida de la gracia, María nos dará un nuevo Adán, Jesucristo, y será nuestro camino para llegar a Él. Ad Jesum per Mariam. Mediadora delante de Jesús, como Jesús es mediador y camino para llegar los hombres al Padre.

«Es principalmente en el relato de la Anunciación, trazada por San Lucas, donde los Padres han visto escrito, no con palabras, sino con hechos, que María es la Eva de la Nueva Alianza y la Madre y Corredentora del pueblo nuevo; y se han complacido en destacar la sorprendente analogía que existe entre la escena del Paraíso y la de Nazareth.

«Un ángel de tinieblas se dirige a Eva, un Angel de luz a María. Eva era virgen al pecar; Virgen era María. El ángel de tinieblas, hablando a Eva, le inspira proyectos de rebelión; el Angel de luz persuade a María la obediencia. Eva cree a la serpiente; María al Angel. Eva pronuncia la palabra de muerte; María la de la vida. Eva, seducida por el demonio, es obligada a huir ante la faz de Dios; María, instruida Por el Angel, se hizo digna de llevar consigo a Dios. De este modo, dice Tertuliano, una fe obediente, borra la falta de una credulidad temeraria; y María, creyendo a Dios, repara lo que había destruido Eva creyendo al demonio: *«Quod illa credendo deliquit, haec credendo delevit»*.

Viniendo, pues, al significado de esta palabra de Mediadora, quiérese decir que la Santísima Virgen tiene el oficio de conducir las almas a Jesús, como Jesús tiene de conducir las almas al Padre; que, por consiguiente, Ella es a) la más acepta o cercana de Jesús; b) la corredentora o cooperadora

con Cristo y por medio de Cristo a la Redención y c) la dispensadora, con Cristo, de todas las gracias.

María, la más cercana de Jesús.—Lo primero que se requiere en el que ha de reconciliar a dos partes desavenidas, es el estar provisto de dotes que le hagan acepto y poderoso para apagar los odios y encender entre ellas la llama del amor. Por eso Jesucristo, como Dios-Hombre, fué mediador aptísimo para reducirnos al amor y concordia con nuestro soberano Señor, pues quien había de hacer tan grandes y tan generales amistades, quien había de hacer amigos de tantos enemigos como eran todos los de los siglos pasados, presentes y, venideros, necesitaba ser amicísimo y gratísimo a los ojos de Dios, para que con la grandeza de su amistad se echasen en olvido tantas enemistades. Y ¿quién podía ser para esto más apto que el Unigénito Hijo de Dios, infinitamente amado de su Eterno Padre? Y esto que decimos de la mediación de Jesús, se aplica igualmente a, la que María ejerce delante de su Hijo a favor de todos los hombres.

María es agradable y poderosa delante de su hijo Jesús, en primer lugar por su santidad, su virtud, la perfección de su gracia y copia de méritos imponderables. «María —dice Santo Tomás— fué llena de tanta gracia, que desbordó y se derramó sobre todos los hombres. Mucho es que un santo tenga bastante gracia para salvar un gran número de almas; pero lo que sería grande y extraordinario privilegio es que tuviese esa gracia en medida suficiente para salvar a todos los hombres del mundo. Tal es lo que sucede en Jesucristo y en la Santísima Virgen».

«Si por un imposible —añade Suárez— María pidiese a Dios una merced y toda la corte celestial solicitase del mismo Dios lo contrario de lo que solicita la Reina, la oración de la Virgen sería la más poderosa y eficaz...»

«El mundo –exclama San Anselmo– tiene sus Apóstoles, sus Patriarcas, sus Profetas, sus Mártires, sus Confesores, sus Vírgenes, buenos y excelentes abogados que deseo invocar reverente, pero Vos, Señora, sois mejor y más levantada... Lo que ellos pueden con Vos, lo podéis Vos sola y sin ellos...»

¡Oh, sí! María es Madre de Jesús, y esta dignidad la coloca tan cerca de Dios, que la constituye en un rango especial, infinitamente superior, hasta cierto punto, a todo rango de la creación.

Pero no basta que María esté cerca de Dios, es preciso que también esté cerca de nosotros; así es verdadera mediadora.

Para eso quiso Dios que María tuviese entrañas de amor y título y oficio de verdadera Madre, con obligación de mirar por los hombres y de trabajar en socorrer sus necesidades.

«Para que pudiese socorrernos, escribe Bossuet, eran precisas dos condiciones: que su grandeza la acercara a Dios y que su bondad la acercara a nosotros. La grandeza es la mano que toma, la bondad la mano que distribuye; y ambas cualidades son necesarias para que la comunicación sea perfecta. Siendo María la Madre de nuestro Salvador, su calidad la levanta muy alto ante el Padre Eterno; y siendo nuestra Madre, abájala su afección hasta compadecerse de nuestra debilidad, hasta interesarla en nuestra dicha».

La Virgen, pues, está colocada en un estado medio entre Jesucristo y nosotros, a manera de puente y paso de nivel para ir al supremo mediador e interceder por nosotros los pobres pecadores.

Es el simbólico arco-iris y la escala de Jacob, tocando el cielo y la tierra; la tierra con su ser natural y el cielo con su

santidad y dignidad de Madre de Dios. Por María bajó Jesús a la tierra y por Ella deben los hombres subir al cielo.

La hermanita cercana a Jesús.— Gran solución nos da la doctrina expuesta para aclarar y resolver muy satisfactoriamente la clave de la especial vida que la hermanita de la Alianza ha de vivir en el mundo.

La aliada, según la definición del Reglamento, debe aspirar a una vida no vulgar, sino de gran perfección y santidad; perfecta unión, intimidad y hasta familiaridad y amor con Jesús. La vida de la aliada no es vida a distancia con Jesús; sus relaciones son de gran acercamiento a Él; su vida de oración y de Eucaristía, su consagración y sus votos, su desprendimiento y espíritu de vida interior, la colocan en una esfera de gran intimidad y unión con Dios. La aliada es esposa verdadera de su divino Corazón, es alma subida que se acerca a Jesús, que toca a Dios, está en Dios, vive en Dios, es su confidente, su amiga, su reparadora, su consoladora, su amada que no se separa de El...

No obstante, la hermanita está en el mundo; su estado, su destino, su carrera, su oficio, su condición de hija del hogar, la obligan a permanecer sin salir un palmo de su carácter y condición de mujer seglar, que vive en el mismo pueblo, barrio, calle y casa, trabajando en la misma ocupación que las demás mujeres del mundo.

La hermanita es un alma que, por su profesión de virgen consagrada a Dios, debe vivir en Dios, en el cielo, y por su destino, carrera y oficio, debe al mismo tiempo vivir en medio del tráfico mundanal.

Dos extremos, los más opuestos, abarca la hermanita: la intimidad de Jesús, entre las salpicaduras de la vida terrena.

IV. Guarda de los Mandamientos

Luchando contra el viejo Adán, mortificándose constantemente, cautivada por el sublime ideal de la pureza, y alentada, defendida, guiada y recreada por María, ha comenzado la aspirante a ensayar y a vivir la nueva vida de principiante en la Alianza.

¿Cuál es ésta?

Ante todo esta vida consiste en el más exacto cumplimiento de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia.

La criatura, que va a ser regenerada en las aguas del Bautismo, oye en las puertas de la Iglesia, estas terminantes palabras del Ritual: «Si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos».

A la entrada de la Alianza el alma que a ella aspira, oirá también estas palabras: «Si quieres entrar y vivir en la Alianza, guarda, ante todo, con toda perfección los Mandamientos de la Ley de Dios».

El primer paso es la ley, toda la ley, sin quitar de ella ni una jota, ni una tilde: luego vendrán los consejos... La primera prueba de fidelidad, de amor, es la guarda de los preceptos de la Ley. Primero es vivir, y esto depende de la guarda de los Mandamientos; así dice Salomón; «el que guarda el mandamiento, guarda su alma» (Prov. 19, 16).

Jesús ama al Padre, guardando sus mandatos: «... que conozca el mundo que Yo amo a mi Padre y que cumplo con lo que me ha mandado» (Ioann. 14, 36). «Hijo, dice el Señor, guarda mis Mandamientos y vivirás» (Prov. 7-2).

Y Jesús en la noche triste, decía a sus discípulos: «Si me amáis, guardad mis Mandamientos... El que tiene mis Mandamientos y los guarda, aquel es el que me ama» (Ioann. XIV, 15-21).

Y Juan, en su primera epístola, nos dice: «Si guardamos los Mandamientos, con eso sabemos que verdaderamente le hemos conocido... Quien dice que lo conoce y no guarda sus Mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él». Y en la misma Carta (cap. V), dice: «El amor de Dios consiste en que observemos sus Mandamientos, y sus Mandamientos no son pesados». Y en verdad: «Nada tan dulce como respirar en los Mandamientos de Dios» (Eclesiástico XXIII, 37).

Dios nos ha puesto sus leyes para nuestro bien y nuestra felicidad: «A la manera que puso Dios firmes leyes a los cuerpos celestes» (Ps. 148, 6), así dió también a los hombres leyes y mandamientos con el fin de hacerlos temporal y eternamente felices.

«Ninguna cosa manda Dios, dice San Agustín, sino para el mayor bien de aquellos a quienes manda». Y San Paulino dice: «El mandamiento de Dios para nosotros es una gracia».

He aquí el primer campo de ejercicio de la Alianza, como lo es en el camino de perfección cristiana: guardar con fidelidad, con exactitud, con generosidad, con prontitud, con alegría interior, con amor y por amor, la ley santa de Dios.

Sea éste el cimiento de la vida de las aspirantes y de las hermanitas todas. Vano es querer dar un salto en estos caminos, con ilusiones, casi siempre equivocadas, de ciertas prácticas, ejercicios de vida espiritual, mortificación y penitencia, descuidando tal vez lo que es fundamental en estos caminos, a saber: una bien probada fidelidad a Dios en la guarda de sus mandamientos.

Sabe bien el demonio meter a las almas en estas confusiones y embrollos. Nunca se pueden descuidar los Mandamientos por seguir los consejos. Buena es la pureza, la virginidad; pero no basta sola sin las buenas obras, que dependen del cumplimiento de la Ley de Dios. Los Mandamientos no se pueden sustituir por los consejos. Los Mandamientos constituyen el primer programa de una aspirante, y este programa es necesario.

La Alianza es Obra que aspira a la perfección; la perfección, en último término, consiste en el amor de Dios y del prójimo, mas de este amor hay preceptos y hay consejos.

Jesús dijo a uno: «Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los Mandamientos», y díjole después: «Si quieres ser perfecto, vete, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, ven y sígueme...» De donde resulta que para salvarse basta guardar los mandamientos; pero para ser perfecto deben, además, guardarse los consejos evangélicos.

De esto han sacado algunos autores la consecuencia siguiente: que la vida cristiana consiste en la guarda de los Mandamientos y la vida de perfección en la guarda de los consejos. Lo cual no es exacto, sino que, si para salvarse basta el cumplimiento de los Mandamientos, para la perfección es necesario guardar los mandamientos y los consejos.

Primero la guarda de los Mandamientos, y, escúchenlo de nuevo esas almas que, so pretexto de muchas devociones, descuidan los deberes, y presumiendo de iluminadas, muy interiores, de mucha oración y hasta de fenómenos extraordinarios, no ponen interés en la guarda de los preceptos. Son terminantes las palabras de Santo Tomás (2.^a, 2.^a q. 184 a 3): «La perfección esencialmente consiste en los

preceptos..., secundaria e instrumentalmente en los consejos... y ambos se ordenan a la caridad».

Debemos evitar a todo trance que en la Alianza haya almas que, descuidando los fundamentos de la vida cristiana, que son esencialmente los Mandamientos, vivan infatuadas por el brillo de ciertos ejercicios o prácticas propias de almas adelantadas, junto a las cuales acaso no sean ellas más que unas infelices vírgenes necias o fatuas.

La aspirante, que viene del mundo a la Alianza, fundaméntese bien en la más fiel y constante guarda de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, y, al mismo tiempo, en el estudio serio, completo, de esta materia, en la tercera parte del Catecismo.

V. Estudio Catequístico

Queremos aliadas instruidas, competentes y capaces, para irradiar su vida y la doctrina en que está cimentada la vida que viven.

Una instrucción adecuada, competente y propia de una joven seglar es complemento necesario de una perfecta aliada. Queremos que las hermanitas estudien, que estudien todas, según la medida y posibilidad de su talento y medios que tengan a mano; que estudien con interés, con vocación y, si cabe, con verdadera pasión.

Pero... queremos que estudien, no para saber, sino para vivir y para comunicar la ciencia vivida y no puramente almacenada en su cabeza. Estudiar sólo por saber y por hacer el reclamo a su vano saber, vanísima cosa es. Preferimos un

corazón humilde y sencillo y de, pocas luces, a una cabeza vanamente ilustrada. ¡Y es tan fácil esto en una mujer!

Querernos aliadas instruidas preferentemente en aquellas materias, que son vida en la Obra en que ellas viven.

Poco o nada vale nuestra opinión y autoridad en esta materia; pero por lo que afecta a la Alianza y a la vida que en ella han de vivir nuestras hermanitas, queremos dejar claro nuestro criterio y modo de sentir acerca de esto.

Nuestro mayor respeto a los que opinan y trabajan en formar a la mujer cristiana en vastos conocimientos, no sólo fundamentales, básicos y categóricos de nuestra sacrosanta religión, sino también en cuestiones puramente escolásticas, debatidas en las aulas ; tanto en el terreno especulativo y filosófico, como en el terreno teológico (Dogma y Moral), además de la Historia, Liturgia, etc.

No obstante ¡Dios nos libre (en la Alianza, decimos) de hermanitas que vanamente presuman de bachilleras, filósofas y teólogas con borla y diploma...!

Exceptuamos las muy capacitadas – pocas y escogidas – cabezas equilibradas, de peso y de talento, que sepan digerir bien lo que hallan en sus libros. Estas hermanitas en su formación integral, podrán ampliar esta doctrina con otras materias propias y adecuadas para ello. Mas, en general, en la Alianza la instrucción debe abarcar nociones claras, terminantes, seguras, ciertas y luminosas de doctrina cristiana, doctrina fundamental, básica, en la cual deben las hermanitas cimentar su vida.

En la Alianza querernos catecismo, mucho catecismo, catecismo ampliado, suficientemente ampliado, bien explicado, bien aprendido, bien entendido, bien sentido y

meditado; Catecismo metido en la cabeza y en el corazón; catecismo luz y verdad; catecismo, manjar y vida; catecismo rumiado, digerido y hecho vida.

Si la hermanita llega a saber y a vivir de esta manera todo el catecismo, ya no necesitará otra cosa, ni para sí, ni para convertir al mundo entero.

Suponiendo que la aspirante conoce los rudimentos de doctrina cristiana, toda vez que ha sido discípula aprovechada en los cursos de catecismo parroquial, es ahora su primer deber el ampliar convenientemente esos conocimientos por medio de un catecismo más extensamente explicado. A este fin recomendamos, entre otros autores, Spirago.

A ella le corresponde comenzar por la tercera parte del Catecismo, que trata de los Mandamientos de Dios y de la Iglesia, cuyo estudio perfecto deberá ir unido a la guarda fiel de los mismos, que es plan esencial de su vida en el aspirantado, como se ha dicho en anteriores apartados.

Es cosa evidente que, para guardar con fidelidad y exactitud la ley de Dios, menester es conocerla a fondo y en detalle. Mucho se peca porque no se sabe en qué se puede pecar y cabe ignorancia en esta materia.

La aspirante debe estudiar bien sus deberes para con Dios, como simple y perfecta cristiana, y sus deberes para con el prójimo. Tanto el Director como las instructoras deben poner empeño en que sus discípulas comprendan y penetren bien el sentido del texto y de la explicación. Hábleseles, no sólo a la inteligencia, sino también a la voluntad, al corazón; no sea una instrucción seca, científica, de pura cátedra y tal vez aburrida y pesada; sea más bien una explicación

formativa, educadora, afectiva, sabrosa y práctica, que dé luz, infunda ambiente, convide a obrar y a vivir.

Esto le es fácil al Director, porque es sacerdote; el sacerdote no es un simple maestro, es sacerdote, y, como tal, su misión es algo más sublime que dar una simple lección mental.

Del Director que explicara estas materias debe tomar ejemplo y modo la hermanita instructora, de manera que también ella sea, en cierto sentido, sacerdote que dé la doctrina de Cristo y a Cristo en la doctrina.

VI. Estudio del Reglamento

Extrañará tal vez que el orden de materias que van explicándose en este Manual, no responda al que se establece en el articulado del Reglamento.

Hemos creído que interesa más mirar el grado progresivo ascendente, que se sigue en la Alianza desde la joven que comienza la prueba hasta la que toma el anillo de interna, lo cual es paralelo con los grados que ordinariamente señalan los ascetas en los progresos de la perfección cristiana.

Y como a este plan no puede responder el que se establece en el Reglamento, nos vemos en la necesidad de ir entresacando de éste aquello que haga relación con la materia que se explica en cada uno de los capítulos del presente Manual.

A la aspirante, en conformidad con el plan de vida que para ella hemos indicado, le interesa saber:

a) La primera parte del primer artículo del Reglamento: «Unión de castas doncellas... que buscan el triunfo de la pureza».

b) Un resumen breve de los artículos 15, 16, 17, 18 y 19.

c) Un resumen del art.º 6.º, la idea del sacrificio (tercera parte de nuestro lema) comienza a insinuarse desde que la aspirante pisa el umbral de la Alianza, y seguirá hasta consumir el más alto grado en la Obra y en la perfección.

d) Es interesante la explicación detallada del «Comentario» (final), Cap. VI, a lo que ayudará la doctrina que hemos iniciado en las precedentes páginas y que, D. m., hemos de seguir más adelante, acerca de la vida mariana.

e) No es menos interesante para las aspirantes el conocimiento claro y bien prefijado del art.º 39, sobre la admisión de nuevas aspirantes en la Obra.

1.º) Pruébese y púlsese bien a la pretendiente: sobre la voluntad de consagrarse a la Obra, por la Obra a la guarda de la pureza y de ahí a Jesús... y sobre lo que se ha dicho, más arriba, en el Capítulo I;

2.º) téngase en cuenta que no toda alma buena es buena para vivir en sociedad y hermandad con otras buenas almas.

3.º) Como la Alianza vive en medio del mundo y expuesta a las miradas y a la crítica mordaz de las gentes (las del claustro más fácilmente se ocultan con sus heroísmos y con sus miserias, las aliadas siempre viven al descubierto), la buena fama y reputación de la Obra depende en gran parte de la que tenga cada una de las que a ella pertenecen; hay almas, tal vez muy buenas, a quienes justa o injustamente se les carga un sambenito; 4.º) sobre la edad seamos rigurosos; sólo excepciones y excepciones extraordinarias y especiales

deben dar derecho de pasar los treinta de tope, hasta los treinta y cinco o cuarenta.

f) Al fin se dará una breve explicación sobre los artículos 59, 60, 61, 62, 63 con su «Comentario».

VII. Actos del Boletín

Una gran parte de los actos de piedad, que debe practicar la aspirante, de los cuales los esenciales están señalados en el Boletín, deberá explicárselo su Director espiritual, puesto que para eso interesa conocer a fondo el alma; y conforme sean las mociones del espíritu y la tendencia y correspondencia del alma a ellas, así se deberá intensificar, regular y detallar estos actos. Pero también es labor y muy principal del Director de la Alianza, la que se refiere al estudio y conocimiento práctico de todos estos actos.

Póngase especial interés en la explicación del Santo Rosario y de todas las demás devociones que se ordenan al culto y veneración y amor de la Santísima Virgen. ¡Que Ella proteja a estas almas!

CAPÍTULO IV

Hermanitas iniciadas. Sigue la vida purgativa.

I. Vécete

Con la toma de la medalla la iniciada comienza su nueva vida; de espaldas al mundo, de cara a Dios, en los brazos de María, revestida de la pureza angélica, aspirando a la perfección en el amor, abrazada al lema del sacrificio para vencerse y unirse a su Amado.

De esta alma nos hará una bella descripción la inspirada Madre Sorazu (La Vida Espiritual. Cap. II) «Las almas que, arrastradas por la corriente del mundo, siguieron sus vanidades y vivieron por algún tiempo bajo el dominio de Satanás, cuando de veras se convierten a Dios, siéntense libres del enorme peso que las oprimía, henchidas de gozo, fuerte y suavemente atraídas por Dios y dispuestas a inmolar en sí mismas todo lo que se opone a su divina voluntad y al cumplimiento de sus deberes. El inmenso y triste vacío, que experimentaban en las diversiones mundanales y placeres terrenos, desaparece; las negras tinieblas que envolvían su alma y cegaban su inteligencia, se disipan; su conciencia, que parecía haberse muerto, revive, y sus potencias, antes, para comerciar con el mundo superior de los espíritus, embotadas, y ejercitarse en las virtudes, quedan como revestidas de cierta facultad para el ejercicio de sus nobles funciones;

adquiere de nuevo los dones y virtudes que recibiera en la fuente bautismal, especialmente la fe, esperanza y caridad, cuya presencia siente visiblemente y halla energías hasta entonces desconocidas en el fondo de su ser para practicar el bien, venciendo los obstáculos que se le presentan en su nueva vida. Todo le arrastra a Dios, que le atrae con la infinita dulzura de su amor, superior a todo deleite terreno. Maravillada de verse favorecida con la amistad y amor de un Dios a quien creía enojado y con espada en mano para vengar los agravios que le ha hecho con sus pecados, liquidase toda de gratitud y amor, lo estima sobre todas las cosas e incondicionalmente se pone a su servicio».

«El cielo la sonrío y promete franquear sus puertas cuando llame a ellas, si persevera en el servicio del Señor, a quien ha consagrado su vida...

«Ama con cariño filial a la Santísima Virgen, en quien, después de Jesús, deposita toda su confianza, invócala con frecuencia con la salutación angélica y se impone el deber de obsequiarla con todas las prácticas piadosas que conoce y se le ocurren, singularmente con el Santo Rosario, que empieza a recitar diariamente...

«Siente la feliz necesidad de frecuentar los Sacramentos, oír una o varias misas, visitar al Santísimo, practicar el ejercicio del Vía-Crucis...

«Agradece en gran manera el amor misericordioso de Dios, que, generosamente le perdonó sus muchos... pecados y la promete el paraíso celestial para su día; pero ama igualmente su Verdad y Justicia, amor que la impulsa a resarcir el detrimento causado a su gloria con las faltas que cometiera en su vida pasada, haciendo la penitencia debida por ellas y practicando con singular esmero las virtudes

contrarias a las mismas, sin perdonarse nada en este punto. Si fué vanidosa, callejera y amiga de diversiones y pasatiempos, practica la humildad, el retiro, desprecio y abstracción del mundo en tanto grado, que admira a cuantos la conocieron antes de su conversión y los mueve a lástima. Si fué regalona y amiga de comodidades, cultiva la virtud de la abstinencia y mortificación de la carne... De esta manera practicar las virtudes contrarias a los vicios que la dominaron y pecados que cometió en su vida pasada, satisfaciendo por ellos a la justicia divina con tanto mayor gusto cuanto más generosamente la perdona su amor misericordioso. Practica la virtud sin gran dificultad, merced a las energías que la presta la gracia sensible y las consolaciones que experimenta en los ejercicios de piedad y en el trato amoroso de su Dios. Diríase que Jesús se ha constituido padre, madre y nodriza de esta afortunada oveja que... por Sí mismo y en sus brazos la conduce de justicia en justicia y de virtud en virtud, para que no tropiece en alguna dificultad y retroceda, y para mejor sustraerla a la influencia diabólica y mundana.

«Alguna que otra vez se acerca a ella Satanás, le pone delante los placeres mundanales que abandonó y las cruces espinosas que le esperan en su nueva vida y la observa, para ver si vacila; pero viéndola firme en su resolución, se retira, desesperado de conseguir por el momento su pretensión, porque no ve ningún portillo abierto para penetrar en su corazón. El mundo, astuto cazador de las almas, hace los últimos y supremos esfuerzos para conquistarla de nuevo, y lo procura por medio de sus amadores, quienes ponen en juego todos los resortes de su falsa ciencia y profano querer para conseguirlo, aunque en vano, porque, fuerte con la conciencia del deber cumplido y de la felicidad del Divino Amante, a quien ha consagrado su amor, contesta negativamente a todas las sollicitaciones del mundo con

acento que revela la firmeza de su resolución, lo feliz que se siente desde que pertenece a Dios y la compasión que le inspiran las almas que, arrastrando las cadenas de su esclavitud e insensibles a la propia y suprema desgracia, dicen que se compadecen de los que gozan la dichosa libertad de los hijos de Dios. El mundo admira la transformación en ella obrada y su heroísmo desde que en realidad de verdad milita en las banderas de Cristo...

«Tránsfuga del mundo, siéntese llamada a la oración mental y trato íntimo y familiar con Dios y empieza por la meditación de los novísimos y de la Pasión del Señor, dedicando a esta todos los días varios ratos y a aquella breves momentos. Al principio siente alguna dificultad en orar con la mente, y alguna que otra vez siente repugnancia grande a dicho ejercicio cuando se acerca la hora de emplearse en él, tanto, que con gusto vería sustituida la oración por sangrientas disciplinas u otras penitencias. ¡Tanta es la repugnancia que siente! Conoce que es tentación y procura vencerla, y vencéndola, lo mismo que los demás obstáculos, un día y otro día, logra adquirir el hábito de la oración, que cada vez se perfecciona más. Jesús, paciente, la atrae dulcemente y subyuga su corazón con su bondad y su amor... Ve en Jesús un padre, una madre que ama al hombre con infinita ternura, un amante divino que no rehúsa sacrificios y que agota todos los recursos de su amor omnipotente para conquistarla. Agradecida a tanta fineza y amor, procura corresponderle, amándole con todo el ardor de que es capaz...

«Conoce que Dios la destina a un alto grado de santidad, y un impulso superior e irresistible la lleva hacia la perfección más alta por la práctica de la virtud sólida y de la fidelidad a las inspiraciones que continuamente recibe...»

Hasta aquí la cita de la Madre Sorazu.

La tarea más dura de esta hermanita iniciada será la del vencimiento. Los asaltos del enemigo, las atracciones del mundo que abandonó, los desordenados apetitos del «hombre de pecado», del «viejo Adán», todavía siguen el duro combate contra ella. La libertad de los sentidos, la curiosidad sin freno, el regalo de la carne, la comodidad en el plan de su vida, los ensueños de su vida de orgullo, ostentación, propia estima, etc., etc., requieren ahora una vigilante mortificación, vencimiento constante, para dominarlos y mantenerlos en orden.

Así como el cochero en su pescante lleva las bridas en una mano y en la otra el látigo, para regular la marcha de los caballos, así también la hermanita, en el pescante donde va su Amado, debe llevar las bridas para sujetar, cuando se encabritan y el látigo para mover y sacudir cuando se emperezan y se duermen en la comodidad los caballos de nuestros apetitos y pasiones.

Recuerde bien la hermanita iniciada lo que queda dicho en el primer apartado del tercer capítulo sobre la vida purgativa. Este ejercicio del propio vencimiento y abnegación sigue teniendo preponderancia en el grado de iniciadas las cuales son, todavía, incipientes en el camino de la perfección.

De su importancia nos habla magistralmente el P. Arintero (Evolución mística, Part. 2— Capit. I) «Todo el proceso de la vida sobrenatural consiste en «despojarnos del hombre viejo con todos sus actos y vestirnos del nuevo». Ese «hombre viejo», en sí mismo, es Adán caído y degenerado; y el «nuevo» es Jesucristo, Hijo de Dios y nuestro Salvador, «Varón perfecto», principio de nuestra vida sobrenatural y restaurador de la humanidad. En nosotros el «hombre viejo» es la naturaleza viciada con el pecado de Adán y con los

innumerables defectos que se le han acumulado, dejándola tan torcida, tan propensa al mal, tan avasallada de perversas inclinaciones, que se siente incapacitada para cumplir la misma ley natural; el «nuevo» es la naturaleza regenerada, rectificadora, realzada y animada por el espíritu de Jesucristo. Todo nuestro progreso espiritual consiste en procurar la más perfecta «pureza de corazón» y la más completa sumisión y «docilidad a las mociones e insinuaciones del Espíritu Santo» que sugiere e inspira los sentimientos de nuestro Salvador, y nos va imprimiendo su divina imagen; y, de este modo, si no le resistimos con nuestra indocilidad, no ahogamos e impedimos su acción con la impureza de nuestros mundanos deseos, renovará la faz de nuestra tierra y nos irá transformando de claridad en claridad. El ideal del cristiano es, pues, desprenderse de sí mismo para reproducir la viva imagen del «Hombre nuevo», portándose en todo como verdadero hijo de Dios, viviendo y obrando según su espíritu y siguiendo sin la menor resistencia su moción y dirección; pues en tanto mostrará ser fiel hijo de Dios, en cuanto proceda animado de su espíritu.

«Mas para llegar a esta verdadera y gloriosa libertad de los hijos de Dios, hay que romper las pasadas cadenas de las malas inclinaciones que nos esclavizan, desarraigar todos los vicios y hábitos pecaminosos, domar y refrenar por completo las pasiones rebeldes o desordenadas, velar sobre los más ocultos movimientos y sentimientos de nuestros corazones y enderezar todo lo torcido, resistir a todas las sugerencias del mal y ahogar todas las concupiscencias del amor propio, de modo que ya no tengamos otro querer ni otros intereses que los de Jesucristo. Así, uniéndonos amorosamente con El con esta perfecta conformidad de voluntades vendremos a quedar transformados y hechos una sola cosa con El, viviendo en todo de Eu espíritu...

«Por aquí se comprenderá cuán larga y laboriosa ha de ser nuestra «preparación del camino del Señor» que lleva a la felicísima unión con Dios y a la plena manifestación de su vida en nosotros.

«Él es la misma pureza y santidad por esencia, la rectitud y simplicidad absoluta. Y nosotros «desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza no tenemos cosa derecha ni sana»: todo está más o menos contaminada con la culpa original, con los vicios hereditarios que se fueron acumulando, y muy especialmente con los pecados personales que, por leves que sean o parezcan, contaminan y pervierten la misma alma. Sabido es que, como dicen los fisiólogos, con cada acto vicioso o desordenado se «organiza una mala asociación de neuronas», y se forma «un circuito» que tiende luego a reproducir automáticamente el mismo acto con independencia de nuestra voluntad; y con la repetición de actos, esas asociaciones viciosas se consolidan y llegan a hacerse hereditarias. Así es como con cada acto vicioso de nuestros progenitores, y sobre todo con los propios, se agravan los estragos de la primera culpa y se va reforzando y agrandando la onda del mal. Cuando se consideran estos actos, por leves que puedan aparentar muchos de ellos, acumulando sus efectos en millares de años, comprenderemos cuán cierto es que «no hay en nosotros cosa sana», que las desordenadas tendencias han arraigado hasta en lo más profundo de nuestro ser y que no hay en todo nuestro organismo ni el más ínfimo elemento sensitivo o motor que no se halle de algún modo contaminado, viciado, torcido o mal inclinado. Y esos vicios del cuerpo repercuten y se dejan sentir en las mismas potencias del alma, si es que no radican en ella principalmente, como sucede con las faltas voluntarias.

«De ahí que para purificar, rectificar, simplificar y santificar todo nuestro ser, renovando y ordenando ese complicado laberinto según las simplicísimas normas divinas, de modo que los sentidos y apetitos se sometan a la razón y ésta al divino Espíritu y así pueda ser perfecta nuestra unión con Dios, hay que hacerse en todo ello una violencia extremada para que todo se enderezca y se corrija y, volviendo a su puesto normal, esté en condición de ser realzado y transfigurado. Así este «mortificar» no es «matar», sino «sanar», rectificar y renovar. Si la naturaleza estuviera del todo sana y equilibrada, espontáneamente se sometería a la norma superior que tanto la ennoblece; como se someten las energías físicas al plan vital, la vida orgánica a la sensitiva y ésta a la racional en un organismo perfecto. Mas cuando hay alguna imperfección, las energías inferiores fácilmente se insubordinan, y de la relativa autonomía de que gozan tienden a la soberanía y aún a la tiranía; y, por lo mismo, es menester avasallarlas para que se sometan al orden. Y como en el hombre todos los apetitos interiores están insubordinados y levantados contra la razón, por lo mismo que ella también se insubordinó aspirando a ser «autónoma», por eso hay que hacerles violencia a ellos y aun a ella misma «*in obsequium fidei*», «para que en todo reine de nuevo el Espíritu de Dios».

«Dios hizo al hombre recto dice Marmión- («Jesucristo Vida del alma», 2.a Parte, apartado IV). Con el pecado desapareció este orden armonioso, rebelóse el apetito inferior y entablóse la lucha de la carne contra el espíritu. Desgraciado de mí, —exclama San Pablo— que no puedo realizar el bien que me propongo cumplir y en cambio pongo por obra el mal que no quisiera ejecutar.

«Es la concupiscencia, movimiento del apetito inferior,

la que nos inclina al desorden y nos incita al pecado. Es así que esta concupiscencia de los ojos, de la carne y del orgullo propende a crecer, dar frutos de pecado y de muerte sobrenatural; luego, para que la vida de la gracia se mantenga en nosotros y se desarrolle, hay que mortificar, es decir, reducir a la impotencia, dar la muerte, no a nuestra naturaleza, sino a aquello que en nuestra naturaleza es origen de desorden y de pecado: instintos desordenados de los sentidos, desvaríos de la imaginación, perversas inclinaciones, etc. De aquí se deriva la necesidad... de restablecer en nosotros el orden, de volver a la razón «sumisa a Dios» el imperio sobre las potencias inferiores, que permitan a la voluntad su entrega total a Dios; y en esto consiste la vida. No olvidéis que el cristianismo en su principio sólo exige la mortificación para sacrificar en nosotros todo cuanto se opone a la vida; el cristiano, por medio de la renuncia que hace, procura eliminar de su alma todo elemento de muerte espiritual, a fin de dejar desarrollar en él la vida divina con toda libertad, con toda facilidad, en toda su plenitud».

No conviene, sin embargo, ocupar a las iniciadas exclusivamente en ejercicios de vencimiento y mortificación que, si bien son tan importantes y necesarios, como acabamos de ver, son parte negativa de nuestra santidad. Póngaseles también ante sus ojos el bello ideal de su vida, que es vivir de Jesús; ábraseles la fuente de agua viva, como lo hacía Santa Teresa, cuando decía a sus hijas: «¿Por qué pensáis, hijas mías, que he pretendido declarar el fin y mostrar el premio antes de la batalla, al deciros el bien que trae consigo llegar a beber de esta fuente celestial, de esta agua viva? Para que no os acongojéis del trabajo y contradicción que hay en el camino y vayáis con ánimo y no os canséis...»

En efecto, la hermanita iniciada, debe ser iniciada en la vida de trato e intimidad con Jesús; iniciada en su conocimiento, iniciada en la oración, en el estudio del Evangelio, en el Catecismo, como más adelante lo diremos.

II. Defensa de la Pureza

Su triunfo en la Alianza y fuera de ella es el ideal y la preocupación de toda hermanita: Conocerla a fondo en las fuentes de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia es el primer deber de ella, amarla con locura será su mayor satisfacción y gozo.

La guarda de esta joya, en medio de un mundo pagano y sensual, exige grandes sacrificios, propios solamente de almas esforzadas y valientes.

La belleza interior de esta virtud se transparenta en el exterior de la aliada por medio de la modestia cristiana. He aquí el primer rasgo de la hermanita iniciada: una exquisita modestia.

Los artículos 15 y 16 y su «Comentario» del Reglamento, deben ser objeto de su continua meditación. Nos parece conveniente ampliar algo más esta importante materia:

a) Modestia en general. – La Alianza es vida seglar, la hermanita vive en medio del mundo y basta esta razón para encarecer, además de la formación exterior de pureza, la necesidad de una formación externa en la misma virtud, en perfecta armonía con la interior.

La vida externa familiar, social, ciudadana, pública, debe, en todo, conformarse con la vida interior, cristiana,

evangélica, sobrenatural que se vive, si no queremos oír la gráfica expresión de San Pablo a Tito (I-16) «Confiesan que conocen a Dios... pero con las obras lo niegan».

Muchas cristianas son cristianas en el alma, pero paganas en el cuerpo; cristianas cuando se recogen en el reclinatorio o en el comulgatorio, apenas cuando se desenvuelven en la calle y en el palco; cristianas en traje de misa, paganas en traje de baile; cristianas rezando el Rosario, paganas conversando en la tertulia y en el paseo.

La hermanita es cristiana en el cuerpo y en el alma, interior y exteriormente, en el retiro y en la calle; en la iglesia y en el taller, sola y públicamente, y en todo y para todos es ejemplar y modelo; su mejor y más eficaz apostolado es el apostolado del ejemplo.

El primer rasgo de esta actuación de la hermanita en el mundo es la modestia cristiana y en ella debe ser formada con esmero. Esta modestia, tal como nosotros queremos destacar aquí, es aquella que define atinadamente el Padre Alonso Rodríguez: «Sea tal la composición del cuerpo, tal la guarda de nuestros sentidos, tal nuestro trato y conversación y todos nuestros movimientos y muecas que causen edificación en todos los que nos vieren y trataren...», a lo cual podemos añadir con San Agustín: «Que, además, ayude a vuestra propia santificación».

Vuestra modestia, pues, hermanitas amadas, es una tan especial y ordenada composición exterior, que edifique a los que os vieren y trataren y sirva poderosamente a vuestra propia santificación y, de manera especial a la guarda de la virtud santa de la pureza.

En efecto, mucho se edifican y mucho ganan los prójimos con el exterior arreglado y edificante de personas

buenas y modestas; porque los hombres no ven el interior de ellas, sino solamente su exterior correcto y cristiano; eso les mueve, les edifica, les predica y les enseña.

La Alianza es una predicación y una enseñanza en «cuadros vivos». Al mundo materialista y sensual y grosero debe metérsele la virtud por los ojos. El cine y el teatro tienen poder irresistible; mayor lo tiene todavía para el mal el «cuadro vivo» de la provocación en la calle.

Ahí mismo, en «estampa vivida», la Alianza ha de predicar la honestidad y todas las virtudes cristianas, y... arrastrar a las almas a la práctica constante de ella.

Vosotras, las hermanitas de la Alianza en Jesús por María, que tenéis la misión de ser apóstoles en vuestras Parroquias, en los Catecismos, Escuelas y sitios donde ganáis el pan diario, dais fuerza y eficacia a ese incesante apostolado con vuestra angelical modestia y exterior compostura, puesto que el exterior recatado y recogido revela la virtud y la santidad interior de vuestra alma, y de ahí viene por sí recomendado y ensalzado vuestro prestigio y vuestra autoridad y vuestro ascendiente.

Sin cesar debemos dar gracias a Dios, porque todo lo dicho lo tenemos confirmado con el ejemplo consolador que muchas hermanitas van dando en su vida pública.

Pero tampoco hemos de echar en olvido que la modestia ayuda poderosamente a vuestra propia santificación.

Es doctrina general de los santos que la modestia y la guarda de los sentidos son medio principalísimo para la vida espiritual e interior. La modestia recoge el corazón y el pensamiento, enciende la piedad, excita la devoción y nos facilita la presencia de Dios, haciéndonos sentir intensamente su dulce intimidad. «Con todos los medios

guarda tu corazón, porque del mismo procede la vida» (Prov. IV). «Y para guardar bien el corazón – dice San Gregorio – con verdadera disciplina guarda los sentidos».

A las «mundanas piadosas» no gusta esta doctrina y poco caso hacen de ella. Ellas os motejarán llamándoos ñoñas, ridículas, exageradas, más rigoristas que el Evangelio, y añadiendo para su tranquilidad, que la santidad no está en bajar la vista, sino en guardar bien el interior. Pero a esas almas, falsamente piadosas, hay que salirles al paso, diciéndoles: «No es posible guardar bien el interior sin guardar primero el exterior».

A este propósito, el citado P. Rodríguez trae la siguiente comparación: «Así como acá vemos que no produce la naturaleza al árbol sin sus hojas y cortezas, ni la fruta sin su cáscara, sino que todas las cosas hace con sus reparos y defensivos para la conservación y ornamento de las cosas; así también la gracia que obra conforme a la naturaleza y más perfectamente que ella, no obra lo interior de la virtud, sino mediante esto exterior: esa es la corteza y cáscara con que se conserva la virtud...: y cuando eso faltara, faltaría también esto otro».

Y añadamos un poco más: así como la modestia exterior ayuda a la vida interior, así viceversa, la vida sólidamente interior ayuda a componer la modestia exterior. Cuando en un alma, reina una virtud sólida y maciza, casi por su propio impulso y natural inclinación, se recoge el exterior, y esta es la verdadera y sólida modestia, la que brota de la fuerza interior de la virtud; esta no es modestia artificiosa y fingida y postiza, que no dura en la prueba, por lo mismo que no tiene base, sino que es modestia que tiene su raíz en la virtud interior y, que nace de ella como el efecto de su causa.

Por eso, una joven angelical y pura, con virtud sólida,

naturalmente y casi por instinto, se recoge a la vista de una ocasión...

Y para terminar este punto: «QUASI TRISTES, SEMPER AUTEM GAUDENTES» (II Cor. VI) «como tristes y siempre alegres»; es que muchos creen que es triste y aburrida y melancólica la vida recogida y modesta. Por de pronto, a las alegrías vanas y exageradas, se debe preferir la compunción del corazón. El destierro de esta vida, más es para llorar que para reír.

Sin embargo, las almas recogidas tienen mucho en qué alegrarse, y, aunque aparenten vida sombría, ella muchas veces es la más alegre. Al estilo de Teresita, puede la hermanita contemplar el panorama de la Creación. Hay mucho bueno y lícito a la hermanita para explayar sus sentidos y solazarse santamente.

Y aún es mejor cerrarse al mundo visible y abrirse al mundo invisible, que es infinitamente más bello y alegre. Las almas recogidas penetran, con miras sin nubes, las bellezas invisibles del orden superior sobrenatural.

¡Qué alegres son los santos!

b) Modestia en el vestir. —El primer rasgo de una hermanita, en su actuación externa, es el de la modestia en el vestir.

Y entendemos aquí por vestido todo el conjunto de objetos y prendas que el decoro y la decencia natural prescriben para la honestidad cristiana de la mujer.

Y a tal extremo debe llegar esta compostura y modestia en la hermanita, que, en todo y perfectamente, el exterior responda a la virtud interior de su pureza angélica, que

ofreció a Dios con firmísimo voto.

Como dice el Reglamento, la modestia es el «hábito» de la Aliada; no tiene ella otro uniforme; todas deben coincidir en esta uniformidad, dentro de la gran variedad de vestidos y prendas que puedan y deban usar, a saber: en que todas vistan honestamente.

Variedad y unidad. Variedad en la «calidad». Caben calidad superior, media e inferior; no está prohibida en la Alianza ni la seda ni el ínfimo percal, pero, en su punto, como diremos.

Variedad en los «colores». No se exige que todas vistan de un mismo color; en eso cabe el buen gusto y el buen tono, con tal que los colores no sean excesivamente llamativos y chillones. Deben preferirse los tonos pálidos y suaves. El blanco, sin embargo, (por lo que significa), aun cuando sea completamente blanco, podrá usarse, particularmente entre jóvenes de corta edad.

A las internas su propio Reglamento les prescribe que los colores con preferencia sean graves (no precisamente negros).

Variedad en los «cortes». No hay obligación de sujetarse a un sólo y único modelo de figurín. Siguiendo el buen gusto, puede adoptarse la moda que actualmente sea más corriente, prefiriendo (como es natural) aquella que esté más en armonía con el decoro y honestidad en que debe sobresalir toda hermanita.

Variedad en la posición, estado, oficio. En el art. 16, «Comentario», decimos que en la Alianza existen gentes de distinta posición social, ricas y pobres, y que cada una vestirá conforme a la posición que ocupa en la sociedad; ¡Qué importante es este punto...!

La Alianza es norma de vida para los de arriba y para los de abajo, y en todas las esferas debe dar ejemplo de vida cristiana y honesta en el mundo. Para lo cual, a las de altas esferas, no se puede obligar a que bajen a la categoría inferior; allí mismo, donde ellas viven, debe dárseles un modelo de vida modesta y honesta. Creemos que cabe una modestia rica, una modestia alta, una modestia de tono, una modestia elegante, o sea, una virtud al mismo tiempo de fondo y vistosa, virtud bien ataviada. Como que en el Cielo vestiremos con elegancia y buen gusto.

La Alianza no debe renunciar a sus adecuados atavíos, si dentro de sus filas hay jóvenes a quienes, por su posición social, o por lo que fuere, les sea justo y propio el ataviarse, y es deber de ellas el vivir, dentro de su esfera, sin disfrazarse de otra inferior, la verdadera y perfecta vida modesta, angelical y digna de una esposa de Jesús.

Dirán que es difícil...; que es expuesto a la vanidad, al orgullo...; que hay que mirarse mucho al espejo...; que, en fin, se tocan dos extremos muy opuestos. No lo dudamos. Pero es su misión, como es misión de una obrera de fábrica ser ángel-aliada en medio de máquinas y maquinistas. Grande será su mérito y enorme el fruto del callado apostolado de su ejemplo.

Téngase, sin embargo muy en cuenta, que a ese rango no deben aspirar, por ninguna razón, las que no viven en él; porque «aunque se vista de seda la mona, mona se queda».

Es de suma transcendencia que las Directoras –ellas son las llamadas preferentemente– tengan gran cuidado de clasificar la gente de su respectivo Centro y que cada una vista dentro de lo que permite y manda la moda en la respectiva esfera. Y todas, como se dice en el artículo 16, con

sencillez, holgura, largura, evitando extremos ridículos o llamativos, sin exageración en alhajas y adornos superfluos, que ni hacen elegante ni modesto.

No hay necesidad de mentar aquí los coloretos y vanos afeites. Mientras la mujer guarde su parecido con el primer modelo que en el paraíso salió de las manos de Dios, están muy de más los retoques, pues no hay por qué enmendar la plana a Dios; sea cada una como Dios la hizo.

Una palabra sobre las medidas. Estas en la Alianza son terminantes, fijas y claras; a ellas deben atenerse todas las hermanitas. Sepan que en la Alianza, sobre este punto, lo mismo se falta por carta de más que por carta de menos; no cortas, y provocativas, ni largas hasta el ridículo; no ceñidas indecentemente, ni flojas como un fardo desfajado; no formas demasiado artificiosas, ni tampoco desaseo, desaliño y abandono.

Y ¿sobre el calzado? Que el calzado sea calzado, y no aparato de titiritero; que el calzado vista y defienda decorosa y cómodamente los pies. Respecto a su color, aténganse a lo dicho sobre los colores y tonos en el vestido; esto y aquello deben ir en armonía.

Y en conjunto: «arréglense» las hermanitas con gusto y decencia; pero... que no se diga de ellas en la calle y en los corrillos: ¡cómo se arreglan las hermanitas!

«Arréglense», no por orgullo, no por vanidad, sino para exhibirse ante su Dios y Señor.

c) Modestia en los sentidos. —La guarda de los sentidos es un punto muy importante de la mortificación cristiana. En este sentido, los ascetas y maestros de la vida espiritual nos dan reglas muy atinadas, según las cuales el dominio de los sentidos y su perfecto vencimiento, alcanzados en legítimo

certamen, son medio poderoso y eficaz de santidad.

Pero no es ese aquí nuestro intento. Venimos hablando ahora de la modestia, hablamos de la belleza exterior de la virtud angélica, hablamos del uso y de la aplicación de nuestros sentidos en orden a esta virtud.

Su importancia la encarece San Gregorio con estas palabras: «Para guardar bien la pureza del corazón, es preciso también guardar el orden y la disciplina de los sentidos exteriores...» Y sea lo primero:

1.º La modestia de los ojos. «Acostumbra –dice San Doroteo– a tus ojos, a no derramarse a uno y otro lado en cosas vanas; de lo contrario, perderás todas tus buenas y santas obras».

«Los ojos en el suelo -dice San Bernardo-, ayudan a traer el corazón siempre en el Cielo».

Por eso, el santo Job (Cap. XXXI) dice: «que hizo alianza con sus ojos de no pensar en mujer».

La hermanita, pues, debe cuidar con gran solicitud sus ojos. La fragancia y el perfume de su angelical pureza se derraman y se escapan por las ventanas de sus ojos y por ellas, en cambio, entra el vendaval fétido de la sensualidad corrompida.

Imposible que sea pura la joven cuyos ojos no sean castos, y no son castos, generalmente, los ojos nerviosamente inquietos, que incesantemente se mueven sin rumbo, para curiosarlo todo. Eso revela un alma distraída, superficial y ávida de impresiones. Una mirada inquieta y atrevida lleva muchas veces consigo una tentación, así como una mirada quieta, recatada y modesta, revela la inocencia de un alma angelical

Y a los ojos sigue, muchas veces, la cabeza, y a la cabeza siguen los pies y el pensamiento y el corazón. Esa joven que, sin fijeza en su andar, menea la cabeza, agita nerviosamente sus miembros y mira y curiosear sin freno todo lo que alcanza... ¡oh! esa joven no es joven honesta y modesta, esa no puede ser hermanita.

La modestia no es curiosa, no es inquieta, no es distraída... Los ojos de una hermanita no deben agitarse nerviosamente en sus órbitas, ni desviarse, ni ladearse a derecha e izquierda, ni lanzarse como saeta envenenada a vanos objetos. La, hermanita modesta no mira, ni ve, fuera de aquello que a sus ojos sea bueno, necesario o conveniente. Su mirada reposada, quieta, tranquila y dulce pasa sobre los objetos que es preciso y decoroso ver, pero sin avidez ni ansiedad. Ante la mirada de un hombre, la hermanita debe bajar y esconder suavemente, con disimulo y discreción, sus ojos.

No expongáis vuestros ojos en el escaparate iluminado del mundo sensual, porque, antes que os deis cuenta, se os ajarán; llevadlos siempre a media luz y a media «persiana». Pero obrad con gran prudencia y discreción, siempre con naturalidad y sin caer en el lado opuesto de la ridiculez.

2.º Guardad vuestra lengua. Vuestra lengua dirá lo que es vuestro corazón, pues de la abundancia del corazón habla la lengua. No seáis parleras sin tino. «Guarda de hablar mucho -dice un santo- porque eso impide los pensamientos santos y las inspiraciones y deseos del cielo». «El continuo silencio -dice San Bernardo- y el estar apartados del ruido del mundo ayudan a meditar las cosas celestiales».

No habléis a lo que salga; al contrario, antes de hablar, pensad un poco lo que vais a decir, no sea que tengáis que retirar la palabra que lanzasteis. No mováis vuestra lengua

sin antes ponerle el freno; sujetad la lengua. No habléis mucho; las mujeres, de ordinario y casi siempre, habláis demasiado, y es muy difícil hablar mucho y bien.

«Si alguno cree ser religioso (alma interior), dice el apóstol Santiago, (1-16), y no refrena la lengua, éste se engaña y vana es su religión». «Aprendamos –dice San Jerónimo– primero a callar, para que después sepamos hablar bien».

Escuchad este proverbio de Salomón (XIV-25): «*Ubi verba sunt plurima, ibi frequenter egestas*» «donde abundan palabras, abunda miseria».

No os mostréis ni hagáis alarde de ser inteligentes; no descubráis a la primera el tesoro de vuestro talento y conocimientos; haceos tontas con gracia. No habléis con «tonillo», casi a compás, con sonidos fingidos y modos no naturales, que es propio de pedantes y orgullosos.

No queráis ser las primeras en la conversación en vuestras íntimas tertulias; es expuesto y peligroso el papel de protagonista en escena, puesto que, si no se hace bien, toda la obra se desluce y fracasa. Las que por su cargo, carrera, edad u otros motivos tengan que ejercer este papel, lo estudiarán de antemano.

Hablad con modestia, sencillez, naturalidad, y nunca con precipitación, con excesivo afán, movimientos descompasados y acción nerviosa de las manos. No habléis jamás de lo que no es conveniente y decoroso hablar en un coro de vírgenes. Desterrad conversaciones mundanas, ligeras, superficiales, inútiles, vanas y tontas. Hablad de lo vuestro: del lema, de la Obra, del Reglamento, de la Iglesia, del Catecismo, del Evangelio, de las almas, de... ¡Jesús!

3.º Modestia en vuestros movimientos.—No hagáis

gimnasia en público... ni tampoco en privado. Los ejercicios de deporte, moderados, tal vez fortalecerán los músculos; pero muchísimas veces debilitan y quiebran las fibras del corazón. Un roble bien podrá resistir los golpes de un huracán en la cumbre de una montaña; pero la delicada azucena hasta en el resguardado jardín puede troncharse.

Guardad la compostura y el decoro de una virgen consagrada a Dios en todos vuestros movimientos. Poco aprovecha un vestido modesto, si con él cubrís un cuerpo de atleta, inquieto, nervioso, exagerado e inmodesto.

Vuestro andar sea siempre de mujer honesta y no de un modelo para el espolón. No hagáis nunca alardes masculinos. Es el Creador mismo quien ha marcado, con divina sabiduría, el paso del hombre y de la mujer. No destruyáis la obra del Creador. No desfiguremos ni la arrogante virilidad de aquel, ni la fina delicadeza de esta.

Andad con majestad, andad con suavidad, andad «quietas», con reposo, andad y no «dancéis».

Estad, igualmente, con dignidad y angelical modestia, ya sentadas, ya tiasas, ya recostadas, lo mismo en público que a solas, en el templo, en el obrador, en el taller, en la oficina, y hasta en vuestro lecho... Sed hermanitas honestas y modestas.

Sed modestas con vosotras y en vosotras. La sensualidad lo ha profanado todo y a todo debemos llevar el perfume de la pureza.

Sois templos de la Santísima Trinidad, moradas escogidas del Espíritu Santo; un ángel guarda vuestro cuerpo. Siempre el pudor cubra vuestros ojos, para que nunca veáis lo que no es decoroso ver...

Escuchad estas bellas palabras de San Ambrosio en su Tratado de Virginidad (Cap. XII): «Pues tú, alma, una del pueblo, una de tantas, pues Cristo no se asusta ante las diferencias de condición... Ciertamente tú, una de las vírgenes, que iluminas con el resplandor de tu alma la hermosura de tu cuerpo; con razón más que ninguna otra eres comparada a la Iglesia; tú, en tu lecho y en medio del silencio de la noche, medita siempre en Cristo... Viste que te separó de los leones y leopardos, esto es; de los ataques de los malignos espíritus; has visto cuánto le agrada la hermosura de tus virtudes; has oído cómo prefiere a los demás dones, el perfume de tus vestidos, o sea, la fragancia de tu pureza; has oído que eres huerto cerrado, lleno de regaladísimos manzanos. Pide, pues, que aliente sobre ti el Espíritu Santo, que sople sobre tu lecho, que acreciente el olor de tu piedad y de tu gracia...»

4.º) Exageradas creará el mundo ligero estas nuestras apreciaciones. No importa; no las escribimos para los mundanos; son para vosotras, hermanitas de la Alianza, y vosotras no sois del mundo. Así queremos la Alianza, por dentro y por fuera, y así debéis ser vosotras.

El mundo atavía a los suyos para sus perversos fines; los medios responden a los fines. La moda y el tocador crean las bellezas fugaces del mundo femenino, y ellas, llevadas de la vanidad y del orgullo, retocadas las fealdades de su miserable corazón, muestran al mundo lo que no son. Pero se cumplirán en ellas tal vez las expresiones espantosas del Profeta Isaías (Capítulo III, 16-26): «por cuanto se alzaron las hijas de Sión y anduvieron estiradas de cuello, e iban guiñando con los ojos y caminaban haciendo ruido con sus pies y andaban con pasos acompasados, raerá el Señor la cabeza de las hijas de Sión y desnudará el cabello de ellas...»

quitará el atavío de sus calzados y lunetas..., de los collares y brazaletes..., el atavío de las piernas..., y los pomitos de olor y los zarcillos..., los anillos y piedras preciosas que cuelgan de la frente..., las ropas de pompa, gasas e imperdibles..., los espejos, los lienzos delicados, cintas y vestidos de verano... Y por suave perfume, habrá hediondez; por cinto, cuerda; por cabello encrespado, calvicie, y por faja, cilicio...»

¡En cuántas desventuradas se han cumplido estas significativas palabras del Profeta!...

Para vosotras hay otro ideal.

d) La modestia de la Virgen.- La modestia exquisitamente vivida es la Purísima Virgen-María. Cuantos son los rasgos de su vida que se nos revelan en el Santo Evangelio, otros tantos son los rasgos variados y delicadísimos de su santa modestia.

Niña encantadora en el templo de Jerusalén. ¡Qué secretos sublimes de su angelical vida quedan a la sombra de aquellos muros!

Nazareth... ¡Qué encantadora para sus sencillos vecinos, que la conocieron, aquella tan rara modestia de la jovencita, hija de Joaquín y Ana!

«Turbata est...» A la vista de San Gabriel Arcángel, la modestísima y angelical jovencita, que ora silenciosa en su aposento..., se ha turbado y... parece que aún se ha replegado más en sí misma... Es Madre de, Dios; pero el misterio se oculta dentro de su pudor, ni a José se lo revela.

¡Belén...! ¡El Niño Jesús! El velo de su modestia no se ha corrido; Dios hace un prodigio, y los ángeles, con sus alas, cubren el pudor de ambos esposos. Honestísima Madre en el destierro, en su casa, en su taller; en Caná, en Jerusalén y

hasta en el Calvario...

¡María, la primera hermanita del mundo y ejemplar y modelo de las que le seguirán en los siglos! Mirad, hermanitas, en ella, la modestia vivida. Mirad cómo viste, mirad cómo se arregla... María se «arregla», sí; la hermanita tiene que arreglarse, no va a salir a la calle en .completo abandono y desaliño...; pero, ¿cómo se arregla María, cómo se mueve, cómo anda, cómo mira, cómo habla, cómo procede en todo...? Sed modestas como María. Para eso ha tomado la iniciada la medalla de María; es la primera insignia en la Alianza.

La pureza y María se unen gráficamente en la medalla, que recibe la hermanita iniciada.

¡Bendita medalla...! No es un vano objeto de adorno, que ha de colgar de su cuello, ni siquiera un simple escudo de defensa al que se agarra en los momentos de peligro; es más, muchísimo más. Cada vez que la hermanita la besa -y la besará con la máxima frecuencia- verá en ella su primer ideal, su celestial divisa: la «Purísima y la pureza»; primer Cuadro en la obra de la Alianza; es todo un libro que le describe los primeros caminos en la carrera de la Alianza. La Inmaculada, espejo de pureza; la pureza, vista en ese espejo; la Inmaculada, enseñando la pureza, guardando la pureza, ayudando a la pureza, embelleciendo la pureza; la pureza descrita, expuesta, practicada, abriéndose floreciente, divina, en la Inmaculada.

La medalla es una enseña, un aviso, un despertador, que, en todas partes llama a la hermanita y la pone en guardia contra todos los enemigos de su angelical lema, y le dice: «Ama esa virtud y mírala en María Purísima».

III. La Virgen María

Prosigamos, con toda nuestra piedad y devoción a Ella, el tema iniciado en el anterior capítulo.

Como necesariamente habrán de ser las mismas las aspirantes de ayer y las iniciadas de ahora, las instructoras se encargarán de dar unidad a las consideraciones que allí se escribieron con las que, aquí vamos a añadir, con el favor de Dios y de Ella.

a) La Corredentora: Otro de los elementos de la mediación de la Virgen Santísima es su concurso y cooperación en la obra de la Redención del mundo.

El concurso de María a nuestra Redención es paralelo al que prestó la primera mujer al pecado del primer hombre. Este concurso no fué necesario. Si sólo hubiese pecado Eva, ningún mal hubiera resultado para los demás hombres. Por el contrario, con que sólo hubiese caído Adán, todas las desdichas, que actualmente vienen de la infidelidad de los primeros padres, hubieran sobrevenido sin excepción como ahora. Sin embargo, no puede negarse que todo el mal vino al mundo por Eva, por cuanto, si Adán pecó, pecó inducido por las sollicitaciones y deseos de su esposa. Y esto basta para que, así la transgresión como las consecuencias que sobrevinieron, puedan y deban imputarse totalmente a Eva.

El concurso de María a la gran obra de la Redención, tampoco era necesario. Si el Verbo no se hubiera encarnado y ofrecido al Padre en sacrificio por la salvación del género humano, todo cuanto hubiese hecho la Santísima Virgen no hubiera servido de nada. Y si Él se hubiera encarnado y ofrecido en sacrificio sin intervención de María, sus méritos hubieran sido igualmente suficientes y sobrados.

No obstante, es muy cierto que, de hecho, la predestinación la debemos a la Santísima Virgen, y que María fué para nosotros causa y fuente de todos los bienes, como Eva lo había, sido de todos los males; pues a Ella debemos la persona del Redentor, y, por consiguiente, los méritos y gracias que de Jesucristo nos vienen.

A Ella, a María. Y no sólo de un modo material, como debe la Patria su salvación a las madres de los héroes que alcanzaron la victoria, sino formal. Antes de dar su consentimiento para ser Madre, la Virgen supo por el Angel que el hijo que había de concebir era Unigénito de Dios y que venía a redimir al mundo.

Y si aceptó las proposiciones del divino legado, lo hizo con miras a nuestra Redención y deseosa de Ella. Obró, pues, libremente y conscientemente; y con no menos verdad le debemos la salvación a Ella que a Eva nuestra desgracia y nuestra ruina.

Eva fué la que del árbol cogió el fruto y lo dió a Adán, para que, comiéndolo, ofendiese al Criador y se arruinase con su posteridad. Y María fué la segunda Eva, que en su divina maternidad tomó, cual fruto de sus entrañas, un cuerpo purísimo formado de su carne y de su sangre, y revistió de él al Verbo, para que, unido a su persona divina, redimiese al hombre caído. María fué la que proveyó al mundo de Redentor, dándole el fruto de sus entrañas: y, por eso, María, es verdadera y propiamente la Reparadora y Corredentora del género humano.

Y lo fué Ella, no sólo (como dicen los protestantes) por una extremada liberalidad de Dios Sara con Ella, sino también por sus incomparables y personales merecimientos.

Verdad bien probada es que la Virgen fué la más

extraordinaria de las criaturas desde el instante de su concepción, prevenida con gracias, virtudes y dones sobrenaturales en eminentísimo grado, preservada de la culpa original y de toda imperfección e inclinada por fuerza divina a la más encumbrada santidad. Pero es, al mismo tiempo, verdad probada, que ninguna criatura, como Ella, ha respondido con tanta generosidad y fidelidad a los prodigiosos talentos recibidos en su alma de la mano del Soberano. No los enterró infructuosos, como el perezoso del Evangelio, sino que, con actividad prodigiosa los dobló, como el que recibió los cinco o los dos.

María es rica, por lo que ha recibido de Dios; pero aún es riquísima por lo que Ella ha ganado. Sus fundamentos fueron sobre la cumbre de las montañas; pero sus ascensiones son inconmensurables e inaccesibles para el hombre.

Tan maravillosa aparece María a los ojos del Criador, que, según el sentir y modo de expresarse de los Santos Padres, Dios se dejó prender y cautivar por su santidad, gracia y hermosura sobrenatural, y, enamorado y ciego, se rebajó a pedirle consentimiento, para hacerse hombre en sus entrañas. «Nace María –dice San Pedro Damiano– y llegada a los años de la pubertad, aparece revestida de una hermosura tan grande, que atrae en pos de sí las miradas de Dios y le arrebató y roba el corazón...»

«Dios estaba, dice San Bernardo, ya en María antes de que se llegase el Angel, pues, era tal la gracia y santidad que en ella resplandecía que Dios no pudo aguardar por más tiempo... Y al punto, saliendo el rey de su sagrado lugar, emprendió como un gigante la carrera; y, aunque su partida fué desde un extremo de los cielos, llevado en alas del más ardiente deseo, se adelantó al nuncio enviado a la Virgen,

que amaba..., cuya hermosura le cautivaba...»

Excelsa figura la de María, según estos grandes Doctores...

Su primer rasgo de belleza, de esa plenitud de belleza que el Angel expresa al llamarle «gratia plena», es su virginidad encantadora. El Esposo de las vírgenes reveló a María este secreto, que en el mundo no tenía aceptación. Con voto irrevocable la confirmó Ella y la perfeccionó; y éste fué el primer paso, la primera cadena con que atrajo al mundo al Redentor.

Esta virtud iba unida íntimamente a su profundísima humildad, que es base y fundamento de todas las virtudes.

«Por la humildad, antes que por ninguna otra virtud, quiso Dios nacer de la Virgen...», ha dicho San Jerónimo.

Juntemos las dos y digamos con San Bernardo: «Virginitate placuit, humilitate concepit»; «Con la virginidad le cautivó, con la humildad le concibió».

María, pues, con sus merecimientos, virtudes y ardientes plegarias, nos mereció y nos trajo al Redentor. Bien podemos decir que la venida de Jesús al mundo es obra de la Virgen Santísima.

Y Ella, después, en toda la carrera de su vida mortal, le acompañará con asombrosa sumisión y fidelidad, desde que se ofreció incondicionalmente «ancilla Domini», verdadera esclava del Señor. Y Ella en la cumbre del Calvario, juntamente con su gran sacrificio personal, ofrecerá al mundo el fruto de su vientre, fruto de la Redención, allí junto al árbol de la Cruz, como Eva nos brindó el fruto de muerte junto al árbol del Paraíso.

María es, pues, la CORREDENTORA.

¡Hermanita! ¿Quieres saborear el fruto sazonado de tu redención, de tu salvación, de tu santificación, de tu inmortalidad; el fruto que te hace virgen, que te hace pura, que te eleva, que te deifica?

Este fruto es Jesús; pero te lo ha preparado, te lo ha traído y te lo ofrece, en bandeja de oro, tu madre divina.

Tómalo de su mano, y come.

b) La Dispensadora: Sumamente interesan-e es este nuevo aspecto de la mediación de la Virgen María. Considerémoslo brevemente.

María, como se ha dicho anteriormente, mereció «de congruo», dicen los teólogos, con sus obras perfectísimas, con sus virtudes heroicas y con sus omnipotentes plegarias, los grandes misterios de la divina maternidad, de la Encarnación, de la venida de un Salvador; y cooperó luego en su vida oculta, pública y dolorosa, con El, en la obra de la Redención, alcanzando con toda propiedad el título de Corredentora de los hombres.

De aquí nacen sus incomparables prerrogativas y privilegios y plenos derechos sobre los bienes y frutos procedentes directamente de la Redención, cuya distribución entre los hijos es la obra magnífica de su corazón de Madre de los hombres.

Dícese de Esther, que, por haber logrado desbaratar los planes sangrientos del pérfido Amán, el rey Asuero dispuso que todos los bienes de aquel perverso ministro fuesen entregados a la fidelísima reina.

Así también María, desbaratando los planes de Lucifer, se hizo acreedora y dueña de los bienes de la Redención en favor de los redimidos.

«Para precaver errores dice muy atinadamente el P. Santiago Alameda—, nótese ante todo, que dicha mediación no supone que las gracias pasan materialmente por sus manos, como pasaría un libro u otro objeto material, ni que tenga Ella las llaves de alguna cámara o depósito en el que se hallarían atesoradas...

«Tampoco es cierto que consista propiamente en pedir o interceder a favor de aquellos, cuyas necesidades quiere remediar, por más que así se repita comúnmente entre los autores que tratan de la materia...

«La Santísima Virgen, como Corredentora y causa formal de la Encarnación y de la Redención, tiene cierto dominio sobre todos y cada uno de los bienes que vinieron al mundo por Cristo. De manera que no necesita pedir, sino autorizar la distribución, dar su anuencia, su aprobación, su consentimiento...

«Sabe muy bien que, como a madre, y, además, en premio de la Corredención, Dios le ha dado poder omnímodo para disponer de las gracias y satisfacciones de Cristo en favor de sus devotos...

«Por esta razón, sus ruegos pueden llamarse, tienen más de imperio que de súplica. La oración de la Virgen — dice San Antonino— tiene carácter de mandato, por eso es imposible no ser escuchada.

«Los otros Santos — escribe San Pedro Damiano— postrados a los pies de Jesucristo, piden con súplicas a manera de siervos; pero la Virgen se presenta delante de su trono, no suplicando, sino mandando; no como esclava, sino como Señora».

«Pues bien... esta intercesión o mediación actual de María es la que se dice indispensable para que los hombres

reciban cualesquiera gracias; de manera que sin ella no es posible recibir ninguna. Y por gracias hay que entender todas aquellas que mereció Jesucristo, en otras palabras, todo cuanto puede servir para crear, conservar, perfeccionar y consumir en el hombre la vida sobrenatural y divina; por consiguiente, la gracia santificante, las gracias actuales, las virtudes infusas, los dones del Espíritu Santo, el perdón de las culpas, la satisfacción de la: penas, la gloria, los bienes temporales conducentes a nuestra santificación y salvación, y todo cuanto de alguna manera puede contribuir al bien espiritual de las criaturas.

«No se excluye de la mediación, .ni siquiera la gracia que se recibe en los Sacramentos; no que estos dependan en su acción de la voluntad y anuencia de María, sino porque sin ella, o no se recibirá el Sacramento o se le recibirá sin las debidas disposiciones...»

Esta consoladora doctrina de la intervención de la Virgen en la economía de los frutos de lo Redención, .ha sido proclamada con extraordinario fervor y magistral elocuencia por los Santos Padres y Doctores de la Iglesia.

Saboreemos estos trozos de San Germán de Constantinopla: «¡Oh Virgen, oh Madre de Dios es tan poderosa vuestra intercesión que para obtener la salvación no necesitamos otros intercesores delante de Dios... Nadie hay, oh Santísima que se salve sino por Vos. Nadie, oh purísima que reciba los dones de Dios sino por Vos. Nadie, oh honorabilísima, a quien la bondad divina otorgue sus gracias, sino por Vos».

«Por Ella –dice otro Doctor– tenemos el ser el movimiento y la vida... y para decirlo todo de una vez: cuanto hay de dichoso para nosotros en la vida presente y en la futura, todo nos viene por Ella...»

«Queriendo Dios rescatar, dice magistralmente San Bernardo, el género humano, pone el precio entero en María... Puesto que ha colocado en Ella la plenitud de todos los bienes, quiere que cuanto hay en nosotros de esperanza, de gracia de salvación todo... nos venga de aquella que se remonta a los cielos inundada de delicias. Quitad el sol ¿qué será del día? Quitad a María estrella del mar... ¿qué quedará sino una inmensa niebla, sombras de muerte y las más espesas tinieblas?»

Hermanita, ¡vives en un mundo insensible frío, materialista, tentador, corrompido...! ¡Y tú eres... una pobre mujer; pobre y ruin en tu cuerpo y más pobre y ruin en tu alma; inclinada al mal, rodeada de peligros, necesitada de todo y en cada momento...! ¡Y tú eres una virgen consagrada a Dios, un alma de grandes y altos ideales, que no se contenta con una medianía, que se ha desposado con el Amor de los Amores, que nada quiere con el mundo y está de espaldas a él, cuya vida es vida de gracia divina, de espíritu, vida sobrenatural y deífica...!

¡Qué audacia...! ¿Dónde está tu esperanza? ¿Dónde tu ayuda? ¿Dónde tu apoyo, tu fuerza, tu seguridad? ¿Dónde tus alas para subir...?

¡Oh! ¡María! ¡En María! En el poder de María, en la intercesión de María, en la que es Reina de pureza, de la más inmaculada pureza... ¡en tu Madre!

IV. La guarda de los Mandamientos

A la medida que la hermanita iniciada haya estudiado en todos sus detalles los preceptos de Dios y de la Iglesia, así

los irá guardando. Esta perfecta y total observancia y guarda de los mandamientos es su gran ejercicio en este período y grado de la Alianza.

No vamos a apuntar aquí nuevas ideas sobre lo que ya se ha dicho en el anterior capítulo, al hablar de las aspirantes. A él remitimos a nuestras instructoras.

A ellas, sí, toca insistir sobre esta materia en nuevas conferencias, hasta que estas almas lleguen a convencerse de que el perfecto cumplimiento de la ley es un gran avance en el camino de la perfección y santidad.

Materia abundante y muy adecuada para estas conferencias podrá darles un comentario bien meditado del Salmo 118 del Real Profeta, que es, a nuestro modo de pensar, lo mejor que sobre esta materia ha inspirado el Espíritu Santo.

Quien lo lea y lo medite bien se convencerá de lo que esto importa.

V. Conocer a Jesús y vivir en Él

La vida de una hermanita debe ser la de una perfecta cristiana.

Esta expresión, ya muchas veces repetida en nuestras pláticas y escritos, la volveremos a consignar siempre que la ocasión nos sea propicia.

La Alianza pretende vivir esta vida, tomándola de la misma Cuna del Cristianismo.

Los que recibieron el testamento de Jesús de sus propias manos: los que oyeron el Evangelio de los labios de

sus autores, los que convivieron con los amigos contemporáneos de Jesús y los inmediatos a quienes llegó sin sombra alguna la doctrina y la moral del Divino Maestro... ellos cabalmente fueron los perfectos seguidores e imitadores de Jesucristo, los perfectos cristianos.

Arrancados del judaísmo o del paganismo reinante por la gracia, dieron ellos testimonio de la fe y del amor a Jesús con firmeza, fidelidad y valor de héroes.

La Alianza va en su imitación. «Jesús es el mismo ayer, hoy y por los siglos» y como El, lo es también su Evangelio, puesto que el Evangelio es el mismo Cristo viviente en cuadros vivos, y quien vive el Evangelio, vive la vida de Jesús, vive a Jesús, ya imitando los rasgos de su vida, ya también participando su misma vida divina por la gracia, la fe y la caridad.

La vida de la Alianza es la vida evangélica, como la de los primeros seguidores de Jesús, para quienes el Evangelio fué su norma, su guía, su código y su faro de vida.

Ha poco, en una reunión de nuestras aliadas, pregunto a una niña de la Escuela de Jesús, que todavía no alcanzaba sus seis años: —¿Qué vas a ser tú? ¿Serás como Inesita?—No, Padre. —contesta la niña. —¿Serás como Teresita? —No, Padre. —Entonces ¿cómo?, ¿acaso como la Virgen María? — Tampoco, responde la niña, y añade: —«Yo quiero ser como Jesús». (Histórico)

¡Magnífica respuesta de un ángel!

Esa niña y toda hermanita quiere ser «como Jesús». Así fué Juan, así fué Pablo, así cabalmente fué Inés y fué Cecilia y fueron los primeros hijos del Evangelio.

¡Como Jesús...! Bello ideal, al que nada le falta ni nada

le sobra; ya que Jesús no es más que «Dios puesto al alcance del hombre».

Dios ha bajado a ser hombre, para que el hombre llegue a ser Dios. Dios (Jesús) vive la vida del hombre, para que el hombre aprenda y llegue a vivir la vida de Dios. A eso vino El al mundo: a vivir nuestra vida, a enseñarnos a vivir, mostrándonos la vida practicada, ejercitada, vivida.

Veamos cómo vivió Jesús, para que vivamos como Él vivió, que eso es cabalmente «ser cristiano». Y como la principal vida de Jesús está en el Evangelio, viviendo el Evangelio, como lo vivieron los primeros cristianos, como ellos seremos cristianos, seremos «como Jesús».

A esto responde aquel dicho del Papa San León: «Si fielmente examinamos el principio de nuestra creación, veremos que el hombre cabalmente fué creado a imagen de Dios, para que fuese imitador de su Autor...» (Sermo de jejunio).

Esa era la vida que practicaban y transmitían los apóstoles a sus fieles. Un repaso detenido a las Epístolas de San Pablo a los Efesios, Filipenses, Hebreos, etc.; a las de Santiago, San Pedro y San Juan, y a algunos capítulos de los Hechos de los Apóstoles, nos dan clara idea de lo que era la vida de aquellos cristianos.

¡Cómo afinaban, cómo se elevaban, cómo practicaban la virtud, cómo se diferenciaba su conducta de la de los mundanos!

Ahora bien, no otra, sino aquella es la vida que en medio de este mundo paganzado, donde todo se falsifica y se envenena, quiere vivir plenamente la Alianza; ese es su espíritu, espíritu evangélico, apostólico, cristiano, JESUSIANO.

De ahí una doble labor para los Directores e instructoras: a) dar a conocer a las iniciadas la vida de Jesús a través del Evangelio; b); darles a conocer la vida de los primeros cristianos a través de las Epístolas.

Para que la iniciada sepa quién es Jesús, cuál es su vida, cómo vivió, cómo la practicó, debe, en primer lugar, estudiar y meditar en silencio el santo Evangelio; allí se ve cómo Jesús es un Dios puesto al alcance del hombre, de suerte que todo hombre de buena voluntad pueda practicar aquella vida y llegar a ser «como Jesús».

Mas, también interesa saber cómo se desarrolló esta vida entre los primeros discípulos del Evangelio y seguidores de Cristo; cómo y hasta qué grado de espiritualidad, de elevación sobrenatural, de santidad y de unión con Jesús, llegaron ellos; todo lo cual se deja ver con claridad admirable en las citadas Epístolas, las cuales, en su mayoría, hacen relación a la vida, con sus avances, sus luchas, sus obstáculos y sus persecuciones, en que aquellas almas se ejercitaron, las pruebas que dieron de su fe y de su amor, y el grado sublime en que practicaron su lema evangélico, que llevaban grabado en sus corazones; llegando a vivir, en aquel ambiente pagano, el espíritu de la vida de Cristo, «Christum habitare per fidem in cordibus...»

Por poco que se mediten aquellas magníficas cartas, muy fácilmente se dejará ver en sus páginas la intensidad de fervor y perfección de vida a que se consagraban aquellos primeros cristianos; los cuales tomaban, como modelo e ideal de su vida, a Aquel que, puesto así por el Padre Eterno, había venido y vivido en el mundo para ser su ejemplar, para que ellos en todo fuesen «como Jesús». Y los que a eso eran invitados, y los que así vivían, eran... ¡los simples cristianos!

Sí, pues, Pablo, Pedro y Santiago pudieron así hablar a aquellos cristianos, ¿cómo no hacerlo ahora nosotros a vosotras, hermanitas de la Alianza? ¿Cómo no invitaros a esta meta a vosotras, cuya vida, por especial vocación, no puede tener otro modelo ni otro ideal que Jesús?

Y he aquí para nuestros Directores la tarea interesantísima en favor de sus hijas de la Alianza; la de enseñarles: a) esta vida que brota del costado de Jesús, y b) cómo esta vida de Jesús la vivían los primeros cristianos, a fin de que cada hermanita sea una perfecta imagen de ellos, como ellos lo fueron de Jesús.

¿O será para nosotros excesivamente duro e imposible de realizar lo que no lo era para aquellos héroes?

Si las Cecilias, Priscas y Eulalias de ayer pudieron ser «como Jesús», ¿por qué no las de hoy?

VI. Puntos catequísticos

El Evangelio nos enseña a Jesús en su vida, en su acercamiento a los hombres, en su intimidad e irritabilidad como modelo y ejemplar de nuestra vida. El Catecismo, en cambio, nos le muestra en Sí mismo, en su Ser, en su naturaleza divina y humana, en su vida íntima lomo Verbo y como Hombre, en el seno del Padre Eterno y en el seno de la Madre temporal...

Y hay que conocer a Jesús en ambos aspectos, evangélico y catequístico, en relación con los hombres y en SI mismo; y ambos tienden a un mismo fin, que es: conocerle mejor, amarle y unirse íntimamente con El, para vivirlo y para darle. La hermanita no va a estudiar cursos de Teología

Escolástica; bástanle los conocimientos claros de aquellas verdades de nuestro dogma que no admiten discusiones entre las distintas escuelas. Quede eso para las aulas de las academias. A la hermanita interesa conocer a Jesús a través de las verdades de la Revelación, claras, ciertas, firmes y bien fundadas, conforme se explican en los catecismos ampliados.

La hermanita iniciada debe darse de veras d estudio de la primera parte del Catecismo, pie contiene los misterios de la Trinidad, la Encarnación, la Redención, Divinidad y Humanidad de Jesucristo, etc...

Y que este estudio, como ya se ha dicho no sea para saberlo, sino para saborearlo y vivirlo y darlo a través de una vida de fe y de amor a las almas.

Evítese el estudio seco, frío, de pura inteligencia y de estilo académico; dése, al contrario doctrina de Dios, con espíritu de Dios, unción y sabor divino. Queremos sabiduría, saber con sabor divino: que las hermanitas conozcan las verdades y que las gusten con gusto espiritual y sobrenatural.

«Qui manducat Me, vivet propter Me» (1) Comer!... ¡palabra soberana y divina! Comer, no sólo sacramentalmente en la Eucaristía, sino también en el entendimiento; comer a Dios, a Jesús con él alma, con la inteligencia, para convertirlo en nuestra propia substancia y vida.

Se trata de conocer, no a un Dios escondida arriba, en el Alcázar de su gloria, sino aquí, entre nosotros, en nosotros mismos, en el tabernáculo de nuestra alma.

(1) El que me come, vivirá por Mí (Johan 6, 58).

Se trata de conocer a nuestro íntimo Huésped, a nuestro Padre, a nuestro Amigo, a nuestro Esposo... viviendo en su propia casa, en nuestro propio corazón.

Esta es la gran teología de la hermanita, se lo decimos a nuestros Directores, y les añadimos: que las arideces de ciertos tratados nos cansan y las arideces de ciertos profesores también.

VII. Actos del Boletín. La Oración. La visita al Santísimo.

El mismo Boletín de actos, que ha practicado la aspirante en sus seis meses de prueba, seguirá en el grado de iniciada.

Entre estos actos merece lugar preferente la oración.

Si el alma viene siguiendo los pasos que se le han señalado en los primeros capítulos de este Manual, al pasar al grado de iniciada, habrá entrado de lleno en el ejercicio de la oración.

Sobre la cual, lo primero que debemos decir es: que no puede existir Alianza sin oración; que la Alianza sin oración es como un cuerpo sin alma, un ser sin vida, un huerto sin agua...

De ella, pues, vamos a dar a la hermanita iniciada los primeros documentos, aún con peligro de pecar por exceso:

a) Necesidad.—En el trajín de nuestra vida seglar, las ocupaciones nos absorben muchas horas del día y entonces es necesario interrumpir por completo esas ocupaciones y dedicarnos exclusivamente al ejercicio de actos

sobrenaturales. Hay que orar reposadamente, hay que poner nuestras potencias interiores en pleno ejercicio espiritual sobrenatural, es preciso que nuestra mente deje las cosas materiales, terrenas y temporales y se eleve al campo sobrenatural y divino.

Oración reflectiva, en que predomine el discurso, o mejor, donde nuestro entendimiento se encuentre ilustrado, iluminado e inflamado por los dones del Espíritu Santo, ocupándose con preferencia en las verdades reveladas que la fe nos presenta en sus fundamentos.

La mente humana, aun de los cristianos, se ocupa poco, al menos con reposo y devoción, en las verdades y misterios divinos. Sabemos discurrir humanamente, razonamos, juzgamos, ponderamos, pensamos maravillas en cosas humanas, terrenas y triviales, pero no acertamos a discurrir y reflexionar y razonar divinamente. Las verdades sobrenaturales y divinas no llegan con tanta fuerza e interés a nuestro entendimiento; no las vemos con claridad y no influyen en nuestra mente, no tienen poder o atractivo para ocupar, con abstracción de otras cosas, las facultades de nuestra alma; lo cual, tal vez, es debido a que la luz del «don divino» no actúa prácticamente y la fe no es suficientemente viva y activa, por lo que las verdades sobrenaturales permanecen en el fondo de nuestra alma, como en una habitación a media luz.

De ahí precisamente, que haya tantas almas cristianas sin vida interior, que desconocen las verdades fundamentales, que ignoran los encantos y las bellezas del Dios escondido, que no saben de nuestra santa religión más que la corteza, que confunden su esencia con el aparato exterior del culto y que no se ejercitan más que en prácticas sensibles y vocales. Dios y la verdad divina no llegan a su

alma, o mejor diré, su alma no entra en Dios y en las verdades divinas. La misma Eucaristía, recibida en la santa Comunión, es para ellas tan material, que en Ella tan sólo ocupan su imaginación, representándola, en su corazón, a su modo y a su gusto, para dedicarle allí, más o menos devotamente las oraciones vocales, ordenadas en algún devocionario, a lo que, cuando más, añadirán alguna petición de bienes más bien terrenos que espirituales.

¡Oh!... El mundo invisible y divino para esas almas casi no existe. Esas almas están en el campo sobrenatural de un modo parecido a como están en el orden natural las almas de los niños, que sólo viven de lo que ven y oyen. Esas almas, en el orden sobrenatural, no han llegado todavía al «uso de la razón», puesto que prácticamente no la usan.

Es preciso, pues, entrar adentro; hay que hacer vivir al alma en el ejercicio de sus maravillosas facultades; la hermanita debe tener un alma reflexiva; hay que acostumbrarse a pensar discurrir y razonar divinamente, sobrenaturalmente y en el campo sobrenatural y divino; en eso consiste una de las fases del «vivir sobrenatural».

No seamos almas «peliculeras», de pantalla su ilustrada fantasía; pura sensibilidad, por no decir sensualidad; almas que viven en la oscuridad, adormecidas y amodorradas a fuerza de anestésicos, que no otra cosa son para su espíritu los mil atractivos, que llaman continuamente a la puerta, siempre abierta, de sus sentidos... ¡Adentro, hermanita, a meditar en el retiro!

b) ¿Métodos? – En los primeros siglos no hubo métodos de oración. El pueblo de Dios meditó en los libros de los Profetas, Salmos, etc. Jesús enseñó a orar; pero no señaló método alguno ni sistema de oración. Ni los primeros Santos

Padres, ni San Bernardo, ni Santo Tomás nos presentaron métodos razonados, rigurosos, discursivos de meditación. Hay que remontarse a los siglos XV y siguientes para encontrar el «Rosetum» de Juan Kauburnus, los Benedictinos de la época, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales, Cardenal Berulle, Padre Condren, Olieer, etc.

El método incontestablemente más extendido fué y es en nuestros días el de San Ignacio. El ejercicio llamado de las tres potencias es el que hoy siguen las almas en especial consagradas al apostolado activo. No es intento nuestro dar las características de cada uno de estos métodos de oración; ni siquiera tenemos nosotros, en orden a nuestras hermanitas, opción ni preferencia por ninguno de ellos.

Al final de esta consideración daremos a conocer nuestro sentir acerca de este punto interesante.

Oración (afectiva).--«Dulce presencia por vista sencilla de fe» es continua oración, según Fr. Francisco González. (Director perf. y dirig. sant.).

San Juan de la Cruz recomienda a las almas que no puedan meditar: «la atención general amorosa a Dios en la oración». Aunque esta recomendación va dirigida principalmente a las almas, que están en el paso de la meditación a la contemplación, es también aplicable a aquellas almas, que, por cualquier motivo involuntario, no pueden hacer meditación propiamente dicha.

Y estas almas son muchas, tantas o más que las que pueden hacerla; y porque no pueden hacer meditación, creen que no saben orar, se afligen, se atormentan, se inquietan, sufren penas interiores y hasta se sienten tentadas a dejar este santo ejercicio de la oración.

La causa de esto es un gran error en que viven: creen, porque así lo han oído y leído, que no hay más que dos clases de oración: la mental y la vocal, como lo aprendieron en el catecismo. Y, según ellas, la oración mental es la que supone un ejercicio activo y predominante de la inteligencia; y como ellas no aciertan a discurrir y a razonar, sino que con más facilidad son llevadas a los actos afectivos de la voluntad y del corazón, se ven atormentadas cada vez que van a la oración, no pudiendo atinar en ella.

Deben, pues, saber ellas, que ni la oración mental excluye del todo la parte afectiva, siendo como es la parte principal de ella, ni la oración que llamamos aquí afectiva excluye el ejercicio mental o del entendimiento. Es en parte potestativo del alma y en parte del Espíritu Santo, el que una vaya más a los actos de la inteligencia y otra en cambio sea llevada a los actos encendidos de la voluntad o del corazón. Y oración es en ambos casos.

Y volviendo a estos últimos, debemos advertir, que un alma iluminada por la fe y deseosa de su santificación, cuando se pone en oración lleva de modo implícito, aunque inconsciente, ya actos mentales, y muy bien podrá suceder que, sin necesidad de ningún otro esfuerzo mental, sólo con esta buena próxima disposición, haya oración perfecta, sólo con esa «atención amorosa a Dios», de que habla San Juan de la Cruz.

Con «mirada sencilla de fe» puede el alma mirar y contemplar a su Dios sin necesidad de discursos y esfuerzos violentos, en su omnipotencia, en su bondad, en su misericordia, en su amor, en su hermosura; como también puede mirarse, en su humilde contraste, a sí misma, en su propia pequeñez, miseria, ruindad, impotencia, fragilidad, etc. Y esa vista, esa mirada afectuosa, amorosa, es el lenguaje

elocuente de un alma, que ora escondida y silenciosa, y Dios «que ve lo más oculto y escondido», le escuchará.

Por lo tanto, no hay que desmayar; la oración es cosa muy fácil y muy sencilla, como es a un mendigo el pedir limosna.

Pero alguna vez hay que romper el silencio y darse al habla interior o exterior con Dios. La mirada sencilla, la atención amorosa, no es posible mantener siempre en la misma intensidad y fuerza de visión, ni es necesario mantenerla siempre constante y uniforme, sino que habrá oportunidad de alternar con actos distintos: expansiones del alma, suspiros del corazón, hablas íntimas, ofrecimientos generosos, confesiones humildes, peticiones interesadas y confiadas, etc.

Todo lo cual, hermanitas amadas, os decimos, no por daros lecciones, que para nosotros mismos las quisiéramos, sino para que ello os sirva de luz y consuelo, y más todavía, para que os sirva de aliento y estímulo a las que por cualquier motivo (que no depende de vuestra voluntad) no podéis meditar; a las que estáis en aridez, sequedad y creéis que no hacéis nada, y a veces llegáis a creer que estáis ofendiendo a Dios, por lo mal que hacéis vuestra oración; a las que, por más vueltas que dais a vuestros puntos de meditación, no podéis añadir ni una nueva consideración ni aplicación práctica para vuestra alma. A las que convertís la oración en un estudio árido y seco, frío, cansado y fastidioso.

A todas vosotras, obligaros a practicar lo que no podéis, es aumentaros el peso de vuestra Cruz exponiéndoos a abandonarla por considerar imposible su ejercicio para vosotras.

Este gran peligro trato de evitaros, porque considero que el mayor mal y origen de todos los demás males, que os pueden venir en la vida espiritual, sobrenatural, es el abandono de la oración; dejada esta, todo se ha perdido.

Por eso, insistimos en que la oración es sencillísima, y nosotros somos los que la complicamos con nuestros discursos e imaginaciones.

Estad con atención amorosa en Dios, y oráis; estad mirando a Dios con fe y amor, y oráis; estad hablando amigablemente con Dios, y oráis...

Hablad ¡oh! ¡sí! hablad con Dios, hablad con Jesús, hablad con el Amigo, hablad con el Esposo, hablad... Las almas hablan poco con Dios. Menos formulismos, que no se sienten, ni repercuten en el alma, porque no pasan más allá de los labios...; no son hablas interiores; menos etiqueta y más espontaneidad, más franqueza, más... improvisaciones del corazón.

d) Oración (vocal). Hablad, hemos dicho, y eso es cabalmente, oración vocal, cuando el habla se expresa con las palabras de nuestros labios.

Rezad con preferencia las oraciones litúrgicas puestas por la Iglesia; rezad de vuestro Misal, rezad los Salmos, rezad el Oficio de la Virgen, rezad el Santo Rosario, y... poco más.

Jamás tengáis el afán de rezar mucho y deprisa; no os deis prisa por rezar así más cosas. Muchas infelices beatas ponen toda su santidad en rezar mucho, hacer muchas devociones, multiplicar novenas, atropellándolo todo. Rezad bien y despacio, aun cuando no recéis más que la mitad de lo que podíais rezar haciéndolo de corrida; rezad dándoos cuenta de lo que rezáis; rezad con los labios y juntamente

con el corazón; no seáis simples máquinas, discos de un fonógrafo, toritos que cantan sin saber lo que cantan.

Y algunas voces, como sabiamente aconseja San Ignacio de Loyola, rezad meditando las palabras o conceptos, uno por uno, de aquello que rezáis: El Padre nuestro, el Ave-María, el Anima Christi, el «Bendita sea».

No vayáis al Sagrario, ni a la Virgen y los Santos, con el fin de rezar un número determinado de preces u oraciones, sino aquello que el alma puede digerir en el espacio de tiempo que vais a dedicar a aquella visita. Un día os bastará con una oración o un Padre nuestro. Otro día no os bastarán cinco. Si con uno hallasteis manjar suficiente, no atropelléis cinco. Esto haréis, cuando a solas y privadamente vais a rezar; pues en comunidad, es preciso seguir a los demás, comenzando y terminando a una con ellos...

Por último, rezad, no sólo para pedir una gracia o un favor, sino también para alabar y glorificar a Dios, a la Virgen y a los Santos. Las gentes no aciertan a rezar, sino es para pedir algo a Dios y a los Santos; somos en opinar que tales son los perpetuos mendigos, que siempre van tras el apetecido mendrugo.

El interés propio, el puro egoísmo es casi siempre el móvil de los cristianos que rezan. Parece que no se preocupan de los intereses de Dios y de su gloria. ¡Qué distinta es la oración del cielo y la oración de la tierra! Allí suena el «Santo, Santo, Santo», el «Gloria, honor, bendición y alabanza eterna a Dios». Aquí Dios no oye más que: «el pan nuestro de cada día».

Jesús nos dió una fórmula, y en primer término puso la gloria de su Padre y su reino en las almas, y en segundo lugar los intereses propios: «Santificado sea tu nombre; venga a

nos el tu reino... El pan nuestro... perdónanos... líbranos del mal».

No seáis egoístas en la oración; buscad primero la gloria y el reino de Dios, y en último lugar presentad vuestras necesidades.

e) Oración (Santa Teresita). «La Alianza no debe adoptar un método único, igual y exclusivo para todas las hermanitas».

En la Alianza viven y vivirán seguramente almas de una gran variedad de espíritu, de estilo, de formación, de elevación..., y en ellas la gracia y el soplo del Espíritu Santo es y será multiforme; en unas obrará «así» y en otras «así».

La misión delicada de los Directores es el conocer, acertar y discernir el espíritu de cada dirigida. Los caminos del Espíritu Santo en cada una, y orientarlas, conducir las y empujarlas... en el camino de cada una conforme a su peculiar espíritu.

Y hablamos aquí, como nota final, de nuestra Santa Teresita, porque ella, en esta materia de la oración, es, en nuestros días, una verdadera revolución que ha llevado a muchas almas la paz y el aliento.

Teresita comenzó a orar y a... meditar, desde muy chiquitina: «... mis pensamientos se tornaban muy profundos, y sin saber lo que era meditar, se sumergía mi alma en verdadera oración...» (Hist. de un alma. Cap. II).

Teresita tenía una inteligencia excepcionalmente precoz, muy espontánea y pronta; dominaba en ella la intuición y el raciocinio profundo. A los siete años parece tener trece o catorce, y ya esta diminuta criatura comienza a buscar un método de oración más elevado y profundo que la

simple oración vocal. Pide un método a su hermana María, que no se lo concede, lo pide en su Pensionado y tampoco se lo revelan.

Y entonces, al poco tiempo, ella misma, intuitivamente, inventa la manera de orar, que se negaron a enseñarle. Teresita se encierra en una alcoba para orar con gran recogimiento y sin que nadie lo advierta.

Al prepararse, a sus once años, a la primera Comunión, y a los actos que precedían y seguían a ella, descubrió, sin que cayese en la cuenta, su oración especial que era, —y así fué siempre— una fusión de contemplación y meditación; más contemplación que meditación; todo espontáneo, sin ligaduras ni complicaciones, libre y expansiva, sin sujeción a ningún método propiamente dicho, ni regla que la aprisionara. Le resultaba muy difícil, casi imposible, el seguir al pie de la letra los ejercicios de piedad que se leían. Parecía un alma, del todo distraída.

Para algunas almas, para muchas, es necesario, como dice San Francisco de Sales, encerrarse, como el pájaro en la jaula, en el misterio que se medita, valiéndose de algún método detallado y puntualizado, y las almas que allí encuentran su centro, caminarán; pero hay otras muchas para quienes la jaula es su muerte, la nostalgia del aire libre las mata.

«A veces, dice la Santa, (Historia de un alma, Cap. VI) cuando leo ciertos tratados en los que el camino de la perfección se presenta sembrado de mil obstáculos, mi pobre pequeñito espíritu se fatiga muy pronto, cierro el libro que me rompe la cabeza, y me seca el corazón, y tomo la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso... la perfección me parece fácil; veo que basta «reconocer su nada y abandonarse como un niño en los brazos de Dios».

«Dejando, pues, para las almas grandes... los hermosos libros que no puedo comprender, todavía menos poner en práctica, me quedo alegre en mi pequeñez...»

Así era Teresita, y así se hizo Santa. Y Teresita en esto, como en todo lo demás, se ofrece por modelo de almas pequeñas y sencillas, que no comprenden libros complicados y sistemas excesivamente estudiados; de ellas no pocas hemos encontrado en la Alianza.

Orad, pues, hermanitas, orad, sed almas de oración y, por medio de ella, elevad vuestra mente, vuestra voluntad, vuestro corazón y... hasta vuestra sensibilidad, a un orden sobrenatural, a los campos divinos, a la vida de Dios, al trato y comunicación celestial con vuestro amado Esposo.

Orad mucho y con recogimiento, orad con métodos o sin ellos, encerradas en jaulas de sistema., o libres de sus complicaciones. Orad, ejercitando la mente, la inteligencia, la razón..., o moviendo preferentemente y con tranquilidad vuestra voluntad hacia el bien, hacia el Sumo Bien. Orad, si queréis, con sencillez de niño, con atención amorosa, con mirada afectuosa, con fe confiada en Jesús, en Dios. Orad, hablando ingenua y espontáneamente con vuestro Padre que está en los cielos. Orad en silencio, sin decir ni una palabra, sobre todo, cuando no acertéis a hablar; callad, entonces, guardad silencio, ved, ved ton luz sobrenatural de la fe, y... escuchad; escuchad a Dios, que también a Dios le toca hablar, y sabe hablar a las almas.

Orad como sepáis orar, y con el saber y con el sabor que el Espíritu Santo os comunicará siempre que os recojáis con humildad y sencillez...

VISITA AL SANTISIMO.-- He ahí el lugar santo que la hermanita debe buscar con preferencia para orar:

¡El Sagrario...! Esta palabra, aun entre los piadosos cristianos, pocos la entienden y todavía son menos los que penetran sus secretos.

«El Sagrario ocupado» es el mayor y el más grandioso y admirable misterio de Dios en la tierra.

Es la escondida y anonadada morada del anonadado Verbo de Dios hecho hombre, el Redentor del mundo, el mediador entre el hombre y Dios.

Es la «vivienda» donde «vive» el Jesús de la cuna del Cenáculo, de la Cruz; el Jesús de los abandonos, de los desprecios, de las humillaciones; donde «vive» más anonadado que en la gruta, más humilde que en el taller, más ultrajado que en la Cruz, más abandonado que en el sepulcro.

¡El Sagrario es para El, sepulcro, cruz, cenáculo, taller y cuna...!

Y Jesús está allí, cual lo contempló el profeta Isaías (LIII-2-3); «no tiene hermosura ni esplendor; hémosle considerado y no tenía apariencia». ¡Tan anonadado está en la Hostia...!

Sin embargo, Él es el Hijo de Dios y Dios mismo, comprendiendo en Si, substancialmente, todas las perfecciones del Padre: su bondad, su sabiduría, su omnipotencia, su amor; reflejo sublime y personal de su esencia; complacencia única del Padre, manifestada aún en su santa humanidad.

Este es Jesús Sacramentado, que «vive» en el más humilde y pobre Sagrario, y tal vez por eso mismo no se le toma en consideración.

Su suerte es siempre la misma: hallarse en medio de los suyos y no ser conocido de ellos. «En medio de vosotros está a quien vosotros no le conocéis», dijo un día San Juan Bautista (Joan. J, 2-6).

Las formas humilladas y abatidas nada dicen a la mayoría de los hombres. Sólo la lámpara nos anuncia ordinariamente el lugar de su sencilla morada.

El Sagrario no es conocido, porque no lo es Aquel que «vive» en su reducido recinto.

Verdaderamente Jesús es el Dios escondido. Su encubrimiento en la Eucaristía es el supremo grado misterioso y divino; allí se oculta a nuestras miradas, bajo signos humildes, infinitamente distantes de su infinita grandeza.

Jesús está oculto, pero Jesús está «vivo», real y verdaderamente «vivo». Las especies sagradas velan su substancia y la substancia vela y encubre su Persona divina; pero está, vive allí, vive infinitamente bienaventurado y glorioso, como lo está a la diestra del Padre. Allí está refulgente, lleno de gloria y de majestad; aquí ligado a las especies sacramentales y prisionero de ellas, y de nuevo prisionero entre las cuatro tablas de un Sagrario; atado, como con cadenas, por aquellas especies y por estas tablas, no se mueve sino cuando en las manos del sacerdote se muevan aquellas.

¡Oh! ¡Jesús es nuestro gran prisionero! En el Sagrario tenemos al Dios de la vida y de la propiciación; allí están sus méritos infinitos, su cuerpo y su sangre, precio de nuestra redención, vida de nuestra vida, prenda de nuestra resurrección y de nuestra vida eterna.

Guardemos, custodiemos, acompañemos a este nuestro prisionero..., Y ¡qué silencio hay a su puerta...!

El silencio de Jesús te el Sagrario es imponente. La soledad y el sosiego del templo nos invitan a recoger nuestro espíritu y a callar, para no turbar el silencio de Jesús.

¡Jesús calla! ¡Qué misterio! El, el Verbo Eterno, que, con todo su ser, alaba del modo más digno a su Padre y narra sus grandezas; El, la palabra única, la única concepción de la inteligencia divina, este Verbo, esta Palabra, calla en el fondo del Tabernáculo. Calla y callará siempre. ¡Es el silencio de Dios, que se esconde y se anonada! Al consumir su sacrificio en la Cruz, dijo su última palabra. Su voz ya no la oirán nuestros oídos...

Pero Jesús aún tiene mucho que decir. Y en el perfecto silencio del Sagrario cabe comunicar «hablas interiores». No se oyen sus voces, no se escuchan sus palabras; pero se entienden en el secreto más íntimo del alma; se sienten murmullos de sus confidencias, cuando se cierran los sentidos al ruido exterior que nos turba y distrae.

No es un sepulcro, donde no parecen darse señales de vida. Jesús está allí, vivo; no ocioso, sino en actividad asombrosa. Él es el centro de la vida y de la actividad más perfecta; obra siempre lo mismo que su Padre, y su acción principal consiste: «en infundir y mantener la vida en las almas». Así dice su discípulo amado: «como el Padre resucita los muertos y los vivifica, así el Hijo da la vida a quien quiere» (Joan. V-17).

Esta es la ocupación de Jesús en la Eucaristía: dar la vida a las almas, dándoseles a Si mismo como «pan de vida».

El Sagrario es, pues, cuna donde Jesús espera las caricias de las almas virginales; es taller, desde donde opera,

con actividad incesante, las más sorprendentes transformaciones en las almas que allí se acercan dispuestas; es cátedra, donde, en el silencio de las voces, habla a la inteligencia y al corazón de los que no se dejan distraer al exterior; es cenáculo, en cuya mesa se regalan, con manjar divino, los que han hambre y sed de justicia, de santidad y de amor; es cruz sangrienta, en cuyos brazos Jesús extiende los suyos y en torrentes de la sangre que derrama es mediador entre el hombre y su Padre y ora por los justos y por los pecadores: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»; es sepulcro, donde yace muerto místicamente y sacrificado, inmolado, el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo...

Y en esa cuna del Sagrario no faltan Herodes, que traman la muerte del Niño; en ese taller no faltan exigentes vecinos, que siempre son descontentadizos y molestos; en esa cátedra abundan los fariseos incrédulos, que ponen en entredicho su evangélica doctrina; en ese cenáculo, se repiten traiciones y sacrilegios de innumerables Judas; ante esa Cruz pasan muchedumbres de curiosos, y entre ellos, no pocos fariseos, haciendo mueca con sus irreverencias y pidiendo con expresiones blasfemas nuevos milagros, para creer en El; ju no a ese sepulcro, donde reina el silencio de la muerte, se ve gente insensible y distraída, que en verdad diríase que están haciendo guardia a un muerte y no amorosa y recogida compañía a un «VIVO».

Vuestro oficio ante el Sagrario, hermanitas de la Alianza, se deja ver fácilmente en la precedente consideración:

1.º) En el Sagrario-Cuna la hermanita ocupa, por excelencia, el lugar de la Virgen Santísima. Ternuras de madre, delicadezas de virgen, fidelidades de esposa y

abnegaciones de esclava, todo eso vemos en María, todo eso veremos en la hermanita.

2.º) En el sagrario-taller, donde Jesús ejerce actividades asombrosas, la hermanita se dejará manejar por las manos y herramientas del Carpintero. La hermanita va al Sagrario, no solamente a desenvolver actividades íntimas por Jesús y para Jesús, sino también a ponerse incondicionalmente en sus manos y entregarse a la acción portentosa de su amor y su poder...

3º) En el Sagrario-cátedra, la hermanita es la atenta discípula, que escucha las lecciones del maestro que habla íntimamente a su corazón.

¡Oh, si en esta escuela los discípulos atendieran y entendieran el lenguaje especial que usa el Maestro!

Como los niños ante el Maestro, las almas se distraen, cuando este Maestro Jesús habla o quiere hablar lecciones de vida eterna. ¡Cuántos secretos y misterios recónditos y divinísimos se han revelado y se han conocido a las puertas del Sagrario por las almas aplicadas! ¡Hermanitas solitarias y aisladas en los pueblos! Si la Providencia no os depara maestros espirituales en vuestra Parroquia, es señal de que Jesús mismo, directamente, quiere ser vuestro Maestro.

Id al Sagrario solitario de vuestra Iglesia, llevad allí vuestra lección preparada, dad cuenta de ella al Maestro, exponedle vuestras dudas, preguntad con sencillez lo que no habéis entendido y... escuchad en silencio.

4.º) En el Sagrario-cenáculo, la hermanita se sienta al lado del discípulo amado y, como él, comulga y como él se recrea recostada sobre el corazón del Maestro divino, como él saborea las divinas dulzuras, como él comunica con Jesús los

secretos más íntimos del corazón, como él siente, como él ora, como él repara y desagravia, como él sufre y como él ama.

5.º) En el Sagrario-cruz, entre la muchedumbre de las almas frívolas, tibias, distraídas, curiosas, la hermanita no se entibia, sino que se enciende; no se distrae, sino que se recoge y, abrazándose con la Víctima, como María y Magdalena en la cumbre del Calvario, ahí, en la soledad del Sagrario, se inmola, se entrega, se abandona, como pequeña víctima, a la acción misericordiosa de su Amado, como corredentora por los que crucifican a Jesús, repitiendo con El al Padre Eterno: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

6.º) En el Sagrario-sepulcro, donde Jesús, inmolido en el Santo Sacrificio, está místicamente muerto, por donde el Sagrario parece un panteón y a cuya entrada parecen simples guardianes muchas de esas almas, que hacen acto de presencia unos cuantos momentos, como por cumplido, sin despegar los labios, ni mostrar sentimiento alguno en sus corazones, la hermanita es un contraste. Ella, con el corazón desgarrado, como la feliz Magdalena, en aquella mañana de Pascua, con espíritu reparador, en alas de un amor abrasado, llega hasta la puerta del Sagrario-sepulcro glorioso, donde ella sabe que la muerte está trocada en gloria, que ahí Jesús, anonadado, sí, por el Sacrificio incruento, está vivo, es El la resurrección y la vida para todos los que creen en El.

La hermanita, «muy de mañana, cuando todavía las tinieblas de la noche se arrastran perezosas por las lejanías», y a la tarde, y a la noche, y siempre que que sus ocupaciones le permitan, se acerca silenciosa, cargada de aromas, de obsequios, de ofrendas, de sacrificios, de trabajos, de sudores, o de simples anhelos, ansias, resoluciones... Con fé viva y luminosa, con confianza sin límites, con amor

invencible que todo lo vence... se acercará... «Mujer, ¿a quién buscas?»

La ausencia de Jesús es el único tormento de la hermanita. Decidle pronto dónde está Aquel a quien ama su alma...: «*et ego eum tollam*» y ella le llevará consigo...

¡Oh! ¡que la hermanita busque a Jesús «vivo» en el Sagrario, como María Magdalena le buscó «muerto» en el sepulcro!

VIII. Estudio del Reglamento

La iniciada tiene derecho a un ejemplar del Reglamento. Su estudio y meditación seria y continua ha de ser como manjar cotidiano de su espíritu.

Si la hermanita ama de veras su Obra, no hay duda de que se afanará por conocer sus secretos.

Para la iniciada son puntos transcendentales, sobre los que los Directores e instructoras deben preparar sus conferencias, los que indicamos a continuación:

- 1) El art.º 1, apart. a) y c).
- 2) Sobre la formación especial fijarán su atención en los artículos 9, 10, 11 y «Comentario»; lo cual irá unido a todo lo dicho en este capítulo dedicado a las iniciadas.
- 3) El plan de actos diarios del boletín se estudiará en los artículos 12, 13, 14 y comentarios.
- 4) La vida en los «retiros», que se detalla desde los artículos 20 y 21, debe ser objeto de un minucioso y constante estudio por parte de las hermanitas y de explicación por

parte de las instructoras. Insistan estas en la necesidad de acudir con la máxima frecuencia y de aprovechar bien el tiempo durante su estancia en ellos.

El capítulo XII (arts. 64 al 70) contiene el resumen completo de lo que es la iniciada y su vida, con sus deberes y derechos.

5) Para que el paso al grado de formadas sea con algún conocimiento de lo que en ese grado se exige, se deberá también explicar lo contenido, por lo menos, en los arts. 71, 72, 73 y 74.

CAPÍTULO V

Hermanitas formadas. Vida iluminativa.

I. Formación

No es aquí donde la hermanita comienza su formación de aliada, ni tampoco donde la termina.

Su formación viene desde que principió su prueba entre las aspirantes y ha de seguir formándose, avanzando en sus grados y perfeccionándose cada día, mientras sea hermanita de la Alianza.

Supuesto que formar una hermanita es modelarla en el espíritu propio y peculiar de la Alianza, grabándose en la inteligencia y en el corazón, conforme a los fundamentos, normas y orientaciones del Reglamento, esta labor no debe limitarse a un determinado período en la vida de la Alianza, sino que abarcará toda ella, desde los primeros pasos hasta el fin.

Decimos aquí hermanitas formadas en el sentido corriente de la palabra y sólo para significar que estas almas, al llegar a este grado y disposición de vida, se hallan suficientemente formadas en el conocimiento y práctica de la Alianza, para pasar al segundo grado de la misma, a la vez que se las supone también formadas suficientemente en el camino y vida espiritual cristiana, para poder entrar en el grado de la vía iluminativa, a saber: en el desarrollo positivo y práctico de la gracia en la substancia del alma y el ejercicio de las virtudes en las potencias de la misma.

Tal vez es este el período más trascendental en todo el curso de la vida de la hermanita, para desplegar e intensificar toda su actividad, ya en adquirir la verdadera fisonomía y forma perfecta de aliada, ya también para avanzar a pasos agigantados en el camino de la perfección cristiana.

De ahí la necesidad de que las hermanitas instructoras den una gran preferencia, cuanto es posible, a este curso de formación de hermanitas formadas, sin olvidar nunca los demás grados.

El éxito de la Alianza depende totalmente de la formación de sus miembros en el espíritu de ella; tanto para el bien de su propia vida cristiana, como para, obrar con provecho en las almas, es punto capitalísimo el de su formación en la Obra.

Llegado este período y pasada la iniciación en la Obra, la hermanita se ha consagrado a la Alianza, y en la Alianza va directamente al centro de su vida que es Dios.

Ahora, purificada su alma en el anterior período purgativo, ve mejor que la razón total de este ejercicio positivo de su vida es Dios, es Jesús. Así, pues, el ideal se eleva, se aclara, se concreta, se agiganta. El lema: «virgen en la pureza», «serafín en el amor» y «mártir en el sacrificio», se transparenta, se hace más interesante, entusiasmo más, se ama más, se abraza con más fervor y decisión.

Pero la práctica de la virtud en abstracto no se concibe, se hace imposible, hay que acomodarla a un molde, hay que copiarla en un modelo, y el ejemplar que se nos ha mostrado» es Jesús.

«Sin excluir a los santos, dice el P. Crisógono (Ascética y Mística, Cap. II, art. 1) el alma irá reconcentrando su amor en la persona de Jesucristo. Será un amor efectivo, que irá

cristalizando en obras. Y esas obras tendrán, ante todo, por razón, la imitación del divino Modelo».

«Convencida el alma por las meditaciones del período anterior, de que el amor de las criaturas desfiguró, si no borró totalmente, la imagen de Dios en su espíritu, se propone restaurarla ahora. Ya ha quitado cuanto podía estorbar a la realización de esta obra. Ahora hay que comenzar la labor positiva: el trazado de líneas, hasta que aparezca esa imagen íntegra y genuina en su espíritu».

«Aquel deseo general, casi indeterminado, de perfección, con que entró en el período purificativo, se ha concretado mucho; no sólo no es un deseo vago, sino que es toda una convicción...»

La hermanita entra de lleno en la vida sobrenatural, desarrollando con obras meritorias la gracia santificante, a lo que ayuda también la práctica de las virtudes, y por éstas, la imitación de su Ideal, Jesucristo, a quien trata de conocer cada vez más.

He aquí su tarea concretamente marcada:

a) vivir (desarrollo de la gracia); b) conocimiento de Jesús, su amor; c) virtudes, conforme al Modelo divino; d) imitación de Jesús, acercamiento y unión con Él, por esta semejanza y la práctica de las virtudes, en especial, teologales.

Sin embargo, la hermanita formada no deja el ejercicio de la purificación; la purificación y la iluminación son elementos correlativos; existen y se desarrollan al mismo paso; aquella hace el vacío de las criaturas en el alma y esta la llena de Dios.

¡Llenarse de Dios! Hé ahí su objetivo. Dios, viviendo en el alma por la gracia; Dios, imitado por las virtudes; Dios, conocido y amado en íntimo abrazo por medio de la fe, la caridad, la oración y los sacramentos.

Mas, como arriba hemos indicado, la purificación, a la par con la iluminación, el vacío de las criaturas, el desasimiento del mundo y su total apartamiento es ejercicio indispensable en todo momento.

En los caminos de la vida de iluminación, el mayor obstáculo para la hermanita, que tiene la vocación y misión de vivir en medio del mundo, son los atractivos del mismo.

¡¡El mundo...!! Hé ahí el gran enemigo, donde se esconde y disfraza el demonio y donde se enciende y se ceba la carne.

Hablemos, pues, primero, de este gran enemigo de la aliada.

II. Peligros del mundo

Con un ejemplo de triste escarmiento vamos a comenzar este segundo apartado sobre los peligros del mundo.

En el curso de la vida de la Alianza hemos tenido la satisfacción de ver en nuestro «retiro» a una joven perteneciente a la buena sociedad, piadosa, asidua al templo, ansiosa de virtud y de santidad, resuelta a ser toda de Jesús, candorosa, honesta y pura y que quería entrar a probar el espíritu de nuestra amada Alianza.

Pero, de repente, la hemos perdido de vista, sin poder explicarnos el por qué de este alejamiento; y era que su madre ; desventuradas tales madres!, viendo que el rumbo de

su hija era excesivamente humilde y venía a oscurecer su nombre en la sociedad y a comprometer su gran porvenir, cerróle el paso, púsola bajo llave para que por las mañanas no cumpliese, como solía, sus devociones cristianas diarias y, a los pocos días, la arrastró a una populosa ciudad, exponiéndola «vistosa» a las miradas del gran mundo.

Lejos de nuestra influencia, sola, rodeada de ocasiones, agitada vertiginosamente, como hoja seca, por el huracán, en un ambiente escandalosamente sensual, cayó en los disimulados lazos de los tentadores de oficio.

La primera noticia que de ella nos dieron fu é muy desagradable y triste: ¡¡Una flor enlodada y perdida!! ¡Qué dolor! Los suyos quisieron detenerla en su triste carrera; también pretendemos nosotros, en unión de otras buenas almas, traerla a la reflexión, recordándole los tiempos tranquilos, dulces y felices de aquella vida angelical de paz y de verdadero amor. Todo inútil; dueña de su libertad, emancipada con sus veinticinco años, huyó de los suyos y de nos otros y en el altamar alborotado de sus pasiones quedó sumergida...

¡El Corazón de Jesús la redima!

Ese es el mundo, hermanitas amadas, en cuyas engañosas y disfrazadas redes cayeron y caen tantas cautivas y esclavas. Ese es el mundo, contra el cual incesantemente en nuestras pláticas y en nuestros modestísimos escritos clamamos con verdadera alarma. Ese es el mundo, el gran enemigo de la Alianza, con el cual no caben intervenciones y componendas amistosas, sino radicalismos a vida o muerte. Ese es el mundo, anatematizado por Cristo Jesús, enemigo de su doctrina y de su Evangelio. El mundo contra el cual de intento enristramos hoy nuestra humilde pluma de sacerdote y de celador de la pureza de las almas.

El mundo, contra cuyos príncipes, potestades y rectores de las tinieblas, según expresión de San Pablo, está entablada la lucha. El mundo impío, perverso, farisaico y enemigo de Cristo y de su Evangelio; el mundo particularmente orgulloso, sensual y provocador; el mundo de los placeres, de los regalos y de las comodidades; el mundo carnal, deshonesto y escandalosamente lujurioso; el mundo de la moda atrevida, de la playa impúdica, del deporte inmodesto, del cine, del café y de la novela... Ese es el mundo, vuestro eterno enemigo, contra el cual la Alianza se ha lanzado en guerra sin cuartel.

¡Contra el «triunfo de la pureza» y del «amor de Jesús» ese es vuestro enemigo!

¿Cómo se le conoce? Rasgos característicos, admirablemente trazados, trasladamos aquí, tomados del Venerable Padre Estella (Vanidad del mundo, parte 2ª, cp. I): «Es justo, dice el inspirado Padre, que sepas las condiciones del mundo, porque conociéndole, con mayor cautela te guardes. Manifiestos son sus engaños y sus costumbres están diciendo lo poco que debe ser amado. Nunca hizo sino intoxicar a los que a él se entregaron y pegar su ponzoña al que trababa amistad con él. A muchos engaña, y a gran multitud de gente ciega.

«Cuando huye es nada, cuando es visto es sombra y cuando se ensalza es humo. A los hombres locos es dulce y muy amargo a los sabios y discretos varones. Los que le aman no le conocen y los que le aborrecen saben quién es. Para conocerle es menester mirarle de lejos, porque los que a él se llegan, ni al mundo ni a sí mismos se conocen.

«Produce muchos males y es causa de míseros efectos. Ciega al que a él se acerca, prende al descuidado y con pesada carga lo atormenta. Aborrece a los que le aman,

engaña a quien le cree y persigue a quien le sirve. Aflige a sus amigos, deshonra a los que le honran y olvidase de los que buscan su memoria. Más se le ha de aborrecer cuando parece que nos ama que cuando descubiertamente nos persigue. Cuando es más familiar, tanto es más peligroso. Peor es cuando nos halaga que cuando nos aborrece.

Del mundo o nos hemos de reír o reírse ha él de nosotros. Aquellos que del mundo no se burlan, el mundo hará burla de ellos. ¡Ay de aquellos que le crean y bienaventurados los que le desprecian! Es para temer y es para huir. Engañosa es su suavidad, infructuoso el trabajo, perpetuo el temor y peligrosa su honra. El principio sin prudencia y el fin con penitencia. Liberal en prometer y escaso en cumplir lo prometido.

«Imposible es estar en el mundo y no temer, no dolerse, no trabajar, no andar en muy grande peligro. Enlaza a los hombres, no consiente que descansen y todos quiere que mueran. Vano es el que no teme esperando en él y amarle y no peligrar es imposible.

«¿Qué quieres o qué deseas ver en el mundo, donde todo es inmundo? Múdase a cada paso y en variarse tan fácilmente muestra ser corruptible

«Quiere que vayan delante los servicios y aún no han comenzado a gustar sus bienes, cuando deja burlados a los Suyos. Da a sus servidores fruta colorada y hermosa de fuera, siendo dentro llena de gusanos y podrida.

«Su gloria es tan temporal, que al que vive deja y desampara y no sigue al que muere. Honra a los presentes, no conoce a los ausentes y deja a los que mueren. ¡Bienaventurado el que desprecia la mentira del mundo y sigue la verdad!

«Da la tierra por el Cielo y al mundo por Dios. Viles son todas las cosas que hay en el mundo e indignas de llegarse a ellas... Los que se llegan a las cosas que pasan, pasan juntamente con ellas.

«Bienaventurado aquel que no se va tras las cosas que poseídas cargan, amadas ensucian y dejándolas atormentan. En el mundo hay falsedad y engaño en sus prometimientos. Pesadumbre en sus conversaciones, tristeza en sus consolaciones y sobresalto en sus prosperidades.

«No hay en él cosa de tono; no tiene sino una apariencia de bien y una muestra de blandura con que engaña a los simples que no le conocen.

«Avísate, que si el mundo pusiese delante de tus ojos la muestra del paño fino, que primero que compres el paño, descojas (sueltes) toda la pieza y no compres todo el paño por la muestra.

«Es un marcado engañador, que, mostrando una vara de paño fino, vende pieza de sayal grosero. Muchos, por una sombra de honra o deleite que el mundo les representa, compran todas sus abominaciones y tormentos y tan a costa suya que se hacen sus esclavos.

«No te engañe, pues, el mundo; tapa tus oídos a lo que te dice, ni se ceben tus ojos de lo que representa, porque muy diferente es de lo que parece. No duermas a la melodía de su voz, porque es sirena que con su canto quiere engañarte».

Hasta aquí el citado Padre Estella.

Jesús y el mundo.— Si queréis saber bien lo que es el mundo, comparadlo con Jesús y sus máximas, con la doctrina de su Santo Evangelio.

Jesús y su doctrina son la antítesis del mundo y sus perversas máximas. Recuérdese que Jesús vino mundo a condenarlo con sus doctrinas y a marcar a los hombres una nueva senda, diametralmente opuesta y en todo contraria. Con un desprecio soberano a todo lo que el mundo estima y ensalza, apareció el Hijo del Hombre en un misérrimo portal, puesto completamente de espaldas al mundo y a sus regalos, comodidades y «alturas». Y desde aquella su primera aparición en el teatro de la tierra hasta el último suspiro en los abatimientos, anonadamientos y espantosos dolores de la Cruz, Jesús será siempre el signo de contradicción y oposición con el mundo.

Forastero en Belén, desterrado en Egipto, oculto y retirado en Nazaret, Jesús vivirá treinta años en el mundo, como si en el mundo no viviera y sin que el mundo se aperciba de su existencia entre los hombres.

Por eso dirá muy bien su apóstol amado: «En el mundo estaba... y el mundo no le conoció» (Joan. I-10).

Y cuando, para cumplir su divina misión, se reveló al mundo como el verdadero Enviado de su Padre, el Mesías Salvador del mundo, el mundo, caracterizado y representado y personificado por los fariseos, se alzó en armas contra El, le despreció, le calumnió, le persiguió, le condenó y le crucificó, como un criminal.

«El mundo me odia a Mí...» (Joan. 7) dijo El con mucha razón. «Si el mundo os odia, dice a sus apóstoles, sabed que antes que a vosotros me ha odiado a Mí» (Joan 15). «A Mí me odia el mundo, porque yo doy testimonio de él, de que sus obras son malas» (Joan. VIII-7).

El mundo odia a Jesús, porque su doctrina es en todo opuesta a las máximas del mundo.

Jesús ha comenzado su Evangelio diciendo públicamente: «Bienaventurados los pobres de espíritu... Bienaventurados los mansos... Bienaventurados los que lloran los misericordiosos... los limpios de corazón... los perseguidos...» (Mateo, V).

Son irreconciliables enemigos Jesús y el mundo, porque son también irreconciliables el Evangelio y las doctrinas y máximas del mundo; no cabe unión entre estos extremos, no hay posible armonía entre estos códigos; no puede existir punto de contacto entre el reino de la luz y el reino de las tinieblas; no pueden enlazarse estas dos banderas; el que quiera alistarse bajo una de ellas, por necesidad tiene que jurar guerra a la otra. El que está con el mundo y sigue al mundo, ya no puede estar con Jesús ni seguirle. «El que no está conmigo – dice Jesús – está contra Mí».

Por eso el cristiano, al jurar en la pila del Bautismo seguir a Jesús, jura solemnemente la renuncia a Satanás y a las pompas del mundo.

Se engaña, pues, miserablemente, el cristiano, que, siguiendo a Cristo, quiere al mismo tiempo contemporizar y condescender con las máximas del mundo. Estos son los cristianos y cristianas, que desacreditan la santa religión de Cristo, porque la falsifican y la profanan; su religión es vana, su vida es pura hipocresía, son perfectos fariseos; su piedad es externa, superficial, una farsa; su virtud es nula, su alma está vacía de Jesús y de todo lo divino, su fe es completamente estéril y su corazón es un vil esclavo del mundo.

A éstos dice el Apóstol Santiago: «La amistad de este mundo es enemiga de Dios; cualquiera, pues, que quiera ser amigo de este mundo, se constituye enemigo de Dios» (Jacob. IV-4).

¡Oh! ¡ Cuántas pobres almas primero fueron amigas de Dios, enamoradas de Jesús; luego, por aficiones vanas y peligrosas, se inclinaron al mundo, simpatizaron con sus atractivos, vivieron algún tiempo fluctuando entre... Jesús y el mundo y, por fin, arrastradas por este, se desasieron y se arrancaron de Jesús, para irse al abismo!

Hablan los escarmientos. — a) Abro el Libro del Eclesiastés y leo: «Dije yo (es Salomón el que habla) en mi corazón: Iré y tendré abundancia de delicias y gozaré de los bienes...

«Engrandecí mis obras, me edificué casas y planté viñas. Hice huertos y jardines y planteles de toda clase de árboles. Y me hice fabricar piscinas de aguas para regar el bosque de los árboles que brotaban.

«Poseí siervos y siervas y tuve mucha familia, también ganados y muchos rebaños de ovejas, más que todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Amontoné para mí plata y oro y las posesiones de los reyes y de las provincias.

«Me escogí cantores y cantoras y tuve las delicias de los hijos de los hombres; vasos y jarros labrados para el servicio de los vinos.

«Yo superé en riquezas a todos los que fueron antes de mí en Jerusalén. Yo no negué a mis ojos cuantas cosas desearon, ni prohibí a mi corazón cuanto en placer quiso disfrutar los deleites de las cosas que yo había apetecido...

«Pero, habiéndome vuelto a todas las obras y trabajos en que yo inútilmente había sudado ví en todo vanidad y aflicción del corazón.

«Y ví que estos (abundancia de delicias y de los bienes)... era también vanidad. Y la risa (y todos los placeres

del mundo) los reputé por error, y dije al gozo ¿por qué vanamente te engañas...?

«Yo el Ecclesiastés, fui Rey de Israel en Jerusalén... Y ví todo lo que se hace debajo del sol y he aquí todo es vanidad y aflicción del espíritu. Vanidad de vanidades –dijo el Ecclesiastés –vanidad de vanidades y todo es vanidad» (Eccles. I y II).

Todo esto es del Rey Salomón. Este fué el hombre, entre los mortales, que más plenamente y en mayor abundancia y más intensamente ha gozado de las delicias y placeres y bienes del mundo.

Poseyó todo lo que el hombre puede apetecer de bienes, riquezas, honores, gloria, satisfacciones y placeres, y los disfrutó con verdadera hartura. Y después de probarlo todo, confesó solemnemente que todo lo que el mundo da al corazón humano es vanidad, engaño, mentira, vacío, tormento, remordimiento y aflicción del alma.

b) En el cap. 15 de San Lucas leo lo que cuenta el pobre hijo pródigo:

Yo fui un joven, hijo de buena familia, que vivía tranquilo, regalado y feliz en compañía de mi buen padre... Pero un día ¡desventurado para mí aquel día!, el mundo se acercó a mí y me brindó sus sonrisas y sus alegrías en la libertad de la vida joven y quise probarlas. Contra la voluntad de mi amado padre reclamé mis derechos de herencia, y, para mejor burlar su vigilancia, fuíme lejos a otra región.

Allí, a mis anchas, entregué mi juventud al mundo; y en sus festines, espectáculos y toda clase de placeres, malbaraté mi patrimonio y mi salud.

Yo dí todo al mundo: mis riquezas, mi honra, mi fama, mi salud, el corazón, la paz y el alma... Y el mundo... ¡Oh! ¡el mundo! El mundo se convirtió en amo cruel y sin entrañas para mí, me hizo su esclavo y me mandó a cuidar una piara de puercos, con quienes disputaba las bellotas y mondaduras que comían.

Allí, en la desgracia, conocí lo que era el mundo, que, si un día me brindó sonrisas, luego me las pagó con mondaduras de bellotas. Y arrepentido y escarmentado, volví al regazo de mi Padre.

c) Voy a asomarme a las puertas del infierno: Yo fui un hombre rico (el desventurado Epulón), yo vestía de púrpura y de seda y dormía en lecho mullido y me regalaba diariamente con espléndidos banquetes; yo gocé de las delicias del mundo cuanto mi corazón quiso apetecer; yo derroché mis riquezas y mi salud en placeres, sin acordarme de practicar la caridad en favor del mendigo Lázaro. La felicidad del mundo Me colocó de espaldas a Dios, me cegó la pasión por lo terreno y olvidéme de mi verdadero y único destino...

¡Oh desventura! ¡Todo ha pasado, como humo que se disipa al soplo del viento! Ahora, en estas terribles cárceles soy atormentado en inextinguibles llamas, donde ni una gota de agua queda de aquella abundancia de deleites que gocé... ¡Oh, si yo volviera al mundo!

d) Yo soy una reina, que fuí poderosa en el mundo, dice una infeliz condenada, yo tuve en posesión tronos, honores, gloria y delicias de todo género. En el delirio de mi felicidad mundana yo llegué a la insensatez de renunciar a la gloria y felicidad del Cielo, con tal que Dios me concediese cuarenta años de paraíso en la tierra de los placeres.

Cuarenta años me dió Dios en el mundo y gocé cuanto el corazón de una mujer puede gozar y disfrutar. Nada me faltó de cuanto el mundo atesora de bienes... Pasaron los cuarenta años con la velocidad del rayo, sin dejar tras sí más que el recuerdo de su gran vanidad. ¡Oh locura! ¡Cuarenta años de felicidad y una eternidad de tormento!

e) Yo fui Una hermanita de la Alianza, grita otra desgraciada joven; yo tuve mis años pacíficos y felices en la intimidad de mis amigas hermanitas, en el solitario «retiro» ¡qué tranquila y feliz era entonces mi vida! Pero, asomóse un día a mis ojos, ataviado de galas veraniegas, el mundo vano y seductor. A su lado, el «retiro» me pareció excesivamente sombrío y austero, su vida difícil e insoportable, y quise suavizar sus rigores con las condescendencias del mundo alegre... Fuíme demasiado lejos... tan lejos que olvidé la Alianza y su vida angélica. Me envolvieron los atractivos, los pasatiempos, las alegrías; luego las diversiones, amistades, espectáculos, placeres..., redes ocultas de un mundo traidor, y fuí su miserable esclava... En eternas lágrimas se me han convertido los goces amargos del mundo que locamente amé.

f) Quiero asomarme ¡por fin, un instante nada más!, a la entrada del Paraíso Celestial.

Soy una hermanita de la Alianza en Jesús por María, nos dice una visión celestial. Cuando en mis primeros años inexpertos, el mundo me sonreía con sus sugestivas alegrías, bellezas atrayentes y placeres «inocentes», cabalmente Dios me guió, con providencia divina y amorosa, hacia el bendito refugio de la Alianza. Allí, mi corazón tranquilo, de espaldas completamente al mundo y a sus engañosos placeres, consagró sus más castos y angelicales amores al divino Esposo de las vírgenes. Nada eché de menos; Jesús llenó con

creces todas las exigencias de mi alma sedienta; en su puro amor mi corazón vivió rebasado.

Viví en el mundo, y el mundo no llegó a entrar en el Santuario de mi corazón; el mundo sólo pasó como resbalando sobre mi manto virginal, en cuyos pliegues de modesta cristiana conservó inmaculada su blancura mi pureza angélica. Huí siempre del mundo, aborrecílo como enemigo de mi inocencia...

Y ahora, desde los eternos resplandores de la gloria y las dulcísimas y purísimas alegrías del Paraíso celestial en que mi alma vive inundada, debo confesar que soy bienaventurada, porque vencí al mundo.

La Alianza y el mundo.— La hermanita, que atentamente haya repasado todo lo que hasta aquí llevamos dicho sobre la vanidad, peligros y engaños del mundo, fácilmente podrá concluir: Que entre la Alianza y el mundo deberá existir siempre la más radical oposición. Son dos campos, cuya línea de combate nunca podrá franquearse; ni los de allí pueden mezclarse con los de aquí, ni los de aquí pueden cruzar esa frontera al otro lado. Son dos banderas, cuyos colores y cuyas divisas no admiten confusiones y medias tintas.

Añadamos una razón más. Nosotros somos un compuesto misterioso, donde se estrechan, en sustancial consorcio, cosas tan opuestas y distintas como son lo inmaterial y lo material, lo espiritual y lo corpóreo, lo celestial y lo terreno, el ángel y la bestia. Por lo que tenemos de ángel nos asemejamos a Dios; por lo que tenemos de material nos parecemos a los irracionales. Lo espiritual tiende hacia arriba, lo material tiene tendencia contraria,

tiende a la tierra. La carne y el espíritu tienen, pues, tendencias opuestas y contrarias.

De estas dos tendencias nace la lucha entre lo que tenemos de ángel y lo que tenemos de bestia. Esta lucha está gráficamente señalada por el Apóstol San Pablo, cuando dice: «La carne codicia contra el espíritu y el espíritu contra la carne; porque estos son enemigos y contrarios entre sí...» (Gálatas V-17).

«Cuando el ángel triunfa, dirá aquí el admirable P. Bayo, la victoria más clara y espléndida está representada por la virginidad. Mas cuando la bestia triunfa el triunfo más completo tiene su término en el vicio feo de la sensualidad».

Ambos resultados marcan dos grandes extremos: el más alto y elevado por un lado, y el más bajo y degradado a que puede llegar el hombre, por otro. «La incorrupción, dice el Sabio, nos aproxima a Dios»; he ahí lo más alto. «Aquellos, dice San Pedro, que andan en deseos de inmundicia, como bestias sin razón... perecerán en su corrupción» (II Petr. II, 10-12); he ahí lo más bajo.

Ahora bien; la Alianza lleva desde su primera inspiración, como bandera y divisa especialísima, el triunfo de la pureza, y en ese triunfo y bajo esa bandera, compendia toda su vida elevada a que aspira, vida interior, espiritual, sobrenatural, angelical, divina... para terminar en la más estrecha, profunda e íntima unión con Jesús, por amor. El mundo, al contrario, con disimulo o sin él, se abre como un gran «mercado» de incitaciones y estimulantes a la vida, generalmente material y terrena, a la vida de los sentidos, a las satisfacciones sensibles, a los goces y alegrías sensuales... para terminar, en su humillante descenso, en el vicio de la carne.

Si, pues, somos consecuentes, hemos de concluir que la Alianza, radicalmente, es enemiga del mundo.

Y eso, cabalmente y nada más, viene a decir el Reglamento de la Alianza en los artículos que a continuación vamos brevemente a explicar.

«Art.º 17. — Por regla general, la hermanita no puede:

a) Frecuentar playas, paseos concurridos, excursiones y convites, ni cualquier otro sitio donde haya de estar en contacto y roce con el mundo».

La aliada no puede, no debe frecuentar, no debe asistir, ni con frecuencia ni sin ella, ni una ni muchas veces, ni por curiosidad ni por afición y gusto (salvas solamente las excepciones a que se refiere el artº 18 del Reglamento) las playas, cuando las playas son espectáculo mundano, cuando en las playas se respira ambiente sensual, cuando el baño se convierte en ocasión de exhibiciones inmodestas e indecorosas, cuando allí escasea el pudor y la vergüenza.

Paseos concurridos, paseos de moda, hacia donde hace sus reclamos el mundo elegante y tentador; concurridos con concurrencia ya excesiva, ya de gente (como de ordinario ocurre) muy mundana, poco escrupulosa y poco edificante; en donde lo que se ve, y lo que se oye, y lo que se respira, y lo que se siente, no favorece, antes perjudica grandemente al espíritu de elevación, de recogimiento, de honestidad y de delicadeza, de que siempre debe estar impregnada una hermanita aliada.

Excursiones..., giras, días de campo, deporte de alpinismo y otros sitios, siempre que estos no sean entre las mismas hermanitas, o, a lo más, con personas de su absoluta confianza (jamás hombres) y en un plan de rigurosa honestidad, con ocasión de algún acto piadoso, v. g. visita a

algún Santuario... Nunca, en estos actos, deben mezclarse las hermanitas con gente alegre, que «uniformada» desde la mañana, se tira al monte, como cuando se suelta a un perro de su cadena, para olvidarse de su condición de mujer delicada, honesta y cristiana y convertirse en hábil deportista o acaso en atrevida gimnasta o acróbata.

¡Qué lejos debe estar de esto una hermanita virgen, consagrada a Dios...!

Ese es uno de los aspectos del mundo tentador, que se disfraza hábilmente y con razones, al parecer justificadas, de salud, de expansión, de descanso, de reposo; pretextos disimulados al fin.

b) La hermanita no puede «asistir a espectáculos públicos, de cualquier clase que sean; tales como cines, teatros, bailes, corridas de toros, verbenas, establecimientos públicos, etc.».

Entendemos por espectáculos públicos aquellos a donde es libremente permitido entrar a toda, clase de personas; aquellos espectáculos o funciones de recreo, dispuestos y preparados para todo el público en general. Lo mismo importa que estos actos tengan lugar en sitios o teatros públicos o en locales pertenecientes a sociedades, entidades, centros de recreo, etc., siempre que la asistencia a ellos sea de todo el público que quiera asistir y no sea reservada a determinada clase de personas, de absoluta garantía; entonces estos espectáculos pertenecen a la categoría de espectáculos públicos.

A ellos, ninguna hermanita puede asistir.—Hacemos, sin embargo, la salvedad que señala el art.º 18 del Reglamento.

En particular, tocante al cine, debemos en concreto advertir, que hoy y mientras este espectáculo no se convierta en una obra, por excelencia educadora, instructiva, moralizadora y netamente cristiana, ninguna aliada puede asistir a él, aun cuando la tijera del censor descuartice la cinta. Asistencia a teatros públicos, ya se ha dicho que nunca; a teatros llamados familiares..., catequísticos, parroquiales, de colegios, etc., no recomendamos la asistencia, ni tampoco la podemos prohibir; únicamente la toleraremos.

Sabemos, por enorme experiencia y lamentamos muy de veras el tiempo a ellos dedicado e inútilmente perdido, conocemos el terreno y confesamos: que de tales espectáculos, por buenos que sean, poco o nada de provecho se saca.

¿Pueden las hermanitas trabajar en las tablas? No; las aliadas no deben exhibirse en las tablas de un escenario; para eso es fácil encontrar gente de «vocación».

Exceptuamos: 1.º) Cuando las hermanitas son alumnas de un colegio y allí, en honor de la Superiora o por otro motivo justo y razonable, se celebra una velada íntima y familiar.

2.º) Cuando en un catecismo, con fines completamente instructivos y educadores, se representan «cuadros vivos» puramente religiosos.

3.º) Cuando ambas cosas tienen lugar en un «retiro» de la Alianza.

Pero insistimos... en que no se prodiguen demasiado estas representaciones.

En cuanto a bailes, corridas, verbenas... ¡ni una palabra!, como no sea para condenarlos y execrarlos.

c) La hermanita no puede «cultivar amistades del mundo, que, aun pareciendo a los ojos de los hombres buenas, irremisiblemente apartan de Jesús...»

Mucho pudiéramos decir sobre este punto, y a fé que es interesante. Estamos por asegurar que una gran mayoría de jóvenes en el mundo se pierden por amistades peligrosas. No hay refrán de tan espantosa realidad como el de que «dime con quién andas y te diré quién eres».

Muy sabiamente y con gran profusión se ha escrito acerca de este particular. Nosotros no queremos repetirlo aquí; pero sí queremos rogar a todas nuestras hermanitas que lean, con toda detención y reposo, alguno de los autores que tratan de esto con gran acierto.

En cuanto a vosotras, interpretando las palabras del apartado c) de dicho artículo, queremos añadir: Que la hermanita debe andar con otra hermanita; que esta otra hermanita no sea exclusiva y particularmente siempre la misma, sino una con cada una, y cada una con todas.

Evítense a todo trance intimidades «particulares»; ¡cuidado con los singularismos! Evítense amistades pegajosas, blandas y melosas. Evítense amistades con hermanitas poco edificantes, de conducta poco ejemplar y que aman la Obra sólo a medias (si es que por desgracia hubiera algún caso de estos).

Evítense en general, amistades a fondo, con las que no son hermanitas, mayormente si estas son jóvenes mundanas y de escaso espíritu cristiano.

En Centros y Grupos de reducido número de hermanitas, habrá necesidad de echar mano de una amiga que no sea aliada. Y en este caso, hágase la elección con gran cautela y tino, y el trato con ella sea el indispensable, el

corriente y no excesivamente íntimo y confiado, sino prudentemente reservado.

Amistades con casadas no deben tolerarse por regla general. Amistades con hombres, está de más el decirlo.

Sin embargo, las hermanitas deben ser muy atentas, educadas, finas, cumplidas y obsequiosas con todo el mundo. En pueblos pequeños, donde todos son conocidos, y en la vecindad, calle, barrio o arrabal donde las hermanitas viven, no se hagan excesivamente retraídas, aisladas y solas, como si tuvieran a menos el tratar con sus vecinos. Una buena intención y deseo santo de recogimiento y de soledad puede merecer de ellos una torcida interpretación y redundar en menoscabo de ellas y de la Obra.

Salúdese a los conocidos, si es costumbre en el lugar; muéstrense simpatía, consideración, favor, ayuda (si hace falta), todo con discreción, recta intención y santa alegría.

d) De lecturas, lo dicho en el Reglamento basta.

Cada Centro debe procurar formar una selecta biblioteca de obras escogidas, propias para todas las hermanitas. No falte en ellas una buena colección de obras doctrinales, de apologética, de catequística y de dogma. Obras de ascética y mística; de oración y meditación y de práctica de virtudes cristianas, y algunas escogidas devociones, con preferencia litúrgicas.

Lecturas de simple recreo, sin más finalidad, deben estar ausentes de nuestras bibliotecas; no podemos recomendar ninguna.

«Artículo 18.º – Cuando por fuerza mayor se vea una hermanita obligada a tomar parte en alguna diversión,

deberá, en cada caso, tratarlo con su Director Local, para ver si tal compromiso de hecho existe. En caso afirmativo...»

A este artículo hemos hecho alusión en la explicación del anterior.

Puede, en efecto, darse el caso, y se da con harta frecuencia, de que hermanitas muy buenas y fervorosas sean hijas de hogares no tan edificantes y de tan delicada conciencia, y en tales hogares estas pobres hermanitas se ven a menudo en verdaderos apuros.

La exigencia de sus padres o hermanos supera algunas veces toda la fuerza de sus argumentos. Sus protestas no sirven más que para agravar la situación... Y entonces no habrá más remedio que dejar su corazón en la celda o en la puerta del Sagrario... y dejar que su cuerpo vaya adonde su alma virginal no puede y no debe asistir.

En estos casos, que deben ser siempre de rigurosa fuerza de violencia y de manifiesta resistencia por parte de las interesadas, se puede esperar una asistencia especial del Señor y de la Virgen y del Angel que guarda la virginidad.

Y puesta la aliada en la ocasión en medio del mundo, muéstrase allí como angelical hermanita, haga su oficio de predicación muda por el ejemplo, y ofrezca sin interrupción el más ferviente acto de reparación al Señor.

No sirva, sin embargo, este portillo como de escapatoria para aquellas hermanitas, que, un tanto flojas en la vida de la Alianza, sienten y consienten sus «aficiones» al mundo. Y con pretexto de una presión fingida de la familia, quieren, por propia voluntad o con escasa resistencia a la importunidad de los suyos, probar un poco las vanas alegrías del mundo.

Los Superiores de cada Centro vigilarán con Eran cuidado y cautela sobre cada uno de estos casos.

De lo dicho se desprende que la Alianza debe vivir alejada del bullicio mundano, escondida de toda ruidosa exhibición, por buena que sea; que brille en los pueblos, como cuando brilla el sol, escondido tras las montañas; que se vean sus frutos, se sientan sus fragancias, sin saber ni de dónde vienen, ni a dónde van...

Lean, lean nuestras hermanitas y mediten reposadamente cada una de estas palabras, que resumen todo lo que acabamos de decir acerca del peligro mundano y de la necesidad de huir de él.

Esta es la gran paradoja, que casi parece una contradicción: «Que la hermanita vive en el mundo y la hermanita no vive del mundo».

La hermanita «vive en el mundo». La hermanita no se ha movido ni un paso fuera del mundo. La Alianza no le prescribe salir del mundo. Su hogar, su familia, oficio, taller o fábrica, siguen siendo para ella como antes, su campo de vida, de relaciones y de operaciones.

Ese es su destino, esa es su vocación, vocación como aliada, la de «vivir en medio del mundo». Ahí, en medio de una sociedad tan pecó edificante y tan poco recomendable, ahí la quiere la Obra, ahí la quiere Dios, por fines y por designios secretísimos. La Alianza es y será, por su propia y peculiar condición, una asociación «en medio del mundo», una asociación que tiene por objetivo de su gran apostolado el llevar a todos los rincones del mundo los gérmenes fecundos de la verdadera vida sobrenatural, cristiana, divina, en alas de una gran pureza y de un seráfico amor.

La influencia de esta vida ha de llegar a todos los hogares, a todas las escuelas, a todas las parroquias, a todos los talleres y obradores, vivida en la mayor perfección e intensidad allí por las hermanitas de la Alianza.

Pero la hermanita «no vive del mundo». El mundo donde la hermanita vive es «el mundo del deber». La hermanita estará allí donde el deber, la obligación, la obediencia la ponen. Mas la hermanita no vive, no debe vivir jamás en el mundo del placer. Cuando el deber o la obediencia no intervienen, la hermanita debe, con todo su afán, buscar la soledad y el retiro.

La hermanita no debe lanzarse nunca al vértigo del mundo por propio capricho y por propia iniciativa. La hermanita, por ser hermanita, debe siempre buscar con preferencia la soledad y el silencio de la vida oculta y retirada. La hermanita no se exhibe en el escaparate del mundo, como una prenda que está a la venta; la hermanita no va jamás a lucir sus atractivos en públicos concursos: sean paseos, espectáculos o jiras, con buenos o medianos fines.

A la hermanita no se le ve nunca en el mundo mundano, en el mundo de la vanidad, en el mundo del espectáculo, en el mundo de los placeres. El mundo de la hermanita es el mundo del deber, el mundo de la obediencia, el mundo de la piedad y el mundo del hogar o del retiro.

Y aquí concluimos, hermanitas amadas, con unas palabras del Maestro divino: «He aquí viene y ya es venida la hora en que seáis esparcidos cada uno por su parte... En el mundo tendréis apreturas; mas tened confianza; yo he vencido al mundo» (Joan. 16, 32 y 33).

La hora de la Alianza ya es llegada; váis esparcidas por el mundo, cada una por su parte, su destino...; tendréis

apreturas, tendréis luchas, tendréis persecuciones, tendréis tentaciones; pero tened confianza, no en vosotras mismas, tened más bien confianza en Jesús. Jesús la vencido al mundo; el mundo está vencido por Jesús. Sobre un vencido es fácil la victoria, Jesús es el vencedor; id vosotras con Jesús, y con Él y por su amor venceréis.

III Vida sobrenatural

Entramos en el punto positivo más importante de este capítulo, punto fundamental de formación de la hermanita en la Alianza.

Lo esencial en la Alianza es vivir, vivir su vida especial en toda su plenitud; y esta vida en la Alianza es vida de arriba, vida de cielo, de Dios, vida sobrenatural.

Demos, con la gracia de Dios, una breve noticia de ella, para que sirva de norma a nuestras hermanitas instructoras.

El soplo vital en la Alianza es la vida sobrenatural, la vida divina; el ideal es formar una legión de almas que, desprendidas de todo lo terreno, vivan en su mayor intensidad y en su puro manantial divino, la vida esencialmente sobrenatural, la vida de Dios. Y que esta legión de almas, que viven a lo divino, lleven a las almas, en su gran apostolado seglar, esta vida que ellas viven.

El mundo de nuestros días, en gran parte, vive la vida del «primer Adán de tierra, terreno», y nosotros queremos formar almas, y que estas almas formen a otras, viviendo la vida del «segundo Adán, del cielo y celestial».

La vida sin Dios ha sido el lema de los enemigos de la Iglesia y de la Patria en estos tiempos. «La vida de Dios» en las almas, en las mentes, en los corazones, será el ideal secreto y pro fundo de la Alianza en Jesús por María. La parte esencial de nuestro lema es este ideal, al que siguen otros, como medios para conseguirlo eficazmente.

a) La elevación del hombre. —La vida sobrenatural presupone y tiene por base necesaria la natural. Sin existir, nadie puede ser santo. La vida natural del hombre es superior en dignidad y excelencia a la de los brutos y las plantas.

El hombre, apellidado por los antiguos «microcosmos» o mundo en miniatura, es como el compendio de todas las vidas existentes. Tiene de común, en expresión de San Gregorio Magno, «el vivir con los vegetales, el sentir con los animales y el entender con los ángeles». Merced a su vida vegetativa, se nutre, crece y se multiplica como las plantas; merced a los sentidos, siente, tiene pasiones, impresiones, emociones, como los animales, y merced a su vida racional entiende y ama como los ángeles. Y todas estas facultades entran dentro de su órbita natural, de modo que sin necesidad de gracia ni auxilio alguno sobrenatural puede ejercerlas. Es en este sentido un ser completo; capaz de vivir y obrar bien. Viviendo esta vida y conformándose en sus obras con el dictamen de la razón natural hubiera tenido su recompensa proporcionada y conveniente a Su alma inmortal.

Pero no quedó ahí la bondad divina al crear al hombre, sino que, traspasando los límites del orden puramente natural, quiso elevarle a un grado de vida, que, por estar sobre toda naturaleza humana y aún angélica, se llama sobrenatural. Pues sobrenatural, propiamente y en sentido

absoluto, se dice lo que es indebido a la naturaleza y está sobre ella. Esta vida es una participación de la vida misma de Dios, como muchas veces se repite en la Sagrada Escritura; participación, desde luego, no sustancial, sino accidental y según la capacidad limitada y finita, del hombre. Es la elevación del hombre, conservando su propia naturaleza y su propia personalidad, a un orden sobrenatural y divino. Este orden abraza dos cosas: el fin sobrenatural y los medios propios para alcanzarle. El fin es la visión beatífica del Cielo, donde veremos a Dios como Él se ve, le amaremos como Él se ama, y nos gozaremos con su felicidad como Él se goza. Un mísero esclavo tendría más derecho de aspirar a la suntuosa vida de un Monarca, que el hombre, por su sola naturaleza, a esta vida sobrenatural en el cielo.

El medio de alcanzarla es la gracia, principio de vida y de obra sobrenaturales, como el alma es de nuestra vida y actividad naturales.

Con la gracia, el hombre, de siervo que es a por naturaleza, pasa a ser hijo adoptivo de Dios, entra a formar parte de la familia divina y adquiere derecho a la gloria.

A esta gracia santificante vienen a juntarse las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, que divinizan las potencias del alma, elevándolas, ilustrándolas y capacitándolas para obrar sobrenaturalmente con derecho a gozar algún día de la vida eterna.

A esta sublime elevación siguieron en nuestro primer padre Adán: a) el don de integridad, por el cual Dios comunicó al primer hombre el orden y dominio de sus pasiones; b) la ciencia infusa o conocimiento de aquellas verdades, que en aquel estado convenía no ignorarse; c) la impassibilidad y la inmortalidad, con los que se veía libre de la enfermedad y de la muerte.

Así era Adán cuando salió de la mano de su Creador en el paraíso.

b) La caída y la Redención. – Antes de ponerle en posesión de la gloria que le tenía destinada, quiso Dios someter al hombre a una prueba. Mas en ella sobrevino la tentación y Adán sucumbió, perdiendo con esta caída todos sus bienes sobrenaturales y descendiendo de aquella sublime elevación divina a la que gratuita y libremente había sido levantado por el Criador.

Perdió, pues, con la gracia santificante, su filiación divina, quedándose en la categoría de miserable siervo. Perdió las virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo. Perdió los dones preternaturales de integridad, inmortalidad e impassibilidad, y su misma naturaleza quedó herida y maltrecha. En suma, el hombre se vió despojado de sus riquezas y cubierto de heridas, en un estado semejante al que nos describe el Evangelio en la parábola del Samaritano, cuando dice que un hombre descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas y se fueron, dejándolo medio muerto. Pero junto a él pasó compasivo Jesús Redentor, divino Samaritano, quien, con el óleo de su misericordia y con el vino de su sangre, curó las llagas y restituyóle su vida sobrenatural.

Esta es la obra magna, que a nosotros interesa conocer. Redención y reparación abundantísima, que basta a resarcir los males y reparar las ofensas hechas a Dios desde Adán e infinitas más que se hubiesen hecho. A la infinita misericordia de Dios atribuye la Escritura Sagrada la obra de la Redención.

El Padre amó tanto al hombre desgraciado, que le dió para que el infeliz recuperase la vida que había perdido, al

Hijo Unigénito y consustancial en quien tiene todas sus complacencias. Y el Hijo, con idéntico amor, se hizo hombre para que el hombre volviera a ser... Dios. Nosotros, hijos de Adán, hijos de ira, criaturas culpables, que llevamos el estigma de la degradación original, por un portento de misericordia divina, somos rehabilitados, restituidos a la vida divina y ennoblecidos hasta el punto de ser nuevamente objeto de sus ternuras y de sus complacencias amorosas.

Dios Padre eternamente comunica al Hijo su naturaleza, sus perfecciones, su vida. Pero, he aquí que Dios, no para añadir a su plenitud, sino para enriquecer con ella a otros seres, quiere extender, por decirlo así, su paternidad. Para ello quiere que esa vida divina, comunicada por el Padre al Hijo y por los dos al Espíritu Santo, sea participada por el hombre, y para este fin, que esa vida pase del Hijo a la sagrada Humanidad de Jesús y de su humanidad a todos los que están unidos a Él como miembros de su Cuerpo místico. Toda la santidad consistirá, pues, en recibir la vida divina de Cristo y por Cristo, que la posee en toda su plenitud. De este modo, el alma regenerada y deificada, entrará a formar parte de la familia divina.

¡Misterio de luz y de amor, que ninguna criatura hubiera podido reconocer, ni sospechar, ni soñar jamás!

«El bien que Dios nos tiene prometido –dice Santo Tomás– de tal manera excede a nuestra naturaleza, que, lejos de poder conseguirlo, nuestras facultades naturales no acertarían a sospecharlo ni desearlo...»

La regeneración y elevación de un alma a la vida sobrenatural y divina, es tan alta y sublime, que la razón humana desfallece ante tan incomprensibles misterios; pero los corazones iluminados sienten y experimentan, dentro de la vida que ya viven, esa realidad, que no cabe en palabras ni

en conceptos, ni mucho menos en sistemas humanos. Por eso decía Santa Catalina de Sena, que, si tuviéramos ojos para ver la hermosura de un alma en gracia sobrenatural santificante, la adoraríamos, creyendo que era el mismo Dios, incapaces nosotros de concebir mayor nobleza y gloria.

«Si alguien pudiera ver claramente todo el interior de un alma deificada, vería en ella, no ya un verdadero cielo, sino también los más augustos misterios divinos» dice Blosio.

Y esta es la obra de la gracia santificante, ser divino que nos hace vivir la misma vida de Jesús y que recibimos de Él y por Él. La filiación divina, que está en Cristo por naturaleza y hace de Él el hijo propio y único de Dios, o, como la llama San Juan, «el Unigénito que está en el seno del Padre» debe extenderse hasta nosotros por la gracia, de manera que Jesucristo, en el pensamiento del Padre, no es sino el Primogénito de una multitud de hermanos, que son hijos de Dios por la gracia, como lo es El por naturaleza. «Por medio de Jesucristo entramos en la familia de Dios. De Él y por Él nos viene la gracia y con ella la vida divina» (Marmi6n, O. S. B.).

Por eso, el Verbo Encarnado, como dice Santa Magdalena de Pazzis, es la clave de todo el orden sobrenatural.

Porque plugo al Padre «restaurar todo en Cristo...»

c) Vida cristiana. – De lo dicho se desprende que Cristo Jes6s es el Autor de la vida sobrenatural; en Él est6 el plan eterno de nuestra predestinaci6n, realizado en la Encarnaci6n, siendo Cristo Jes6s, Hijo del Padre, nuestro modelo, nuestra redenci6n y nuestra vida, y siendo la Iglesia la que prosigue la misi6n santificadora del Salvador.

La excelsa figura de Jesucristo domina esta inmensa planicie; en ella se posan las ideas eternas; Él es el Alfa y Omega; en El convergen las figuras, símbolos, ritos y profecías; y, después de su venida, todo también va a parar a Él, como el centro único de este plan divino.

Él es el que ocupa el centro de la, vida sobrenatural. Lo sobrenatural se encuentra en El primeramente, el Hombre-Dios, humanidad perfecta, indisolublemente unida a una Persona divina, que posee la plenitud de la gracia y de los celestiales tesoros, de los cuales mereció, por su pasión y muerte, ser el dispensador universal.

Él es el camino, el único camino para llegar al Padre Eterno; «El que no anda por él, se extravía»; «Sin ese fundamento nada hay firme»; «Sin ese Redentor y la fe en sus méritos, no hay salvación posible, y menos todavía, santidad»; «El que tiene al Hijo tiene vida, el que no tiene al Hijo no tiene vida».

Vivir sobrenaturalmente es participar de esa vida divina, que está en Cristo; de Él nos viene el ser hijos adoptivos de Dios; no lo somos sino en la medida en que somos conformes al Primogénito, que es por derecho Hijo verdadero y único del Padre, pero que quiere tener con El una multitud de hermanos por la gracia santificante.

A eso vino Jesús al inundo, «para que recibiéramos la adopción de hijos»; y la bienaventuranza en el remate de esta adopción sobrenatural por la que Jesús ha querido compartir su herencia con nosotros, (Reflex. de Marmión).

De donde concluimos, que Cristo Jesús es el autor y la fuente, el centro y el foco, el ideal y el modelo perfecto y acabado de esta vida sobrenatural cristiana; resultando que la más perfecta unión con Él y participación fecunda de su vida

y amor, con la gracia del Espíritu Santo, y, al mismo tiempo, la formación de la más acabada imagen suya en el alma, deben ser la suprema, aspiración de toda hermanita aliada.

Para conseguirlo, la hermanita deberá: a) destruir y desarraigar, por medio de una continua mortificación, todo germen de muerte, que ella ha heredado del viejo Adán; b) estrechar, como miembro vivo de Jesucristo («nuevo Adán») la unión más íntima con El, por el ejercicio constante de las virtudes teologales, especialmente de la fe y del amor; c) recibir la Vida en su misma fuente por medio de la oración, la fervorosa recepción de los Sacramentos, principalmente de la Eucaristía; d) formar, como hijo de adopción, en todo su ser, la más acabada imagen del Primogénito del Padre, por la práctica de aquellas virtudes, que, además del triple lema, mejor caracterizan la vida de una perfecta aliada; en una palabra:

d) Vida de Jesús. – Vivir en todo y por todo de Jesús, en Jesús y por Jesús, para Jesús y como Jesús. De Jesús, porque Él es la fuente de la vida, y, dejando los aljibes, hay que ir a la fuente. En Jesús, estrechamente unidos a Él, como miembros de un mismo cuerpo, como ramas de un mismo árbol, sarmientos de una misma cepa. Por Jesús, único ideal, única dirección, por solo su amor. Para Jesús, para su gloria y amor. Como Jesús, pues Él es nuestro ejemplar y modelo; como Jesús, una copia de Jesús, otro Jesús.

Para lo cual, el Evangelio es aquí para la hermanita formada el gran libro; el Evangelio contemplado y meditado y aplicado a su vida práctica, a su espíritu, a su ser íntimo. Como una novela logra transformar a una joven mundana, el Evangelio debe transformar en Jesús e identificar con El, a la hermanita formada. Sea este su libro preferido y favorito; no

falte nunca de su bolso, véase siempre sobre la mesa de su celda y quede bajo su almohada al dormirse.

e) Vida de Jesús eucarística. – Jesús es fuente de nuestra vida en el Sacramento de la Eucaristía. La comunión es la vida de Jesús en nosotros.

-¡Comulgar...! «¡Qui manducat Me... vivet in aeternum!»
«¡El que me come... vivirá eternamente!»

¿Qué es comulgar? Con harta frecuencia se considera exclusivamente la Comunión como una mera visita que hace Jesucristo al alma, visita, es cierto, la más beneficiosa, por cuanto en ella se entabla un íntimo coloquio con Nuestro Señor, y de este modo se nos ofrece ocasión inmejorable de presentarle nuestras súplicas y enriquecernos para el Cielo. La Comunión es eso, sin duda; pero aún es mucho más que eso.

Como su mismo nombre lo indica (Comunión – unión con), la comunión nos une, nos hace uno con Jesucristo, y por El, uno con su Padre, uno con el Espíritu Santo, uno con las almas fieles, con las del Cielo, con las del Purgatorio y con las de la tierra. Es el Sacramento de la unión, o, como le llama San Agustín, el Sacramento de la Unidad, «ut sint unum», que sean uno.

Su efecto propio es unirnos, incorporarnos a Jesucristo, como el del Bautismo es engendrarnos a la vida sobrenatural, el de la Confirmación robustecernos y fortalecernos para que podamos victoriosamente luchar contra los enemigos del alma, y el de la Extrema-Unción, confortarnos para pelear contra las tentaciones del demonio y dificultades que nos crea la enfermedad.

Para comprender este maravilloso y excelentísimo efecto de la Comunión eucarística, hay que distinguir tres clases de uniones, que en ella se producen:

a) La unión local o corporal, que resulta de la existencia sustancial de Jesucristo dentro de nuestro cuerpo. Aunque secundaria, esta unión constituye por sí sola una gracia inapreciable. A esta unión corporal se atribuye comúnmente la futura resurrección de los cuerpos y a ella se refiere San Cirilo de Alejandría, cuando escribe: «Así como, si dos porciones de cera derretida se unen, necesariamente ambas quedan fundidas y mezcladas; así el que recibe la Carne y la Sangre de Jesucristo, con Él se une, de suerte que Cristo se halla en él y él se halla en Cristo».

Pero la unión, que el Salvador pretende establecer en nosotros, no se limita a esta presencia corporal, ya que ésta se obtiene aún en los que comulgan sacrílegamente. La unión, que El principalmente desea, es una unión vital y moral. Para lo primero, la Comunión comienza por dar o aumentar la gracia santificante; para lo segundo, confiere un aumento de caridad.

b) Unión vital. La vida natural transcurre por varias fases: nacimiento, crecimiento, nutrición, alimentación diaria, etc. Así, de un modo parecido, la vida sobrenatural tiene también sus fases: regeneración por el Bautismo, crecimiento por la Confirmación, nutrición y alimentación por la Eucaristía, etc. Si el pan es el alimento de la vida natural, el Pan eucarístico es el alimento de la vida sobrenatural.

Ha dicho Jesús: (San Juan, 6) «Mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida», «Yo soy el Pan vivo que he bajado del Cielo...»

«ASI COMO ME ENVIO EL PADRE VIVIENTE Y YO VIVO POR EL PADRE, ASI EL QUE ME COME VIVIRA POR MI» (Juan, 6).

«Toda la síntesis de la vida sobrenatural (Padre Arintero, en su libro de «Elevación mística», pág. 272 y siguientes) dice un autor, se contiene en estas últimas palabras asombrosamente profundas:

«Dios Padre es el Viviente por excelencia; por eso dice Jesús: «Pater vivens», «Padre viviente», Él es el manantial infinito de la vida. El Padre comunica esta vida en su plenitud soberana al Hijo, Verbo divino, y ambos la comunican al Espíritu Santo, viviendo las tres divinas Personas de la misma vida divina que mana del Padre viviente.

En el misterio de la Encarnación, (P. Arintero) la vida divina corre, por decirlo así, del seno de la adorada Trinidad, para derramarse en la humanidad de Jesucristo en toda la abundancia posible. Por eso añade Jesús: «*ET EGO VIVO PROPTER PATREM*» «Y Yo vivo por el Padre». Jesús vive, pues, la vida del Padre viviente y se convierte al propio tiempo en fuente de esa Vida... Y de ella es de donde brotan a nuestra alma, cada vez que comulgamos, torrentes de vida sobrenatural: «*Qui manducat Me et ipso vivet propter Me*», «El que me come también él vivirá por Mí». El que come a Jesús, vive de Jesús, como Jesús vive del Padre. ¡Asombrosa verdad!

En línea recta, sin desvío ni alteración alguna, llega a nosotros, desde las inaccesibles alturas de la Santísima Trinidad, por intermedio del Verbo Encarnado, Jesús presente en la comunión, la vida sobrenatural, la vida divina, la vida de la gracia.

La Comunión es, pues, el Sacramento de vida, de la propia vida de Dios, misteriosamente comunicada al alma humana, mediante la gracia.

«Aquella sempiterna y divina vida, dice Maldonado, que Dios tiene por naturaleza, la tiene Cristo, en cuanto hombre, por la unión hipostática con la Divinidad y nosotros la tenemos por aquella unión, por la que, al recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nos hacemos como El. De suerte que, como por la unión hipostática, aquella vida divina e inmortal se hace vida de la naturaleza humana de Cristo, así (sic) se hace, se convierte en nuestra vida por la unión con su cuerpo (en la Comunión)».

La Eucaristía tiene, pues, una virtud especial para comunicarnos la vida divina. El Bautismo nos da el comienzo de la vida; la Comunión su desarrollo. Por el Bautismo recibimos la vida de niño; la Comunión nos da vida de hombre adulto. Por el Bautismo – dice Santo Tomás – se da el primer acto de la vida espiritual; por la Eucaristía se da el complemento de ella.

¿Qué más que esto se podrá decir para encarecer la importancia y la necesidad de la Comunión para las almas espirituales?

«Ved aquí, dice el Venerable Nieremberg. el caso que Dios hace de sus hijos adoptivos; porque a ley de Padre, debe sustentarlos y mirar por ellos, lo cual hizo tan tierna, tan amorosa, tan espléndida y cumplidamente, que pasmó al mundo la primera vez que le oyó, de tal manera que le pareció increíble... Desde que el mundo se crió, no se ha visto tal extremo de amor de padre o de madre para con su hijo, como ha mostrado Dios con sus hijos adoptivos...

Dando para sustento de ellos la propia Carne y Sangre de su Hijo natural y más, tal Hijo natural como Cristo, que es Dios como su Padre. ¿Con qué se pudiera dar más a entender qué cosa era ser hijo adoptivo que con la majestad y regalo con que le trata Dios, pues le da por leche la Sangre preciosísima de Jesucristo y por pan aquel Cuerpo más puro que las estrellas...? ¡Oh grandeza estupenda de los que están en gracia, que por ser hijos de Dios se crían con la sangre de Dios y se sustentan con su carne?»

Vuestra vida sobrenatural, hermanitas de la Alianza, tiene su especial y adecuado alimento en la Sagrada Comunión.

Vivís vida divina; pero, para vivir y conservar y aumentar esa vida, es preciso un alimento divino. Y el amor de Jesús no quiso darnos otro alimento para sustentar nuestra vida que el rico maná de su misma carne y sangre.

Comulgad, hermanitas, comed y alimentáos del Pan de Dios, para que viváis su vida divina, que es la verdadera VIDA.

c) Pero hay otra unión moral. Además de incorporarnos a Él (unión corporal) y de darnos su vida (unión vital), lo que Jesús pretende es transformar nuestra voluntad en la suya, de manera que no queramos sino lo que Él quiere ni amemos sino lo que El ama, como sucede entre las personas unidas con lazos de estrecha amistad.

A este fin va enderezado el aumento de la caridad, que el Sacramento de la Eucaristía produce ex opere operato. Jesucristo quiere que moralmente seamos una cosa con El, que nos transformemos en El, a la manera que el amor transforma al amante en la cosa amada: Quiere la

compenetración de nuestros pensamientos y de nuestros amores, llevada a cabo por el amor de la más fina amistad.

Esta es la unión moral, la unión de caridad, la unión de amor el más puro, el más encendido, el más íntimo. Jesús quiere la más delicada intimidad, y en esta intimidad busca por excelencia la confianza, la amistad verdadera y fiel entre su corazón divino y el de su amada.

Comulgad, hermanitas, repetimos de nuevo, comulgad con fe, con confianza, con amor, comulgad dándoos cuenta de lo que es comulgar...

¿Qué necesidad hay de poner como acto obligatorio en vuestro Boletín la comunión diaria, si la Comunión es la merced más insigne, la gracia más grande? Por eso, la Iglesia no quiere sea éste un acto obligatorio, sino de mero consejo. Basta amar; el amor es la ley.

¿Cómo habéis de comulgar?

1º) Con agradecimiento. La invención suprema de la caridad de Jesús es la Comunión. Su amor infinito no pudo ir más allá. Su poder y su sabiduría no pudieron inventar medio más eficaz y fecundo para llevar a las almas la vida divina. ¡Gratitud a tanto bien! Comulgad; pero no como si en ello cumpliérais con fastidio una obligación, un deber y una necesidad a que Dios os obliga. Comulgad con agradecimiento.

2.º) Con recta intención.—Comulgad, primero y principalmente, con la misma intención con que Jesús lo instituyó: «Yo soy el Pan de la vida...», «El que come de este Pan, vivirá...» Comed, pues, este Pan divino para sustentar y aumentar en vosotras, la vida divina. Comulgad para vivir. Comed la carne de Jesús y bebed su sangre para llenaros de su espíritu. Comed a Jesús para vivir de Jesús. Las demás

intenciones, que las hay buenas, son siempre secundarias. Id al comulgatorio, como el que va a la mesa a comer, a alimentarse, a nutrir la vida.

3.º) Con amor.—Comulgar sin amor es comer pan sin apetito, es tomar una medicina por pura necesidad. A quien comulga sin amor, se le indigesta la comunión y causa náuseas a Jesús. Comulgad con amor, no seáis egoístas, no seáis excesivamente interesadas. No comulguéis tanto para pedir, comulgad para amar. ¡¡Qué poco amor se ve en los comulgatorios!!

4.º) Con alma pura.—El estómago sucio no digiere bien el pan. El alma sucia no digiere bien el Pan Divino. Se comulga con poco escrúpulo; confesiones de rutina, conducta sin enmienda, vida sin mortificación, piedad en colores, Kempis y la novela, del confesionario al cine, del tocador al comulgatorio... ¡Oh! ¡Cuánta miseria!

Hermanitas, llevad al altar la inocencia, llevad al comulgatorio un corazón puro; convertid lo humano en angélico, antes de comer el pan de los ángeles. Entrad vosotras adentro, antes que Jesús entre dentro de vosotras.

5.º) Comulgad como corresponde a las vírgenes del Señor; como Jesús merece y quiere que vosotras comulguéis.

IV. Amor de Jesús

Estamos de lleno en el fin supremo de la Alianza. El amor de Jesús es el centro de la vida de toda hermanita, y lo es de modo preeminente para la hermanita formada; el lema: «Serafín en el amor» constituye el lema preferido de estudio

y de ejercicio en este grado de vida, en que la formada queda como consagrada.

La hermanita formada quiere y debe abrazar con todo afán y fervor el alcance completo del artículo 6.º del Reglamento; va a amar a Jesús con todo el fuego de su corazón. «Amar a Jesús —como dice dicho artículo— con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas las fuerzas», etc. Pero este amor no es aquel que buscó en los primeros tiempos de piedad y fervor de incipiente, aspirante y aun iniciada; aquel amor regalado, suave, sabroso, de aromas de jardín, de armonías de cielo y de dulces y sensibles suspiros del corazón.

La hermanita, ya formada en la vida de la Alianza, busca ahora un amor más puro, en el que ya no se mira tanto a sí misma ni a su propio bien, sino que mira y le interesa el bien de su Amado; no es el amor que se encierra en sí, sino el que sale, pisando espinas y rociado por la escarcha en busca del Amado, para quien es todo y a quien solo trata de agradar; es el amor cuyo primer efecto es la entrega, es el don de sí al Amado, para todo y cuanto el Amado quiera; es el amor probado, purificado, acrisolado en el sacrificio; en una palabra, es el amor que contempla a Jesús, no en las bodas eternas con la corona en la mano, sino en Getsemaní, ofreciéndose entre agonías de muerte al Padre eterno, o en el Calvario, martirizado por los clavos y por su amor al hombre.

Por eso, el primer abrazo de la hermanita formada con Jesús, es en los brazos de la Cruz, Jesús se ha entregado solemnemente a la hermanita junto al altar, y Él es Jesús crucificado. «He hallado a quien ama mi alma...» dice la hermanita; pero ¿dónde le halló? En el Calvario. «He hallado a quien ama mi alma», es Jesús Crucificado; es su Cristo amado. «Deseo gloriarme —añade ella— en la Cruz de

Cristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo».

Allí se le entrega el gran libro, donde se aprende a amar con amor legítimo y verdadero; ese libro es su Cristo; ahí se estudia la naturaleza y la razón del amor; lo que fué y lo que es el amor, y, como consecuencia, ahí se aprende a amar.

El primer amor de Jesús a mí, al aparecerse sobre la tierra, ha sido amor mezclado con lágrimas, sobre las pajas de un miserable pesebre, y el último mensaje de amor, en su vida mortal, me lo enviará ese Jesús-cadáver, pasándolo por la herida de su costado atravesado en la Cruz.

Luego para amar a Jesús, como Jesús me ha amado, hay que dejarse crucificar; es preciso morir a todo lo que no sea El; hay que hacerse cadáver para el mundo, para sus goces, para las propias satisfacciones.

He ahí el verdadero y auténtico carácter del amor en la Alianza. Todo amor que no pase por el fuego del sacrificio y de la Cruz, no tiene cotización en el lema de la Alianza en Jesús por María.

«No hay verdadero amor –dice Kempis–, sin la prueba del sacrificio».

La Mensajera del Corazón de Jesús y de su amor, Santa Margarita María de Alacoque, dice: «Me complazco en ver a los demás completamente abismados en la alegría del amor gozoso; en cuanto a mí, no quiero aquí otra cosa que verme abismada en las penas del puro amor doloroso..»

«No sé pedir para mí más que una sola cosa: ardiente amor a Jesucristo Crucificado, y, por consecuencia, amor doloroso».

«Amor es mi guía. La cruz es mi honor – amor me extasía – me basta el amor».

«Es necesario – añade la misma – que el puro amor sea el sacrificador y el consumidor de nuestro corazón».
(Reinado del C. J. Lib. II, c. v.).

«Aquel ama a Dios sobre todas las cosas que nada le impide hacer y padecer por El cualquier cosa...» (San Juan de la Cruz).

«No, no; la verdadera unión (de amor) no está en las delicias, sino en el despojo y en el dolor...»

«Anhele verme, antes de morir, transformada en Jesús crucificado...»

«¡Qué inefable dicha goza el alma, al pensar que el Padre me ha predestinado para ser conforme a su divino Hijo Crucificado...!» («Recuerdos», Sor Isabel de la SS. Trinidad).

«Amar las cruces y las persecuciones es ser loco según el mundo. Sin embargo, esa Sabiduría que es don del Espíritu Santo, en esto consiste: en gustar lo que Jesucristo gustó».
(Padre Lallemand).

Y este Cristo Crucificado es el Cristo predicado por San Pablo en todas sus correrías apostólicas.

Bien se deduce de todo lo dicho, que la hermanita formada debe abrazarse con su Cristo en la Cruz y con su Cruz por Cristo, clavándose por El en ella y amándole allí pendiente y sangrando por su amor en el sacrificio.

El mundo no entiende de estos amores en fuego y al rojo vivo; si el amor de la hermanita no está así bien calificado, sellado en el yunque del sacrificio, no podrá ella perseverar en el espíritu de la Obra por mucho tiempo;

cualquier aire mundano la derribará; en las batallas contra el mundo se requiere un amor de héroe, pues heroína y mártir habrá de ser en muchas ocasiones la hermanita de la Alianza, y, para que ese amor sea fuerte y valeroso, es preciso clavarlo en la Cruz; al besar la hermanita su amado Cristo, recordará que allí clavado está su Amor.

Así, y sólo así, podrá la hermanita cantar, lo que una vez cantó en las gradas del altar: «Le tengo y no le dejaré...»

¡Infelices aquellas que un día «le hallaron» y «le tuvieron» y... le perdieron, porque no se dejaron clavar con El, porque no le amaron con un amor fiel, asegurado y clavado en su Cruz! No entra en el anillo de esposa el amor que primero no se ha pulido en la Cruz.

¡Oh, hermanita! Canta con Santa Margarita María:

«Amar, sufrir es mi anhelo,
Todo placer es pesar,
Nada quiero en este suelo,
Mi lema es sufrir y amar».

V. Actos del Boletín. — Santa Misa

El que exige un estudio serio entre todos los puntos del Boletín de las hermanitas formadas, es, sin duda alguna, la Santa Misa con la Sagrada Comunión.

Jesucristo, sublime ideal de la hermanita, se nos presenta en el Santo Sacrificio de la Misa bajo dos aspectos interesantísimos, que es preciso profundizar cuanto pueda alcanzar su inteligencia.

Jesucristo Víctima, se nos presenta en el Sacrificio de la Misa, aceptando para Sí la muerte que nosotros merecíamos y ofreciéndonos la vida, que nosotros habíamos perdido en el primer Adán.

Jesucristo Víctima, viene a destruir con su muerte la muerte que hemos heredado de Adán, y a darnos la vida, como herencia suya, porque Él es fuente de vida, hecho Manjar de vida eterna.

«El que destruyó la muerte con su muerte, y resucitando reparó nuestra vida» (Prefacio de Pascua).

Ambos aspectos abraza perfectamente el Santo Sacrificio de la Misa, y en ambos debe fijarse detenidamente la hermanita en el período de su vida de formada.

Gran misterio, gran secreto es la Santa Misa, donde están encerrados los tesoros infinitos de la Divinidad.

«Si scires donum Dei...!» ¡Oh, si tú, hermanita amada, conocieras este don de Dios! ¡Cuántas Samaritanas, y hasta almas escogidas, desconocen este don, manantial de agua viva, manantial de vida eterna, que el Señor ha puesto en todas las encrucijadas para el hombre sediento!

El don de Dios es Jesús mismo, que se ofrece al Padre Eterno y el Padre nos le ofrece para nuestra redención y santificación en el incruento Sacrificio de la Misa, para que sea nuestro alimento bajo las especies de pan y de vino.

Víctima de redención, pagando nuestras deudas y Pan de vida para nuestra santificación.

Ahí está el don soberano y precioso, que ha Llegado a nosotros a través de los siglos, con todas las señales de su amor y de su dolor; recordándonos los caracteres trágicos del

momento de su muerte, la noche trágica en la que se nos entregaba.

¡Hé ahí el don de Jesús! ¡Es su Cuerpo, es su Sangre, separado el uno de la otra por la acción de la palabra santificadora!

¡Es el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo inmolados por nosotros para ser nuestro gran sacrificio y nuestro alimento! ¡He ahí el don que el mundo desconoce y también muchas almas buenas que lo frecuentan sin saberlo! ¡He ahí el don que las hermanitas deben estudiar, conocer, poseer, saborear, adorar y amar!

«Con el fin de dejar, dice el Concilio de Trento (Sess. XXII, Cp. 1) a su amada esposa la Iglesia, un sacrificio visible, como lo requiere La naturaleza de los hombres, con el cual fuese representado el sacrificio cruento ofrecido una vez sobre la Cruz y su recuerdo perdurase hasta el fin del mundo...» en la última Cena «tomó el pan...» e hizo con él su cuerpo: «Este es mi cuerpo» y «tomó el vino...» Y lo mudó en su Sangre... «Esta es mi sangre» y añadió: «Haced esto en memoria de Mí».

Y el sacerdote, hoy, en la Santa Misa, hace lo que hizo Jesús en la última Cena, le obedece y dice la Misa con Jesús, como Jesús y por virtud de Jesús. Bendice y consagra repitiendo las mismas palabras proferidas por Jesús, y esas palabras omnipotentes hacen que la substancia del pan y del vino desaparezcan y a ella suceda la substancia del Cuerpo y de la Sangre del Señor, uno y otra inmolados, sacrificados, ofrecidos a Dios: sacrificio de propiciación y de paz para remisión de los pecados y sustento de las almas.

Postrémonos a los pies del altar; adoremos con el sacerdote y ofrezcamos con él nuestro Sacrificio: Jesús es

nuestra Víctima, Víctima que se inmola por nuestros pecados.

La Misa es el gran Sacrificio que recuerda, reproduce y representa de modo esencial el sacrificio cruento de la Cruz. Jesús es aquí inmolado como sobre la Cruz; su Cuerpo es ofrecido por nosotros, es nuestra oblación, nuestra Víctima: por nosotros fluye su Sangre de la cruz y del cáliz, para que la bebamos y por ella seamos purificados.

Es desconsolador el espectáculo que presenta la sociedad humana, especialmente en aquellos pueblos –que son muchos– que viven de espaldas a Dios, que han apostatado de su Ley y de su amor, y que se han entregado, esclavos de sus propias pasiones, al desorden y a la iniquidad, habiendo alcanzado este terrible mal hasta aquellos mismos, que, por especial título, pertenecen a la grey escogida de hijos amados.

Gracias a que todavía una palabra de perdón y de paz resuena en el Santuario, cuyo fruto inmediato es la reconciliación del hombre pecador con la justicia divina. Es la palabra de Jesús, que, con el recuerdo de los atrocísimos sufrimientos de sus agonías y de su muerte, se interpone entre nosotros y su Padre: «Padre, perdónalos...». Jesús en el gran Sacramento, en virtud de las palabras consecratorias, como redúcese a un estado de muerte y de anonadamiento, siendo derramada su preciosa Sangre para la remisión de los pecados.

Hay todavía una inmolación, un sacrificio por el pecado, que, reproduciendo el Sacrificio de la Cruz, hace fluir la sangre de la víctima, y por ella y con ella el torrente de gracia y de perdón.

Sobre la Cruz acumuló Jesús los infinitos tesoros de nuestro rescate y sobre el altar nos son distribuidos y aplicados; en el altar, como en la Cruz, la misma Sangre es derramada para la remisión de los pecados.

«Como el Cuerpo del Señor –dice Santo Tomás– fué una vez ofrecido sobre la Cruz por el pecado original, así es ofrecido continuamente por nuestros delitos en el altar, para que en él la Iglesia tenga un don para aplacar a Dios».

«Aplacado por tal oblación–dice el Concilio de Trento–, el Señor concede la gracia y el don de la penitencia y perdona aun delitos gravísimos...»

¡Qué sería del mundo prevaricador, si no tuviéramos, inmolándose todos los días y todas las horas del día, en la Santa Misa, al Divino Cordero, Jesús! ¡Qué misión tan grande la del sacerdote católico, que todos los días sube al altar, para levantar en alto la Sagrada, Víctima, cuya sangre nos lava, cuya Carne nos sustenta y cuya oración nos reconcilia con Dios!

¡Qué «Don» tan alto, tan soberano y tan valioso! ¡Qué tesoro tan grande y tan rico para las almas! «*Si scires donum Dei!*» ¡Si los hombres conocieran este sublime don...!

A vosotras, hermanitas, no se os oculta este divino misterio; conocéis la grandeza de la Víctima, el valor infinito del sacrificio y la eficacia de su aplicación a vuestras almas.

La obra magna a favor de los hombres es la ofrenda de este sacrificio por ellos y esta ofrenda no es obra exclusiva del sacerdote; también las almas buenas ayudan, cooperan y son, en cierto modo, verdaderos oferentes de este Sacrificio. Con María en el Gólgota... Corredentora, unida con sus dolores a los acervísimos de su Hijo y levantando en el altar del Calvario aquella Sacratísima Hostia por la redención del

mundo, así las almas escogidas, las vírgenes del Señor, unidas al Sacerdote, legítimo ministro en el Altar, pueden y deben ofrecer con El y por sus manos sacerdotales el gran Sacrificio Eucarístico por las almas... ¡Qué grande y divina misión esta para las vírgenes de la Parroquia a favor de sus hermanos feligreses, justos y pecadores!

Oíd todos los días la Santa Misa; ofreced vuestra Misa, Vírgenes coadjutoras de vuestra Parroquia, ofreced el gran Sacrificio por manos del Ministro, por la redención del mundo, por la conversión de los pecadores, por la santificación de los justos y por la glorificación de las almas, que esperan su rescate en el purgatorio. Explotad este tesoro infinito, sacad de esta mina que no se agota, bebed y dad de beber de esta divina fuente que no se seca. ¡Oh! ¡que la sangre redentora de Cristo Jesús se aproveche bien!

VI. Puntos de Catecismo

Viene en perfecta armonía, con la materia que se ha tratado en los anteriores apartados de este capítulo la CUARTA PARTE del Catecismo.

Las fuentes de la Vida Sobrenatural, que es la materia principal de este capítulo, son los Sacramentos; de ellos, pues, débese tratar aquí de un modo preferente. Conviene explicar lo más detalladamente la verdadera doctrina sobre la gracia y las virtudes; nuestra regeneración y elevación a la nueva vida, por estas divinas fuentes que han brotado del Costado de Cristo.

Principio de esta vida por el Bautismo; desarrollo y cimiento de ella por la Confirmación; crecimiento,

conservación y sustento de la misma por la Eucaristía; reparación y recuperación por la Confesión, etc.

Entra aquí de lleno la doctrina interesantísima de la adopción divina, nuestra filiación sobrenatural por la gracia; la gran herencia del Padre; los verdaderos coherederos de Cristo...

Aquí entra la sublime doctrina de San Pablo sobre el Cuerpo místico: Cristo, en su propia Humanidad; Cristo TOTAL en nuestra humanidad, prolongación mística de su Encarnación en nosotros por la gracia y por los Sacramentos...

Aquí la doctrina de la unión con Cristo por la fe, la caridad, la Eucaristía; una vida, la de la cabeza y los miembros, la de la cepa y los sarmientos.

Aquí, la magnífica doctrina practicada y enseñada por la inspirada carmelita Sor Isabel de la SS. Trinidad, sobre la inhabitación en nuestras almas de la Beatísima Trinidad. La incorporación con Cristo, irradiación de Cristo, de su vida, de su Sacrificio, de su Pasión, de sus obras y de sus ejemplos.

Aquí, la doctrina sobre la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, continuación de Cristo: miembros de Cristo; Él la cabeza invisible de ella; el Papa la Cabeza visible de la misma, jerarquía, potestad, tesoros, distribución... Doctrina solare el Espíritu Santo. Espíritu de Cristo en la Iglesia, su asistencia, su iluminación, su infabilidad, etc.

(Volvemos a recomendar para estas explicaciones el Catecismo de Spirago).

VII. Explicación del Reglamento

Exceptuado el Capítulo XIV, que se refiere a la Alianza interna, el Reglamento íntegro ha de ser objeto de serio y profundo estudio de parte de las hermanitas formadas.

Las hermanitas instructoras deben dividirlo en varios cursos, puesto que cuentan con tiempo abundante para ello, e ir intercalándolo entre las materias de formación, que aquí se han señalado en los precedentes apartados. Merecen, sin embargo, especial atención y deben ocupar puesto de preferencia en esta explicación:

a) Una amplia y detallada exposición del artº 1.º, o sea, la definición de la Alianza, que va aparte en el primer capítulo, podrá servir de orientación para esta labor, además de las muchas conferencias que sobre este punto hemos tenido ocasión de dar.

b) Con igual amplitud y detenimiento deben ser explicados los artículos 6, 7 y 8 del Reglamento, sobre los fines de la Obra.

Si bien cada uno de ellos ha quedado suficientemente explicado en su respectivo lugar, es de gran interés para todos, el presentar a la consideración de las hermanitas las tres virtudes del lema juntas, detallando bien la relación que guardan entre sí, el lugar que corresponde a cada una en orden a las demás, el fin particular de cada una y el completo y total en las tres, resumido todo en el triple lema.

c) También es necesario dar una idea concisa y resumida de los artículos, que tratan de la formación y de sus medios (Cap. III, artículos 9 al 14 inclusive, y sus comentarios).

d) Toca igualmente a las hermanitas formadas el estudio del Cap. XIII, arts. 71 al 76 inclusive, donde se explica la vida de las hermanitas formadas.

Y para terminar, tanto la hermanita que aspira a ser interna, como la que se determina a vivir siempre en este grado de formada, deben considerar como manjar diario de su espíritu, la lectura y meditación asidua de su Reglamento.

Y quede grabada en nuestros corazones esta última frase, que os dirigimos con el mayor encarecimiento de nuestra alma: Si queréis amar la Alianza y vivir profundamente su espíritu y su lema, vivid estudiando y meditando y amando de veras vuestro Reglamento.

CAPÍTULO VI

Hermanitas internas

I. Vida interna. Vida unitiva. Cómo se compaginan.

Hemos llegado al último grado de la Alianza y a la última etapa de la vida espiritual.

La vida de una hermanita interna tiene sus puntos de semejanza y de contacto con la vida unitiva; sin embargo, no son rigurosamente inseparables, de tal suerte que ni pueda haber hermanita interna sin vida unitiva, ni pueda existir vida unitiva en una hermanita, mientras lo haya llegado esta al grado de interna.

Veamos lo que significan estos dos términos: «unitiva», «interna». La palabra «interna» no se emplea en la Alianza, como se emplea en un Colegio, para distinguir a las alumnas que viven dentro del Colegio y se llaman internas, de las que viven fuera y se llaman externas.

«Interna», en la Alianza, significa: a) Alma definitivamente consagrada a la Obra y más hondamente internada en ella. b) Alma que entiende y vive plenamente el espíritu y el lema y el secreto íntimo de la Alianza. c) Alma que, despegada completamente del mundo, de sus atracciones, intereses, pompas y vanidades, se recoge más en la soledad y en el retiro de la Alianza. d) Alma que, teniendo la vocación y la especial misión de vivir en medio del mundo, se encierra en el silencio e intimidad de su Dios.

La hermanita «interna», en una palabra, es el alma interna, el alma interior, alma que no vive en el mundo (a pesar de encontrarse dentro de él), sino que vive dentro de sí misma, vuelta a su interior, y allí dentro unida a su Dios, en intimidad con Dios; alma que vive internada en sí, y dentro de sí internada en Jesús, habiendo trocado los amores de las criaturas por los amores de Dios.

Esto supone una vida de constante progreso en el camino espiritual.

La hermanita, que entró en los caminos de la Alianza con grandes anhelos de perfección y santidad, ha tenido que venir sufriendo oposición y violencia incesantes, conforme ha venido progresando en los distintos grados de la Obra. Y, una vez llegada al último grado de ella, deben manifestarse suficientemente en su vida de aliada las características peculiares de un alma perfectamente entregada a Dios.

La hermanita interna ya no participa nada del espíritu del mundo; para ella no son ningún problema los detalles mil, tan consultados de algunas, sobre la moda, las medidas, los colores, las formas y los «arreglos». El Reglamento de la Obra, en lo que atañe a este respecto y a los demás, no ofrece ninguna dificultad; la hermanita lo abarca plenamente, lo hace suyo y lo vive, y es ella una perfecta copia viviente de él hasta en los más minuciosos pormenores, sin faltar ni salir de sus normas ni por carta de más ni por carta de menos.

Para eso, cabalmente, se habrá ejercitado durante seis o más años en los distintos grados de la Obra, y si su labor no ha sido infructuosa, sabrá hoy vivir perfectamente todo el espíritu de la Alianza, sabrá vencerse, humillarse, someterse, doblegarse, sacrificarse, castigarse, ya en la carne, ya en el espíritu. Y con tal ejercicio y la gracia de Dios, vencerá a la

carne, atará las pasiones, dominará el orgullo, pisoteará la vanidad, rendirá el juicio, sacrificará el amor propio, matará el egoísmo y enterrará al «yo».

Ya no tendrá apego a las criaturas; la casa, los objetos, las personas, las prendas, los puestos, los intereses terrenos y todo lo que no es Dios será para ella secundario; Dios será su vida, Jesús su ideal, querrá ser como una nueva humanidad suya, otro El, en amor unida a Él, para pasar con El por el mundo, por entre las gentes, por sus avenidas y sus calles, por sus fábricas, talleres y oficinas, por sus escuelas y hogares, irradiándole, mostrándole, internándole hasta en los espíritus más cerrados.

Todo esto significa ser «interna».

De donde se deduce que la hermanita interna llegará a ser un alma muy unida a Dios y muy desunida del mundo y de sí misma; alma desprendida y despegada de las criaturas, alma mortificada, abnegada, sacrificada y purificada; alma ejercitada en el lema: pureza, amor y sacrificio, en las virtudes teologales y morales; alma de oración, de recogimiento, de vida interior (vida interna), eucarística, de unión y de amor.

He ahí los puntos de semejanza y contacto de esta vida con la vida unitiva.

La palabra «unión» no es ningún enigma; significa lo que suena y es: «unión íntima y habitual con Dios por Jesucristo»; de suerte que el interior de Jesús penetre el interior de nuestro corazón, y llegue a ser una realidad el dicho del Apóstol: «Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí».

Los caracteres indicadores de que un alma está en período unitivo, se reducen a tres: pureza de corazón por el

dominio de todas las pasiones, facilidad en la práctica de las virtudes y de la oración y fervientes ansias de poseer y unirse a Dios.

Una gran pureza de corazón; no solamente con haber expiado y reparado todo lo pasado, sino además con el despego de todo cuanto pudiere llevarle otra vez al pecado, dominando con cierta facilidad y tranquilidad de ánimo las pasiones desordenadas, sin que esto implique una paz y tranquilidad absoluta, que no hay en ningún estado, ni se excluya la posibilidad y la realidad de nuevas caídas.

Un gran dominio de sí mismo, adquirido por la mortificación interior y el ejercicio de las virtudes morales y teologales, cuya práctica, antes tan ardua, ahora se va haciendo fácil y hasta deleitosa.

Una gran necesidad de pensar en Dios y unas fervientes ansias de unirse a Él de hablar con Él y de hacer todo para agradarle, y, aunque el deber le distraiga por momentos, de volverse instantáneamente hacia su centro: «oculi mei semper ad Dominum», mis ojos siempre vueltos al Señor.

Esta disposición es causada por la pureza casi perfecta a que ha llegado y por el amor que las virtudes han encendido en su alma. (Conf. P. Crisógono, Tanquerey, Saudreau).

Para mayor claridad e inteligencia, distinguiremos, con el P. Crisógono y Tanquerey, dos formas o especies de unión: unión simple o activa, y unión mística o pasiva.

La unión simple o activa se caracteriza por la perfecta conformidad de voluntad del alma con la de Dios, adquirida por el aprovechamiento de los dones del Espíritu Santo, en especial activos, y las virtudes sobrenaturales, a base de la gracia.

Se deduce de las palabras de S. Juan de la Cruz en su Subida del Monte Carmelo (Lib. I cap. XI. 2): «El estado de esta divina unión – dice el santo – consiste en tener el alma según la voluntad con total transformación en la voluntad de Dios, de manera que no haya en ella cosa contraria a la voluntad de Dios, sino que en todo y por todo su movimiento sea voluntad solamente de Dios».

Este mismo pensamiento recogemos de las palabras de Santa Teresa de Jesús, que a continuación transcribimos: «Esta verdadera unión es hacer mi voluntad una con la voluntad de Dios. Esta la unión que yo quiero y querría en todas». «La verdadera unión se puede muy bien alcanzar, si nosotros nos esforzamos a procurarla, con no tener voluntad sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios». (Fundac. y Moradas).

Unión pasiva o mística, que se caracteriza por la contemplación infusa, es un sentimiento infuso de la presencia de Dios en el alma. Puede coincidir con la activa, y entonces la acompañará una perfecta conformidad de voluntades; pero en los comienzos de la vida mística, cuando el alma está todavía llena de defectos, puede darse sin que exista una perfecta conformidad con la voluntad de Dios.

Por ser muy interesante y dar mucha luz en la materia, señalamos a continuación la diferencia que existe entre ambas uniones, según la establece el citado P. Crisógono:

1.^a La unión activa entra en el desarrollo normal de la gracia, como resultado de actos de las virtudes; la pasiva está fuera del desarrollo normal de la gracia, por ser efecto de una infusión particular.

2.^a La activa implica perfección del alma, porque excluye por su naturaleza todo defecto voluntario; la pasiva

no implica perfección, porque puede existir y existe a veces con defectos y pecados veniales.

3.^a La activa es efecto del trabajo y esfuerzo del alma, ayudada por la gracia santificante; la pasiva es efecto de una gracia especial y gratuita de Dios.

4.^a La activa está al alcance de todos y es obligatoria, como la perfección con la que se identifica; la pasiva no está al alcance más que de aquellos, a quienes Dios concede una gracia especial y no es, por consiguiente, obligatoria en sentido alguno.

5.^a La activa es necesaria absolutamente para la santidad que la implica; la pasiva, por el contrario, no tiene ninguna relación necesaria con la santidad del alma.

La unión activa o ascética, la más general y absolutamente necesaria, siquiera en sus aspiraciones, a toda hermanita de la Alanza, consta de dos elementos, que se desarrollan a través de todo este orden: pureza o ausencia total de defectos voluntarios (elemento negativo) y caridad perfecta (elemento positivo). El primero ha de ser total y absoluto, en el mismo grado en todas las almas; el segundo admite grados y cada alma llegará a la verdadera unión en el grado suyo, que puede ser distinto, como los grados de caridad. De esta unión vendrá la transformación o sobrenaturalización del alma, para siempre obrar en todo según Dios, verlo todo según Dios, recibirlo todo según Dios y amarlo todo según Dios.

He ahí, pues, la aspiración que debe sobresalir en toda hermanita, que vive o quiere vivir en el grado de interna, a lo cual deberá cooperar fervorosamente, ejercitándose en los dos elementos negativo y positivo arriba indicados.

II. Siguen las purificaciones

Ya el aumento del amor en estas almas, ya la unión con Cristo Víctima, que pide hostias perfectas y puras, para contrarrestar el espectáculo de las prevaricaciones del mundo, son la razón principal de estas nuevas purificaciones en que ellas deben ejercitarse durante el período unitivo, y que de lleno afectan a las hermanitas internas.

Y, además, hemos dicho en los anteriores artículos, que todo el proceso de la vida sobrenatural consiste en ir «despojándonos del hombre viejo con todos sus actos y vestirnos del nuevo» (Col. 3, 9, 10).

Y esta tarea no tiene tregua en el camino de la vida de santidad. «¿Quién se tendrá por tan limpio –dice San Bernardo (In Cant. Serm. 58-10)– que crea que ya no le queda nada por purgar? Apenas se ha terminado la poda, cuando ya aparecen nuevos retoños... Así, pues, siempre hallarás algo que limpiar y podar en tí. Por grandes que sean tus progresos, te engañas si crees que ya están muertos todos los vicios».

Y Santa Teresa (Morad. 5.^a, cap. IV), dice: «Almas cristianas a las que el Señor ha llegado a estos términos, por Él os pido, que no os descuidéis, sino que os apartéis de las ocasiones, que aun en este estado no está el alma tan fuerte, que se pueda meter en ellas».

Y es aquí, exactamente, donde las almas pasan las pruebas de las grandes purificaciones de espíritu, las cuales se encuentran extensamente tratadas en San Juan de la Cruz (Subida del Monte Carmelo), P. Arintero (Evolución Mística), Santa Teresa y otros autores.

Dejando a la voluntad y discreción de nuestros Directores el hablar de estas pruebas a las hermanitas, a nosotros de modo especial nos interesa señalar un ejercicio de capital interés para todas y particularmente a las que en la Alianza han entrado en este período de vida espiritual, dentro del grado de internas, y es la práctica de la abnegación y desasimiento.

«Como el amor de Dios crece en las almas dice el P. Naval, (Ascét. y Mística, 2.ª parte, secc. 3.ª) — a medida que el amor propio desordenado se logra con la abnegación perfecta, es evidente que ha de insistir en ella quien se, encuentre en la vida unitiva, si quiere andar en este camino con provecho y perseverancia. No se trata aquí de la abnegación rudimentaria..., sino de la perfecta, que ataca profundamente a la raíz del amor propio y rinde por completo el alma a la voluntad divina».

Para vivir en Dios es necesario un continuo morir a nosotros mismos. «Los que se entregan a Dios — advierte el B. Busón (Disc. esp. III) — deben examinar con cuidado todos los repliegues de su corazón, para ver si tienen algún oculto apego, algún afecto desordenado a las criaturas porque en esta renuncia y en esta muerte consiste la verdadera perfección... No basta morir una vez a sí mismos, sino que es preciso renovar incesantemente esta muerte hasta el fin de la vida. Nunca se muere tan perfectamente a sí mismos y al mundo, que no quede algo en que podamos abnegarnos y mortificarnos aún; y por eso están en gran error los que se figuran que pueden en esta vida llegar a un desprendimiento tan completo, que ya no necesiten mortificarse. Cuanto mayores progresos haya hecho un siervo de Dios en esta muerte de sí mismo, tanto más debe procurarla, para morir cada vez más».

«En efecto, — dice Saudreau (Grados de vida espiritual, 3.^a parte, Cap. II)— cuando más se adelanta en la vida del amor, más se comprende todo el alcance de esta gran palabra: «*abneget semetipsum*». Alumbrando el Espíritu Santo con más vivas luces el alma a medida que le es más fiel, y que quiere El llevarla más adelante, le descubre secretos apegos, solicitudes de sí misma, comodidades, de sus quererres. Verdad es que son imperfecciones pasajeras...; pero que pueden, sin embargo, ser obstáculo para una unión más íntima y gracias más eminentes».

«La disposición a que debe aspirar — sigue diciendo el B. Busón — es, a un moral anonadamiento de pensamientos y afectos, una especie de infinito desasimiento en Dios, con el cual el alma por tal manera se entrega y abandona a Él, que ya no tiene conocimiento ni voluntad, sino que doquiera y siempre obedece al poder de Dios, que la guía según su beneplácito...»

Esta abnegación y desasimiento debe ser universal, debe abrazar todo lo que naturalmente halaga al corazón del hombre, bienes temporales, aprecio de los demás, y también de sí mismo, goce de los humanos afectos, bienestar, uso independiente de sus facultades espirituales.... el uso demasiado personal del propio juicio, del criterio excesivamente cerrado, etc.

Aun cuando el voto no le fuera a ligar con la pobreza real, ha de tener su espíritu, no usando de los bienes que posee, sino conforme con la divina voluntad, sin emplearlo jamás en proporciones supérfluas y hallándose siempre dispuesto a dar sus riquezas para la gloria de Dios.

Apenas hay en la vida una hora, en que el alma fiel no pueda hacer algún acto de abnegación y desasimiento; si no

son las cosas materiales, son las internas y espirituales, y entre todas el ejercicio de la propia voluntad.

Lo reducido de este Manual no nos permite traer aquí la doctrina magníficamente expuesta en su «Subida del Monte Carmelo» por el incomparable San Juan de la Cruz; se la recomendamos a nuestros Directores.

De San Francisco de Sales (Amor de Dios, IX, 4, 5, 6 y 7) tomamos lo que sigue: «El corazón indiferente es como una pelota de cera en manos de Dios para recibir todas las impresiones del beneplácito eterno; un corazón sin elección igualmente dispuesto para todo, sin otro objeto de su voluntad que la de Dios; que no pone su amor en las cosas que Dios quiere, sino en la voluntad de Dios que las determina».

Toda esta doctrina tiene en la Alianza una importancia excepcional, toda vez que la hermanita vive en medio de las seducciones de un mundo fascinador y egoísta. El corazón de la hermanita vive y se mueve rozando continuamente con mil criaturas que llaman y cautivan, y, si no está bien ejercitado en la perfecta abnegación y desasimiento de todas, pronto quedará esclavo de ellas.

La hermanita es libre y dispone libremente y casi plenamente de su voluntad; dentro del plan de su reglamento, la voluntad dispone del tiempo, de la ocupación, de los objetos y de mil criaturas.

Y llamarán a su puerta la comodidad, el regalo, el capricho, la afición a unas cosas más que a otras, y la elección muchas veces está sólo en su voluntad libre. Los afectos, los gustos, los cariños, la simple vanidad, la moda dentro de lo honesto y permitido, los objetos de su uso más apetecidos harán violencia en su corazón y nadie podrá regular sus

impulsos, sino una voluntad que se ha hecho indiferente por la abnegación, por el desasimiento, por la muerte de sí misma en aras de la voluntad de Dios.

No olvide la hermanita aquel momento solemne, en que de rodillas ante la Majestad divina y de los labios de su Ministro escuchó estas palabras del Ceremonial: «Desnudáos y despojáos de vos...»

A eso ayudará con eficacia magnífica la práctica de los tres votos con que se liga la hermanita interna.

III. Los votos

No creemos necesario extendernos en consideraciones prolijas sobre esta materia, puesto que el reglamento de la Obra es suficientemente claro y taxativo en todo lo que abarcan los tres votos de que vamos a tratar en este apartado.

Los votos en la Alianza no tienen el alcance que tienen dentro de la vida religiosa. Siendo públicos (solemnes o simples) los votos de los religiosos, deben ser siempre establecidos, aceptados y recibidos, conforme al Derecho, por la Santa Iglesia, y el que los hace queda obligado a lo que taxativamente en ellos se establece.

Los votos privados, en cambio, se emiten y obligan en la forma que libre y particularmente determina el que los hace. Son una especie de ley, que uno se establece a sí mismo, sobre una cosa lícita, honesta y mejor que su contraria, y obliga en la forma y gravedad con que libremente se haya querido uno ligar.

Los votos en la Alianza, sin embargo, aun cuando son votos privados, no son tan particulares, ni se emiten ni obligan libre y según la voluntad de cada aliada, sino rigurosamente en la forma y obligación que en el Reglamento están concretamente señaladas. Son, sí, enteramente PRIVADOS; mas no son libres, sino reglamentarios y están determinados en cuanto a su materia, forma, efectos y gravedad con que obligan, y la hermanita que los hace, los hará siempre tal como el Reglamento lo establece.

Los hay temporales, que son los más, y perpetuos, que no se conceden sino a las muy probadas y plenamente entregadas a Dios y a la Alianza, puesto que una persona seglar está más expuesta a inesperadas contingencias en la vida. Estos (los perpetuos) son completamente secretos; sólo saben de ellos el Director espiritual propio y el General que los autoriza y que lleva un registro especial de las hermanitas que los emitieron.

Voto de pobreza.— El voto de pobreza es la renuncia a los bienes externos, que uno posee o puede poseer.

El religioso de votos solemnes en una Orden religiosa renuncia a los bienes y al derecho mismo de propiedad, de modo que queda enteramente inhábil para llevar a cabo todo acto de propiedad, y, por consiguiente, ni lícita ni válidamente le es permitido retener el dominio que antes tenía (can. 579).

En las Congregaciones de votos simples, el religioso no renuncia al derecho de propiedad en sí, o sea, al dominio radical de sus bienes y a la capacidad de adquirir otros; pero le está prohibido el libre uso de este derecho y el usar de cosa

alguna como propia, sin permiso de su Superior y dentro de los límites que éste le señale.

En la Alianza, en cambio, ni se renuncia al derecho de propiedad ni al uso libre de este derecho (art.º 85 del Reglamento), sino al uso de todo lo supérfluo, atendida la posición o condición social de cada hermanita; de modo que en su vida seglar y en sus relaciones con las gentes, la joven hermanita aliada aparezca y conviva dentro del más perfecto decoro y aceptación, sin que implique ni extremado desasimiento de lo que se reputa como necesario y rigurosamente justo y conveniente, ni tampoco dé lugar a recargados detalles que fácilmente acusarían en ella, según la opinión de personas de exquisita conciencia, indicios de lujo desproporcionado, amor manifiesto al regalo, afectación marcada de vanidad, afán de exagerada comodidad y de gustos inmortificados, etc.

Así como la Superiora de una Comunidad lleva la responsabilidad de todo lo que, dentro de sus votos, puede y debe usar la Comunidad, así la hermanita interna, siendo ella misma su propia superiora en lo que afecta a este punto, es la que debe determinar los diferentes extremos en esta materia. Bueno será, sin embargo, que en las cosas dudosas consulte a sus Directores o hermanitas antiguas en la Obra.

Este voto nos ayuda a vencer uno de los más grandes obstáculos que se oponen a la perfección y unión con Dios, que es el amor excesivo a los bienes terrenos y a los cuidados personales.

Por eso son dichosos, y, en expresión del Divino Maestro, «bienaventurados los pobres de espíritu» y la pobreza de espíritu está en tenerlo despegado de las criaturas, espíritu libre, corazón que no tiene afecto a los bienes que nos rodean. No tanto importa que uno posea o no

bienes, lo que importa es que viva como si no los poseyera. Y ese es el objeto del voto de pobreza en la Alianza: desprender a la hermanita del apego a los bienes terrenos.

Voto de castidad. Este voto ha de tenerse por mucho más excelente que el voto de pobreza, ya porque por él la aliada renuncia a los bienes, no externos, sino intrínsecos, ya también porque por él, de modo especial la hermanita se consagra al Señor como esposa de su Corazón.

En virtud de este voto, y mientras lo tenga, la aliada debe abstenerse, sub gravi: a) de contraer matrimonio legítimo; b) de todo lo que está vedado en los mandamientos sexto y nono de la ley de Dios.

Este voto se quebranta, no sólo con actos externos, sino también con actos internos deliberados y consentidos. Lo que basta y se requiere para pecar gravemente contra los citados mandamientos, basta y se requiere también para pecar gravemente contra el voto de castidad.

Con el voto de castidad triunfamos del gran obstáculo que estorba a la perfección, que es la concupiscencia de la carne, quedándonos libres, además, de los cuidados y quehaceres de la vida del matrimonio. Así nos lo declara San Pablo: «El que no está casado anda solícito de las cosas del Señor y en lo que ha de hacer para agradar a Dios; mas el casado anda afanado en las cosas del mundo y en cómo ha de agradar a su consorte y anda dividido» (I Cor. 7, 32-33).

Sin embargo, el voto de castidad no borra la concupiscencia, y la gracia que con él se nos concede no es de descanso, sino de pelea. Para ser continente por toda la vida es menester pelear, vigilar y orar. Y esto es difícil. La Alianza encierra muchos actos de verdadero heroísmo, y heroínas serán muchas que han abrazado esta vida.

La hermanita, en su vida de austeridad, tiene que mostrarse graciosamente atrayente en medio del mundo.

Voto de obediencia. —Es de todos los votos el más excelente, puesto que por él la hermanita ofrece y consagra a Dios los bienes irás íntimos y de más valor, que son la misma voluntad y el mismo entendimiento.

Por el voto de obediencia se compromete la hermanita interna a obedecer las órdenes de su legítimo Superior en la Obra en todo lo que se refiere a la observancia de estos votos y en todos los demás artículos del Reglamento de la Alianza. El Superior tiene derecho a mandar, no sólo lo que explícitamente está en el Reglamento, sino también todo lo que implícitamente en él se contiene; pero no aquellas consecuencias más o menos directas que del contenido de los artículos puedan deducirse. Esto ha de entenderse de una orden formal y no de un simple consejo, y para mayor claridad esta orden debe expresarse con el nombre de la misma obediencia; por ejemplo: en nombre de la obediencia, en virtud de la santa obediencia, etc.

Y fuera del caso expresado en el art.º 90 del Reglamento de la Obra, en todo lo demás el voto de obediencia en la Alianza sólo obliga bajo pecado venial.

Como las hermanitas son hijas de su hogar, sus padres y, a falta de éstos y siendo menores, sus tutores, pueden anular el voto de obediencia, siempre que con causa legítima quieran disponer lo contrario de lo que el voto haya determinado. Otro tanto debe decirse del Director espiritual, cuando éste, por razones que en su fuero crea de suficiente peso y con la responsabilidad a que ello diere lugar, impide el cumplimiento de lo que por medio del voto se haya ordenado.

Mas, a pesar de todas estas restricciones, siempre será verdad que el voto de obediencia es de los que más cuestan a la humana naturaleza, precisamente porque tenemos mucho apego a nuestra propia voluntad. Para bien guardarle, es necesario la humildad, la paciencia, la mansedumbre; es preciso mortificar la propensión, tan viva, que tenemos a murmurar de los Superiores y anteponer nuestro juicio y criterio al suyo; hay que rendir nuestra voluntad a la suya.

Hija de su hogar.— Es uno de los grandes objetivos de la Alianza, formar dentro de ella los verdaderos «ángeles del hogar» hoy cabalmente que el egoísmo ha profanado y adulterado los deberes más sagrados de la familia.

No compete a la Alianza el formar hogares cristianos por medio del santo matrimonio; si alguna vez lo hace es accidentalmente; sin embargo, en el hogar cristiano la hermanita no es un estorbo, sino un poderoso complemento; ella es el consuelo más dulce para los padres, una ayuda eficaz para sus hermanos necesitados, una madre para los huerfanitos de su casa, una maestra para su formación cristiana, una mártir de caridad en los trances graves de la enfermedad, un ángel de paz y de esperanza para el tiempo de las adversidades y pasos difíciles de la vida.

Aun cuando la hermanita, en su último grado, se haya consagrado totalmente a la Alianza, su primer deber es el de la propia familia; ni ella puede eludir este sagrado deber, ni los Superiores la pueden apartar de su perfecto cumplimiento.

Mientras en su familia exista un padre anciano, una madre viuda impedida, un hermano sacerdote, una hermana sin amparo u otro miembro de la familia necesitado, allí tiene la hermanita su primera misión de caridad.

Deber suyo es, sin embargo, y también de los Superiores de la Obra, evitar el que, por cualquier pretexto de los suyos, la hermanita sea la esclava de todos. De la bondad y perfecta caridad y buena voluntad de estas hermanitas, puédesse fácilmente abusar, cargándolas con obligaciones que más directamente corresponden a otros miembros de la familia. Criada servicial, no respondona, dócil y obediente, que cobra poco y obra mucho, lo es la hermanita para todos los de su casa, y fácilmente se puede abusar de ella. Sepan, pues, con prudencia y discreción, combinar y regular la bondad con la energía.

Una vez libres de todos estos deberes del hogar, sea por fallecimiento de los suyos, sea por estar suficientemente atendidas sus necesidades, nuestra hermanita queda plenamente a disposición de los Superiores.

A disposición de los Superiores.— La hermanita, dentro del último grado de la Obra, no puede libremente y a su antojo disponer de su persona; sobre ella adquiere derechos sagrados el Consejo General o el Nacional.

Reservándose aquellos, a que hace referencia el Reglamento en su art.º 85 y lo que se desprende de algunos otros, esta hermanita, por medio de una generosa ENTREGA, como se dice en el artº 78, queda a disposición de los Consejos General o Nacional, debiendo plena obediencia y sumisión, en la forma y rigor establecidos en el artº. 89 del mismo Reglamento.

Era necesario que los Superiores Generales de la Obra contasen con elementos fijos, estables y generosamente puestos a su disposición, a fin de obrar libremente en todos aquellos casos en que el bien y la buena marcha de la Obra lo requiriese, puesto que, sin la total abnegación de estas hermanitas, la Alianza fácilmente se deformaría, faltándole

los recursos indispensables para regular su movimiento y para dar mayor firmeza a su organización y gobierno.

Estas hermanitas, entregadas sin reservas (fuera de las indicadas) a la voluntad de los Superiores mencionados, son la más segura garantía de la estabilidad y perfecta marcha, no sólo de la Alianza en conjunto, sino también de cada una de sus Organizaciones, las cuales sin esa ayuda quedarían tal vez mancas, expuestas a una vida irregular y quizás abocadas a un grave fracaso.

Tengan, sin embargo, en cuenta nuestras hermanitas (y lo decimos para que no se asusten demasiado) que los Consejos, a quienes deben esa entrega, nunca podrán disponer de ellas con grave detrimento de su vida, tanto espiritual como económica. Al entregarse la hermanita, no lo hace en manos de un amo explotador y tirano, sino en las de una madre que entiende de los deberes que le incumben sobre sus hijas amadas.

No entrará jamás en el ánimo de la Alianza el hacer uso de estos derechos cada semana o cada mes, ordenando el cambio o desplazamiento de las hermanitas de un sitio o de un oficio a otro. Lo hará solamente, cuando el bien de la Obra señaladamente lo exija, mirando siempre por que no sea demasíadamente excesivo el sacrificio que a tal efecto se les imponga.

Toda hermanita que quiera subir a este último grado de la Alianza, debe mostrarse a sus Superiores en estas francas y generosas disposiciones de PLENA ENTREGA. En ellas descansa todo el peso de la Obra, en ellas su solidez, ellas son su cimiento más firme... Vean pues, primero, si para ello valen.

De todo lo dicho échase de ver que la fidelidad a la guarda de los votos lleva consigo, no solamente el ejercicio de las tres excelsas virtudes de pobreza, castidad y obediencia, sino también el de otras muchas que son necesarias para bien guardar aquellas; y que al comprometerse a observarlas todas, ciertamente se obliga a un grado de perfección poco común.

Y he ahí a dónde sube la hermanita, que libremente ha aceptado con generosidad la vida completa de la Alianza en el grado de interna.

IV. Almas consagradas. El anillo.

La hermanita interna, por el mero hecho de serlo, practica plenamente aquel solemne dicho del Divino Maestro: «Si quieres ser perfecto, vete, vende cuanto tienes,... ven y sígueme», y aquel otro: «El que quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame».

Desasida la hermanita de todo apego a las criaturas y viviendo en perfecta abnegación por el ejercicio de los tres votos de pobreza, castidad y obediencia, se ha entregado a Dios total y exclusivamente por medio de un acto especial de consagración.

La Alianza es obra consagrada a Dios, y todos sus miembros, desde el primer momento que solicitan su ingreso en ella, aspiran a esta consagración, que pronuncian por primera vez ante Su Divina Majestad, con el rito solemne aprobado por la Iglesia, en el acto de recibir su primera insignia y la repiten al subir los diferentes grados de la Obra.

Son, pues, almas consagradas.

La palabra consagración, está compuesta de con y sagración y equivale al acto de hacer sagrada una cosa o una persona o dedicarla a usos sagrados u ordenados por Dios. Ordinariamente esto se verifica por una persona que representa a Dios y a la Iglesia y que tenga potestad recibida de ella. Así, se consagran los ornamentos y vasos sagrados, los templos y los sacerdotes; y la Iglesia considera estos actos entre los que llama sacramentales, los cuales, por impetración de la Iglesia –no por institución divina, como los Sacramentos– producen algunos efectos espirituales.

La Alianza, Obra aprobada por la Iglesia y regida por ella, tiene un acto solemne, en el que, ante el ministro del Señor, que impone la señal o insignia de su consagración y ruega con oración especial por su eficacia, consagra sus miembros a Dios para servirle a Él sólo en cuerpo y alma.

Y esta consagración, por el deseo de quienes la reciben y por la potestad de quien la da, no puede quedar en sólo las palabras, ni siquiera en un gusto y sentimiento pasajero, sino que produce su efecto real en el alma, y ante Dios, que lo acepta, queda aquella renovada y por un título nuevo perteneciendo a Dios y sólo a Dios, y esto indeleblemente y para siempre, en cuanto depende de la interesada, de su intención y deseo. Por eso sería infiel y en cierto modo perjura la aliada que volviese atrás o no cumpliese sino a medias las obligaciones contraídas en su consagración; sería considerada indigna de su elección y no podría comparecer honrosamente ante su conciencia y ante Dios.

Pero hay más; la aliada es alma consagrada de kan modo semejante a la religiosa. La consagración en un sentido amplio se aplica a la religiosa y a la aliada de la misma manera.

Es sentencia unánime de los teólogos que las dos cosas que hacen a una persona sagrada o consagrada a Dios, de modo que su violación sería sacrilegio, son la Ordenación y la Profesión religiosa.

Pero también es sentencia seguida por eminentes sabios, aun cuando otros lo nieguen, que el voto de castidad privado, hecho fuera de la profesión religiosa, constituye a una persona en propiamente consagrada a Dios de modo que su violación lujuriosa sería sacrilegio.

Según esta opinión, que lícitamente se puede sostener, muy bien podemos decir que las hermanitas de la Alianza, por el voto de la virginidad o castidad, son consagradas en el sentido estricto, y con todas sus consecuencias, a Jesús.

Por todo lo dicho, la aliada es incompatible con los usos profanos, y positivamente está dedicada a Dios, es sólo de Dios y toda de Dios; el corazón de la hermanita ha de ser puro, para que en él viva solo Jesús, como único Dueño y Rey absoluto.

La consagración, pues, eleva a la Alianza, y eleva a las almas que en ella se consagran a Dios, sobre las demás almas que corren por el mundo; son algo más, mucho más, y en ese puesto deben procurar vivir.

Recordemos aquí lo que al explicar la definición de la Obra decíamos acerca de la consagración:

«La hermanita es y debe ser siempre como un cáliz, el cual, después que se ha consagrado por el Sr. Obispo, sólo sirve para contener la Sangre de Jesucristo... y sólo pueden usarlo los sacerdotes, porque es un objeto consagrado y dedicado exclusivamente a Dios...»

«Así es una aliada, una persona consagrada, una virgen, un alma pura, que, totalmente, en cuerpo y alma, potencias y sentidos, todo lo que es, está dedicada, entregada, ofrecida, destinada para el servicio de Dios, toda para Dios, sola para Dios...»

«Decid, hermanitas, con inmensa satisfacción de vuestra alma: «Soy un alma consagrada a Jesús, soy un templo, soy un cáliz consagrado a Jesús...»»

«Si bien meditáis sobre esta prerrogativa, si la comprendéis y la ponderáis, os cuidaréis bien de derramaros demasiado en cosas mundanas, terrenas, profanas y peligrosas».

«Si vuestro cuerpo es templo de Dios, si vuestro corazón es cáliz divino, si vuestra alma es hostia pura que se inmola con Jesús y por Jesús, sabréis guardar cerrado y adornado el templo con la santa modestia, purísimo y brillantísimo el cáliz de vuestro corazón y abrasada en la hoguera del más ardiente amor vuestra alma virginal...»

Aunque vistáis de seglar y viváis en el mundo y trabajéis en un taller o en el campo, vuestro cuerpo, vuestro corazón, vuestra alma y todo vuestro ser está consagrado a Jesús.

«Es fácil distinguir esta prerrogativa en las personas encerradas en los claustros, a quienes el hábito las distingue y las separa del mundo y del contacto de las personas... No así las hermanitas de la Alianza, que viven y trabajan en fábricas, talleres... confundidas con todas las demás personas seglares; y no obstante... quedan consagradas a Jesús, como si fuesen unas religiosas».

El anillo.— Esta consagración tiene un magnífico símbolo en el anillo, que recibe en solemne ceremonia, al

abrazar el último grado de la Alianza, la hermanita interna. Los votos y el anillo dicen lo mismo; aquellos contienen el acto interno de la Aliada; éste es el acto externo que significa aquel acto interno. Los votos desligan al alma de las criaturas y la unen a Dios en una pureza angélica y una perfecta conformidad con la voluntad de Dios, negando la propia en aras de la santa obediencia y entregándola toda a la única de Dios.

El anillo, a) es símbolo del desposorio con Jesucristo. Antes de recibirlo, de rodillas en las gradas del altar, a la breve alocución del Ministro, responde con estas palabras: «Sí, padre; quiero abrazar la cruz de Jesucristo y ser su fiel esposa en el mundo, esta gracia pido aquí postrada». Inmediatamente el sacerdote impone el anillo, diciendo: «Recibe el anillo de tus desposorios con Jesucristo Señor nuestro... para que seas la esposa fiel, prudente y diligente de que habla el Evangelio». Hermanita, ¿caerán en el vacío estas palabras solemnes?

Si la que está unida a un esposo terreno, con sólo mirar el anillo de su dedo recuerda su condición de esposa y le recuerda a él, porque el anillo es símbolo del esposo y su vista la obliga a ser fiel, para que en ningún otro piense más que en él, y viva y se sacrifique por él, ¿con cuánta mayor razón la esposa virginal de Jesucristo deberá recordarle, cada vez que mira su anillo procurando ser fidelísima, sin pensar jamás en ningún otro mortal que la haría infiel y adúltera?

b) Es símbolo de esclava: Unas esposas sujetan las manos de un preso, una argolla al cuello (de un esclavo; el preso ha perdido su libertad, el esclavo es propiedad de su señor. Ecce ancilla Domini...) «Hé aquí la esclava del Señor», ha dicho la hermanita interna y ha alargado la mano, para que el ministro del Señor ponga en su dedo la señal de

perfecta esclavitud. Por medio de esa señal será reconocida aun entre las gentes del mundo, como que no está suelta (soltera), sino que está entregada a un esposo y por un espiritual contrato es suya; suya es y no libre, prisionera de su amor, su pertenencia, su esclava. El esclavo nada tiene suyo, todo es de su señor; suyo es el cuerpo con sus fuerzas, suya la libertad con la voluntad, suya la salud y la vida entera. Así, de Jesús es la hermanita; si Jesús «se entregó por ella», ella se ha entregado por Él y a Él; ese anillo cierra un contrato y le significa su esclavitud; todo queda sujeto y atado por el anillo, todo queda dentro, nada fuera, nada libre.

c) Es símbolo de unión. La meta de toda alma Santa es la unión con el Amado. A eso aspira también la hermanita desde que ha comenzado su prueba en la Alianza; esa unión se acentúa en grados sucesivos, hasta que el anillo, en el último grado de la Obra, llega a consumir esta unión.

Si el vínculo del matrimonio cristiano se exterioriza con la entrega de las arras e imposición del anillo, mucho más debe significar esta unión con el Divino Esposo el anillo que el sacerdote impone a la esposa en nombre de Él.

La esposa entra en los confines del Esposo Divino; fuera quedan el mundo, sus tesoros, sus placeres y sus afanes; ellos en el místico tálamo vivirán en unión total y perfecta. En esta unión la esposa se abisma, y, en expresión de una santa, «se pierde» en la inmensidad del abrasado corazón del Amado. Lo grande absorbe lo pequeño, el corazón de la esposa se pierde en el del Esposo, su amor en el del Amado, su voluntad en la de su Dueño, su inteligencia en la de su Maestro, su personalidad, su «yo» en aquel que «ES». De suerte que la unión se convierte en unidad; y no hay más que un Corazón, un amor, una voluntad, un querer y un

entender, un Jesús, en una palabra, que abarca y encierra el todo.

d) Es símbolo de amor. El anillo es todo oro, su simbolismo es todo amor. Si es esposa, será porque ama y es amada; esposa que no ama, pronto será infiel y dejará al esposo; si es esclava es por amor, pues no por fuerza ni por tiranía, sino que se hizo esclava a impulsos del amor; es esclava de Aquel que es amor, y al entregarse a Él se ha entregado al amor; cabalmente el Amor la ha cautivado y esclavizado. Si hay unión será también por amor, y, si no hay amor, no habrá verdadera y duradera unión. Cuando los esposos dejan de amarse, se separan y se van.

Si por esencia no fuese uno –dice un autor– el amor haría uno a Dios. El amor nos une a Dios, el amor nos hace uno con Dios, el amor nos transforma, el amor nos identifica, el amor llega a hacemos dioses.

El anillo que no signifique amor, significará lujo, orgullo y vanidad.

El anillo de la hermanita es la voz del Amado, que le intima y le manda AMAR. Para eso es el anillo y para nada más.

V. Viviendo el lema en la vida unitiva

Hemos llegado al punto central de la Alianza en Jesús por María: amar a Jesús como Jesús debe ser amado. La hermanita, mediante un proceso de vida intensa espiritual de varios años, `ha llegado en sus distintos grados a la conveniente disposición para cumplir con perfección el supremo ideal de la Obra.

a) Vida de amor.—El art.º 6.º del Reglamento dice: «El fin supremo y último de la Alianza es: Amar a Jesús con amor ardiente; amar como Él ha enseñado a amar, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas las fuerzas, etc.».

No es un fin exclusivo de la Alianza el amar a Jesús, puesto que es fin de toda Orden Religiosa, Congregación, Asociación piadosa o simple cristiano, ninguno de los cuales prescinde de este fin esencial en la vida.

Amar es ley general de todo hombre cristiano. «Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma», etc., manda el Señor en el libro del Deuteronomio (VI, 5).

Pero, ni todos aman a Dios, ni todos los que aman a Dios le aman con verdadero amor, ni con todo el corazón ni con toda el alma, como es ley.

En la Alianza esta ley de Dios es la «suprema ley de la Obra». El triunfo de la pureza y el triunfo del amor son inseparables en la Alianza; ni cabe pureza legítima y segura sin amor, ni amor legítimo y perfecto sin pureza; ambas virtudes se ayudan, se aseguran y se perfeccionan mutuamente.

Así como en la pureza queremos llegar a las más finas y exquisitas transparencias de esa angélica virtud, de la misma manera en el amor pretendemos llegar a la más alta perfección que cabe en la vida cristiana y evangélica.

Ya con esta noble idea comenzó su prueba la fervorosa aspirante. Desde los primeros pasos en la Obra comprendió que el triunfo del amor a Jesús significa, ante todo, el triunfo del amor en ella misma.

En la Iglesia de Dios es incontable la variedad de almas; desde los que odian a Dios y los que prescinden de Él, y los que no le aman y le aman a medias y por tiempos, por intervalos, por interés egoísta, hasta los que le aman bien, con todo el corazón y con todas las fuerzas. De ahí vienen los claustros, los conventos, las comunidades, donde las almas retiradas del bullicio y la distracción del siglo, en santa soledad, en el silencio de la oración y austera penitencia, se proponen amar a Dios como Él se merece y como Él manda. ¡Triste suerte y condición la nuestra, que, para amar a Dios como Él lo manda, hayamos de salir del mundo y escondernos en la soledad y silencio de un monasterio...!

¿Por qué no intentar amar a Dios como en el claustro, como en la soledad, como en una celda de convento, con amor puro, con amor sin mezclas, con amor santo, con amor completo, entero, sin intervalos, continuo, constante, con todo el corazón y con todas las fuerzas, en medio de la sociedad humana, en el ruido del mundo, en la calle, en el taller, en la fábrica, en las escuelas y oficinas, en el lujoso palacio y en la choza del pobre?

He aquí una de las características propias, especiales y casi exclusivas de la Alianza.

La Alianza quiere amar, y quiere amar no sólo con los labios, sino con las obras, con vida reveladora, con alma, con corazón, con todas las fuerzas..., como aman los que mejor aman, los que más aman; y quiere amar así sin salir de su condición de hija de casa, en el hogar, en la calle, en el oficio, en la carrera.

Amar a Dios de veras. —¿Quién ama a Dios? Ya anteriormente hemos respondido a esta pregunta; recordémoslo. a) El que guarda su Ley. «El que ama guardará mi palabra...» (Joan. III 23).

El que peca, aborrece a Dios y aborrece a su alma. — El que peca no ama, el que peca levemente ama poco y mal; son pocos los que no pecan, y, por eso, son también pocos los que aman de veras. Amar de veras es el lema de la Alianza. La Alianza, pues, no debe pecar. La Alianza debe guardar bien la ley de Dios. Y este es el primer carácter del verdadero amor en la Alianza.

b) «Si Me amáis, guardad mis mandamientos» (Joan. XIV-15).

La hermanita amará de veras a Dios guardando los Estatutos de la Alianza. Desde el momento en que abrazó la Alianza y se ofreció a vivir según las normas de la Obra, para ella el Reglamento es a modo de un Código que ella, por amor a su Dios, se ha constituido, y en cumplirlo con suma, perfección consistirá la perfección del amor generoso a Él.

Por eso, si guardar los mandamientos es amar a Dios, guardar por amor y por generosidad un Reglamento, que voluntariamente y por puro amor se ha abrazado, será amar a Dios aún más y mejor, si cabe.

c) Y ¡qué de veras amará a Dios la hermanita, que, no contenta con los preceptos de la Ley, ni con lo que exclusivamente manda el Reglamento de la Obra, se abraza con los consejos evangélicos! Por amor se aparta del mundo, huye de los mundanos, busca la pobreza, la sencillez, la humildad; renuncia a los goces legítimos del matrimonio y abraza la perfecta castidad; ama la obediencia, la mortificación, la austeridad de vida, se entrega a Dios como esclava sumisa.

Y ¿quién le mueve a todo eso sino el amor?

Quien de veras ama, obra de esta manera, y quien de esta manera obra, bien podemos decir que ama de veras.

Pero, al contrario, quien dice amar y no procede del modo indicado, no ama de veras; es del número de aquellos que alaban a Dios con los labios, pero cuyo corazón está lejos de El... y no aman. «No amemos, hermanos, con la lengua, sino con las obras y en verdad» (Joan. III-18).

El lema de amor que la hermanita abraza es, pues, aquel amor por el cual ella guarda con fidelidad la ley de Dios, cumple con exactitud las disposiciones del Reglamento y abraza, con todo el corazón, los consejos evangélicos. A esta disposición y grado de vida, ha debido llegar la hermanita interna, viviendo en el período de vida unitiva.

«Amarás con todo el corazón».—Dice San Pablo: «Quiero, pues, que viváis sin inquietud; el que está sin mujer está cuidadoso de las cosas que son del Señor, cómo ha de agradar a Dios.—Mas el que está con mujer está afanado de las cosas del mundo, cómo ha de dar gusto a su mujer y anda DIVIDIDO». «Y la mujer soltera y la virgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa de cuerpo y de alma. Mas la que está casada, piensa en las cosas del mundo, cómo agradará al marido» (I Corintios, VII-32, 33 y 34).

Por lo tanto, las personas unidas en matrimonio, se preocupan de las cosas de su estado, cómo agradar a su esposo y tienen el corazón dividido. En cambio, la virgen piensa en las cosas de su Dios, cómo agradará a Dios y su corazón no está dividido.

La virginidad y la castidad perfecta no admiten divisiones; es Dios sólo el objeto de su corazón y de todo su amor.

La hermanita, pues, no puede dividir su corazón entre Dios y las criaturas. La perfecta aliada, la que vive la vida de verdadera aliada, ha renunciado a todas las aficiones terrenas

y ha entregado todo su corazón a Dios. Y así únicamente puede amarle con todo el corazón, porque amar con todo el corazón es amar con todo el amor de que es capaz nuestro corazón.

Esto obliga a la hermanita a un gran desprendimiento del corazón, porque, viviendo en medio del mundo, está rodeada de criaturas que la esclavizan y la arrastran al mal; por eso, como ya en su lugar se ha dicho, la hermanita ha de vivir en continuas renunciaciones al mundo, a sus pompas y vanidades, renunciaciones a los intereses fugaces y mezquinos, renunciaciones a la concupiscencia de la carne y de los sentidos, renunciaciones al egoísmo y a su propio amor y querer, para consagrar su corazón y su amor a solo Dios; en todo lo cual la hermanita interna, llegada a este período y grado de vida, se supone está ejercitada convenientemente dentro del período unitivo y los anteriores.

«Amarás con toda tu alma».—Son estas admirables redundancias del Espíritu Santo, para significar la grandeza, la importancia, la sublimidad de este precepto del divino amor. No hay escape; no hay salida; es el alma entera, son todas sus facultades, todas sus potencias, las que ayudan, cooperan y trabajan, ya purificando las intenciones, ya conociendo más y mejor el objeto que se ama, ya activando el impulso interior y espiritual. No es amor de labios o de sentidos o de emociones externas; es amor del alma, es amor interior, amor espiritual; ama el alma y ama con todas las fuerzas y de todos los modos o sobre todos los modos, ya que, según ha dicho San Bernardo: «*Modus diligendi Deum, diligere sine modo*». «El modo de amar a Dios es amarle sin modo».

Así han amado y aman a Dios muchas almas; así debe amar la hermanita interna, si es que quiere ser interna y vive

plenamente la vida de interna, hechos sus votos, hecha su Consagración y recibido el anillo de sus desposorios.

Para tranquilidad de algunas que no sienten tal amor, conviene advertir con San Juan de la Cruz (Noche, lib. I, cap. II): «La inflamación de amor comúnmente a los principios no se siente... por la impureza del natural... Mas a veces con eso y sin eso comienza luego a sentirse alguna ansia de Dios; y cuanto más va, más va sintiendo el alma aficionada e inflamada en amor de Dios, sin saber ni entender cómo le nace el tal amor y afición, sino que le parece crecer tanto en sí a veces esta llama e inflamación que con ansias de amor desea a Dios...

«Porque sin saber el alma por donde va, se ve aniquilada acerca de todas las cosas de arriba y de abajo que solía gustar; y sólo se ve enamorada, sin saber cómo...

«A los principios comúnmente no se siente este amor, sino la sequedad y vacío, y entonces, en lugar de este amor... lo que trae el alma... es un ordinario cuidado y solicitud de Dios, con pena y recelo de que no le sirve; que no es para Dios poco agradable sacrificio ver andar el espíritu atribulado y solícito por su amor. Esta solicitud y cuidado pone en el alma aquella secreta contemplación, hasta que, habiendo purgado el sentido..., va encendiendo en el espíritu este amor divino».

Pero «las almas que se entregan a Dios—dice el P. Grou—, que le ofrecen todo su corazón y que no se dejan llevar del amor propio y del propio interés, esas, desde el primer momento de su conversación, empiezan a gustar cuán bueno es Dios... Mas esta paz que el alma goza en un principio no es nada en comparación de la que Jesucristo le promete, aun en esta misma vida Si continúa siendo generosa y fiel. El término de la vida espiritual es una unión

inmediata y central con Dios; y no sólo es unión, sino que es transformación y unidad; es la expresión de la adorable unidad que reina en las tres divinas Personas; así lo dijo expresamente Jesucristo en la última oración que por sus escogidos dirigió a su Padre.

«El Apocalipsis expresa la íntima familiaridad de este comercio entre Dios y el alma, diciendo: «Cenaré con él y él conmigo». El alimento del alma será el mismo de que Dios se sustenta. Dios pasará, pues, a su criatura y la criatura pasará a Dios, y tendrá una misma vida y un mismo principio de vida. He ahí lo que al alma se le promete ya desde aquí abajo y lo que bajo el velo de la fe comienza a gozar».

Mirad lo que a este propósito dice un piadoso autor: «Por amor de este Amado y por agradecerle, ¿qué no han hecho infinitas personas? Han dejado su patria, se han despojado de sus bienes, han renunciado al amor de la carne y de la sangre, y, lo que es más, al amor de sí mismos. Por el Amado le han sido riquezas la pobreza, paraíso el desierto, los tormentos deleites y las persecuciones descanso. Para que viva en ellas Jesús, escogen morir ellas a todas las cosas y llegan hasta despojarse de todo y desfigurarse para que el amor de Jesús sea en ellas la forma, la vida, el ser, el obrar y aun el padecer.

«¡Oh grandeza de amor...! ¡Oh fuego dulce por quien se abrasan las almas! Por Tí, Señor, tiernas doncellas abrazaron la muerte, por Tí la flaqueza femenil soportó el fuego, las fieras y los más duros tormentos. Tus purísimos amores poblaron los yermos; amándote a Tí, oh dulcísimo Bien, se purifica, se enciende, se esclarece, se levanta, se arroba y se enajena el alma...!

«Este amor y deseo crece tanto algunas veces en algunas almas, que las abstrae y arrebatada de manera en alta

contemplación, que salen de sí y sube su entendimiento, con la divina luz alumbrado, a un conocimiento tan soberano que excede al humano poder y especulación y llega a una unión tan maravillosa con Dios, que más parece divino que humano; y entonces se harta el deseo y el amor con mucha mayor satisfacción que la que tenía en el primero».

«El amor divino es insaciable; todo lo consume, y cuanto más aumenta, mayor necesidad y hambre hace sentir, pues dando a gustar sus delicias, enciende en insaciables deseos de otras mayores. ¡Oh Buen Dios, cuyo amor es refección del alma! ¿Cómo sustentas así a tus amadores, de modo que cada vez les aumentes más el hambre, sino porque Tú mismo eres a la vez manjar y apetito, hartura y nueva hambre? Esta dichosa hambre de Tí no sabe tenerla quien nunca te ha gustado...»

Derramadas en el mundo.— Almas que así a porfía, con locura y sin modo, y rivalizando en este casto, puro y encendido amor con las almas que viven en la soledad del claustro, son las hermanitas, cuya misión especial consiste en hacerlo así en medio de la soledad glacial e indiferente del mundo. En esto, cabalmente, consiste la especialidad de la Alianza, a saber: en derramar el fuego de los claustros en medio de la calle y que su calor se sienta en el tráfigo de la vida más agitada del mundo.

El reinado del amor, que es el verdadero reinado de Cristo Jesús —pues Jesús quiere reinar por amor en el amor (en el corazón) de los hombres— no puede venir al mundo, si en medio del mundo y en todos los órdenes de la vida no es amado Cristo con todo el corazón y con todas las fuerzas. Poco servirá que haya pedestales en las cumbres de las montañas y sobre ellos una estatua de mármol, si, al mismo tiempo, en torno de Jesús vivo, no se rinden, no se postran en

adoración profunda y en fidelísimo y ardentísimo amor los corazones todos.

Cada hermanita será una antorcha encendida, que ha de atravesar cum festinatione, con paso ligero, calles, valles y montañas para llevar fuego a los corazones.

Hagan ellas suyas las palabras del Divino Maestro: «Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur?» (Luc. XII-49). La Alianza ha venido a meter fuego en la tierra y ¿qué va a querer sino que se abrasa toda? Este es nuestro fruto, el fruto que la Alianza quiere regalar a su Esposo divino: un corazón abrasado, un amor que derrite el corazón y por él a la tierra. Pero todo fruto tiene su flor, y si el fruto de la Alianza es el amor, su flor ha de ser la azucena angelical.

b) Vida de oración.— De la oración creemos se ha dicho bastante en los anteriores capítulos; pero aquí es donde de modo especial debemos insistir sobre ella, puesto que este es su lugar adecuado.

Si la hermanita interna ha de vivir conforme al plan y espíritu que señalan las anteriores páginas, necesariamente habrá de ser alma de mucha oración; el alma, cuanto más alta, más ha de tratar con Dios.

Aún más necesaria nos parece la oración asidua a las hermanitas internas que a las mismas almas contemplativas encerradas en los claustros; pues si éstas no pueden ser contemplativas sin continua oración, aquellas menos podrán participar de este espíritu interior y contemplativo sin dedicar sus buenos ratos al recogimiento de la oración, viviendo, por su especial vocación, en el vértigo de la agitación mundanal.

Suponiendo, como es justo suponer, que la interna vive en el período de la vida espiritual unitivo, esta unión necesariamente requiere vida íntima de oración.

Dice un autor que la oración es uno de los medios más necesarios para efectuar aquí en la tierra nuestra unión con Dios y nuestra imitación de Jesucristo. El contacto asiduo del alma con Dios en la fe por medio de la oración y la vida de oración ayuda poderosamente a la transformación sobrenatural de nuestra alma. La oración bien hecha, la vida de oración, es transformante. «Un alma no puede jactarse de ser imagen interior de Jesús, — dice Mons. Gay —, si no es un alma de oración. La forma importa muy poco, pero el hecho en sí es indispensable».

Un alma que no acude fielmente a la oración, puede, asistir a la Santa Misa, recibir los Sacramentos y escuchar la palabra de Dios; pero sus progresos en la vida espiritual serán con frecuencia insignificantes. Porque el autor principal de nuestra santidad y perfección es Dios mismo y la oración es cabalmente la que conserva al alma en frecuente contacto con Dios; la oración enciende y mantiene en el alma una como hoguera, en la cual el fuego del amor está, si no siempre en acción, al menos siempre latente. En principio puede decirse, que, según las vías ordinarias, nuestro adelantamiento en el amor divino depende prácticamente de nuestra vida de oración.

«Orad, dice Santa Angela de Foligno, y orad asiduamente. Cuanto más oréis, más iluminados seréis; más profunda, más sublime y más evidente será vuestra contemplación del soberano Bien. Cuanto más profunda y sublime sea ésta, tanto más ardiente será el amor; y mientras más arda el amor, más delicioso será el gozo y más inmensa la comprensión. Entonces sentiréis aumentar en vosotros la

íntima capacidad de comprender, luego llegaréis a la plenitud de la luz, y recibiréis los conocimientos de que no era capaz vuestra naturaleza, los secretos que están por encima de vosotros».

Hermanitas internas, vuestra vida sin oración es como una bonita lámpara sin luz; la oración os ilumina y os guía en las oscuras encrucijadas de un mundo confuso y complicado. Orad, pues, y orad sin interrupción. ¿Que no acertáis a orar? ¿Que nada sentís y os fastidia? ¿Que estáis como un poste y nada hacéis en ella?

Oíd lo que dice San Francisco de Sales (Amor de Dios, VI, c. 8): «Cuando estés en esta sencilla y pura confianza filial ante Nuestro Señor, permanece en ella sin procurar de ningún modo hacer actos sensibles del entendimiento ni de voluntad. Porque este amor sencillo y confiado, este sueño amoroso del espíritu en los brazos del Salvador, comprende por excelencia todo cuanto trataras de buscar. Y mejor es dormir sobre este pecho sagrado que no velar en cualquiera otra parte».

El maestro de la oración, San Juan de la Cruz (Subida II, cap. 15) dice: «Aprenda el espiritual a estarse con advertencia amorosa en Dios, con sosiego del entendimiento, cuando no puede meditar, aunque le parezca que no hace nada. Porque así poco a poco y muy presto se infundirá en su alma el divino sosiego y paz con admirables noticias de Dios, envueltas en divino amor. Y no se entrometa en formas, imaginaciones o discursos...»

—¿Y si me equivoco? ¿Si es por mi culpa? «Hay tres señales—dice el P. Surín (Catech. Spir. p. 1. cap. 3) —para conocer que ese reposo, en que no hay conocimientos distintos, no es ociosidad. La primera es que durante él goza el alma de mucha paz sin ningún tedio. La segunda, que sale

de allí con gran resolución de obrar bien. La tercera, que durante el día tiene muchas luces para ver cómo ha de conducirse, y muchas fuerzas para practicar la virtud.

«Cuando ese reposo va acompañado de mucha aridez, sin más conocimientos que una idea general de Dios, no por eso deja de ser verdadera contemplación y muy útil al alma. Los directores que tratan de obligar a las almas a que dejen este reposo, y se ejerciten en afectos y consideraciones para no estar ociosas, son como los que obligan a descender de un navío que marcha a vela llena, para hacerles ir a pié».

Con plena voluntad hacemos muchas cosas en el orden natural, sin advertir en ello; con más razón sucede esto en el orden sobrenatural. Se ora sin pensar que se ora; está el corazón unido a Dios, sin advertir esta unión. Esta oración tiene la ventaja de ser más humilde.

c) Pureza de intención. Nuestra vida es «vida sobrenatural», debemos vivir sobrenaturalmente; todo, pues, hay que sobrenaturalizarlo. Vivimos en un orden divino, en la esfera de Dios, y hay que divinizarlo todo. Los actos tienen que estar en proporción con el sujeto que los ejecuta; los efectos deben estar a la altura de la causa que los produce; los frutos corresponden al árbol de donde brotan.

Alma sobrenaturalizada, con organismo y facultades del mismo orden, debe obrar siempre sobrenaturalmente. Para lo cual es necesario y basta elevar nuestros primeros impulsos hacia Dios. Una breve y fervorosa oración, que salga del fondo de nuestra alma, «rectificando y purificando nuestra intención». Obrar en Dios y para Dios: buscar la gloria de Dios, alabar a Dios, agradecer a Dios, dar gusto a Dios, cumplir sus deseos, su querer, su voluntad. «Ora comáis, ora bebáis, hacedlo todo a mayor gloria de Dios» (San Pablo). Somos de

Dios, hijos suyos, pertenecemos a la familia divina ¿para quién, pues, vamos a obrar, sino sólo para Dios?,

La intención eleva y dignifica las acciones de nuestra alma; de la intención depende que una misma obra sea o tierra o cielo. «Maldito amor propio –dice San Alfonso– que nos hace perder todo o parte del fruto de nuestras buenas obras». «No hagáis las obras sólo a los ojos de los hombres, por ser vistos de ellos...» (Math VI) «El que no obra por agradar a Dios echa sus frutos en saco roto...» (Ageo, cap. 1-6). Dice el Señor que le pongamos a Él como sello en nuestro brazo y en nuestro corazón, en nuestros afectos y en nuestras obras. (Cant. VIII). «Quien quiera ser santo –dice Santa Teresa– no debe tener otra intención que la de agradar a Dios».

La intención es la mágica alquimia, que trueca el roñoso hierro en brillante oro. Las obras más humildes, elevadas y dirigidas a Dios, se divinizan. En cambio, las obras, aun muy buenas, hechas por simple vanidad o interés, por aplauso humano, por egoísmo, se convierten en barro.

De donde es necesario que el primer suspiro, la primera oración de una hermanita sea de elevación, de rectificación de intenciones, oración que diga: «Todo para Tí, Jesús mío, nada para m». Nada terreno, todo divino, todo sobrenatural.

Y como la Alianza vive en medio del mundo, y en el mundo es fácil pegarse a la tierra y aficionarse a lo terreno y a lo vistoso, a lo interesante y a lo vanidoso y al aplauso y al incienso..., la Alianza, más que ninguna otra Institución, necesita elevarse a cada paso y a cada instante y en cada obra.

d) Presencia de Dios. – Este aspecto de nuestra unión con Dios es muy parecido al anterior, pero no es igual, y necesita su párrafo aparte.

Para las almas que, por necesidad, vivimos engolfadas en la baraúnda de mil cosas violentas y en el continuo e incesante ajeteo de asuntos temporales, es indispensable el ejercicio continuo de la presencia de Dios.

Dios siempre está en nosotros, pero, desgraciadamente, nosotros no estamos siempre en El. El mundo y las ocupaciones nos distraen enormemente y, como las pesas de un reloj, nuestra alma, desde las sublimidades de su vida sobrenatural, de cielo, desciende a la tierra. Dios nos rodea, su presencia real nos envuelve; todas las criaturas nos le muestran con su dedo y nos hablan de Él. «Aún está más cerca y más íntimo en aquellos que le invocan» (Ps. 144).

Y los que viven vida sobrenatural son su templo. El que vive de Dios vive en Dios, Dios es su Huésped dulcísimo, Dios, viviendo en el corazón, infunde allí su vida. «En El vivimos, nos movemos y somos» (Act. XVII).

No hay necesidad de subir al Cielo, ni siquiera de postrarnos a los pies del Sagrario. El Sagrario viviente somos nosotros, y, allí donde estamos, está El, vive El de asiento. Pues, si Él vive en nosotros ¿por qué nosotros no hemos de vivir en El? Dios ha bajado a nosotros y a nosotros nos ha elevado a Sí. Vivamos allí, a donde somos elevados y en donde es nuestra morada; somos endiosados ¡oh! pues vivamos en Dios. Dios amoroso, sacándonos del cautiverio de Egipto, nos ha conducido, misericordiosamente, a la tierra de promisión, y nosotros ¡insensatos e infelices! volvemos la cabeza y el pensamiento a los desabridos manjares del cautiverio.

No seamos como los aviadores, que, subiendo sobre las nubes y volando en las alturas, cruzan los espacios, pero miran a la tierra.

¡Vivamos donde vivimos!...

Sea nuestra conversación en el cielo; nuestro pensamiento en Dios, nuestros afectos en Jesús; tengamos vivo el recuerdo de sus misericordias y de sus amores; actuémosnos en su presencia, caminemos en su dulce compañía, renovemos su recuerdo, su intimidad, su vida en nuestra alma. Para lo cual utilizaremos breves oraciones, dardos de fuego, jaculatorias espontáneas, suspiros amorosos, actos de amor, de reparación, de desagravio, peticiones, entrega, abandono, etc. Y esto en todas partes, en la calle, en el tranvía, en el tren, en el taller, en la fábrica, en la escuela, en el despacho, en el campo, en casa, en la celda, etc.

Hermanita, viviendo en medio del mundo, vivamos en Dios, dentro de Dios, encerrados en Dios, pensando en Dios y amándole, como Él vive en nosotros, dentro de nosotros, encerrado en nosotros, pensando en nosotros y amándonos...

Portento y maestra de esta vida íntima de Dios en el alma y de ella en su Dios, es la angelical carmelita Sor Isabel de la Santísima Trinidad. Copiemos de sus «Recuerdos», las siguientes palabras de su inspirada pluma: «Ya que no puede romper con el mundo (todavía vivía en el siglo) y vivir solitaria, ¡ah!, por lo menos, dadme la soledad del corazón; que viva yo en íntima unión con Vos, que nada sea parte para distraerme de ella...» «Bien sabéis, Señor, que cuando asisto a estas fiestas mundanas, todo mi consuelo consiste en recogerme y gozar de vuestra presencia: tan seguramente os siento dentro de mí. En esas reuniones se piensa harto poco en Dios, y pareceme que tenéis por dicha el que haya un corazón que no os olvide, aunque sea tan pobre como el mío».

Ya siendo carmelita novicia, escribía lo siguiente: «Puesto que el Señor mora en nuestras almas, su oración nos pertenece, y yo quisiera estar en comunión no interrumpida con ella, manteniéndome cual exiguo recipiente a la boca del manantial, para poder después comunicar la vida, dejando que se desborden esos raudales de caridad infinita...

«Dos palabras hay que, a mi parecer, resumen toda santidad y todo apostolado: unión y amor..., que yo viva plenamente de ellas, y por tanto, permanezca engolfada en el piélagos inmerso de la Santísima Trinidad...

«Esa Santísima Trinidad es ya desde aquí abajo, el claustro en que vivimos, la morada en donde habitamos, el infinito donde podemos movernos por en medio de todas las cosas...

«¡A qué abismos de gloria estamos llamados! ¡Ah!, yo comprendo los grandes silencios y el profundo recogimiento de los santos; que no acertaban a salir de su contemplación; por eso Dios Nuestro Señor podía conducirlos a las cumbres divinas, donde se consuma la unión entre El y el alma, que ha llegado a ser su esposa mística».

«¡Y pensar que Dios, por nuestra misma vocación, nos lleva a vivir en esas claridades! ¡Qué adorable misterio de caridad!

«Yo quisiera corresponder pasando sobre la tierra, como la Santísima Virgen, «guardando con cuidado todas esas cosas en mi corazón», encerrándome así en lo más íntimo de mi alma, hasta llegar a perderme y transformarme en la Trinidad, que en ella mora. Entonces se verificaría mi lema... y sería realmente Isabel de la Santísima Trinidad».

¡¡Oh, si la hermanita de la Alianza llegara a esta maravillosa intimidad en medio de las distracciones del mundo!!... ¿Y no es acaso esta su especial vocación?

VI. Una hermanita ejemplar

El cuadro y plan de vida, que acabamos de describir, tal vez asuste un poco a la hermanita interna. Si tal es o debe ser la perfección de la interna, dirá ella, el paso al último grado de la Obra va a ser patrimonio de gente escogida, con vocación casi de heroína.

Por de pronto, no quitamos ni una tilde de lo dicho; mas tampoco las hermanitas deben asustarse a la primera impresión. Llegue o no, a esa perfección aspira toda hermanita desde que entró en la Obra; y es de suponer, que, al llegar al grado de interna, estará más cerca, acaso a la puerta y quizás ya dentro de esa perfección. No se preocupe, siga caminando con ánimo, y... llegará.

Ante sus ojos ponemos, para que la imite, una hermanita modelo; mírela y... ¡adelante! Espejo de hermanita es Ella, y nada tiene que no sea imitable; lo que Ella ha hecho es para que otras lo hagan también.

Esta hermanita modelo es MARIA.

Poco se escribe y muy poco se habla de la imitabilidad de María. Providencialmente hemos dado con una obra, que hemos tomado por guía en estas consideraciones, que dedicamos a nuestras hermanitas. Espigando en ella vamos a completar estos importantes puntos.

María es nuestro modelo. Ha sido puesta como mediadora entre Dios y los hombres, no sólo para estrechar las relaciones del hombre con Dios sino también para imitarla y asemejarnos a ella, a fin de que seamos menos indignos de acercarnos a Dios y de que Dios se acerque a nosotros.

Si en la imitación nos acercamos a María, nos acercamos también a Dios, se acortan las distancias.

María es modelo perfecto y acabado; no hay en Ella imperfección alguna, no hay mancha, ni impureza, ni incorrección; todo es terso, perfecto y acabado. Es Ella, al mismo tiempo, la criatura más rica en gracia y en todo género de virtudes.

«No hay – dice el P. Alameda, O. S. B. – ni habrá jamás criatura, sin exceptuar los querubines y serafines, ni a los más altos Santos del Cielo, en la que Dios muestre tanto sus perfecciones internas y externas como en la divina Madre. María es el paraíso de Dios y su mundo inefable, donde el Hijo de Dios entró para obrar maravillas. Un mundo ha hecho Dios para el hombre peregrino...; otro para el hombre bienaventurado. Mas, para Sí mismo, ha hecho `otro mundo y lo ha llamado MARÍA; mundo desconocido a casi todos los mortales de la tierra e incomprensible a los ángeles y bienaventurados todos del cielo... Feliz y mil veces feliz es en la tierra el alma a quien el Espíritu Santo revela el secreto de María...»

«Sin embargo... el ser la gracia de María un abismo sin fondo y sus virtudes montañas elevadísimas..., lejos de acobardar nuestra pequeñez, sirve admirablemente para infundir aliento en los corazones pusilánimes. Son virtudes de la Madre, que nos ha dado el ser. Y los hijos pueden y deben parecerse a la Madre».

Hay que imitar a la Madre; hay que parecerse a la Madre; hay que copiar a la Madre; y la Madre se acerca a nosotros de manera muy imitable.

Así lo creyó Santa Teresita, cuando dijo: «Si hubiera sido sacerdote, ¡qué bien hubiera hablado yo de Ella! Nos la presentan inaccesible, debieran presentárnosla imitable. Tiene más de Madre que de Reina...»

Y la insigne carmelita Sor Isabel de la Santísima Trinidad, decía: «Es tan sencilla el alma de la Virgen... Fué su vida tan sencilla que ninguna otra santa me parece ser tan imitable».

¿Que son pocos los hechos que se conocen de su vida? No importa, en pocos rasgos se nos completa su divina y encantadora fisonomía.

Para tí, hermanita de la Alianza, hay unos cuantos magníficos, cuya imitación te basta para ser perfecta aliada y perfecta santa.

Y sea el primer rasgo y resumen de todos los demás, éste que nos describe la inspirada carmelita Sor Isabel: «Maria conservabat omnia verba haec conferens in corde suo». Es decir, que María vivió una vida interior intensa, vivió dentro de sí, en su corazón, a una profundidad imposible de ser descubierta.

Antes de verificarse el misterio de la Encarnación, ya María vivía en Dios y Dios vivía en Ella; antes que el Angel viniera a anunciarle el misterio, el Espíritu Santo era Huésped permanente de su riquísima alma.

Y Nazaret, después, seguirá siendo el gran sacramento de las intimidades entre Jesús y María; alma consagrada,

Esposa y Madre en una pieza, por un lado, y Dios, Esposo e Hijo, por otro.

¡Qué vida la de estos seres! ¡qué comunicaciones tan profundas! ¡Qué elevaciones tan divinas! ¡ qué oración! ¡ qué coloquios! ¡qué unión!

He ahí, hermanita, el principio fundamental de tu vida de aliada; vida de intimidad divina en medio del mundo. María, tu modelo...

Otro rasgo imitable: el ocultamiento. «María conservaba todo en medio de su corazón». En Nazaret todo ha pasado inadvertido. La familia del carpintero no tiene distinción alguna entre los vecinos del pueblo. El velo de una encantadora sencillez ha ocultado los más sublimes misterios. Una vida vulgar que está a la vista de todos, guarda y esconde la otra vida, que es la verdadera vida, que permanece en el interior.

Así debe ser la vida de toda hermanita en el escondido Nazaret de su pueblo y de su hogar. El velo de la modestia y de la sencillez debe en la aliada ocultar toda manifestación del resplandor interior de su vida íntima con Jesús. De su perfecta consagración al Corazón Divino y de sus frutos más o menos abundantes que se maduran en su alma, nadie debe sospechar; todo debe pasar en el interior. «Omnis gloria filiae regis ab intus».

Nuevo rasgo imitable de María es su inmaculada virginidad. En el mundo la primera flor de esta celestial virtud fué plantada por el Espíritu. Santo en el corazón de María. El mundo era un erial y no había tierra ni clima para tan delicada flor, hasta que Dios trajo al mundo a lo Inmaculada, preparando en ella un huerto cerrado, en el cual

el Divino Hortelano plantara la fragante azucena de la virginidad.

«Flor del campo y lirio de los valles» podemos, como a Jesús, llamar también a María. Virgen, no del claustro amurallado, sino del pueblo, del hogar, del taller, es María.

¡Oh, hermanita! Nadie como tú puede parecerse a la Reina de la pureza. Ella es tu modelo: estúdiala, imítala. Ella es la primera HERMANITA; sé tú su hermanita.

¿Y qué diremos de su profundísima humildad? Toda la gloria que se encierra en la Madre de Dios y que hace que todas las generaciones la proclamen bienaventurada, viene de su humildad.

Por ser pequeña halló gracia delante de Dios altísimo. Si el mundo la ensalza, es porque Ella se llamó y se hizo esclava del Señor.

«La humildad –dice San Bernardo– he aquí lo que acaba de determinar al Verbo divino a salir del seno del Padre... y bajar al abismo de nuestra nada... El abismo de la humildad de una virgen llama a otro abismo, mayor, el anonadamiento de Dios».

¡Hermanita! Entre la juventud vana, orgullosa, presumida y egoísta, tú, *ancilla Domini*, seguirás las huellas de tu Madre, modelo, de humildad; imitarás a la doncella humildísima y sencillísima de Nazaret.

Hasta el amor de María tiene mucho de imitable. El amor de María es un océano de inmensidad, los santos son ríos nada más, nosotros somos como gotas de rocío a su lado; pero en nuestra pequeñez podemos y debemos amar como María: amor sin mezcla de otro amor, amor de virgen, amor puro, amor recto y sin interés, sin egoísmos, amor generoso,

noble, sincero, amor probado en el crisol del sacrificio y de la inmolación, amor encendido, ardiente, celoso; así fué el amor de María...

Y, por fin, magnífico rasgo imitable en María es su vida de sacrificio. Sus admirables títulos de Virgen y de Madre descansan en el ejercicio y práctica del continuo sacrificio. En el Templo es consagrada su virginidad, en la Anunciación es consagrada su Maternidad, y en ambos momentos debía repetir Ella la misma fórmula: «*Ecce ancilla Domini*» «*Fiat...*» Y es el «*fiat*» del sacrificio, del entregamiento, de la inmolación...

Al consagrar tu virginidad, hermanita amada has dicho también tú: «*Ecce ancilla Domini... Fiat*», y es el «*fiat*» de tu entregamiento, de tu inmolación, de tu sacrificio.

Hasta el «*Consummatum est*» del Gólgota, lo mismo que María, la hermanita ha de ir pisando las huellas ensangrentadas de su Amado. No sería esposa del Crucificado, si ella no quisiese ser crucificada al lado de su Divino Maestro.

Cuando al Hijo bajaron de la Cruz, aun en ella quedó crucificada su Madre. ¡Hermanita! Déjate crucificar, si quieres ser hija de aquella crucificada Madre.

Y resumiendo:

¡Que vivas en María...! ¡Que vivas como María!,

¡Que imites a María...! ¡Que por María vayas a Jesús!

VII. Actos del Boletín. - Exámenes

De intento se ha dejado para este lugar la explicación de los actos de nuestro Boletín que se refieren a los exámenes general y particular. No se quiere, sin embargo, decir con esto, que las hermanitas iniciadas y formadas no necesiten practicar este medio de perfección, presto que el examen es parte necesaria desde el principio de la vida espiritual, sino porque en este grado de la Alianza y en este período de la vida de perfección, los dos exámenes ocupan un lugar preeminente.

Cuanto más suben las almas, más luces reciben del Padre de las luces, y Caminando en esa luz sobrenatural, escudriñan mejor los repliegues más escondidos del espíritu, a cuyo fin se ordena principalmente el ejercicio de los exámenes de conciencia.

Y como la vida de «unión» exige una gran pureza de corazón, se hace indispensable descender a pequeños detalles que, sin el concurso de un examen concienzudo, pasarían desapercibidos a las miradas de nuestra alma. Por eso, la práctica del examen general y particular forma parte muy interesante en estos grados y periodos de la vida de la Alianza, como nos lo enseña la experiencia de tantas almas.

San Ignacio de Loyola es quien ha dado en estos últimos siglos el mayor impulso e incremento a esta hoy universal práctica; en su libro inmortal de los Santos Ejercicios se encuentran magistralmente sistematizados con celestial claridad los dos exámenes general y particular. Allí, como en auténtica fuente, deben estudiarlo los que quieran saber el manejo de esta poderosa arma de santificación.

Los autores, que comentan y amplían el libro de Ejercicios de San Ignacio, dedican sendas páginas a esta materia; cualquiera de ellos puede ser suficiente a nuestras hermanitas; creemos, sin embargo, que el más detallado y amplio estudio (de los que nosotros conocemos), que se ha hecho sobre estos exámenes, siguiendo en todo al Santo, es el que nos ofrece el docto Rector de la Casa Sacerdotal de Barcelona, Rvdo. D. Eudaldo Serra, en un librito de 150 páginas, cuya tercera edición es de 1940.

Hemos encontrado hecho, con insuperable competencia, el trabajo que nosotros íbamos a intentar en brevísimas explicaciones; ya nada más nos toca hacer que recomendar con sumo encarecimiento su reposado estudio y meditación, tanto a nuestros amados Directores como también a las hermanitas, sobre todo internas.

Nos permitirá el autor, y acaso nos lo agradecerán nuestras hermanitas, la transcripción de algunos de sus interesantes párrafos que salteados cogemos casi al azar: «Podemos estar bien convencidos –dice en las primeras páginas– de que el examen general no se practica más porque no se entiende bien. De otra manera no se comprendería cómo la inmensa mayoría de los cristianos, que comienzan a practicarlo de todo corazón y con buena voluntad, lo dejan pronto, por parecerles enojoso, pesado, difícil y desalentador, siendo así que, bien comprendido, no tiene ninguno de estos inconvenientes».

«No nos hagamos, pues, ilusiones sobre el examen de conciencia – dice más adelante – pues: 1.º No se hace para conocer todas las faltas. 2.º Ni es su único fin el deplorarlas. 3.º Ni, por sí solo, tiene la virtud de curarlas. 4.º Ni de hacer que cada día disminuya su número. 5.º Ni, por lo tanto, deja de ser útil, aunque nos parezca que no nos enmendamos.

«El examen de conciencia es UN MEDIO: 1.º Para conservar vivo el amor de Dios en nuestros corazones y para impedir que nos olvidemos de nuestras faltas. 2.º Para que este amor arraigue más profundamente. 3.º Para purificarlo en nuestra alma. 4.º Para quitar el veneno y las malas consecuencias de las faltas y defectos. 5.º Para evitar que crezcan y echen raíces- en nosotros. 6.º Para que no pongamos en ellas nuestro afecto. 7.º Para impedir que nos arrastren al pecado mortal. 8.º Para darnos a conocer nuestras miserias y robustecer y acrecentar nuestra humildad. 9.º Para que, quitada toda confianza en nosotros mismos, la pongamos únicamente en Dios. 10.º Y, como consecuencia de lo dicho, para disminuir el número de las faltas y enmendarnos cuanto sea posible».

«Si en alguno (va hablando de las condiciones) el examen diario de conciencia produce desconfianza, desesperación, o es causa de que se desaliente, ello es debido a que se ha forjado ilusiones sobre el examen, o a que no lo ha sabido entender. A este tal, el examen de esta manera practicado, no le hará ningún bien y puede serle dañoso. Es necesario entenderlo o, no practicarlo».

«Una cosa... hay que advertir y es que, para practicar bien el examen, es menester tomarse tiempo y reposo... Si se quiere hacer con prisas y cuando el sueño ya acomete fuertemente, el examen se convierte realmente en pesado y enojoso, se practica mal y pronto se deja de hacer...»

«Bien entendido y practicado – dice en otra parte – no tiene el examen de conciencia aquélla ansia de buscar todas las faltas del día, ni aquella desconfianza temerosa que causa en tener que pedir perdón todos los días por unas mismas faltas. Con esto ya se cuenta de antemano; ya se sabe que lo que Dios espera no es la ausencia de faltas, sino la

humillación que provocan, pues por alguna razón puso Dios aquella súplica: «perdónanos nuestras deudas», en la oración del Padre Nuestro que hemos de rezar todos los días. Ni espera Dios la hora del examen para descargar sus iras divinas, antes al contrario, ansía abrirnos de par en par su corazón dulcísimo y derramar sus misericordias y su amor en el nuestro, cuando le abre la única puerta por donde poderlas introducir, que es la humildad, la desconfianza absoluta en nosotros mismos y el confiarlo todo en Dios...»

Y seguiríamos desgranando bellos pensamientos y sabias enseñanzas de este precioso librito; pero lo copiado basta para que se vea lo interesante y muy adecuado de su contenido para nuestras hermanitas.

Háganse con él y aprendan a practicar este ejercicio, que, bien hecho, no es enojoso y es de resultados admirables.

VIII. Estudio catequístico y del Reglamento

Tratándose de la hermanita interna, justo es suponer que, durante los seis o más cursos o años que ha llevado sucesivamente en los grados de aspirante, iniciada y formada de la Alianza, por poco que haya trabajado en su estudio, habrá adquirido los conocimientos fundamentales suficientes, tanto catequísticos como sobre el Reglamento de la Obra.

No es, por lo tanto, lugar este para separar y señalar a esta hermanita puntos particulares, que sólo a ella pertenecen, dejando otros.

A) En cuanto al Catecismo, si bien es la segunda parte la que mejor hace relación con la clase de vida que se ha fijado

en las precedentes páginas, y es la queda por incluir en nuestro programa de puntos para la hermanita interna, esta, sin embargo, debe poseer también conocimientos claros y suficientemente amplios sobre las cuatro partes del Catecismo.

La fe es el fundamento de esta vida interna de la hermanita, y ella tiene su base en el conocimiento de las verdades que se explican en la primera parte, que son los artículos del Credo.

Siendo la hermanita interna simple y perfecta cristiana, su primer Código esencial es la Ley de Dios, que se explica en la tercera parte. Y en ella la hermanita debe estar bien cimentada, sin obscuridades, vacilaciones ni vaguedades. Mucho se peca por abandono y culpable ignorancia.

¿Y qué decir de los Sacramentos, si en ellos está la fuente de la vida sobrenatural y divina? De ellos brota, como de siete ríos caudalosos, el agua divina de la gracia y con ella se infunden las virtudes teologales y morales. ¿Cómo no exigir, pues, a la hermanita interna un conocimiento perfecto y acabado de estos manantiales de la gracia?

Por donde resulta que a la hermanita interna no se debe acotar nada, sino que se le exigirá una verdadera ciencia catequística.

No obstante, nos conviene insistir sobre lo que ya en los anteriores capítulos hemos advertido, es a saber:

Que las hermanitas, ni estas ni otras, deben inmiscuirse y embrollarse en cuestiones teológico-filosóficas meramente escolásticas y discutidas, que dificultan no poco, en las almas de mediana cultura, la ciencia de las verdades divinas.

Dejen en paz (o en guerra) a los hombres de biblioteca con sus elucubraciones científicas y sus disquisiciones académicas; que brillen enhorabuena en la Iglesia de Dios, con resplandores cada vez mayores, las sentencias de los grandes Padres de la Teología y Filosofía, y que sus respectivas escuelas hagan luz para las inteligencias y enciendan fuego para los corazones, destinados a vivir en la LUZ y en el AMOR.

A la hermanita aliada le basta la doctrina simple, sencilla, clara, cierta y fundamental del CATECISMO.

B) Del Reglamento ¿qué diremos? La hermanita interna debe ser maestra en la ciencia del Reglamento de la Alianza.

La interna, que no ha hecho más que saludar su Reglamento, no tendrá de interna más que el anillo y el «Viva Jesús»...

No exigimos que lo sepan de memoria; pero sí que lo hayan estudiado y meditado a menudo y que tengan conocimientos claros y bien cimentados y grabados en su conciencia: a) sobre la definición de la Obra con todos sus detalles y apartados; b) sobre las condiciones de una perfecta hermanita, para que lo sea de veras; c) sobre los fines y lema de pureza, amor y sacrificio, bien ahondados; d) sobre todo el articulado referente a la vida y formación de una hermanita; normas de conducta, nociones sobre el trato y relaciones con las demás personas seglares, con el mundo y sus ocasiones, con la modestia y maneras de su exterior; e) sobre sus obligaciones como simple hermanita y las especiales como interna; f) sobre las normas y orientaciones acerca del apostolado dentro y fuera de la Obra; g) sobre todo lo que puede afectarle en orden a la organización y gobierno de la Alianza, máxime si ocupa algún cargo en los Consejos.

Esto y todo lo demás escrito en los artículos y comentarios será uno de los muchos deberes y obligaciones de la hermanita interna.

Baste saber que la hermanita interna es el Reglamento mismo en cuadro vivo, el Reglamento en acción, en movimiento, en práctica, y, claro es, para vivir plenamente el espíritu del Reglamento hay que saberlo siquiera en sus principales fundamentos y puntos de vista.

He ahí, pues, entre otros, los dos grandes libros, que la hermanita interna no ha de dejar de las manos: el Catecismo y el Reglamento; con estos y algunos otros, no muchos, sobre la vida espiritual, la hermanita interna VIVIRÁ SU VIDA.

CAPÍTULO VII

Para todos los grados de la Alianza

El Sacrificio. — Nuestro apostolado.

El Sagrado Corazón

Vamos a poner, a modo de apéndice, este último capítulo en nuestro «Manual de Formación», no precisamente porque su contenido carezca de importancia, sino, al contrario, para que nuestros Directores y hermanitas instructoras y todos los que quieran utilizar este librito, hagan uso de él en cualquier momento y lo repitan cuantas veces crean oportuno, lo mismo al principio que en medio o al final de las explicaciones, en la seguridad de que, dada su importancia para todos los grados y para todas las hermanitas, siempre caerá como en su propio lugar; a la manera que caen los fríos entremeses dentro de los variados platos de un banquete.

I. El Sacrificio

Mártir en el sacrificio. — De los tres fines de la Alianza, en su respectivo lugar se ha tratado solamente de la pureza y del amor; quédanos el sacrificio.

El artículo 6.º del Reglamento en su tercer párrafo señala como complemento necesario a los dos fines, pureza y amor, el amor al SACRIFICIO, el ejercicio de la mortificación

corporal y espiritual, de vencimiento de sí mismo, la aplicación diaria a la vida práctica de la enseñanza divina de Jesús: «El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su Cruz y sígame».

La tercera parte de nuestro lema «Mártir en el sacrificio» y el artículo precedente vienen a darnos la misma idea, a saber: que como la roca en el cimiento de un edificio, la Obra de la Alianza y en la Obra los dos fines anteriores necesitan para su estabilidad y firmeza de un gran espíritu de sacrificio. Sacrificio decimos y ello en la Obra significa mortificación, austeridad, castigo, vencimiento, abnegación, dominio de sí, entrega, sumisión, etc.

Dios creó al hombre, bueno y recto; pero éste, seducido por la serpiente, cayó, y como consecuencia del pecado original y pérdida de la gracia santificante, no sólo quedó privado de su fin sobrenatural, sino viciado en su naturaleza, aunque no esencialmente, por la concupiscencia. Por el bautismo recobró la gracia y la bondad, la justicia y santidad internas, pero quedó la concupiscencia con sus desordenadas pasiones que la hacen guerra; y aquí, junto con la oración, viene la necesidad del vencimiento, sacrificio, mortificación..., lo cual no es otra cosa sino la violencia y fuerza moral que tenemos que hacernos para vivir según nos lo exigen la razón, la fe y la conciencia.

No se trata de destruir nuestra naturaleza, que no es nuestra, sino de Dios. Podemos hacer uso de ella, pero no destruirla. Tampoco son objeto de mortificación las potencias naturales, ni tampoco las pasiones en sí consideradas, pues son parte integrante de nuestra naturaleza. Lo que se trata de corregir, enderezar y moderar es lo desordenado que hay en ellas, o sea: todo lo que nos desvía de nuestro fin, lo que nos induce al pecado o peligro

de pecado, lo que nos aparta de Dios, de la virtud, de la santidad sobrenatural, etc. Lo que se trata es de guiarnos al bien, sostenemos en él, cuidarnos, ordenarnos, educarnos, mejoramos, hacernos fuertes, prontos, animosos y constantes en el bien...

En una palabra, como dice muy bien San Ignacio de Loyola, se trata de conducirnos, de tal manera, que no nos dejemos llevar por pasión alguna que desordenada sea.

Necesidad de vencerse.—La hermanita tiende a la perfección, quiere ser santa, viene a cumplir con suma perfección el precepto del amor, en un estado de pureza inmaculada. Pero vive arrastrando una naturaleza caída; estado de desorden y depravación. Nuestra naturaleza es a manera de un árbol nudoso, carcomido y agujereado por multitud de inclinaciones y apetitos peligrosos y groseros, que nos apartan del bien y nos inclinan al mal.

Como un nido de víboras habitan en nosotros el amor propio, la vanidad, la envidia, la pusilanimidad, la impaciencia, la sensualidad, la comodidad, la pereza, la inconstancia, el amor al placer, al regalo, a los intereses, al lujo etc., etc. A estas fieras se les debe mantener enjauladas por medio de la mortificación y el vencimiento propio.

Téngase en cuenta que la hermanita, según la Obra quiere, es joven, sus pasiones son vivas; esas fieras rabian por saltar y ,sobreponerse; la hermanita, además, vive en medio ,del mundo, y el mundo no es un infierno, pero tampoco es un Cielo, lugar de tentación y de continuo peligro. Los muros del Convento no defienden a la hermanita; es flor del campo, es lirio del valle, es azucena entre espinas, es alma a la intemperie, expuesta al frío glacial de la sociedad, al fuego de todas las provocaciones, a las agitaciones de una vida vertiginosa, ruidosa, excitante, al

soplo de todos los vientos. Enemigos le acechan por todas partes, enemigos, muchas veces, en su propio hogar, enemigos en el taller, en la fábrica, en la oficina, enemigos en la calle, en la encrucijada, cuando no en la misma Iglesia.

Su plan de vida es en todo opuesto al que se forja para sí el mundo femenino. Su intachable conducta la distingue, aun cuando no lo quiera y su buen ejemplo arguye y motiva y crea envidias y aun persecuciones... Y en todo su defensa está en la oración y trato con Dios y en la mortificación, vencimiento y sacrificio continuos.

Procedimientos y métodos.—La Iglesia admite, y nosotros no rechazamos, los distintos procedimientos y métodos de austeridad, que la ascética propone para las almas. Pero nos permitiremos señalar aquí nuestras preferencias por uno que, dada la condición especial de vida de nuestras hermanitas, nos parece el más adecuado y adaptable a ellas.

En el silencio, por ejemplo, soledad y ayuno consistió el plan de austeridad de los primeros cenobitas; ejemplar admirable de estos santos Padres fué San Bernardo. Poco de esto podemos aplicar a la vida de la Alianza.

En el siglo XIII, con Santo Domingo, cambiósese este procedimiento, y vino la maceración sangrienta y la disciplina, que fué rigurosa en los que la adoptaron. San Francisco de Asís la mitigó en su Obra, pero no la suprimió, y él y sus seguidores y las demás órdenes religiosas la han conservado con diferencias de rigor, ya de Regla, ya de supererogación.

También Santa Teresita las probó y las experimentó algún tiempo llevando verbi-gracia una cruz de hierro con puntas de acero, cuyo uso la enfermó, y entonces llegó a

decir: «Esto no me hubiera sucedido si Dios no hubiera querido hacerme comprender que las maceraciones, etc., no eran para mí, ni para las almas que seguirían el mismo camino». «Ahora he cambiado mi plan: cuando, por ejemplo, la comida me gusta, doy gracias a Dios, y cuando está mala, entonces acepto la mortificación. El sacrificio no buscado por mí me parece más seguro y santificador».

«Muchos se imaginan—añade la santita de Lisieux— que para agradar a Dios es de absoluta necesidad entregarse por completo a prácticas rigurosas de mortificación, y entonces el demonio los engaña y hace caer en ilusiones peligrosas...»

Según la santita, el combate espiritual de vencimiento, abnegaciones y sacrificios, es superior a las maceraciones de la carne. «Yo he luchado, —dice ella a la Madre Inés de Jesús— en el dominio espiritual por la abnegación y pequeños sacrificios ignorados... y en este oscuro combate... he encontrado la humildad y la paz». Y le da esta recomendación: «Hay que desconfiar; créame, Madre mía, no entre jamás por este camino; no es de las almas pequeñitas como las nuestras».

Pequeñeces.—Vamos estudiando el sistema preferente de Santa Teresita en esta materia.

El mérito particular de esta Santita, que caracteriza su manera de ser, es la enseñanza de la siguiente verdad: que la mortificación ejercitada en las cosas pequeñas, incluso en las más insignificantes, resulta más humillante y no menos mortificante que la practicada con grandes e ingeniosos dolores físicos voluntarios.

En el proceso de canonización se dice: «Dios se muestra tan poderoso en la creación de lo infinitamente pequeño

como en la de lo infinitamente grande y parece que Sor Teresita ha justamente demostrado su fuerza en la multiplicidad de estos pequeños, y si se nos permite decir, casi microscópicos actos».

Como perfectamente podemos suponer, dos infinitos, uno de grandeza y otro de pequeñez, así también podemos tomar dos caminos para la perfección: el uno, llevando a cabo grandes cosas, y el otro llevando a la perfección las cosillas más insignificantes. En la humana apreciación, lo grande nos parece más heroico y meritorio y fácil lo pequeño; pero de hecho no es menester menos capacidad para la perfección, ejercitando las cosas pequeñas que por el ejercicio de las grandes.

Este camino no era antes del todo desconocido, pero sí un tanto desdeñado; la santita se puso por lema: «Fidelis in minimo», «Fiel en lo mínimo» y ese fué su camino y ese es el camino trazado por ella para las almas pequeñas, y ese es (decimos nosotros) el camino trazado, preferentemente, para las hermanitas de la Alianza, a saber: «Fidelis in mínimo» «Fiel en lo mínimo».

¡Qué grande nos parece Santa Teresita en su amor y predilección por los pequeños sacrificios! ¡Qué conocimiento y qué dominio de sí mismo se precisan para este género de mortificaciones, vencimientos y sacrificios!

No excusarse, verbi-gracia, cuando injustamente es uno criticado. Callar cuando basta una palabra para justificarse y defenderse. Sonreír dulcemente al que nos molesta. Pagar con un favor al que con disimulo y malicia nos persigue. Teresita nunca faltó al silencio. Teresita jamás mintió. Así se declaró en el proceso de su beatificación. Jamás se quejó de frío y sufrió hasta desfallecer. No enjugó su rostro, cuando sudaba. Nunca se quejó de los alimentos. Las medicinas más

amargas las tomó gota a gota. En las distribuciones fué puntual matemáticamente. En una palabra, fué minuciosamente fiel, fiel hasta lo infinito en cosas pequeñas.

Pero hagamos una observación muy interesante. Teresita no quería la mortificación en forma y manera que causase preocupación; en sus continuos sacrificios y vencimientos obró siempre con prudencia y admirable sencillez.

Dícese en su vida que la santita no era de rigorismo exagerado y turbante. Procedía con simplicidad; no quería faltar a la sencillez. Y aquí fué su sapientísima discreción: saber admirar y gozar de las obras, que Dios ha puesto, para elevarnos a Él, y saber privarse de otras, cuya mortificación y sacrificio redundan en honra y gloria del mismo.

Pequeños sacrificios.--Es, pues, lo que intentamos y entendemos, cuando en nuestro lema decimos: «Mártir en el sacrificio». Martirio humilde y oculto, martirio entre minutísimas e infinitas brasas, martirio en parrilla de fuego lento, martirio que se extiende desde el principio hasta el fin de la vida de la hermanita. Sacrificios voluntarios, generosamente ofrecidos, para llevar en nuestros miembros la, imagen de Jesucristo.

Sacrificios aceptados con amor, en la medida que el Señor se digne exigirnos; sacrificios de penosas enfermedades, sacrificios de pobreza, sacrificios de trabajos y privaciones, sacrificios de persecución por parte de los enemigos y falsos hermanos, sacrificios de humillaciones y desprecios, sacrificios interiores de desolación, sequedades, desconsuelos, tentaciones, oscuridades de espíritu. En una palabra, una pasión dolorosa, que tiene sus agonías de Getsemaní y sus abandonos de Gólgota.

Por el lema «Mártir en el sacrificio», que corresponde al art.º 6.º del Reglamento, toda hermanita de la Alianza debe abrazarla, pronunciando generosamente con la Virgen, su Madre. «ECCE ANCILLA...», «FIAT MIHI...» La hermanita, pues, por medio de una completa indiferencia, en expresión de San Ignacio de Loyola, que es a manera de una balanza en equilibrio dispuesta a inclinarse del lado que la divina Voluntad quiera.

a) Se abandona, se entrega completamente en manos de Dios, dispuesta a recibir todo lo que su divino amor quiera enviarle, con la tranquilidad de un niño en los brazos de su madre, sin desear ni querer cosa alguna, sino dejando a Dios que quiera y elija para ella lo que le plazca.

b) Se entrega con amor, se adhiere con fervor, se abraza con la voluntad de Dios manifestada por su Ley, por sus consejos, por los estatutos y por las inspiraciones y por los acontecimientos, por los superiores, negando su propia voluntad, venciendo sus repugnancias, mortificando sus apetitos, sacrificando sus gustos y sus caprichos, destruyendo el egoísmo. Abandono al estilo de Teresita, puesta como una pequeña niña sobre los hombros del Divino Padre, que nada pide, pero tampoco rehúsa lo que el Padre le pide y le manda: enfermedades, pobreza, persecuciones, calumnias, cruces interiores, desgracias, etc.

En una palabra*, la hermanita, mártir en el sacrificio, crucificada con Jesús y por Jesús, debe comenzar su carrera de aliada, seguirla y acabarla con el solemne «FIAT», abandonándose al querer y a la acción misericordiosa de Jesús. «Fiat», sin propia voluntad; entrega y abandono a la voluntad libre de Jesús.

II. Apostolado de la Alianza

Antes de fijar nuestra opinión y determinar el campo, género y modos de apostolado de las hermanitas en la Alianza, nos parece necesario poner ante la consideración de nuestros lectores unas cuantas verdades fundamentales acerca de esta materia en general. Las tomamos del librito de oro: «El alma de todo apostolado».

a) Primera verdad. – Ante Dios la vida interior es superior a la vida activa.

Dios, que es la VIDA, vive más intensamente en Sí, en sus operaciones íntimas (ad intra) que en sus actividades externas.

Jesús en el mundo realiza el mismo plan divino. Treinta años de vida interior, de recogimiento y soledad en Nazaret, para dedicar sólo tres al apostolado, y todavía al principio de ellos se prepara con cuarenta días de oración y penitencia en la más rigurosa soledad y silencio de vida interior.

Marta y María en Betania son los dos modelos de la vida contemplativa y activa; y dice el Maestro: María ha escogido la mejor parte (vida contemplativa), sobre la vida activa de su hermana.

Los apóstoles siguen desde el principio del apostolado el ejemplo y enseñanza de su Maestro. Y en la Iglesia los Papas en todo observan esta misma conducta.

León XIII responde a una consulta que le elevan: «Antes de todas las cosas y de todas las obras, mantened en la vida religiosa a las que tienen el verdadero espíritu de su santo estado y el amor a la vida de oración...»

Pío X se dirige a un gran Instituto de enseñanza y les dice: «Hemos sabido que va tomando algo de fuerza una opinión, según la cual debéis poner en el primer término la educación de los niños, relegando a segundo lugar la profesión religiosa... Nos oponemos absolutamente a que esta opinión encuentre la menor acogida entre vosotros y en otros Institutos Religiosos...»

«La vida contemplativa – dice Santo Tomás – es mejor y preferible a la vida activa». Y San Buenaventura añade: «Es vida más sublime, más segura, más rica, más suave y más estable».

b) Segunda verdad. – La vida de apostolado no es más que el desbordamiento de la vida interior.

Dios es el ejemplo y el modelo de lo que encierra esta verdad. Es propio de la divina naturaleza el dar. Dios está derramando incesantemente sus inagotables beneficios sobre la creación entera; pero Dios no se agota, sus riquezas no sufren mengua.

Dios en su infinita liberalidad nos da el Verbo divino; pero la naturaleza divina no pierde un ápice de su integridad.

Jesús en la Eucaristía se nos desborda; es océano insondable, cuyas aguas (las gracias) se derraman sin cesar; pero el océano no se seca.

He ahí cómo debe ser un alma apóstol. Su vida interior es la que debe vivificar y fecundizar todas las manifestaciones del celo y del apostolado a favor de otras almas.

La vida interior es como el tronco de un árbol, que da vida y savia a todas las ramas, flores y frutos. El alma del

apóstol debe estar llena de caridad y de amor, y sus llamas son las que deben encender y abrasar a quienes alcanzan.

«Antes de que la lengua hable – dice San Agustín – levántese el alma a Dios y exhale lo que bebiere y derrame de lo que se llenare».

«Si sois sabios – dice San Bernardo – procurad ser más bien depósitos que canales». El canal da todo lo que tiene y se queda vacío, la concha no da más que lo que rebasa. «Tenemos muchos canales – añade el Santo –, pero conchas muy pocas».

c) Tercera verdad. – Las obras de celo deben ir impregnadas de vida interior.

«No reparéis en apuntar lo más alto – ha dicho un experimentado – ...y procurad que todo vaya basado sobre la vida interior; porque de esta manera, en lugar de falsas mezclas, obtendréis oro puro...»

«¡Cuán grande es – añade – el bien que produce en una ciudad una asociación cristiana, que vive de lo sobrenatural! ¡Ella influye como germen poderosísimo, y solamente los ángeles podrían decir cuán fecunda sea en frutos de salud!

¡Ah, si los sacerdotes y los religiosos y aun las personas de obras de celo conocieran el poder y la fuerza de la palanca que tienen en las manos, y tomaran, además, por punto de apoyo, el Corazón de Jesús...!

d) Cuarta verdad. – La vida activa es peligrosa sin vida interior.

El alma activa sin vida interior trabaja mucho, pero lejos del sol vivificador. «Grandes fuerzas – dice San Agustín – y el curso velocísimo, pero fuera del camino...»

Contra este peligro escribe San Bernardo: «Temo que en medio de vuestras ocupaciones, que son numerosísimas, desesperanzada de dar cima a todas ellas, venga a endurecerse vuestra alma. Obraríais con mayor prudencia tratando de sustraeros a esas ocupaciones, aunque fuese por poco tiempo, que, permitiendo que ellas os dominen y paulatinamente os lleven adonde no querríais seguramente llegar. ¿A dónde, pues? diréis. Al endurecimiento del corazón. He aquí a dónde os podrían conducir esas ocupaciones malditas, si, como comenzasteis desde el principio, continuáis enteramente aplicado a ellas, no reservando nada de vos para vos mismo».

¡Ocupaciones malditas!, expresión dura, dirigida nada menos que por el Papa Eugenio III. Ella sola vale más que un libro. Si no lo dijera un Doctor de la Iglesia y Santo, San Bernardo, parecería una exageración.

e) Quinta verdad.—«El alma de obras de celo sin vida interior caerá en la tibieza». Lo prueba tristemente la experiencia de todos los días. Las continuas ocupaciones en cosas externas distraen, disipan y gastan el espíritu interior, y, si este no se recupera con continuas elevaciones interiores, llega pronto a la insensibilidad, que es la característica funesta de la tibieza.

«Hay que persuadirse—decía el Cardenal Lavigerie— que para un apóstol no hay medio entre la santidad, al menos deseada y perseguida con fidelidad, y la perversión absoluta».

«Muchos de los hombres apostólicos—decía el jesuita P. Lallemand—, se buscan a sí mismos y mezclan secretamente su propio interés con la gloria de Dios. Así pasan su vida en esta mezclanza de la naturaleza y de la gracia... hasta que en la muerte ven la ilusión y tiemblan...»

El Cardenal Perrón, en el momento de su muerte, se arrepintió de haber dedicado más tiempo al estudio de las ciencias que a los ejercicios de la vida interior.

f) Sexta verdad.— «La fecundidad de las obras está en la vida interior». Esta verdad es verdad trillada. Casi no hace falta probarla. Son claros los testimonios del Evangelio. «Sin Mí nada podéis hacer»; «El que permanece en Mí y yo en él, ese dará mucho fruto»; «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; así como el sarmiento no da fruto, si no está unido a la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis unidos a Mí».

«Los hombres — dice San Juan de la Cruz devorados por la actividad y que se figuran que pueden transformar el mundo con sus predicaciones y otras obras exteriores, que reflexionen... Serían mucho más útiles a la Iglesia y más agradables al Señor..., si consagrasen más tiempo a la oración y a los ejercicios de vida interior. Harían ellos con una sola obra un bien mucho mayor que el que hacen por otras mil, a las cuales se dedican con tanto afán...»

g) Tres aspectos de apostolado.— El Maestro de los Apóstoles es Jesús; Jesús enviado del Padre Eterno, vino Apóstol a predicar y a salvar al mundo, y Apóstol y Salvador fué toda su vida.

Yerran los que creen que el apostolado de Jesús se ciñó sólo al corto período de su vida pública; Jesús fué apóstol desde que con vagidos y lágrimas de tierno infante comenzó predicando en la noche de Navidad; vino a salvar y a enseñar, y vivió enseñando y salvando en el portal, en Egipto, en Nazaret y salvando y enseñando murió en la Cruz.

Hay que distinguir en Jesús tres aspectos de apostolado: apostolado oculto, apostolado público y apostolado doloroso por inmolación.

Casi toda la vida de Jesús se invirtió en el apostolado oculto y humilde. Jesús no gastó inútilmente la vida, sino que vivió salvando y enseñando al mundo; y nos enseñó viviendo, nos dió un apostolado vivido; fué apóstol, no tanto predicando, cuanto viviendo lo que enseñó en su predicación; su enseñanza fué y es el Evangelio, y el Evangelio no es más que Jesús mismo vivido; Jesús se mostró como un libro abierto, y dió y enseñó todo lo que encerraba.

En su vida pública es donde más se abrió este libro, se mostró y enseñó: «Aprended de Mí». Hablaba, sí; pero era su vida la que más hablaba. Así como los maestros de Israel predicaban mucho y no vivían lo que predicaban, Jesús vivía todo lo que predicaba; y seguíanle las turbas por lo que decía, porque «ningún hombre habló como El»; pero más por lo que hacía y por lo que «era».

Y la cátedra de su predicación más solemne y vistosa fué sobre la cima del Calvario; desde allí enseñó la última lección con inimitable elocuencia, y, cuando la muerte selló los labios de la Santísima Víctima, siguió hablando con más elocuencia por la herida de su costado, predicó el amor y nos dió su Corazón.

No olvidemos estos aspectos del apostolado de Jesús, que no poco ayudará para orientarnos en nuestros afanes de apostolado por el mundo.

h) ¿Cuál de estos cuadra a la hermanita? — Abramos el Evangelio y meditemos serenamente en silencio y aprenderemos una hermosa lección.

En la escuela de Jesús se han formado discípulas aprovechadas, cuya altura ninguna otra ha podido jamás superar.

Durante treinta y tres años, sin separarse casi nunca de su presencia, vive María, su Madre. Todo lo ha visto vivir, todo lo ha oído en sus divinos labios, y Ella en el retiro de la vida «conservabat omnia verba haec, conferens in corde suo». Desde el primer vagido del pesebre de Belén hasta la última palabra de la Cruz, «lo ha guardado todo, rumiándolo en su corazón». ¿Quién, pues, tan perfecto apóstol como María?

Cerca de Ella está, otra mujer insigne. Esta, un día, con audacia santa, cayó a los pies del Maestro y aprendió allí de Él una sublime lección muda de misericordia, caridad y perdón; a esta lección siguieron otras en la amena terraza de Betania; sentada allí a los pies del Maestro, su espíritu bebió los raudales de la celestial doctrina del amado Raboni.

En la misma doctrina se formaron y empaparon las que con estas convivieron en la dulcísima intimidad de Jesús Nazareno: la madre de los hijos del Zebedeo, la de Cleofás, Salomé y muchas más.

Y, como si esta formación no fuese suficiente, ellas, junto con los demás apóstoles, recibieron las avenidas inagotables de los dones del divino y Santo Espíritu... ¿Qué formación y preparación para un apostolado!

¿Cuál fué la conducta de estas mujeres en aquel apostolado?

Si algo hicieron, quiso Dios que todo pasara desapercibido. San Pablo hace mención de algunas piadosas mujeres, que le ayudaron en sus correrías, cuya acción de apostolado público fué limitada y restringida.

No consta que el Divino Maestro, ni Pedro, su sucesor, hayan dicho a éstas el «Euntes docete»; «salid, lanzaos al mundo y enseñad».

Marta y María buscaron la soledad, y su apostolado debió ser idéntico al de su Maestro en Nazaret y en el Calvario, oculto, sencillo, de oración y sacrificio.

María habló muy poco; su cántico «Magnificat...» dice muy bien lo que hubiera podido decir aquella sapientísima Virgen.

En los veinticinco años, que próximamente debió de vivir después de la Pasión de su Hijo, ¡qué maravillas de doctrina y de ejemplos hubiera Ella, manifestado al mundo, si su misión hubiera sido el apostolado público!

Pero, su vida de entonces se redujo a la de una buena Madre y buena Consejera para su hijo adoptivo Juan y para los demás apóstoles.

Es que María no vino al mundo a predicar la venida del Mesías, sino a darle al mundo. Toda la misión de María, en su máximo fundamento, estuvo en el misterio de la Encarnación. Formada Ella en la escuela del Espíritu Santo, por su virtud y operación completamente sobrenatural, concibió al Verbo en su mente y en sus entrañas y le dió al mundo.

María, pues –repetámoslo de nuevo– ha venido, no a enseñar, sino a dar a Jesús al mundo.

(Escrito teníamos todo lo que precede, cuando nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII, providencialmente reinante, en un magistral discurso, dirigido a la Juventud Femenina Italiana el 24 de Abril de 1943, confirma todos estos conceptos de un modo expresivo, terminante y radical.

Recomendamos muy encarecidamente la lectura de este grandioso discurso).

He ahí el gran apostolado de la mujer cristiana. El hombre, hasta por su condición natural, está mejor dispuesto que la mujer para enseñar; en cambio, la mujer, en quien principalmente prevalece el corazón y no la cabeza, parece mejor dispuesta para dar.

La Alianza (escuchad, hermanitas), enseñada en la escuela del Espíritu Santo, creando en el alma, como María, potencias y disposiciones productivas, formativas, en la divina luz, en el amor y en la pureza, transformada en un constante Pentecostés en sus «retiros», tiene que ser, en medio del mundo, una como prolongación mística del gran misterio de la Encarnación..

Por virtud de aquel Divino Espíritu, la Alianza ha de encarnar en su seno, y en la mente y corazón de cada hermanita, a Aquel que se dignó encarnar en María,

La misión de la Alianza, más que de enseñar desde las tribunas, es de dar a Jesús al mundo en el llano de la vida; y darle como María, sin que el mundo se dé cuenta de este gran misterio; darle en el portal, en el destierro, en el taller, en la casita, en el banquete, en las Sinagogas, en el Templo y hasta en el altar de la Cruz. Darle en una palabra, allí a donde el destino, el oficio, la Providencia la lleva y la pone.

No son, pues, tanto la tribuna y la cátedra y el escenario de brillantes disertaciones lo que nos preocupa; nos interesa más, inmensamente más, qué la hermanita forme bien y auténticamente, y nutra, y haga crecer en su espíritu, como en mística encarnación, a Jesús, y salga y camine con El... y lo dé al mundo.

¡Oh, qué apostolado éste...! Ya antes de probarlo, nos agradaba y nos llamaba; hoy, a los dieciocho años de haberlo probado y vivido con frutos, nos convence y enamora y arrebatata.

¡Oh, sí; díganlo esas fábricas, esos mostradores, esos talleres, esas escuelas, esas oficinas, esos sanatorios, esos palacios, esos hogares, esos campos y campamentos! Todos son testigos mudos, pero elocuentes, de lo que vamos diciendo.

i) El otro apostolado.—En el Reglamento de la Obra, el Capítulo VI está dedicado exclusivamente a este asunto. Algunos, seguramente no con mala intención, han dicho que la Alianza no tiene razón de existir, porque no tiene ningún apostolado fijo y determinado, y lo que es inútil, no debe existir.

Creemos que la Alianza no es cosa inútil, sino que produce óptimos frutos en su fecundo apostolado. Hablemos con sinceridad y sin dar la nota de exagerados...

1.º El primer apostolado de la Alianza es el de Santa Teresita; y Santa Teresita fué apóstol; y a su estilo todas las hermanitas, aun las más inútiles, son apóstoles de enorme eficacia y virtud.

«¡Mi vocación es el amor!,—dice la Santa—. No puedo predicar el Evangelio... ¡qué importa! Mis hermanos trabajan por mí, y yo, pobre niña, permanezco junto al trono real; AMO POR LOS QUE COMBATEN... ¡Oh, Amado mío...! Te suplico que inclines tu mirada divina a un sinnúmero de almas pequeñitas, y escojas, en este mundo, una legión de víctimas pequeñas dignas de tu AMOR». ¡Si las hermanitas llegasen a ser del número de esas almas pequeñas...!

Hé ahí nuestra primera aspiración. Queremos que el primer oficio de todas las hermanitas sea el de amar por los que trabajan y combaten en los campos de la Iglesia.

Las hermanitas de la Alianza, derramadas en el mundo, deben intensamente desarrollar en sus puros y virginales corazones un gran incendio de amor a la Iglesia, que trabaja, sufre y lucha.

La labor gigantesca, que hoy desarrolla la Iglesia Católica en todos los campos de su apostolado, necesita el secreto de la divina fecundidad, que sólo atraen del seno infinitamente fecundo de Dios las almas interiores, conforme a las verdades que arriba acabamos de exponer.

Esta es la vida que desarrolla la Alianza en todos sus miembros, haciendo que vivan intensamente su vida interior, sin cargarlos demasiado con obras exteriores. Hay muchos brazos en la Iglesia; acaso más falta hagan corazones abrasados; hay que crear y encender fuego en almas divinizadas.

Pero también trabaja la Alianza en eso que más propiamente se llama apostolado. En la Alianza hay almas, que, por su estado delicado y enfermizo, no pueden ejercer otro apostolado que el oculto con el velo del sacrificio, tal vez en la cama de un hospital. ¡Oh..., las conocemos!

Pero en la Alianza hay hermanitas de brazo y de corazón, que trabajan.

2.º El triunfo de la pureza en sí y en los demás es el gran ideal de la Alianza, según reza su definición. Y este es el primer apostolado de la Obra, el suyo, el que está en su bandera y el que la distingue de otras obras en la Iglesia: apostolado de la pureza.

Un Instituto Religioso de Enseñanza tiene su apostolado, y es el apostolado de la enseñanza y de la formación de la juventud. Una Congregación de Hermanas de la Caridad tiene su apostolado propio y es el apostolado de la Caridad con el pobre y el enfermo. Una Institución Misionera tiene su apostolado, y es el de las Misiones católicas en países de infieles o países civilizados.

De la misma manera, la Alianza tiene también su apostolado propio, para el cual cabalmente se ha fundado, y cuyo espíritu de manera especial se inculca en la Obra a todos sus miembros: el amor a la pureza virginal, la verdadera chifladura por el triunfo de esta angelical virtud en nuestra sociedad, en estos tiempos de relajación y de descaro.

Meditad reposadamente el contenido de los artículos 6.º y 36.º del Reglamento: El reinado de la PUREZA y del amor, que la Obra procura primariamente en las que la han abrazado, se extiende de un modo secundario a las almas que necesitan de su influjo, para ayudarlas a vivir de esta vida de pureza y de amor. En ellas han de trabajar las hermanitas... etc., etc.

Las niñas.— He ahí el primer campo y el que tal vez está más a mano de las hermanitas. La Catequesis y la Escuela y el Patronato y el Oratorio Festivo, son campo fecundo y relativamente fácil para la siembra de lirios y azucenas. La «Escuela de Jesús» filial de la Alianza, es fruto de este apostolado, que la Alianza ejerce en este campo.

Una hermanita, enamorada de la Alianza y de esta virtud, debe mostrar su celo en la conquista de estas angelicales almas.

Leed y poned en práctica los artículos que marcan el plan y el modo que en este apostolado de las niñas se deben desarrollar.

El buen ejemplo. —El sermón más eficaz y de más copioso fruto es, sin duda alguna, el del buen ejemplo. La hermanita honesta, modesta y pura es una predicación muda y elocuente, convincente y persuasiva en medio del mundo.

La virtud vivida es la que más perfuma, atrae y anima. La virtud practicada se palpa. Un discurso recrea, tal vez convence; el ejemplo conquista y arrastra. Una hermanita ángel, en un taller, fábrica, campo, escuela, oficina... es semilla viviente de pureza, que, si cae en un corazón puro, luego fructifica con exuberancia; mas, si cae en un corazón sensual y mancillado, lo sacude, lo turba, agita, punza y conmueve. Y ¿qué hermanita hay que no pueda ejercer este apostolado del buen ejemplo? ¿Por qué tú, hermanita, al vestirte con modestia, al mirar, andar, estar, jugar, con honestidad, no piensas en tu interior y no dices: «Soy apóstol de la pureza, voy a predicar las bellezas de esta encantadora virtud con mi ejemplo virginal»?

La oración.— He aquí un apostolado fácil, el más eficaz, que está en manos de todas las hermanitas.

Una cruzada de oraciones, exclusivamente aplicada a obtener el fruto de nuestra virtud predilecta, es un gran apostolado por ella. ¿Y acaso la Alianza no es una legión de almas, admirablemente dispuestas para esta cruzada sobrenatural? ¿A qué otro fin, mejor que este, puede dirigir sus ardientes peticiones, sus vehementes suspiros, sus incesantes súplicas, sus ruegos elevados y todos sus valores espirituales?

¡Oh, hermanitas! ¿Qué dirección dáis, preferentemente, a vuestra oración? ¿Cuáles son vuestras intenciones? ¿Qué pedís a Jesús? Los ocho o diez puntos de vuestro Boletín ¿qué objeto llevan? ¿Hacer por hacer? ¿Tal vez solo por cumplir una parte de vuestro Reglamento? ¿Y el mérito de esa meditación? ¿El valor enorme de esa Misa, de esa Comunión? ¿La fuerza y poder de esos suspiros amorosos en la visita al Divino Prisionero? ¿Y vuestros coloquios filiales con la Purísima María?...

¿Que vuestros actos de piedad tienen en efecto fines santos y elevados? Por santos y elevados que ellos sean ¿no es en vosotras justamente el primero y principal, del que jamás debéis prescindir, éste, que es vuestro ideal, vuestro lema, vuestro objetivo en la Obra de la Alianza? Sabed, para siempre, que vuestra vida de oración, vuestras relaciones íntimas con el Señor y con vuestra Madre la Purísima Virgen, deben tener, como su primer y principalísimo objetivo, el triunfo de la pureza angélica en las almas.

Y a la verdad, miles de Misas y de Comuniones, de visitas y rosarios y un sin fin de suspiros, jaculatorias, dardos de fuego, diariamente elevados al trono de Aquel, que por un portento inaudito quiso tener una Madre Virgen, de Aquel que distinguió con un amor especial al discípulo casto y virgen, de Aquel que se recrea y se apacienta entre lirios y azucenas ¡qué valor, qué poder, qué fuerza no tendrán!

Si la Alianza con los brazos extendidos pide, sin cesar, por el triunfo de la pureza, no lo dudéis, la pureza triunfará en el mundo.

Pequeños sacrificios.—Una cadena interminable de pequeños actos de mortificación, de vencimiento, abnegación, privación, sacrificio, está practicando

diariamente cada una de nuestras hermanitas. Es ello una mina, un tesoro de gran valor.

¿Qué fin buscan nuestras amadas hermanitas en esa parte de su lema: «Mártir en el sacrificio»? Bueno es que lo practiquen todo con el fin de vencerse, domarse, corregirse, enmendarse, satisfacer por sus atrasos, perfeccionar la vida, etc. Pero sepan todas que, salvando íntegros esos bienes para sí, queda en cada uno de aquellos actos la eficacia soberana de atraer sobre las almas gracias y bienes sin cuento.

¿Por qué no vencerme yo para que otras almas se venzan y, domando sus pasiones, conserven o recuperen la virtud santa de la pureza? ¿Por qué no hacer yo una penitencia por otra alma que no la hace y necesita de ella para conseguir la perfecta castidad? ¿Por qué, en una palabra, no seré yo «Mártir en el sacrificio» para que su fruto conserve la inocencia de un ángel en la tierra, o su valor, unido al infinito de Jesucristo, haga la redención de un alma infeliz y cautiva de la impureza?

Conocemos almas que oran, gimen y sufren por que el Corazón de Jesús reine pronto en España. ¡Muy bien! Y otras, que ofrecen comuniones para que el Evangelio llegue a los países de infieles. ¡Admirable! Las hay, que rezan y hacen grandes limosnas para que Dios suscite vocaciones al estado sacerdotal. Magnífico! ¿Y por qué la hermanita, cuya obsesión debe ser la pureza, no ora, no gime, no hace penitencia para que (y rabie el infierno) España sea pronto un jardín de lirios y azucenas? ¿Acaso no es este seguro y recto camino para que Cristo reine, para que haya sacerdotes y para que el Evangelio llegue hasta el otro confín?

¡Víctimas! ¡Víctimas! — Vivimos entre víctimas, que hoy por millares se inmolan. La guerra y la persecución han sacrificado innumerables; el heroísmo por la Patria lleva al

sacrificio a otras muchísimas; el puro amor a Jesucristo tiene puestas en mística parrilla a muchísimas almas más. Víctimas son unas del amor misericordioso, otras por la conversión de los pecadores, aquellas por el triunfo de la Iglesia, estas son hostias y víctimas de la Eucaristía, del Divino Corazón de Jesús...

¡Oh! ¡Y la Alianza tiene víctimas! Las recordamos y las tenemos en estos momentos muy presentes. Víctimas que llevan uno, dos, cuatro, doce años en cama, clavadas en la cruz dolorosa de la enfermedad. Víctimas que, en la vida corriente y ordinaria, ocultan, con divina sonrisa y en silencio soberano, el martirio de un corazón despedazado. Víctimas que voluntariamente se han entregado en holocausto, con voto solemne, a la divina Voluntad.

Vosotras, pues, víctimas de la Alianza, hostias puras e inmaculadas, decidme ¿queréis que tenga sus víctimas la pureza? ¿queréis que por el triunfo de la virginidad haya hostias virginales? ¿queréis que haya almas que sean todo, que lo hagan todo, que lo den todo por que reine la pureza en el mundo? Comenzad vosotras, que lo sois por voluntad divina o por vuestra libre y generosa elección; sedlo desde ahora...

Es justo, es necesario que en la Alianza se inmolen hostias puras con el nobilísimo y exclusivo fin de pedir a Dios que reine, que triunfe nuestra virtud. Y no creáis exagerada nuestra petición. Es la interpretación exacta de la definición: «unión de castas doncellas..., que buscan el triunfo de la pureza... en sí y en las demás».

¡Es el fin de la Alianza, es vuestra misión, es vuestro apostolado!

¿Lo quiere Dios? –Escritas estas cuartillas y manifestado su contenido, repetido, ampliado en varias pláticas a nuestras hermanitas de San Sebastián, al siguiente día, aún no habían transcurrido dieciséis horas, un espectáculo infame nos puso a la vista el reverso de este cuadro encantador.

Hojeando un libro paseábamos por una senda del vecino monte, y, al alzar la vista para posarla sobre el bello panorama que ofrece el paisaje y el mar, vimos ¡qué horror! vimos... ¡casi se resiste nuestra pluma! vosotras, hermanitas, elevad el pensamiento a Dios..., vimos una escena infame, repugnante, inmunda, escandalosa, vergonzosa y criminal: un inocente cordero seducido caía en las afiladas garras de un lobo viejo y rapaz... El cordero era una niña de unos diez años aproximadamente, seducida, un ángel sin alas, una inocencia marchitada, una flor tronchada que rodaba sobre el fango. ¡Oh dolor!... y el lobo era... uno de esos seres degradados, envejecido por el vicio y por los años, convertido en bestia inmunda, corrompida y corruptora. El cuadro era tristemente real y verdadero, excesivamente visible a la luz del mediodía (próximamente las once de la mañana), y en campo demasiado público para poderlo atribuir benignamente a una alucinación nuestra.

No; era verdad; bajamos la vista, sentimos horror, repugnancia, vergüenza y dolor... y en el fondo de nuestro corazón amargado, dijimos en silencio: «¡Oh, Señor! ¡Vengan almas puras! ¡Reine la pureza en el mundo!»

Creímos y creemos hoy, que Dios, por modo tan tristemente gráfico nos significaba su aprobación en favor de esta campaña que, un día memorable, emprendimos por la pureza.

¡Oh hermanitas! ¡Sed cruzadas, sed hostias, sed víctimas por el triunfo de la pureza angélica en el mundo!

3.º) La Parroquia.— El campo de acción preferente de la Obra de la Alianza es la Parroquia respectiva, siendo como es una Obra eminentemente parroquial, aun cuando su vida formativa sea completamente independiente de ella.

Y dicese preferente, porque la Alianza no es exclusiva y solamente parroquial; la Alianza secundará toda obra, que sea de la gloria de Dios y redunde en bien de las almas, aun cuando no sea precisamente parroquial.

Sin embargo, la Alianza no puede perder nunca esta su preferencia profundamente parroquial, pues la parroquialidad es nota característica de la Obra. En la Parroquia su apostolado preferente deben ser las obras humildes, ocultas, sin brillo, de poco lucimiento exterior; la hermanita no debe trabajar en la Parroquia con vistas al aplauso y a la distinción, sino a procurar el bien de las almas, sin que (a poder ser) las almas se den cuenta de quién fué el que se lo procuró.

Mas tampoco debe mirar la hermanita con excesiva preocupación ciertos oficios de relieve, si para ellos la designan su párroco o autoridad superior.

Los oficios corrientes de la aliada en su Parroquia están detallados en el Reglamento de la Obra, en cuyo Capítulo VI (comentario) se lee:

«a) Compañera de Jesús en las tristes y largas horas de su soledad».

Como arriba se ha dicho, obra primera y principal de la aliada es la de la vida interior, la del corazón, la de fomentar y prestar el calor sobrenatural a su Parroquia y a sus

apóstoles. A esto ayudan poderosamente los cinco apartados primeros, comenzando por ser la hermanita la asidua lamparita, que arde ante el Sagrario, para disipar en todo momento las sombras tristes de la soledad en que vive abandonado su Dios de amor.

«b) Comensal fervorosa en el Convite Eucarístico».

La vida eucarística no se comunica a las almas, porque las almas no se acercan a la fuente, o se acercan con el alma disipada y el corazón ocupado. Las hermanitas deben hacer fuerza por que se abran las puertas de la vida y recibiendo ellas y haciendo que otras la reciban, procurar que se desarrolle en la Parroquia, esta vida divina y fecunda, por medio de la Eucaristía.

La comunión frecuente en una Parroquia (si, al menos, se comulga bien y con fervor) es signo evidente de la vitalidad sobrenatural de las almas que la componen. La juventud que comulga es la floración y la gloria de una feligresía cristiana.

«c) Intercesora ante su Sagrario por las necesidades de la feligresía».

¡Cuántas necesidades tiene una Parroquia! El clero, las vocaciones, la inocencia de los niños, el sostén de los penitentes, la perseverancia de los buenos, la conversión de los malos, la resignación de los pobres y la paciencia de los enfermos, y hasta la prosperidad y el bienestar temporal de la feligresía piden la intercesión y mediación continua de almas amigas de Dios. Y ¿quién mejor mediadora, después de Jesús, y de su Madre y del Sacerdote, que la virgen consagrada y esposa amada del divino Corazón? Dos o tres hermanitas, o una media docena, o un Centro completo de aliadas fervorosas, que oran con fervor, humildad, constancia

y confianza ¡qué no serán capaces de conseguir de la misericordia del Señor para un pueblo necesitado, ya en el orden espiritual, ya, en el orden temporal, también, si conviene!

«d) Reparadora por las ingratitudes de los suyos».

¡Cuánta ruindad hay en las almas! ¡Qué mezquinos somos con nuestro liberalísimo Señor! Aun los que nos preciamos de ser amigos suyos, ¿lo somos en verdad? ¿Lo somos como se debe ser, generosos y desprendidos? ¡Cuán poco se ama! ¡qué mal se ama! ¡qué egoístas somos! ¡qué ingrato es el hombre! ¡qué pronto se olvidan los beneficios recibidos y qué pronto se olvidan los corazones, que un día juraron fidelidad y amor!

¡Qué frío se siente ante un Sagrario parroquial abandonado y cerrado, tal vez, con dos puertas y dos llaves!

«Tú, al menos, ámame...» decía el Sagrado Corazón de Jesús a Sor Benigna Consolata.

¡Oh, si cada Sagrario Parroquial tuviese en todas partes un coro de vírgenes parroquiales reparadoras...! ¡Y que haya Sagrarios en donde Jesús no halle un alma, a quien dirigir esta súplica apremiante...!

«e) Víctimas de pureza...»

La impureza es, sin duda, el pecado que más retrae de Dios y del Sagrario a las almas. Las almas puras son el dulce ameno Nazaret de Jesús Amante.

La aliada debe ser a modo de pararrayos seguro contra las deshonestidades de un pueblo, y, al mismo tiempo — como la Virgen María— la que en su cáliz inmaculado de pureza ha de aproximar y dar Jesús a las almas y las almas a Jesús.

Y apostolado es todo eso, apostolado silencioso, apostolado secreto, oculto, íntimo, interior, en el que no reparan quizás los que viven engolfados en el escenario de las actividades de la palabra o de la pluma. Pero aun de ese apostolado, apostolado en el sentido usual y corriente, no se desentiende la Alianza. En el mismo comentario sigue:

«f) Colaboradora desinteresada en el esplendor del culto, limpieza, etc.»

¡Magnífico apostolado! ¡Qué bien se ejercita en esos menesteres y servicios del culto religioso la blanca mano de una virgen parroquial!

La pobreza no está reñida con la santidad del templo; pero sí el desaliño y la suciedad y el abandono. ¡Cuántas veces hemos lamentado y echado de menos la labor callada de estas buenas almas en una iglesia descuidada! Los Sagrarios, los altares, el presbiterio, la sacristía en manos de un infeliz sacristán sin vocación, ¡qué poco lucen...!

«g) Cantora en las funciones parroquiales».

Un grupo de hermanitas, aun cuando no sean artistas consumadas, puede hacer algo agradable la liturgia en los cultos parroquiales. Poco es menester, muchas veces, para hacer algo de buen gusto en las funciones religiosas de las iglesias. Sobre todo, si ellas saben ganarse la voluntad de otras buenas muchachas –aunque no aliadas– y niñas piadosas, para formar un bonito coro, que es sencillamente la manera práctica de llevar al pueblo a que tome parte en el culto y en el canto de la liturgia, como deseo vehemente de la Iglesia.

Gracias a Dios, tenemos hermanitas que desempeñan satisfactoriamente su servicio de organista en el armonium y hasta en el órgano.

«h) Catequista dando el pan de la doctrina a los niños».

Mucho nos gustaría escribir sobre este tema parroquial interesante; es el que más nos atrae, el más propio de una aliada, el más eficaz y de más positivos resultados, sobre todo cuando se trabaja con celo.

Y el plan y la organización de un Catecismo en una parroquia exige, como condición indispensable, una gran constancia por parte de las catequistas. Y, al mismo tiempo, este oficio requiere almas abnegadas, que no buscan más que la gloria de Dios y el bien mayor de las niñas. Para lo cual las almas consagradas a Dios en cuerpo y alma, son las que mejor y con mayores resultados harán esta obra de apostolado. Toda hermanita, por inútil que se crea, debe ser catequista; porque ¿quién, por inútil que se crea, no puede enseñar el Padre Nuestro y el camino del Sagrario a una niña inocente?

Mantenedora de las asociaciones...

¡Cuántas de estas asociaciones, sean Hijas de María, del Santísimo, Misionales, Acción Católica, viven una vida lánguida, rutinaria y sin aquel espíritu que encierran las páginas de sus Estatutos, porque no van y no viven al frente de ellas almas generosas, decididas, entregadas, sacrificadas y bien fervorosas!

La Alianza, con su legión de almas fervorosas, interiores, desprendidas, apartadas, y que han hecho, en expresión de San Ignacio de Loyola, «oblaciones de mayor estima y de mayor momento a Dios», puede y debe, en cada iglesia, levantar el nivel sobrenatural de esas asociaciones, e inyectar en cada una de ellas la verdadera savia de Cristo Jesús, haciendo que sean, de esta manera, belleza y

ornamento de virtudes, floración fecunda de santidad y exuberancia de vitalidad cristiana de la Parroquia.

«Coadjutoras de la Parroquia» ha llamado a las aliadas un ilustre Prelado. Es decir, que en todos aquellos ministerios y servicios propios de su sexo y condición, y compatibles con el espíritu en que se desarrolla su vida de aliada, estén siempre dispuestas a secundar las iniciativas de su buen Cura; aun cuando algunas veces sea menester sacrificar justas y legítimas exigencias del corazón.

NO OBSTANTE, tengan bien en cuenta; que, en todas estas obras de apostolado parroquial, o no parroquial, las hermanitas jamás deben revelar el prurito vano y tonto de dar preferencia a sus propias iniciativas, a lo que es fruto de su ingenio, a lo suyo, en una u otra forma, despreciando o relegando a un segundo término aquello que es sugerido por otros.

Al contrario, deben apoyar las iniciativas ajenas, aunque tal vez no sean tan oportunas, siempre que redunden en mayor gloria de Dios y bien de las almas.

4.º Obras de apostolado oficiales. La Alianza, hija sumisa de la Iglesia, no podía, ni por un instante, mostrarse reacia a este movimiento universal de apostolado público, general, oficial de la Iglesia.

La Alianza entra también ahí y ofrece sus valores para el mayor y más perfecto éxito de las Obras pontificias, sin salirse, sin embargo, de su propio molde, de su espíritu, de su especial vida y organización, y ajustándose a las disposiciones y normas, que, para esta clase de asociaciones y entidades piadosas, ha establecido la Suprema Jerarquía de la Iglesia.

La Asamblea General de la Alianza celebrada en Vitoria en Agosto de 1937, después de un detenido estudio, redactó un resumen de conclusiones acerca de la actuación de las hermanitas en estas obras y específicamente en la Acción Católica, las cuales, detalladas y comentadas, se publicaron en el mismo año en nuestra ,Revista Liliun inter spinas.

Poco antes de la mencionada fecha, los Reverendísimos Metropolitanos decían lo siguiente: «Considerando que el apostolado de las Congregaciones Marianas es distinto del de A. C. y que las Congregaciones Marianas son preciosos auxiliares de la A. C., estas entidades no pueden vivir como extrañas, ni menos como hostiles entre sí. Han de mirarse con mutua benevolencia, inteligencia cordial, recíproca cooperación y con perfecta armonía.

«Mientras la A. C. tratará, de favorecer del mejor modo posible a las Congregaciones Marianas...; éstas ayudarán a la A. C. con sus oraciones y propaganda a su favor, haciendo ver la belleza, necesidad y ventajas de la misma y aun exhortando oportunamente a sus socios para que trabajen en ella, ya que, por ser instituciones que recogen y forman a la juventud, las Congregaciones Marianas, Antonianas, etc. serán obras adheridas a la Acción Católica oficial, con adhesión colectiva, conservando sus Estatutos, naturaleza y gobierno propios. Esta adhesión significa el propósito de participar del espíritu de la A. C. y de coordinar con ella sus actividades...»

«Cumplidos estos requisitos, podría a los miembros de las Congregaciones Marianas, etc., que lo fueran de la A. C., dispensárseles la asistencia a los actos de Centros Parroquiales de Acción Católica, fuera de algunos pocos más importantes y significativos durante el año, y sin impedir que aquellos de sus miembros, que, por mejor formación,

facilidad y aptitudes, quieran trabajar en los cuadros oficiales de la Acción Católica, puedan hacerlo.

«Penetrados de estos principios, los Consiliarios de A. C. y los Directores de las Congregaciones, con su prudencia y buena voluntad, hallarán medios de coordinar sus mutuas actividades, evitando roces, siempre dañosos, y procurando que no trasciendan a los jóvenes socios».

Concordes en todo con la doctrina de los Reverendísimos Metropolitanos, y teniendo en cuenta que la Alianza en Jesús por María, por su Reglamento y por su espíritu, ocupa un nivel de vida más elevado que las mencionadas Congregaciones, a que en el documento citado se hace referencia, venimos a concluir: Que la Alianza, siendo distinta por completo de todas las obras de apostolado oficiales, mantiene su autonomía propia, su lema, sus fines, su formación y todas las manifestaciones de su vida.

Sin embargo, la Alianza es y será un precioso auxiliar de todas las obras pontificias de apostolado, las cuales todas se deberán mirar con benevolencia mutua, inteligencia cordial y recíproca cooperación.

Aquellas procurarán favorecer del mejor modo posible a la Alianza, y ésta, a su vez, ayudará a aquellas, ofreciendo, para aquellas actividades compatibles con su espíritu e índole de vida, los elementos más dispuestos y mejor capacitados entre sus miembros, previo acuerdo e inteligencia, en cada caso, entre los Directores, y teniendo siempre en cuenta que la Alianza no deberá salirse, por nada y en ningún caso, de su peculiar y fundamental vida propia, conservando en todo, sus estatutos, su naturaleza, su gobierno, su autonomía e independencia.

Cuidarán los Directores de que en todo este apostolado al lado de las mencionadas obras oficiales, la aliada no se grave con excesivos cargos, oficios y actividades, y de que estos sean, en general y con preferencia, humildes, sin brillo y ocultos, procurando –siempre que sea posible– que los cargos y actos de lucimiento recaigan en elementos distintos a la Alianza.

No obstante, volvemos a repetirlo, la Alianza podrá elegir de entre sus miembros, aquellos que, sintiéndose con vocación especial al apostolado, reúnan aptitudes, disposición, talento, don de gentes, virtud, etc., los cuales con preferencia serán encaminados a las obras oficiales, instruyéndoseles concienzudamente por todos los medios conducentes a este fin.

Y, para terminar, rogamos encarecidamente a nuestras hermanitas:

a) que en las obras de apostolado busquen solamente a Dios y su gloria,

b) que no amen con excesivo afán las obras de celo, con mengua de su vida interior sobrenatural.

c) que prefieran el apostolado humilde y sin brillo.

d) que obren siempre con sumisión rendida a la JERARQUIA de la Santa Iglesia.

III. El Sagrado Corazón

Si por una gracia especialísima—dice un Autor—nos fuese dado penetrar los velos eucarísticos, que a nuestros ojos ocultan a Jesús, veríamos en su costado una herida y, a

través de ella, su Corazón. ¡Más de veinte siglos ha que ese Corazón palpita de amor por nosotros...! Formado, como todo el Cuerpo purísimo de Jesús, milagrosamente, por virtud del Espíritu Santo, por eso mismo, dice Santo Tomás, era delicadísima y en supremo grado sensible su complexión. Pero, formado para sustentar el amor infinito del Verbo, Hijo de Dios, que le asumió, órgano sensible de sus santos afectos, aquel Corazón benditísimo fué elevado a la sublime condición de ser la sede de un amor infinito..., de ser el corazón de Dios... ¡amado, como ama Dios mismo...!

Y sabemos que Dios ama con todo su Ser, porque Él es puro amor..., todo amor..., infinito amor. Y el Corazón de Jesús es toda la expresión sensible, toda la manifestación concreta de ese Amor..., porque es el Corazón del Verbo encarnado..., es el Corazón de un Dios.

De ahí aquellas palabras de Jesús a su confidente Santa Margarita de Alacoque: «¡He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres!» Es decir, cuanto Dios los ha amado..., cuanto es capaz de amarlos... el Corazón de Jesús, el Corazón en que Jesús personifica todo su amor como Dios y como hombre... El Corazón, al que atribuye Jesús toda la Obra de la Redención, pues todo lo abarca su amor por nosotros...

«He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres...» hasta consumirse por el Sacrificio de la Cruz; hasta consumirse por el Sacrificio eucarístico. En el Altar, lo mismo que en la Cruz, nada ha perdonado Jesús hasta su consumación; en la Cruz, inmolándose en medio de los más horribles tormentos; sobre el Altar, siendo la misma Víctima, que se sacrifica .y se vuelve a sacrificar continuamente hasta la Consumación Sacramental.

«He aquí el Corazón que tanto ha amado...» expuesto a toda clase de vejámenes, humillaciones, profanaciones,

sacrilegios y ultrajes, con que los hombres pagan las finezas de su amor.

«He aquí el Corazón que tanto ha amado...» que en prenda de su infinito Amor nos da ahí mismo su Eucaristía, su Amor, su Corazón. Su prenda de amor es darse a Sí mismo, darnos su ser y su vida.

¿Dónde mejor estudiar y sentir los íntimos secretos y las infinitas ternuras y los eternos amores del Divino Corazón, que junto al Sagrario? Ahí se reveló El a Santa Margarita María; ahí se encuentran siempre en perpetuo choque todos los amores que atesora su amante Corazón y las ingratitudes que atesora en el suyo el hombre insensible, olvidadizo, ruin y desagradecido. Si Jesús fuese correspondido; si a su Corazón abrasado en llamas acercáramos nosotros nuestros pobres e insensibles corazones, el Sagrario sería para Jesús un pequeño cielo.

Amar con exceso, con locura, hasta consumirse por la fuerza del Amor y... no ser amado..., he ahí el máximo tormento de su Corazón.

Las hermanitas son almas eucarísticas, el foco de su amor es el Sagrario, es la Eucaristía; allí aman a Aquel, que hasta consumirse y anonadarse les ama. Allí está palpitando de amor el Corazón, a quien consagraron el suyo virginal con unión y fidelidad de esposas.

Y ese Corazón ama, como acabamos de ver, y ese Corazón no es amado (de ello se queja amargamente), y ese Corazón quiere ser amado, amado con amor absoluto, perfecto, desinteresado, puro, sin egoísmos.

Ese Corazón quiere reinar, porque es Rey de Amor; sus conquistas son por Amor, sus procedimientos son de Amor, pues su Reino es Reino de Amor y en ese Reino reina su

Corazón y es Reina de los corazones. El Amor reina amando y su trofeo es el amor de los corazones que conquista. Es un nuevo esfuerzo de su Corazón para atraer a las almas a su amor.

«Me hizo ver –dice Santa Margarita María en su primera revelación– que esta devoción (al divino Corazón) era como un último esfuerzo de su amor, que quería favorecer a los hombres en estos últimos siglos con esta redención amorosa, para sustraerlos del imperio de Satán... y colocarlos bajo la dulce libertad del imperio de su Amor».

Jesús, por medio de su Corazón, quiere «renovar los efectos de la Redención» en los hombres, o sea, una comunicación tan copiosa e inusitada de las gracias y misericordias merecidas por la vida, pasión y muerte del Redentor, como si fuese una redención nueva; renovación de un período de fervor, de fidelidad, de amor, de santidad. Y esto, «como último esfuerzo de su Amor», que lo repite varias veces la Santa confidente en algunas de sus revelaciones.

¿Cómo no esperarlo, en estos momentos históricos que estamos viviendo, de enorme transcendencia, de gran optimismo y esperanza, de triunfos nacionales y de perspectivas de paz presagiadas por la aceptación de la ofrenda que de su vida hizo en día señalado el Santo Padre Pío XI, consumando como Víctima su Santo Pontificado? ¿Cómo no esperar en estas renovaciones nacionales que se nos anuncian, renovaciones a fondo, renovaciones espirituales en los corazones, por el reinado de paz y de amor que el Corazón de Jesús nos promete?

¿Y no sois vosotras, hermanitas de la Alianza, las almas con predilección especial renovadas, en donde el Corazón de

Jesús comienza a establecer su reinado de amor, de amor legítimo, fiel, casto, puro y virginal, en medio del mundo, en medio de la sociedad, en medio del trajín y ruido de las gentes? Y si en vosotras se ha, verificado esta renovación, esta segunda redención por el amor del Divino Corazón, ¿cómo prescindir vosotras de este apostolado?

¡La Alianza, y, en ella, cada hermanita, debe ser un trono de amor para el Corazón de Jesús! A Él consagradas, no por mero formulismo, sino de hecho, trabajarán las aliadas por traer almas al reinado de su Amor.

ÍNDICE

Introducción

El por qué de la Alianza

Capítulo I

| | |
|----------------------------|----|
| Para quiénes es la Alianza | 14 |
|----------------------------|----|

Capítulo II

| | |
|--|----|
| La Alianza y su definición | 32 |
| I. Alianza | 32 |
| II. Definición de la Obra.- Unión | 35 |
| III. Castas doncellas | 39 |
| IV. En cuerpo y alma consagradas a Jesús | 41 |
| V. En el siglo | 44 |
| VI. Aspiran eficazmente a la perfección | 45 |
| VII. Buscan el triunfo de la pureza angélica | 51 |
| VIII. Buscan el reinado del amor a Jesús | 53 |
| IX. Vida de abnegación y sacrificio | 54 |

Capítulo III

| | |
|--|----|
| Aspirantes. Comienzo de la prueba. Comienzo de la perfección | 56 |
| I. La Alianza ¿es camino de perfección? | 56 |
| II. La Pureza | 62 |
| III. La Virgen María | 69 |
| IV. La guarda de los Mandamientos | 76 |
| V. Estudio Catequístico | 79 |
| VI. Estudio del Reglamento | 81 |
| VII. Actos del Boletín | 83 |

Capítulo IV

| | |
|--|-----|
| Hermanitas iniciadas. Sigue la vida purgativa | 84 |
| I. Vécete | 84 |
| II. Defensa de la Pureza | 91 |
| III. La Virgen María | 104 |
| IV. La guarda de los Mandamientos | 111 |
| V. Conocer a Jesús y vivir de El | 112 |
| VI. Puntos catequísticos | 115 |
| VII. Actos del Boletín. La Oración. La Visita al Santísimo | 117 |
| VIII. Estudio del Reglamento | 132 |

Capítulo V

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Hermanitas formadas. Vida iluminativa | 133 |
| I. Formación | 133 |
| II. Peligros del mundo | 136 |
| III. Vida sobrenatural | 154 |
| IV. Amor de Jesús | 167 |
| V. Actos del Boletín. Santa Misa | 170 |
| VI. Puntos del Catecismo | 174 |
| VII. Explicación del Reglamento | 176 |

Capítulo VI

| | |
|--|-----|
| Hermanitas internas | 178 |
| I. Vida interna. Vida unitiva. Cómo se compaginan | 178 |
| II. Siguen las purificaciones | 183 |
| III. Los votos | 187 |
| IV. Almas consagradas El anillo | 194 |

| | |
|---|-----|
| V. Viviendo el lema en la vida unitiva | 199 |
| VI. Una hermanita ejemplar | 214 |
| VII. Actos del Boletín.- Exámenes | 219 |
| VIII. Estudio catequístico y del Reglamento | 222 |

Capítulo VII

| | |
|-------------------------------------|-----|
| Para todos los grados de la Alianza | 225 |
| I. El Sacrificio | 225 |
| II. Apostolado de la Alianza | 232 |
| III. El Sagrado Corazón | 254 |

